



VOCES Y LETRAS DE MUJERES HONDUREÑAS

COMPENDIO LITERARIO 1892-1948



TOMO II

**COLECCIÓN LETRAS
NACIONALES**

Voces y letras de mujeres hondureñas

Compendio literario 1892-1948

Tomo II



Voces y letras de mujeres hondureñas
Compendio literario 1892-1948
Tomo II

Editorial Sedesol
Primera edición: marzo, 2025
Tegucigalpa
Páginas: 428
ISBN: 978-99979-79-07-0

Equipo editorial

Director

Pedro Quiel

Edición

Heidy Mondragón

Corrección de estilo

Andrea Navarro
Melvin Figueroa

Recopilación documental

David Milla
Gabriel Sú
Stephanie Núñez
Tin Ching Lau

Diagramación

Rosa Julissa Espinoza

Diseñador de la portada

Dennis Carranza

Todos los derechos reservados

El siguiente libro ha sido impreso con fondos del Estado de Honduras y no es vendible.

Por favor después de leerlo compártalo con otras lectoras y lectores.

©Editorial Sedesol

Centro Cívico Gubernamental José Cecilio del Valle, torre II, segundo piso,
código postal 11101, Tegucigalpa, Honduras.
Teléfono: 2242-7981
www.sedesol.gob.hn

Voces y letras de mujeres hondureñas

Compendio literario 1892-1948

Tomo II



Gobierno Bicentenario de la Refundación de Honduras

Iris Xiomara Castro Sarmiento
Presidenta Constitucional de la República de
Honduras

Mirtha Claudina Gutiérrez
Secretaria de Estado en el Despacho de Desarrollo
Social

La Editorial SEDESOL es un proyecto solidario para
la impresión de libros a bajo costo que puedan llegar a
todos los rincones del país.

Su visión es fomentar la inversión pública en difusión del
pensamiento con el menor costo operativo posible.

¡Por un país donde todos y todas leamos más!

Índice

Prólogo.....	15
---------------------	-----------

Herlinda Rubí de Zelaya

La mujer y su momento culminante en la posguerra I.....	27
La mujer y su momento culminante en la posguerra II.....	29
La mujer y su momento culminante en la posguerra III.....	36
La mujer y su momento culminante en la posguerra IV.....	40
Encuesta feminista.....	46
Realidades de América a grandes rasgos.....	48
¿Deben intervenir en la política las mujeres?.....	51
Por los niños de Honduras y por los hijos sin paternidad legal.....	52

Isabel de Laínez

La inversión de un legado.....	59
El grupo de Zelaya Sierra.....	64

Isabel García M.

La escuela como causa de prosperidad nacional.....	69
--	----

Italia Arrone Ferrera

La mujer de ayer y la mujer de hoy.....	75
Unificación del Magisterio Nacional.....	76

Juana Zelaya de Zelaya

Los amores de Carlota.....	81
----------------------------	----

Josefa Carrasco

El trabajo y el campo.....	87
La charla de una flor.....	90

Judith de Merren

Por la mujer.....	97
-------------------	----

Julia

La mayor congoja.....	101
El maestro.....	102
La mujer como novia.....	103

Lucia C. Marín

Un discurso en una escuela.....	107
---------------------------------	-----

Lucila Gamero Moncada de Medina

Un recuerdo.....	113
Amelia Montiel.....	117
Mes de mayo.....	137

Líneas.....	139
A mi querida Mundita Zúniga.....	140
Un carácter.....	142
Un caso raro.....	155
A mi querida Luisita A. Bernhard.....	161
¡Antes morir...!	163
De blanco.....	175
¡Pobre poeta!.....	180
Amor abnegado.....	182
A Leonor.....	189
¡Un suicida!.....	191
Una suicida.....	197
Leda.....	208
Idilio.....	213
Ella.....	218
Noviembre (Día de difuntos).....	220
Íntima.....	221
Mis hijos.....	224
Tu retrato.....	226
El ideal realizado.....	227
La cruz roja.....	229
Historia de un amor.....	239
Lo que hace el amor.....	249
Sor Susana.....	256
Discurso pronunciado por doña Lucila Gamero de Medina, presidenta del Club Femenino Unionista de Danlí.....	264
Danlí.....	271
Conferencia leída el 12 de octubre de 1930, por Lucila Gamero de Medina, presidenta de la Liga Antialcohólica de Danlí.....	273
Una escritora y un poeta.....	277
El sufragio femenino.....	279
Un artista.....	282
La profesora María Trinidad del Cid.....	285
Regalo de Navidad.....	286

Marcelina Bonilla

Rememoración de un día de árboles.....	293
¡No bebáis ante a los niños!.....	294
Poemas dolorosos.....	295
Conferencia antialcohólica.....	297
El chorro del chiflador.....	302
El peligro de la inocencia.....	304
Carolina del Valle contesta la epístola nupcial.....	305
Las manos de mi madre.....	306
Exposición de industrias nacionales.....	308
Ante la imagen de Nazareno de Comayagua.....	309
Perdidos entre las sombras de la noche.....	310
La tarde de un domingo.....	313

La ilusión de la muñeca.....	314
A la sombra de un roble secular.....	316
La avenida de los poetas.....	317

Margarita Vidal

Nueva orientación en las escuelas hondureñas.....	327
Contestando a una excitativa feminista.....	328

María de las Sierras

Angelillo.....	333
----------------	-----

María Guadalupe Reyes

La amistad.....	339
Pensamientos.....	342
Bouquet de flores.....	343
Carta abierta.....	344
El beso.....	346
Tristezas.....	360
En un álbum.....	361
María.....	363
La aparición.....	366
Magnolias blancas.....	368
La educación de la mujer y su instrucción.....	369
América del Sur.....	371
Ramón Rosa y la primera Escuela de Niñas de Tegucigalpa.....	373
Una flor.....	376

María Luisa Herradora

Ligera Reseña Histórica de fray Bartolomé de Las Casas.....	381
Importancia del estudio de la geografía económica.....	389
Escuelas profesionales para mujeres con una moderna orientación...	395
La industria manual en sus nuevas y viejas fases, como medio de resurgimiento económico femenino.....	397

María Teresa Nolasco

La Liga Antialcohólica de Mujeres Hondureñas.....	403
---	-----

María Trinidad del Cid

Discurso pronunciado por la señorita María Trinidad del Cid.....	407
Influencia de la mujer en la nación.....	411
La escuela de acción y la personalidad del niño.....	412
El maestro hondureño.....	414
Recordatorio.....	415
La maestra de los niños pobres.....	416
La leyenda de las rosas de pascua.....	417
La leyenda de las flores de pascua.....	418
La melodía perdida.....	419
Nacimiento de Jesús.....	420

Franklin Delano Roosevelt.....	422
Una visita a la Escuela Normal Rural.....	423
Mensaje a las mujeres de América.....	424

Prólogo

Las mujeres escriben porque son conscientes del poder que tienen sobre su realidad al hacerlo, por ello, no hay mejor forma de conocer la historia de las mujeres hondureñas que a través de sus propias voces y letras. Con esta idea en mente, la Editorial Sedesol, adscrita a la Secretaría de Desarrollo Social, decide construir el compendio literario *Voces y letras de mujeres hondureñas*.

Tal proyecto se enmarca en una lucha incesante por el rescate y la divulgación de la memoria histórica relacionada a las mujeres. Esta publicación forma parte de las múltiples iniciativas que, desde sectores estatales y de la sociedad civil, se emprenden con el objetivo de visibilizar fragmentos del pensamiento formulado por grupos de la población que han sido relegados en los relatos históricos tradicionales.

Este compendio está conformado por escritos seleccionados por un equipo de investigadores pertenecientes a la Sedesol, quienes, a lo largo de varios meses, recopilaron publicaciones en algunos de los principales fondos documentales del Distrito Central: Sala Hemerográfica del Archivo Nacional de Honduras, la Hemeroteca Nacional, el Fondo Hemerográfico y el Fondo Rafael Fajardo, ambos en la Universidad Nacional Autónoma de Honduras (UNAH), y el Fondo histórico Dra. Martha Raudales en el Centro Documental del Centro de Arte y Cultura de la UNAH.

La búsqueda de información relacionada a los escritos de las mujeres hondureñas se delimitó a las producciones que realizaron, mayoritariamente, en revistas nacionales, entre las cuales se encuentran: *Alma Latina*, *Atenea*, *El pensamiento*, *Excelsior*, *Ideas*, *La Juventud Hondureña*, *La Voz de Atlántida*, *Mercurio*, *Pan-América*, *Revista Ariel*, *Tegucigalpa*, *Mujer*, entre otras; que en conjunto suman 46 diferentes publicaciones consultadas. En los tres tomos que conforman el compendio literario *Voces y letras de mujeres hondureñas* podrán disfrutar de 342 escritos de 67 autoras, publicados entre finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. También es importante explicar que se han incluido seudónimos de autoras cuyas identidades no hemos podido aclarar, nombres que aparecen dentro del libro entre comillas.

Resulta necesario, a manera de aclaración, mencionar que, si bien el proceso de recopilación de fuentes es uno de los ejes primordiales del presente compendio, el mismo no escapa a la realidad de los escasos fondos hemerográficos salvaguardados por los entes que

se encargan de custodiar el patrimonio documental en el país; así que, aquellas personas doctas en la materia podrán identificar revistas y escritos faltantes. Por tanto, exhortamos a continuar la búsqueda y el rescate del pensamiento de las mujeres hondureñas a través de los vacíos dejados en estos tomos, y a quienes cuentan con fondos de tal naturaleza, a seguir resguardándolos en beneficio de la memoria histórica nacional.

La elección de la temporalidad de *Voces y letras* (1892-1948) está marcada por un conjunto de acontecimientos esenciales en la historia global y nacional, como la reforma liberal hondureña (1876-1883), las guerras mundiales (1914-1918 y 1939-1945) y la dictadura de Tiburcio Carías Andino (1933-1949), todos bajo el prisma del papel que jugaban las mujeres en ellos.

La reforma liberal en Honduras, como proyecto político y social, entre las numerosas renovaciones realizadas en favor del progreso, fomentó el aparato educativo de la nación. De tal forma, la amplitud de la oferta en educación, no solamente en cantidad de centros educativos, sino también en la población que podía tener acceso a los mismos, modificó el papel que tendrían las mujeres en el espacio público.

La incorporación de las mujeres en las escuelas primarias¹ y, principalmente, en las Escuelas Normales,² significó para muchas la oportunidad de tener acceso a una educación pública, que amplió sus posibilidades más allá de la esfera de lo privado, de los hogares y de lo estereotípicamente femenino.

Si bien, el paradigma del rol que debían cumplir las mujeres no se alteró significativamente —ya que, como puede apreciarse en discursos vinculados a la educación de las mujeres en la época,³ la relación que estas tenían con la maternidad las hacía idóneas para educar, apelando a las supuestas características que por naturaleza estas poseían— sí supuso una brecha en la vida pública, que las mujeres se encargaron de ampliar cada vez más con el pasar de las décadas. Como bien afirma Marvin Barahona,

1. "... en 1877 se abrieron y restablecieron 274 escuelas primarias para niños con 9 123 alumnos y 21 escuelas para niñas con 812 alumnas" en Marvin Barahona, "Mujeres, educación y poder en la reforma liberal hondureña", *Arte y Cultura*, vol. IV, n. 4, (2016): 64.

2. La primera Escuela Normal pública para mujeres se creó en 1905, pero a estas le antecedieron escuelas privadas de señoritas, como la Escuela Superior para mujeres (1895) en Rina Villars, *Para la casa más que para el mundo: Sufragismo y Feminismo en la Historia de Honduras*, (Tegucigalpa: Guaymuras, 2001), 107-108.

3. Villars, *Para la casa más que para el mundo: Sufragismo y Feminismo en la Historia de Honduras*, 107-108.

“Por medio de la educación las mujeres participaban activamente en la construcción de la nación hondureña, sin que el Estado les reconociera sus derechos fundamentales como ciudadanas”.⁴

Como es de suponer, esta coyuntura se ve reflejada en los textos relacionados a la educación que hemos recopilado en este libro. Visitación Padilla, Guillermina Mendoza, María Luisa Herradora, Lucía C. Marín, Isabel García M., Margarita Vidal, Sergia Durón de Zúñiga y María Trinidad del Cid, expresaron su admiración, inquietud y entusiasmo por el sector educativo nacional. “Renace la escuela popular rodeada del prestigio de una generación de maestros que comienza a sentir el orgullo de su apostolado. No cosechamos todavía los frutos de su labor; todavía contemplan el miraje del futuro...”,⁵ reflexionaba Visitación Padilla sobre el renacimiento y la juventud de un gremio que apenas podía dimensionar la importancia de su labor.

Las mujeres, a través de sus críticas y consideraciones, documentaron las progresivas transformaciones dadas en la educación nacional. Guillermina Mendoza ilustra, por ejemplo, los cambios a futuro, diciendo: “La escuela nueva es una escuela viva, abierta, donde el niño pueda lanzarse en todas direcciones, teniendo como factor principal la libertad...”.⁶

Textos como “El magisterio nacional: sus deberes y su papel responsable frente a la evolución de Honduras”⁷ de Adriana Ortega de López, “La nueva orientación en las escuelas hondureñas”⁸ de Margarita Vidal, “La educación de la mujer y su instrucción”⁹ de María Guadalupe Reyes y “Problemas de relaciones internacionales que los maestros deberían saber”¹⁰ de Ofelia Mendoza de Barret, demuestran el compromiso de las mujeres con su labor como educadoras, y su necesidad de sobrepasar la esfera de la enseñanza más allá de las aulas. Y es que, “... la educación serviría como medio para que ellas traspasaran las fronteras de la sociedad y se incorporaran también al orden de la cultura, del que se encontraban excluidas”,¹¹ remarca Barahona.

4. Barahona, “Mujeres, educación y poder en la reforma liberal hondureña”, 59.

5. Visitación Padilla, “El porvenir de la escuela hondureña”, *El mentor hondureño*, tomo II, n. 9, (1915): 144-117.

6. Guillermina Mendoza M., “Enseñanza y aprendizaje”, *Sinergia*, n. 1, (1947): 19-20.

7. Adriana Ortega López, “El Magisterio Nacional y sus deberes, sus derechos y su papel responsable frente a la evolución de Honduras”, *Senderos*, n. 1, (1949): 9.

8. Margarita Vidal, “Nueva orientación de las escuelas hondureñas”, *Par-América*, vol. II, n. 30, (1946): 14.

9. María Guadalupe Reyes, “La educación de la mujer y su instrucción”, *El Mentor Hondureño*, tomo I, n. 3, (noviembre, 1913): 42-44.

10. Ofelia Mendoza de Barret, “Problemas de relaciones internacionales que los maestros deberían saber”, *Asociación Nacional de Cronistas*, vol. I, n. 3, (1938): 4-24.

11. Barahona, “Mujeres, educación y poder en la reforma liberal hondureña”, 69.

No solo la educación —pues muchas de las mujeres que se encuentran en este compendio eran egresadas de la Escuela Normal de Señoritas— es un tema recurrente en sus pensamientos escritos, sino también la condición de ser mujeres, y todo lo que ello acarrea.

Clementina Suárez, siempre tan visionaria y adelantada a su época —a propósito de una nueva discusión que dio como desfavorable el derecho al voto para las mujeres— exclamaba en su artículo “Feminismo”, publicado por la revista *Mujer* en 1934:

Es natural, en concepto del hombre hondureño, que la mujer hondureña carece de capacidad (física, mental y moral) hasta para interesarse en los problemas hondureños. Y ante semejante opinión es mejor abstenerse. Nadie ha visto que con solo empujar con un dedo una montaña, caiga la montaña. (...) Los órganos de legislación, en manos de hombres, darán leyes consecuentes con los hombres y abiertamente inconsecuentes con las mujeres. (...) La verdad es que la mujer debe participar de la actividad política. Para despertarse la mente, para ya no sentirse débil (...) la mujer debe ser dueña de sí misma para vivir las realidades sociales.¹²

Desde finales del siglo xix hasta mediados del siglo xx, hubo una serie de debates sobre los derechos políticos de las mujeres hondureñas, suscitando comentarios machistas y retrógrados —incluso para la época— por parte de algunos de los hombres con más poder de decisión en el país, como lo fueron los diputados del Congreso Nacional de Honduras.

Como menciona Rina Villars en su libro *Para la casa más que para el mundo: sufragismo y feminismo en la historia de Honduras*, las reacciones fueron “[de] sorpresa, burla y, sobre todo, rechazo a un planteamiento que blasfemaba el santo reclusorio de la mujer en el hogar y, por tanto, el cimiento de la familia”.¹³ Otros hombres de la época, ante la articulación de las mujeres en movimientos intelectuales, expresaban que “... solo las mujeres «contra-natura», «estériles» y «marimachas» podían abrazar las ideas sufragistas, las cuales eran una amenaza a la «salud moral y física del hogar»”.¹⁴ Como es evidente, las mujeres no pararon su participación en la vida intelectual y política del país, a pesar de las constantes negativas. Muchas dedicaron sus escritos a reflexionar sobre el

12. Clementina Suárez, “Feminismo”, *Mujer*, n. 4, (1934): 1.

13. Villars, *Para la casa más que para el mundo: Sufragismo y Feminismo en la Historia de Honduras*, 176.

14. Villars, *Para la casa más que para el mundo: Sufragismo y Feminismo en la Historia de Honduras*, 213.

rol que debían tomar a nivel social, como Herlinda Rubí de Zelaya, que elaboró varios artículos en la revista *Pan-América* relacionados al papel que debían cumplir las mujeres en la posguerra;¹⁵ Alba Alonzo de Quezada en “Actual situación jurídica de la mujer de Honduras”,¹⁶ en el que realiza un análisis desde el derecho sobre la legislación hondureña que ampara a las mujeres y la necesidad de ciudadanía; y Góhía Isabel López, cuando escribe sobre los partidos políticos, apelando a que las mujeres hondureñas forman parte de la universalidad a la que se refiere la constitución de Honduras sobre ciudadanía, y, por tanto, pueden hacer públicas sus opiniones sobre la política, a pesar de no poder formar parte de ella.¹⁷

La importancia de esta obra recopilatoria también radica en la multiplicidad de puntos de vista expuestos por estas escritoras, ya que en sus páginas se pueden encontrar diversas convergencias y desencuentros en sus posturas. Estos textos recopilan algunas de las conexiones intelectuales en las que coincidían muchas hondureñas, como se explicita en los afectuosos escritos de Lucila Gamero Moncada de Medina a Rafaela Turcios —y las cálidas respuestas que esta última escribía—; en la admiración proclamada de Visitación Padilla a María Luisa Herradora; o la subscripción de ideales sobre el sufragio entre Olimpia Varela y Varela y Graciela Bográn,¹⁸ que no necesariamente coincidían con las posturas de otras mujeres de la época sobre el tema.

Dichas relaciones también son notorias en los escritos vinculados a agrupaciones, como la Asociación de Mujeres Universitarias de Honduras (AMUH), La Liga Antialcohólica de Mujeres Hondureñas, la Sociedad de Cultura Femenina y en las revistas, gestionadas por ellas mismas, que servían de plataforma para un intercambio provechoso de ideas entre mujeres de toda la región. Publicaciones como *Alma Latina*, dirigida por Graciela Bográn; *Pan-América* de Olimpia Varela y Varela; *La Voz de Atlántida* de Paca Navas de Miralda; *Atenea*, bajo la dirección de Cristina Hernández de Gómez; *Mujer* de Clementina Suárez; y *Mujer Americana* con la dirección de María Trinidad del Cid.¹⁹

15. Herlinda de Zelaya, “La mujer y su momento culminante en la posguerra”, *Pan-América*, vol. II, n. 20, (1946): 14-16.

16. Alba Alonzo de Quezada, “Actual situación jurídica de la mujer de Honduras”, *Mujer Americana*, tomo I, n. 1, (1947): 10-13.

17. Góhía Isabel López, “Los partidos políticos y la mujer hondureña”, *Pan-América*, vol. III, n. 32, (1947): 12-14.

18. Olimpia Varela y Varela, “Por los fueros femeninos”, *Alma Latina*, vol. III, n. 33, (1934).

19. Gabriela Eunice Ardón, “La publicación de revistas culturales de mujeres en Honduras (1932-1948)”, *Cuadernos de Historia de Honduras*, vol. I, n. 1, (2021): 2.

Un significativo ejemplo de estos nexos de pensamiento puede verse en las publicaciones relacionadas al escrito “El feminismo”, de Francisco Varela M., dirigido a Olimpia Varela y Varela. En el texto hace referencia a si las mujeres debieran involucrarse en la vida política a través de las luchas representadas por el feminismo, particularmente en lo relacionado al voto. Para reforzar su punto, lanza la siguiente encuesta: “¿Qué preferiría ella ser: una autora famosa de obras literarias, científicas, o progenitora de una generación distinguida por su talento, carácter y virtudes de un orden superior?”.²⁰ Reforzando este pensamiento expresa: “No la expongamos [a la mujer], aún con la mayor buena fe, por el propósito de una ampliación de sus derechos hacia el terreno político, a todas las contingencias, peligros para su vida y su reputación, que por su naturaleza ofrecen siempre las luchas de ese género”.²¹

Ante tales declaraciones, las mujeres comenzaron a responder, a través de las columnas de la revista *Pan-América*, a la encuesta formulada por Varela. Escritos como “Encuesta femenina” y “La mujer y su momento culminante en la posguerra II” de Herlinda de Zelaya, “Contestando a una excitativa feminista” de Margarita Vidal, “En defensa de nuestros ideales” de Olimpia Varela y Varela, “Frente a la vida” de Ángela G. Guillén y “Contestando a una encuesta feminista” de Cristina Hernández de Gómez, atienden y confrontan las ideas de Varela.

En el escrito de Olimpia, esta responde: “Nuestra respuesta inmediata a esta pregunta es la que sigue: la mujer ideal, en nuestro concepto, la que consideramos adecuada para el ambiente moderno, lo que desearíamos ser, es, precisamente, una mujer que, dentro de su acabada civilización y cultura, esté en capacidad de ser a la vez «autora famosa de obras literarias, científicas, y progenitora de una generación distinguida por su talento, carácter y superior, elevada digna y merecedora de la más ferviente admiración»”.²²

Se debe recalcar que, “Las revistas culturales de mujeres que surgieron en los años 40, evitaron verter opiniones sobre la dictadura, a excepción de *Pan-América*, donde Olimpia Varela y Varela divulgó homenajes a Tiburcio Carías Andino”,²³ como

20. Francisco Varela M., “El feminismo”, *Pan-América*, n. 29, (1946): 6-7.

21. Francisco Varela M., “El feminismo”, 6-7.

22. Olimpia Varela y Varela, “En defensa de nuestros ideales”, *Pan-América*, n. 29, (1946): 8-11.

23. Gabriela Eunice Ardón Jiménez, *Redes de mujeres intelectuales y cultural impresa en Honduras 1932-1948*, (Tegucigalpa: Editorial Sabio Valle de la Secretaría de Educación, 2024), 24.

remarca Eunice Ardón. Lo anterior no quiere decir que la totalidad de las mujeres escritoras no se adhirieran a los movimientos sociales contra el régimen carlista, ya que, “además de su participación en la cultura impresa, las mujeres fueron base importante para las manifestaciones en contra de la dictadura”.²⁴

Tampoco supone que ellas estuvieran a favor de las políticas represivas del régimen, particularmente por las conexiones que un significativo grupo de estas mujeres tenían con intelectuales que debieron irse al exilio, o como las mismas Graciela García o Graciela Bográn, quienes tuvieron que salir del país, entre muchas otras que, por la naturaleza limitada de esta pesquisa, somos incapaces de abarcar.

Dicha participación es bien documentada por la doctora Martha Raudales en sus “Estampillas del 44”,²⁵ en donde señala la intervención activa de las mujeres en las protestas contra la dictadura, y realiza una cronología sobre la masacre del 6 de julio de 1944 y la persecución política sufrida por muchos de los involucrados en los meses posteriores.

Por otro lado, es notorio que una parte muy importante del contenido de estos libros se lo llevan las expresiones literarias de las autoras. Pudiendo encontrar una prolífica cantidad de escritos, tanto de las escritoras más conocidas del país, como Lucila Gamero Moncada de Medina, Argentina Díaz Lozano, Paca Navas de Miralda y Clementina Suárez, hasta de autoras menos conocidas —pero igual de interesantes—, como es el caso de María Guadalupe Reyes, Mercedes Láinez, Rafaela Turcios, Victoria “Toyita” Bertrand (Alma Fiori) y Carlota Membreño.

A través de sus relatos, que sitúan a las y los lectores en algunos de los lugares más conocidos de Honduras, o en lejanas ciudades en otros países, las autoras logran capturar —desde la frescura y el desasosiego de la juventud, hasta la incertidumbre y experiencia de la adultez— su cercana visión del mundo. Creemos que la selección de narrativa en esta recopilación es una importante muestra de la calidad estética de distintas escritoras nacionales. Logrando plasmar bellamente su época, retratando con crudeza el sentir de muchas mujeres en sus relatos; mujeres, que protagonistas comunes en sus obras, también reflejan las convulsas adversidades del tiempo en que les dieron vida sus creadoras, coyuntura ya ligeramente descrita en párrafos anteriores de este prólogo.

24. Ardón Jiménez, *Redes de mujeres intelectuales y cultural impresa en Honduras 1932-1948*.

25. Martha Raudales Alvarado, “Estampillas del 44”, Fondo histórico Dra. Martha Raudales del CAC-UNAH.

Las y los lectores pueden complementar la información recopilada en estos tomos con otras obras que indagan en diferentes estratos de la vida de muchas de las mujeres que aparecen en este libro. *La palabra iluminada: El discurso poético en Honduras* y *La novela hondureña*, ambos escritos por Helen Umaña, *Visitación Padilla: Escritos* de José González y Alexis Machuca, *Las palabras de Visitación Padilla* de la Editorial Sedesol, *Personalidades, valores femeninos de Honduras (Ensayos bibliográficos) 1970-1975* escrito por Eva Thais, *Argentina Díaz Lozano: Estudio biográfico literario* por Amílcar Echeverría, *Olimpia Varela y Varela: Escritora panamericana* de Martha Luz Mejía, *Escritoras y sufragistas* por la Editorial Eva Thais, *Lucila Gamero de Medina: Una mujer ante el espejo* con notas de Juan Ramón Martínez, *Honduras: mujer y poesía* de Andaluz Pineda de Gálvez, *El retrato en el espejo: una biografía de Clementina Suárez* de Janet N. Gold y el ya citado estudio *Redes de mujeres intelectuales y cultural impresa en Honduras 1932-1948* por Eunice Ardón de la Secretaría de Educación, entre muchos otros.

En conclusión, la posibilidad de tener a las mujeres escribiendo sobre sus propias vidas, las coyunturas históricas por las que atravesaban y haciendo críticas sociales desde la cátedra y la narrativa, es también una oportunidad para que, como lectores y lectoras de este compendio, nos adentremos a la complejidad discursiva de las mujeres hondureñas de finales del siglo xix y principios del siglo xx. Por ello, desde la Editorial Sedesol, invitamos a que puedan conocer y disfrutar del compendio literario *Voces y letras de mujeres hondureñas*.

Andrea Navarro
Editorial Sedesol

Bibliografía

- Ardón, Graciela E. *Redes de mujeres intelectuales y cultural impresa en Honduras 1932-1948*. Tegucigalpa: Editorial Sabio Valle de la Secretaría de Educación, 2024, 24.
- Villars, Rina. *Para la casa más que para el mundo: Sufragismo y Feminismo en la Historia de Honduras*. Tegucigalpa: Guaymuras, 2001, 107-108.
- Barahona, Marvin. “Mujeres, educación y poder en la reforma liberal hondureña”. *Arte y Cultura*. vol. IV, n. 4, (2016): 64.

Herlinda Rubí de Zelaya



La mujer y su momento culminante en la posguerra I*

Yo no creo que la mujer hondureña desoiga el llamado que le está haciendo la vida por los centenares de bocas del peligro que acecha su cultura, bajo las sombras de la incomprensión y su indiferencia.

Yo no creo que, a estas horas, los ciudadanos emancipados del rencor y del egoísmo, desoigan el mandato de la especie, ese mismo que reajusta la organización mundial, exigiendo la cooperación de hombres y mujeres de la tierra, para su participación en los asuntos que, de igual manera, les atañe: la patria y la familia.

No lo creo, sencillamente porque los ciudadanos del mundo y las mujeres del universo, sienten el flagelo de ese mandato en la propia sangre redenta que ahora brota estremecida de los campos de batalla, donde adquirió la modulación del grito que ahora resuena, desde los cuatro puntos cardinales del horizonte, sediento de sosiego, ávido de quietud, implorando paz y justicia en obsequio a ese desangramiento de siglos para que los, hombros y los pueblos vivan en paz, para que se desenvuelvan en paz y progresen dentro de ella.

Anunciada fue, hace mucho tiempo, la tragedia que venía envuelta en la última guerra mundial. Si la entendieron los hombres, no le concedieron la trascendencia que en ella venía aparejada, cuando tan violentamente respondieron las naciones del viejo y del nuevo mundo, al llamado de la trompeta infernal. Sucumbieron pueblos cuya grandeza parecía asignarles inmortalidad y por lo pronto, parece que otros se asignan los dones de la gloria, dentro de las conquistas efectuadas al precio de la sangre inocente y de la sangre culpable.

Nuevas voces de alerta nos transmiten el destino que ya nos anunció la era que dio paso a la revolución social. Golpeando está ya a las puertas del mundo, empezando a invadir por los flancos más débiles: la mujer. El edificio ha empezado a oscilar con peligro a sufrir un estruendoso derrumbamiento. Quién sabe si ese cambio logrará la transformación de hombres y mujeres, o si bien vuelve a entronizarse la barbarie, o llegue de tan mala manera, que un día, tengamos que clamar ante los dioses de piedra, una participación directa en la legislación mundial. Ya no propiamente la participación que hasta hoy ha sido posible al corazón de la mujer: rogativas a

* Herlinda de Zelaya, "La mujer y su momento culminante en la posguerra", *Pan-América*, vol. II, n. 20, (marzo, 1946): 14-16.

la deidad desconocida, coordinación de esfuerzos sucumbiendo en el silencio, organismos mentirosos e inconscientes, interferidos por la incapacidad femenil y por la desconfianza muy justa de sus adláteres.

Hemos cerrado las casillas del entendimiento a las legiones de avanzada que milagrosamente redimen al hombre: la cultura.

Esto que ha sido considerado como una necesidad imprescindible, la mujer lo ha tomado como un enojoso oficio con vistas a procurar el escarnio y el ridículo, por lo cual se han socavado las potencias creadoras del sexo. Y ella, la mal querida, la que tan solo siente vocación por lo superfluo, la que ha sido tan accesible al lujo, a la comodidad, a la belleza física, ¡cuánto menosprecio hizo de su intelecto! ¡Cuánta defraudación a su sexo! ¡Cuánta traición a su íntimo paraíso, que la identifica con lo eterno!

Del norte de América vino, ha muchos lustros, el llamado a los hombres y mujeres indohispanos y porque venía de la potencia mayor del mundo nos dimos a copiar deformaciones resultantes del ensayo psicológico, cuando, sin la debida madurez había penetrado superficialmente el organismo social que más tarde le tendiera sus brazos, resultando de ello un mejor sistema para un sujeto mejor preparado y más práctico en arremeter las luchas cívicas y también las luchas por la existencia, contribuyendo así a beneficiar la poderosa economía de aquella gran nación y al aceleramiento de su energía estatal, respondiendo a la vez, sus elementos, a robustecer la prodigiosa mentalidad nórdica, privada y colectivamente. Tal disposición de fuerzas es la que ha gestado el sujeto emprendedor que es el norteamericano, hombres y mujeres dispuestas al éxito. Hombres y mujeres que jamás fracasarán y aún cuando llegue a ellos el desaliento y el fracaso, pueden levantarse con rapidez, no importa si el medio es hostil, no importa la actividad o el trabajo que les toque emprender.

En cambio, nosotros, los ilotas de América indiana, nos empeñamos y nos empequeñecemos en ser y aparecer como fuerzas negativas del Estado. El Estado es considerado por nosotros el enemigo común y contra él ponemos nuestras fuerzas al servicio de todo lo que significa descomposición y anulación de las fuerzas vivas de la patria. Al extranjero vamos, por ejemplo a los Estados Unidos de Norteamérica, y en ello vemos una conquista que nos da derecho a menos preciar lo nuestro y nos regresamos así, hechos una calamidad, por dentro y por fuera, es decir, más descompuestos de lo que somos y estamos, porque, en medio de aquel vertiginoso movimiento, somos incapaces de medir la recia organización de aquellos sistemas sociales, y, aturridos e impresionados con su grandeza, lanzamos a la deriva el intelecto y así nos refundimos

en los fondos de disipación, haciendo las veces de arlequín y, de aquella sana y amplia alegría, de aquella seguridad y confianza individual, bien dirigida y mejor legislada, de aquella palpitación febril, de una raza fuerte y bien equilibrada dentro de un sentido de libertad científica, nos impresiona lo superficial que repercute en los sentidos, haciendo a un lado la modalidad responsable de aquellos hombres y mujeres, cada uno de los cuales asume responsabilidades; de tal manera honestas e ilimitadas, que dan a la patria lo que es suyo, al hogar y a la familia lo que estrictamente les corresponde, dentro del orden social, y, al individuo, lo que es inherente a la libertad de conciencia.

*Atenea se honra con la publicación de la colaboración magnífica de
doña Herlinda de Zelaya.*

La mujer y su momento culminante en la posguerra II*

La vibrante escritora, doña Herlinda de Zelaya, se ha apresurado a obsequiarnos con este breve ensayo sobre feminismo, en el que palpita gemebundo su lacerado corazón de mujer, ahondando en las amargas realidades de la vida femenil. Su concienzudo juicio constituye para nosotras una revelación sobre el actual estado de ánimo de la mujer pensante, alrededor de su causa.

Después de tanto hierro y tanto fuego ardiendo en el mundo —carne y espíritu del hombre— todo va a cambiar y a purificar en la tierra. Si es así, cambiará también la vida humana y esta vez alguna miga ha de sobrar para darla y calentar el tan llevado y traído ideario del “feminismo”.

Así lo esperamos, toda vez que, en el mundo aprestase el pensamiento organizado a una revisión de obstáculos, fronteras y valores. ¡Tiembla la inquietud de la carne por beneficiar a la especie humana, de una a otra orilla de los mares, de uno a otro confin del mundo! No podemos, sino calificar de genial a ese gran convaleciente que, al no más cesar el fragor de las metrallas y aún sin apaciguarse el espanto sembrado en el ánimo, por la devastación y la muerte, que las tremendas máquinas guerreras fueron dejando en su vertiginosa marcha, procede a instituir un tribunal internacional donde puedan esclarecerse los asuntos

* Herlinda de Zelaya, “La mujer y su momento culminante en la posguerra”, *Pan-América*, vol. II, n. 17, (diciembre, 1945): 10-14.

más difíciles y más transgresivos que han perturbado la justicia y el orden de la humanidad.

¡Se depura y se ennoblece la vida, o se prepara un nuevo caos en la tierra!

A través de crisis periódicas y profundas, hemos presenciado el derrumbe de grandes civilizaciones, hemos constatado el principio de la guerra de otras que, al madurar, mostraron tantas deformaciones y monstruosidades, no pudiendo persistir, sufrieron iguales o peores cataclismos en perjuicio de unos pueblos y en bienes relativos para otros.

A pesar de estas lecciones que bien pudieron gestar la clarividencia de la razón, no pudo fortalecerse el espíritu justiciero que determina el equilibrio universal. La causa o los cimientos de la mitad del género humano, que es la mujer y su credo feminista, en nada encontró su momento, tomando más bien creces con énfasis irresistible, la mente desquiciadora rebosando en profundo sentimiento hacia la naturaleza psíquica de la mujer y no en robustecer su expresión vital. Ella también se ha traicionado; de su cometido solamente comprendió el grito de la carne masacrada, humeante y sensitiva de la maternidad defraudada en hechos de barbarie, o en gestos de bravura que el patriotismo crea, culminando en más de una conquista para el hombre. Las revoluciones sociales, los conflictos políticos siempre la descartaron de un posible ascenso a la justicia que de esos movimientos emanaba, porque no hubo un destello, ni una ínfima proyección a la base informa en que descansa. Todo lo contrario, más bien cuajaron desconciertos reajustando la potencia de esa gran célula, prolongándose, por consiguiente aquel que parecía su estado secular, hasta que el cronómetro del mundo vino en esta guerra a marcar el momento presente. (Enmarcaremos el presente para seguir rebatiendo el pasado tormentoso).

En algunos países, después de la primera guerra y con más preeminencia en la presente incorporaron a la mujer a la efectividad relativa del “derecho de gentes”. Inglaterra, España, Norteamérica y uno que otro sector del mundo, organizaron “cuerpos auxiliares femeninos del ejército”. Le dieron acceso en fábricas, talleres, oficinas y otras dependencias del servicio obligatorio, como suplemento obligado, reemplazando en la tarea abandonada por causa del aceleramiento de la Guerra Mundial, cuando fue necesario que los hombres concurrieran a las filas de entrenamiento.

En estos momentos América Indohispana lanza al viento la imponderable sinfonía de sus himnos patrióticos, símbolo y voz de la raza compendiándose desde la espiral que asciende en la

evocación de sus manes, por la gloria de la eminente cantora hispanoamericana, la dulce y sublime maestra, el espíritu maternal de América, la representativa de la voz de la mujer de América, Gabriela Mistral, a quien se le ha otorgado el “Premio Nobel de Literatura”. Honor al mérito de tan esclarecida figura de las letras del continente. ¡Gloria a la hermana República de Chile, cuna de la ilustre mujer! Por encima de la enhiesta cordillera andina tiendense jubilosas las manos amigas de mujeres de Honduras estrechando en la distancia, las manos de las mujeres de Chile, mientras las velas del espíritu henchidas de inquietud, surcan el espacio transportando el eco del aplauso, resonando desde las exuberantes campiñas virginales, ofrenda al mérito y a la emoción clarísima de Gabriela Mistral, cuyas lágrimas de profundo sentimiento estético, recogemos en el hueco de las manos para regar con su llanto del alma, nuestros jardines de Dios, los niños que tanto ama está divina del sentimiento. He aquí anotada una página honrosa del hemisferio que, en el momento de la posguerra, asume gestos como este, enalteciendo la mujer de méritos y engrandeciendo el espíritu de América.

Es el momento para que la mujer de Hispanoamérica procure la expresión definitiva de su inquietud feminista —vino hecho sangre— que faltándole robustez, la impetuosa fantasía, más bien siembra de espinas desatando su paso por los tortuosos caminos de la vida, estado que desconcierta y oprime, que anula y desvirtúa dando pie a la mujer no pensante a bogar por la regresión hacia el pasado tormentoso, al concepto clásico del hogar y la familia situada en el silencio, el sacrificio inútil y la hipocresía e inactividad de aquellas costumbres.

Es difícil contener en un reducido marco del pensamiento los innúmeros prejuicios que detienen a la mujer. Aun aclarándolos dan lugar a malentendidos, cuando lo que se pretende es ponerlos al servicio de la sociedad.

Uno de esos prejuicios, el más trágico por cierto, por lo que se resiste al cometido de buena voluntad que aspira destruirlos, son esas murallas de pasión creadas entre sí, estado hacia donde empuja la vida a competir, a forzar maneras defensivas despedazando o deformando la unidad de la mujer, porque exacerban los flancos de expoliación mantenedores de la discordia penosísima que las relega a una existencia azarosa en perjuicio de su credo y hasta en perjuicio de la vida profunda de los pueblos y sus instituciones.

Contemplemos a la mujer bajo la apacible atmósfera mariana o dentro de la dulce embriaguez del amor al crucificado, refugiada en la fe sin función “ayúdate que yo te ayudaré”, comprendiendo este mensaje con limitaciones que su entendimiento busca en el

mito de la metafísica, aun mujeres de mentalidad evolucionada, prefieren clamar la visión de la cruz que inspirarse en la doctrina del forjador. Aferrada a la tradición, mácula el mensaje del dulce iluminado del Cedrón y del Monte Olivete, no razona su esclarecida doctrina, ni el estado social que la produjo en aquella era troglodita, ni la verdad que hay en su esencia, ni las causas que la han deformado y cómo a través de los tiempos que la pusieron al servicio del sentimiento organizado, sin todos los relieves humanos de la esclarecida mente donde se gestó, sin las proyecciones filosóficas que la mantienen firme entre los grandes pensadores racionalistas.

A medida vaya avanzando la concepción moderna de estos problemas, no precisamente aquella que siembra el desconcierto de la mujer, sino la concepción que procura su equilibrio, más comprometida estará a entender sus objetivos de vida, su cometido social dentro de su doctrina racional, para su madurez en el mundo. Porque lo contrario es lo que la separa de la realidad que ella defrauda; en eso funda su argumento la razón que pesa y califica el engranaje del mundo, es el espíritu que legisla aspiraciones, es el acierto y poder de la ley que solo suma la interpretación sensorial que desvirtúa al sexo, desde la condición moral de una educación que la hunde, mal dirigida, mal entendida, condición que solo asciende maculando su función a vista y paciencia de quienes prefijan divinizarla con mentiras, a vista y paciencia de la víctima que más bien apoya esas mentiras, empapada en sus complejos, ya se llamen estos vanidad, coquetería, prejuicio social, fanatismo religioso, libertinaje, etc. Es el caso que, ha llegado el momento de definir situaciones con el sustento de los hechos que demuestran, por la razón que esclarece, por la moderación que dignifica, que guía la inquietud; por la voz y la voluntad que crea y afirma, que ofrece y da vitalidad a las determinaciones del mundo de hoy. El mundo de hoy ordena y el pensamiento, que es su fuerza, obedece. La grandeza y libertad del género humano está en eso y si la libertad en nuestros pueblos aún no está bien comprendida, ni siquiera por los hombres que vienen ejerciéndola, con el uso del derecho, honores y privilegios, no quiere ello decir que ha de seguirse torciendo el contenido de esa hermosa palabra, tan escarnecida por unos, tan explotada por otros y tan vilipendiada por todos.

¿Desde qué tribuna combatir los males? ¿Qué ha hecho y qué hará la mujer de Honduras para el caso, para traducir la verdad y enseñar a pensar a las mujeres de todas las razas, de todos los credos y de esas más amargadas mujeres de “la clase media”? El Estado ya combate el analfabetismo, pero el Estado no puede hacerlo todo. ¿Y las mujeres salidas del nivel común, valientes soldados de la gran guardia, fundadoras de tres revistas culturales, espigadoras en el mundo del espíritu, desde las columnas de: *La Voz de Atlántida*? ¿*Pan-América* y *Atenea*? Falta resonancia a

la voz que espiga en la carne, a la expresión que esclarece en la sangre, en el entendimiento para llenar de claridades los nublados horizontes de la mujer.

Tremendo como ha sido y sigue siendo el desequilibrio del hogar y la familia en la práctica de los hechos, por más hermosa que se contemple como institución en la teoría, pese a las defraudaciones y deficiencias de la ley que los constituye, al amor que los estabiliza a medias; la mujer de Honduras mantiene ese calor de hogar que santifica y modela el espíritu del hombre desde la cuna, por encima de su aherrojamiento truncando el ideal bondadoso, amargo, pero fructuoso desangramiento de su espíritu al servicio de una fuerza que espera convertir en otra realidad algún día, está en sus últimos estertores la era esclavista de la mujer, así como lo está el reinado de la fuerza contra el género humano. Va a cesar el engaño, porque es la era de la razón; atrás se quedarán todos los convencionalismos que la influncian desde que tiene uso de sus facultades, aquellos que lacta en los pechos de la madre, en las ubres de la vida, en las fuentes de la religión. La era troglodita floreció en su carne, quizá la caverna petrificó su espíritu, y ya dentro de la Era Cristiana, cobró majestad divina la macabra y “Santa Inquisición”, que deformó su conciencia.

¿Cómo ha podido resistir tanto fuego ardiendo su carne esta criatura? ¿Cómo ha podido alentar en ese eterno devenir de su esencia, de su condición humana rodeada de ataduras, circulada de incomprensiones, sin corromper su corazón de madre?

¿Se da cuenta hasta el grado en que se le hace responsable de una “maldad”, dentro del género humano, desde la interpretación del Génesis? Transportémonos a la era del mito: se dice que el Terrenal o el Edén, como se le quiera llamar, fue un paraje encantador deparado al hombre por la divinidad, en un lugar ignorado de la tierra que, después de la nebulosa fue habitado por tres seres a quienes de distinta manera infundió vida la divinidad: el padre Adán, la madre Eva y no sabemos si también llamarle con algún título familiar, madre o padre serpiente. Era un paraje encantador, ya lo expresamos, propicio a la vida de santidad escogida para dos; el primer hombre, para sus dos compañeros, Eva y la serpiente, figura central del Terrenal, esta última.

Es el caso, sin extremar el concepto, que se pinta al primer hombre candoroso, fuerte y perfecto físicamente, pero con una mentalidad docente. Puede que sea verdad, pero pueda no serlo; por los cuatro costados la duda hace guiños al entendimiento; si se le infundió alma en el cuerpo, cerebro y corazón, reunía todas las fuerzas para “el bien y para el mal”.

A la desventurada Eva, atribúyansele “malas artes”, el poder de la astucia y la seducción, pecaminosidad e insubordinación, llevándola al crimen del “pecado original” propuesto por la serpiente, de lo cual supónese que el verbo fue en ella, en la serpiente y no en el hombre; la expresión de la vida en el fruto animador de las facultades sensoriales latentes, pese al primer mandato de castidad “desobedecido”. El panegírico de la iniciación florece en el verbo y el verbo brota de las fauces de la bestia. ¡Hay que entender bien el castigo de la divinidad! Para el padre Adán, el martirio, dándole como compañera secular a la mujer; a la madre Eva, los cruentos dolores del parto transmitidos también a las mujeres hasta la consumación de los siglos; siendo la más criminal; agrégasela la negación de todos los derechos humanos, dados al hombre como un privilegio y posiblemente para que pudiera mantener sojuzgada a la mitad del género humano y es por esta razón que, la existencia de la mujer no ha podido dignificarse al grado que lo indica la razón. En resumen, la vida es una sucesión de delincuencias, el hombre un ser inocente, por lo tanto, puro; la mujer destructora de la castidad que niega la vida; en razón de justicia, la especie humana es, la sucesión bastarda de la serpiente. Sigamos revisando: guillotinar estas mentiras, cuando dentro de ellas se ha edificado la mentalidad del mundo, no es estar en un lecho de rosas, pese a la solvencia del entendimiento, frente a esta época tan lejana de los métodos quebranta huesos de la “Santa Inquisición”, que no atenta contra la beligerancia del pensamiento.

¿Qué hacer ante este tremendo engranaje persistente?, ¿qué horizontes procurar al verdadero sentido de las doctrinas morales tan necesarias para esclarecer la vida humana? ¿Cómo arrancar del espíritu y de la carne las cosas que tuercen la razón y la justicia?

Cuando el hombre delinque dentro de la muy respetable organización social, la ley lo castiga con todo el rigor de su poder, lo depura la cárcel que para eso es tan sombría y tan prodiga en torturar el cuerpo, pero esa misma ley lo rehabilita ante la sociedad que lo absuelve de sus sanciones a la mancha. En cambio, si la delincuencia recae sobre la mujer, ante una ley que en Honduras para el caso apenas la comprende como sujeto sometido a sus apremios, pero muy relativamente a los derechos, purga su falta dentro y fuera de la cárcel, si la rehabilita la ley, la sociedad la condena a su mancha, haciéndola responsable y haciéndola prevalecer durante su existencia y aún más allá de la muerte, sin absolución posible.

¿Qué pensar de otros aspectos de la injusticia tradicional, pesando sobre la mujer, fuerza aun reinante con su cortejo de miserias y absurdos, acumulada de ocios costumbristas como las del medioevo, era de los desmayos y melindres apayasados, hipocresía del gran mundo social, contrastando con aquel otro

misérrimo cuadro poblano o montañés, las vírgenes pudibundas de provincia, garrula carne fogueada y triste, deambulando entre el panorama sin matiz de unos brazos fornidos, tendiéndose en la celada traicionera y cruel, apuñalando vidas impunemente? ¿Qué de la codicia senil de unos ojillos perversos y maliciosos, entoldando la intención salvaje de un amo sin entrañas, ante cuya ara implacable cae la víctima inmolada?

¿Qué decir de la prematura función del sexo? ¿Qué gritó por hondo, por desgarrador y continuo, puede compendiar toda la desesperación del desamparo, tragedia cuyo saldo es la gesta que se lanza al azar, hijos sin padre? ¿Qué pensar de las abandonadas? ¿Qué llanto es tan copioso como el llanto de las viudas, de los huérfanos, de las enfermas sin protección o de las que, desde estos panoramas de sangre optaron por los caminos de la perdición, condenadas al oprobio y a la vergüenza, fuera de la ley y fuera de la sociedad, es decir, del sentimiento organizado que decide en la vida para su tranquilidad o su tristeza, para su dicha o su desgracia?

La mujer sufrida y mansa de América Indohispana, la de Honduras, paciente y digna, pese a las injusticias ya enumeradas, no abriga resentimientos. Mantiénese leal dentro del concepto cristiano del hogar y la familia, hasta donde es humano esperar. Considera su posición como la consecuencia obligada de la lenta evolución del continente colombino. Ha procedido como si cada nombre de mujer consagrara el orgullo de la raza y de la patria, como si en ella se resumiera el laurel con que se han ceñido frentes ilustres desde la época tormentosa en que fundiose en una misma la brava y pujante raza aborígen e ibera, de cuyo acontecimiento histórico nos vino la divinización de un credo religioso infundido en la radiante luz de un idioma fecundo e inmortal.

¡Mujeres del mundo, mujeres de América, mujer mansa y paciente de Honduras, la humanidad surge; surge el mundo ahora convaleciente de la Segunda Guerra Mundial! Preparad el entendimiento. Fortaleced la razón, cread fuerzas y preparad vuestro vientre para fecundarlo con la nueva célula; procuradle más claridad a vuestro mensaje feminista, ¡llenando de claridades vuestra vida y más sonoridad a vuestro grito, que el porvenir ya interroga! ¡Vuestro momento llega en el respiro de la posguerra!

Herlinda Rubí de Zelaya

La mujer y su momento culminante en la posguerra

III*

Si nos fuera dado plasmar en nuestro propio sentir el conocimiento tácito de que hemos de estar más allá del dolor que mueve a escribir sobre dolores colectivos, llevándolos al sentir del público, donde ese dolor palpita con toda su amargura, ¿quién emplearía su voz, intentando suavizar el dolor del mundo?

Si pudiéramos integrarnos a la razón que ordena colocarse sobre el dolor, para no encadenar la propia existencia en una sola dirección de ese dolor de todos, ¿para qué servirían los altos principios humanos?

Y si nos dejáramos contaminar con la endémica soberbia del poderoso, hacia cuya cima de grandeza jamás sube el dolor de la carne fogueada ni la congoja de las almas tristes. ¿Cuál podría ser entonces la gloria de los mártires, haciéndose inaccesibles al dolor de género humano?

Sin embargo, aún el genio, con haber escalado la más alta proporción del raciocinio, acopiando todas las escalas del círculo, de la razón, se defienden del romanticismo del dolor. Por la mente de grandes pensadores se escapa la verdad, cuando han dicho: “la vida no es buena ni es mala, la vida es lo que el hombre quiere hacer de ella”. ¿Acaso el hombre puede legislar el mundo interno de los demás hombres y extraer de su universo el rayo de luz que alumbra todos los rincones de la conciencia? ¡No importa! Seamos buenos, siendo perfectos, aunque parezcamos “dioses encadenados”. Pero han sido numerosos los casos que registra la historia, de hombres acercándose mucho a lo perfecto y, sin embargo, el pueblo los llevó al calvario y a la hoguera y murieron infamados por la canalla, aunque la misma historia y el surtimiento organizado, haya hecho de sus mártires bandera, siempre con fines preconcebidos.

¡Quién pudiera organizar los métodos de la razón, conforme a la verdad! ¿Cómo? Nos replica la voz interna, si tan solo la verdad es perfecta. ¡Ah! Pero la verdad rompe muchos muros, con tan eficacia como la muerte que aniquila la materia; empero, el dolor o el placer que la animó es secular, ¡porque es la herencia secular de la vida y de la muerte!

* Herlinda de Zelaya, “La mujer y su momento culminante en la posguerra”, *Pan-América*, vol. II, n. 20, (marzo, 1946): 14-16.

Epicteto, Anaxágoras y Platón, habrían sido los clásicos de nuestra predilección y Pitágoras, nuestro buen conductor, si sus máximas, si sus doctrinas y sus métodos no hubieran sido por ellos mismos demolidos: “el dolor no viene, sino de esa insistente e ilusoria identificación de nuestro “yo” con la parte inferior de nuestra naturaleza”.

Por todo lo dicho, es que, cuando escribimos para el público, nos sentimos, así como debe sentirse en el banquillo el acusado: puede ocurrir que la causa por la cual luchamos, con el espíritu encendido en los resplandores de un alto patriotismo, adolezca, ante el criterio sereno de unos y el apasionado de otros, de aquellos grandes relieves que dan trascendencia a las aspiraciones de mejoramiento colectivo y en ese caso quedar burlada la buena intención.

Pero sí, aseguramos que existe una verdad en el mundo para guiar esas inquietudes de superación y mejoramiento, y sobre ella, anteponiendo el alto significado patriótico, se alza el afán de las madres del mundo; marcha el ideal de las mujeres de América: la paz en la tierra.

La encuesta de la paz, debe seguir su marcha. El panorama sangriento de la guerra mantiene sus celajes cárdenos en el horizonte del mundo. La escena continúa y ahora se ha trasladado el escenario a Grecia, a los Dardanelos, Indochina, en Java, Irán, Manchuria, el Islán y la India, debatiéndose en su miseria, inflamándose en sus centenares lenguas lisiándose en sus mixtificaciones inservibles.

Apenas terminada la carnicería, el despedazamiento de los combatientes y hasta de la indefensa población civil, la vieja Europa entrará nuevamente a implantar su reyerta de perros. ¿Qué importan los ríos de sangre que inundó casi toda la tierra y que aún debe estar tibia en los campos de batalla y en los campos santos improvisados? Si tuviera voz nos diría: ¡Nada se puede hacer por los débiles y los desamparados! Nada se ha conquistado para darlo a los desesperados, a quienes esperamos, ávidamente, el reinado de la razón con el desaparecimiento total de esos conflictos que, aún a los habitantes confiados de la América indiana, nos atañen por la razón de la fuerza, sin haber algo para nosotros que se parezca a la piedad, clamando por los millones de seres hambrientos de paz verdadera, para el disfrute de una tranquilidad efectiva en las promisorias tierras colombinas.

Y conste, que Europa ensaya, enseñando los dientes, a pesar de los tratados de paz basados en el derecho de las naciones débiles, contra esos países, precisamente porque los considera una buena presa, succulento manjar internacional, para las naciones que sepan

estirar bien las extremidades y alcanzar lo que halla en el tablero. Por algo les toca decidir en el porvenir del mundo, pescando para su cestillo en río revuelto de las crecientes débiles, pues por serlo están propensos a desbordarse en descomposición social, estado aprovechable y edad para el arreglo de negociaciones *ad hoc*.

Y no se piense que la existencia de la fuerza atómica deja de ser factor decisivo en ese peculado de hoy.

Caro paga el mundo el descubrimiento de las maravillas cósmicas. La ciencia es nuestra bien amada fuerza, pero ella es mortífera también: destructora como la vida, como la muerte. Esa terrible invención es tan pavorosa como las fuerzas del cosmos en un perenne cataclismo, en una constante cólera y en un continuo sacudimiento, como para que la humanidad de hoy no vuelva a estar en paz ni pueda ser feliz.

Y todo ese cuadrante, manteniendo en suspenso el ánimo de los hombres del viejo mundo, tiene sin cuidado a los habitantes del mundo de Colón; pareciera más bien que a nosotros nos vino con toda esa tragedia la sonrisa de la vida con su cautivador encanto.

El hombre que se gestó del cruce de dos razas es así: canta cuando sufre, y ríe cuando debe estar llorando. Eterno venir en medio de una secular bohemia es nuestra vida, donde todo se torna vibrante de emoción, a cuyo influjo téjense los sueños más absurdos al calor de cuya temperatura se van de fiesta todos los sentires y todos los impulsos, de acontecimiento, en acontecimiento hasta que se nos vuelve un perenne carnaval la existencia, entre saraos y brindis, entre discursos y poses insinceras, en una continua imitación de hechos importados, manufacturados por un exotismo que ya en nuestro acervo sensitivo y sencillo resultan unas poses chinescas, que dan mucha, muchísima tristeza, y, váyanse por esos mundos de Dios las ideas que encierran movimientos de superación, y enrólese en cualquier casilla de la razón que no crea, todo asunto que pueda ser médula, nervio o raíz de vida, pues tiempo vendrá para hacer patrias, cuando seamos ricos y podamos así, tazar el bien y el rigor de los años que torna al hombre querendón y justiciero, cuando ya cansados del gozo sin provecho, sintamos mal, o cuando al fin cansados, bajo él, la nostalgia de todo aquello que en esa edad nos vuelve las espaldas para siempre y quisiéramos empezar la nueva jornada de la vida, plenos de experiencia, dotados de sabiduría que nos convierte en maestros y censores de la juventud, y muchas veces, entre el desvarió que ocasionan los bienes perdidos, ensayamos a vivir con los mismos destellos de la juventud ¡Singular pretensión!... Cuando ha llegado la hora del desprendimiento de ese Cristo que todos llevamos crucificado en

el espíritu, en la emoción del pueblo que somos, ávidos de paz y de quietud en la eterna noche de nuestra pobreza y defraudación.

Pueblo somos y ansiamos el milagro de la paz, procurada por los hombres y mujeres de América, en el propósito, en la doctrina ideológica, en la inquietud y en la palabra en función de servicio social.

Tan hermoso ideal irá aureolando las frentes de hombres y mujeres, cuyas sarmentosas y ateridas manos jamás han de palpar cómo calienta la generosa dádiva con los dones de las patrias, a sus hijos sin blasones, a los hombres y mujeres sin honores y sin privilegios, a los galeotes de todos los tiempos, sin voz, sin méritos, sin trascendencia; esos mismos hombres y mujeres a quienes se les pide o exige sus huesos y su sangre en ofrenda —la más meritoria— para que viva bien el grande, el demagogo y el letrado, a costa de los que siempre han de vivir expuestos a hambrientos la intemperie, y desnudos, mientras se les hinchan las retinas contemplando el pedestal de cadáveres sobre el cual se levantan las tribunas, los palacios y los templos.

Tal es la razón que da preeminencia a la hipérbole: los de arriba y los de abajo, acrecentada para la candidez de estos y la codicia de los otros, pródiga en ofrecimientos, pletórica de creyentes, promesas que jamás —piénsese bien— ¡Jamás se han cumplido! Esperanzas de los otros, que nunca se realizan, no obstante de aquellos siempre existentes cantos de sirena, mientras llegan a la cima de sus aspiraciones, inculcando a las masas: “que se les explota, que se les niega, que se les vitupera y que se les defrauda”.

El pueblo siempre ha carecido y carecerá de lo justo, porque ha carecido de ello en todas las épocas a través de la historia de la humanidad, y véase que esta señora ya peina sus canas en el concierto del universo; estos son problemas no de alta o baja política son problemas sociales con asiento en muchas ciencias: sociología, economía política, etnología, ciencias sociales, filosofía, etc.

No cabe más que aclarar el seso, y no dejarse engañar; luchar por su superación es el deber del pueblo, a base de paz, cueste lo que costare; en cuanto a lo demás, triste es confesarlo el pueblo tiene lo suyo y lo que no es pueblo lo explota a su favor porque del pueblo es: el dolor que templó las potencias del ser, el trabajo que es la escuela donde forja su pedestal. Fuera de eso que el pueblo amasa para sí, no debe contar con la que bastantean para sí, los de arriba.

Por todo lo cual necesita y debe procurarse la paz, no permitir que pare la máquina social, porque en sus ruedas, en sus tornillos, en su eje y en su movimiento está lo suyo, lo que es inherente al pobre: el pan cotidiano para sí, y para el sustento de sus hijos.

La mujer y su momento culminante en la posguerra **IV***

Como un río ancho y dadivoso, así fluye la palabra del distinguido escritor P. M., don Francisco Varela M., cuando en acción caballerosa y gentil, escribe para las damas, si no ganado todo el terreno que aspira desde el comienzo de su escrito “El Feminismo” sin que ello ocurra por falta de vitalidad ideológica, asiste sí, con moderación admirable, no carente de franqueza, su bien lograda forma expositiva, quizá solucionando en partes ciertas susceptibilidades de fondo que, obedientes con la energía de esta, hemos de confirmarlas como de nacionalidad.

Sí, nacionales en lo que de ellas relaciona con la patria, generales porque el feminismo es una doctrina de contornos humanos, de conciencia cívica mundial y, por la justicia y liberalidad con que hoy, esta nueva civilidad tiéndele sus brazos, hemos de llamarla de creciente libertad o de creciente humanidad... acogiendo raíces y palabras de todas las lenguas, países o de pueblos sojuzgados, pues ya en el nuevo clima social, de reorganización y rehabilitación mundial, vigoriza, derramando su nueva filosofía con fuerza incontenible sobre la gran célula humana y su porvenir, que en dicho vigor encuentra su proceso de reintegración y condiciones salubres para su reivindicación, en todas y cada una de las mujeres de Indoamérica y del mundo.

La directora de *Pan-América*, la revista de las mujeres de Honduras, captando la onda vibratoria de cada corazón de mujer y la de ese prolongado grito suyo, resonando en los desiertos caminos del mundo, y, al contacto del polo negativo saliendo a su encuentro, cede la palabra a las mujeres que sientan arder la chispa fulgurante de su energía creadora y quieran responder con lenguaje trascendente, desde las columnas de su valiente órgano de prensa, a favor o en contra de la tesis sustentada por el escritor Varela. Es hora, pues de saber si existe o no conciencia feminista que promueva, restablezca y limpie: caminos a seguir, modos de pensar y

* Herlinda Rubí de Zelaya, “La mujer y su momento culminante en la posguerra”, *Atenea*, año II, n. 22, (septiembre, 1946): 21-22.

conducta futura, y dar así margen a la rehabilitación de la mujer. Con el mayor comedimiento al distinguido compatriota que tan bellamente escribe para las damas, manifestamos: merecen nuestro respeto mas no de subordinación; las ideas “conservadoras” del escritor, los conceptos humanos del hombre, asimismo, como lo merece aquello que de su espíritu captamos en su escrito.

La estructura humana demuestra el fenómeno psicológico en que, aún entre el genio, la capacidad intelectual y estas dos anímicas del hombre, la razón domina y prevalece según el estado perecedero o eterno que mantiene su equilibrio. La razón demuestra las causas diferenciales del pensamiento desde el momento que las ideas reciben la influencia interna o externa de todo aquello que nos rodea. Esto es elemental.

Partiendo de los variados accidentes que normalizan o desquician la existencia individual, la mujer comprende que ha llegado el momento de concurrir, con lo que exige el porvenir, a tomar parte en la nueva organización mundial, y para levantarse en las fuerzas de la patria, comienza su tarea de creciente humanidad, vindicándose primero ante el mundo, de aquellos lastres mantenedores de su “debilidad”, dando también un certero golpe a los que parecieran monumentalizar su frivolidad, pues debe abrir nuevas cuentas con su destino y con el destino de futuras generaciones.

Los síntomas de esta eran reivindicadores, demuestran que las mujeres de Indoamérica y del mundo abdicar voluntariamente de su “trono”, porque hay un himno nuevo, esperanzado y viril en los corazones, en los labios del hombre una promesa.

Continentes, naciones y pueblos rubrican un *honoris causa* recorriendo así distancias geográficas, étnicas, ideológicas, de cultura y de orden material, llegando a besar las manos y a enguinaldar las frentes de hombres y mujeres acreedoras de méritos y virtudes, capaces de sacrificar su existencia en aras de la justicia y el porvenir de los continentes, naciones y pueblos de la tierra. Mujeres y hombres sacuden sus espaldas como un estremecimiento de siglos aligerándolas del paso de la eternidad. Hombres y mujeres transformados, gracias al cataclismo que hundiera a la añeja civilización, renacen en esta otra nueva cultura, cuyos contornos plasma la acción milagrosa de un sujeto mejor equilibrado, que, a la luz de una nueva aurora entone esta canción futurista: “queremos cantar el amor, al peligro, el hábito de la energía y la capacidad. Queremos exaltar el movimiento, el insomnio febril, el paso gimnástico, el salto peligroso. Declaramos que el esplendor del mundo se ha enriquecido con una hermosura nueva: la hermosura de la velocidad. Queremos cantar al hombre y la mujer que mantiene la rueda, cuyo eje ideal atraviesa toda la tierra, lanza ella a su vez sobre el circuito de

su órbita, pues ya no hay belleza más que en la lucha creadora, ya no hay obra maestra, sino en el conjunto de un carácter demoluyendo los batientes misterios de lo imposible, para aumentar el fervor entusiasta de los elementos esenciales”: patria, hogar, familia.

Si es verdad que las fuerzas de ese credo tripartita como las fuerzas de la humanidad son de contornos moleculares, convengamos en que la ciencia acaba de conquistar la fórmula en que, unificando en una sola fuerza átomos, iones, electrones etc., pudo dominar la guerra y establecer la paz entre las naciones y hombres de todos los climas.

Aplicando aquí, por contraste, la paradoja que inclina al escritor Varela a suponer en minoría las opiniones masculinas, en cuanto al ascenso de la mujer en los derechos ciudadanos, opinamos con fundamento que en dicha aseveración algo gana la tesis de Varela, mientras exista el temor de la fuerza desconocida que hay en la mujer. Se teme a lo desconocido de su influencia como sujeto, es verdad, empero, cuando esas fuerzas ignoradas lleguen a colocarse al servicio de la sociedad y de la humanidad entera, entonces sobrarán razón para apoyarlas y para estimularlas y bendecirlas. Mientras esto suceda, seguiremos pensando que toda resistencia en contrario será inútil, ¡tendrá fin algún día!

Ningún poder humano a de separar en el futuro las dos fuerzas complementarias biológicamente, pues divididas en dos grandes células, anatómicamente diferentes: hombre y mujer, elemento humano que de la misma manera alienta, existe, vive y desintegra, puede y debe desenvolverse rindiendo beneficios dentro de su estructura diferencial, anatómico, biológica, espiritual y materialmente, pues demostrado que las necesidades y accidentes de la existencia elevan a la mujer a la categoría de jefe directriz del hogar, a fuerza central frente al imperio de la sangre, así como frente a la razón que ordena un ilimitado campo de acción en defensa del hogar y del hijo, con éxito generalmente, ¿dónde está entonces la ley que en estos casos la exime de responsabilidad haciendo que esta pase a ser obligación del Estado como creador de la institución del hogar y responsable de la imperfección de sus leyes, si estas niegan, limitan, despojan a la mujer, a la madre, a la viuda, al hijo ilegítimo, hasta el derecho al *minimum vital*? Partimos del punto de donde el hombre niega la capacidad en la mujer, del punto de donde la ley le niega la justicia y libertad, y del punto donde la sociedad impone el peso de sus prejuicios, traslucidos defensa de las categorías, a la honra y a la legitimidad.

En este punto de tesis del señor Varela pierde toda razón de derecho y de justicia y la pierde desde el punto de donde la ciencia establece

que no existe otra razón para suponer inferior a la mujer, que aquella establecida por la costumbre, desapareciendo al no más establecer otra costumbre diferente. Lo que de sentimental tiene el escrito “El feminismo”, el problema en sí no admite, sino que rechaza lo que no entra al dominio de la razón. En consecuencia, ni suma ni resta justicia al problema, más bien multiplica razones vitales a la energía con que defendemos la causa del lenguaje artificial con que se propende cantar el “eterno feminismo” que desvincula a la mujer de su característica responsable, convirtiéndola en propiedad privada del hombre y esclava de sus complejos sensoriales.

Hay en cambio contrapuestos a la costumbre anterior un himno nuevo, esperanzado y viril en los labios del hombre una explicación y una promesa traslúcida, en lenguaje futurista en lo siguiente: somos sujetos llamados, como fuerza central del mundo a gravitar en el planeta tierra desde el punto de donde la tierra descubre sus tesoros y maravillas con que Natura brinda su manjar humano a la especie.

El hombre sabrá de mí, dice el gran arquitecto del universo, lo que se sepa extraer de mi plan y mi sabiduría. Habiendo terminado la época en que él estudio científico en sus diferentes ramas, fue privilegio de los hombres y habiendo comenzado la era de las reivindicaciones humanas, la mujer empieza a prepararse para conquistar parte de esa sabiduría dentro del plan universal; reclamando sus derechos. Y como en el orden, según el Génesis no existe separación ni diferencia de intelecto, sino diferencia de sexos para establecimiento del orden, la perpetuación de la especie, el equilibrio celular y el plan social, lo demás tiene que entrar a formar el séquito de mentiras convencionales o la causa perecedera inventada por los hombres para tiempo determinado y ese tiempo, ese peso y esa medida los ha sepultado para siempre la razón.

El mundo evoluciona recorrido de siglos, hoy llega o se aproxima a la perfección contra la resistencia de sus imperfecciones, porque el mundo como los elementos del cosmos son eternos y solo los conmueve un desequilibrio. Así el hombre no pudiendo ayer como no podrá esta humanidad de hoy, quizá ni la de mañana dominar lo infinito del todo universal, ni el conocimiento perfecto de lo que nos rodea de la naturaleza, tiene que forjarse una resistencia interna que responda como les convenga a los creadores dentro del planeta tierra de muchas fuerzas desconocidas o míticas; Dios, cielo e infierno, en derredor de lo cual regula y asegura el bienestar de unos vivientes y la infelicidad de los otros, sirviendo en sus realizaciones el apoyo de una moral que en la práctica progresiva es como una espada de dos filos siempre blandiéndose sobre la cabeza de la mujer, hiriendo, despedazando su espíritu y su carne.

Si fuese edificante descender a los bajos fondos de la sociedad y señalar hechos que constituyen una vergüenza nacional, bajo diferentes puntos de contacto con la tesis del hombre, con gusto lo haríamos en apoyo de la verdad a toda luz. Empero, no seremos nosotras voz autorizada de la revolución social provocada por el desmoronamiento en el mundo, del antiguo régimen totalitario, capaz de reformar el estado de conciencia de aquellos hombres que en esa época mantienen aún latentes sus conexiones con el pasado.

Ha de valer si la propia voz de los hombres en cuyos cerebros confía el porvenir y cuyas expresiones hacen eco con las nuestras, desde el sitio de honor que les asigna la patria grande: el Universo. Tanto la sociedad como la fuerza que hoy la conmueve, tanto sus instituciones hoy bamboleantes los directores de las fuerzas organizadas del mundo, claman y establecen y autorizan los derechos de la mujer, negarlo es aferrarse sin razón de justicia y sin derecho a un estrecho marco donde ejerce función transitoria el hombre.

Está de moda hablar de libertad y nosotras en esta cruzada no habremos de omitir el contenido de esa hermosa palabra. Pero no es para el entendido de personas ilustradas comercializar el simbolismo de la expresión. Por nuestra parte hemos de declarar que aspiramos a esa libertad, de conciencia y de expresión, de hecho y por derecho, pero a la libertad que se suma al interés humano y a la justicia eterna.

Libertad, comprendiendo a hombres y mujeres, razas y nacionalidades de todas las latitudes y de todos los climas. Libertad que opina, juzga y ordena, y que dispone de su suerte dentro de los límites de la decencia, de la honesta discreción. Mas, que cuando en ese panorama se descubra la majestad de la patria, cuando en el plano físico entre la familia y el hogar, la mujer renuncie al derecho que se arrojan los hombres de abandonar los deberes del hogar, que renuncie al derecho de negar su maternidad al hijo que renuncie en fin al derecho de proferirle bochornos a la patria.

Y refundiendo de una vez en uno solo los puntos que restan tratar, relacionados especialmente con la disyuntiva propuesta por nuestro compatriota Varela sobre: "Qué preferiría la mujer si ser autora famosa de obras literarias o progenitora de una generación distinguida por su talento, etc." Opinamos: que no está reñido lo uno con lo otro. Por lo tanto, la mujer desea las dos fuerzas a la vez, la que permite la instrucción científica y la que le concede virtualidad de principios morales.

Conquistar la primera es asegurar las bases de la segunda. La educación, en el sentido amplio del vocablo, para su mayor comprensión hemos de dividirla en dos partes y en dos grandes períodos o épocas,

para el antiguo y nuevo mundo de hoy. El primero trató del desarrollo del hombre y su plan físico en el orden material que en el orden sociológico hubo de colocar al margen de todo lo que es creación inteligente a la mujer, haciendo resaltar sus claudicaciones con la civilización cristiana, pues de su belleza espiritual advino el mayor extasismo de sus potencias creadoras. El segundo abarca la mayor área del pensamiento, universalizando al hombre en aras de la justicia general y eterna.

Esta nueva civilización tiene sus raíces no en la primitiva cultura material y anímica que se remonta a una época extinta, anterior al cristianismo. Toma del concepto filosófico cristiano sus proyecciones espirituales verdaderas, mas no lo que comercializaron los oficiantes del credo. Esta cultura, al difundirse, da preeminencia a todas las expresiones y manifestaciones de la energía creadora trayendo consigo las fuerzas dispersas de la otra mitad del género humano, cuya no participación en el nuevo plan resta grandeza y aceleramiento al mismo, y florecimiento a una época que ya nada puede detener.

No es fusión de hombres y mujeres cuyo desarrollo intelectual ha traspasado el estrecho límite de la razón de un pasado con lo que pugna esa misma razón en desvincularse, por sus ángulos, traer al terreno de los derechos conocidos y sentar bases con material que la civilización recusa, argumentos de origen secundario en apoyo de ejecutorias personales. El hombre es una cosa y la conciencia individual, una fuerza muy diferente a sus conveniencias. Legislar principios humanos con restricciones de fondo desechando la raíz de la existencia, es preparar un nuevo caos en esta época tan lejana de la quebranta huesos, de la caverna y el troglodismo.

Herlinda Rubí de Zelaya

Encuesta feminista*

¿Qué preferiría ella ser? ¿Una autora famosa de obras literarias, científicas, o progenitora de una generación distinguida por su talento, carácter y virtudes de un orden superior?

En defensa de nuestros ideales

Cada época imprime su sello característico a todas las cosas y costumbres de su tiempo; resultando por tanto desentonado todo aquello que no solo revela discordancia, sino retroceso de ideas y tanto más absurdas cuando se quieren sostener ideologías, de las cuales solo queda un saldo muy doloroso en las conciencias ya evolucionadas. Así principio a referirme con todo respeto a la exquisita carta de amor que, desde las columnas de esta importante revista, que proyecta luz sobre el futuro de la mujer, dirige al mundo femenino el distinguido y muy bien reputado escritor, P. M. Francisco Varela M.

Calificó de carta de amor al artículo de nuestro querido amigo porque derrama romanticismo, polen lírico que fecundó las almas de ayer, haciéndolas soñar con príncipes azules en palacios de cristal. De estas bellas cartas con argumentos tan conocidos he leído muchas y hoy al leer esta, me da la sensación de leer el queridísimo libro de Mantilla en que aprendí a leer y en el que mi niñez se deleitó con los cuentos de *Matildita*, *El Palomar* y *El Panal de Rica Miel*. Nada, nada de nuevo que le sustente las imperiosas necesidades del momento, producto no más de una ávida inteligencia y de una mejor preparación literaria. La mencionada cartita contiene toda la técnica de la alquimia mental varonil. Es esta la poción estranguladora que nuestros queridos nos han hecho apurar, ahogando con ella nuestras innatas aptitudes de superación, anulando así nuestras inquietudes espirituales y convirtiéndonos en succulento pasto para sustento de sus intereses egoístas, pues es la interpretación que de inmediato se desprende al haberse servido de la mujer por siglos enteros como su cocaína, incubadora o sirvienta.

Dice un gran escritor: “Si los hombres fueran más honrados las mujeres serían más felices”; desgraciadamente muy pocos hombres se han dado la molestia de pensar siquiera en qué consiste la felicidad de la mujer; al contrario, la han rodeado de prejuicios y mentiras con el preconcebido fin de explotar sus maravillosas

* Herlinda Rubí de Zelaya, “Encuesta femenina”, *Pan-América*, año II, n. 30, (noviembre, 1946): 13.

fuentes de amor y bondad para tal fin. Han clasificado en dos categorías la mentira; las funestas mentiras que les arrebatan glorias, amores o pingües negociaciones; y las pueriles mentiras que les sirven para convertir su fiel compañera o dulce amante en un estropajo humano, pues no es otra cosa la pobre mujer que envilecida por el tutelaje de un hombre quien le es necesario retener a todo trance, abusando para este fin de la vulgar astucia que corrompe y degenera. ¡Retener a un hombre imperiosamente! ¿Por qué? Claro está, por falta de preparación para la lucha por la vida, pues nuestra pasada educación imperfecta por demás, ha cedido el paso a todas las injusticias que amargando la existencia ha puesto en duda y que ha dudado por miles de instantes que haya sido el hombre el compañero natural de la mujer.

Como consecuencia de estas profundas meditaciones, la mujer moderna emite su voz de protesta para decir: El tiempo, nuestro mejor amigo, nos ofrece en estos instantes un presente de redención, ¿en qué forma ha llegado ese presente, dirán algunos?, ha llegado en la justa exaltación de la mujer a los altos conocimientos de la ciencia, bellas artes, independencia económica, haciéndola, por lo tanto, contemplar la vida desde varios puntos de vista para que eligiendo y encausando sus aptitudes hacia donde la animen sus aspiraciones, no malgaste su tiempo aniquilando su cuerpo y espíritu en espera de un marido como única tabla de salvación.

Dice don Francisco: “dotados ambos sexos de cualidades físicas y morales diferentes, los derechos respectivos tienen también que serlo para la función que les asigna el fin que están destinados”. En cuanto se refiere a lo físico no cabe duda la diferencia que existe, diferencia sabiamente distribuida para conseguir la obra tan perfecta como es la continuación de la especie; en cuanto a lo moral es un absurdo pensar en tal diferencia, pues las propiedades anímicas son reguladas por las costumbres donde obra ya el libre albedrío de cada hombre o mujer en razón directa de su grado de cultura, porque si fuese lo moral, obra también de la naturaleza, la situación social de la mujer sería la misma en todo el planeta, así como en todo lugar y en todas las razas, las mujeres crían los hijos. Sosteniendo los hombres esta diferencia por no querer declarar que conocen la psicología de la mujer y así negarle los supremos goces del espíritu, como serían “siendo autoras famosas de obras literarias, científicas”, u ocupando justamente una curul donde campee su ecuanimidad dictando benéficas leyes y evitando conflictos sangrientos, pues a nadie más que a la mujer afectan en lo más íntimo, las catástrofes de la humanidad, pues son las víctimas inmediatas como madres, como viudas y como huérfanas.

Hay tres terribles mentiras que flotan en la atmósfera que nos da la vida; la gran mentira que gritan los fouches políticos con el

sugestivo nombre de democracia, para embaucar a los hombres honrados y de buena voluntad, como la mentira del gran avaro aquel que a pesar de su hondo ateísmo quería sobre todas las cosas, que su sirviente creyese en Dios y la solemne mentira del pedestal que erigido en el corazón de los hombres hay para la mujer por ser abnegada madre de sus hijos y experta ama de casa. Tres mentiras que forman el atril en que las malas conciencias colocan la música de su danza macabra para deleitar su espíritu diabólico que bailan sobre el pavimento trágico, mezcla de sangre y huesos. Estas escenas no son dantescas, pues por reales se le escaparon al genio.

La humanidad ha pagado muy cara su inexperiencia, no pudiendo o no queriendo hacer uso del precioso don de la razón, pero en estos instantes las condiciones climatéricas, son muy favorables a nuestros ideales, que están en proceso de cristalización y así, con nuestro claro espíritu de comprensión y justicia, marcharemos hacia un porvenir mejor que será de ambos sexos.

Coritza

Realidades de América a grandes rasgos*

Bien pudiéramos haber visto la refulgente estrella de América brillar en el oriente de sus dos mares siendo precursora de un destino: el de las tres Américas. Tres grandes y generosos corazones palpitando en uno solo. Anhelo que bien pudo realizarse sin necesidad del imperativo de dos guerras y sin necesidad de los celos y la superioridad que hicieron imposible la unificación del espíritu nórdico y el aborígen, antes de que tuviese que ser perentorio y quizá provisorio, estableciendo el peligro de la insinceridad y de la desconfianza, uniéndonos tan solo por circunstancias materiales, ocasionadas por conflictos políticos que cerraron los mercados europeos y estancaron las relaciones comerciales de las demás naciones de la tierra, bajo el estruendo de las máquinas infernales y bajo el fragor de la era atómica.

América no debió permanecer succionada por la existencia de tres diferentes organismos, debió haber sido una sola potencia geográfica y más que todo una entidad moral, cuyas características se hubiesen fundido y modelado en una sola expresión tan perfectamente, que de su propia arcilla formase su escudo y no

* Herlinda de Zelaya, "Realidades de América a grandes rasgos", *Pan-América*, vol. II, n. 21, (abril, 1946): 20-21.

la trinchera, resplandeciese el espíritu y no la materia: idioma, religión, filosofía, cultura general, borrando así diferencias obstaculizadoras de la igualdad, del decoro, del derecho, la justicia de la libertad internacional.

En términos políticos fueron tremendas las distancias éticas socavando las facultades creadoras indohispanas. En términos eclécticos injustificadas e inhumanas las normas de la cultura, subiendo de tono en la concepción nórdica, porque fue la que estableció las ingratas fronteras al espíritu, habiendo señalado de ese modo diferentes derroteros al hombre y a la cultura indiana; sin embargo, consideramos que fue más grande la derrota de la cultura latina, porque siendo superior, maculó las virtudes de su espíritu y la grandeza moral de su civilización, hasta cuando tuvo en el mundo el sacudimiento totalitario que vino a señalar por todos los ámbitos de la tierra —hiriendo— las grandes glorias que el destino tenía reservado para las naciones de América.

En términos vernaculares bien pudo apresurarse la absorción, aniquilamiento y muerte del dialecto, guillotinar su resistencia inútil, si a este precio era necesario conquistar la universalidad de dos idiomas. Los hechos que han de repercutir en la historia y destino de los pueblos, deben considerarse con los ojos abiertos. Compenetrándonos de las leyes invariables de la evolución, hubiéramos podido entender lo que significaban las negaciones contra la difusión del alfabeto español y la molicie en la difusión del alfabeto inglés. Recordemos, los indohispanos, determinaciones como la del Comité Central de la Alianza de París, en tiempos ya muy lejanos, rehusando profesores de español para la Escuela de Solónica, en la asignatura de esa materia, que más bien fue aprobada por la Madre España, cuando debió hacerse público el resentimiento y no solo eso, sino comprender que, tanto el idioma español como el inglés, tenían que hacer resplandecer la internacionalidad de América.

Hablemos también a grandes rasgos de los errores e ingratitudes de la conquista del nuevo mundo. De la locura divina de aquel insigne genovés, legando a España una legión de cachorros, arrancados de las selvas vírgenes indianas, para que los dejara dispersos en la fauna americana.

Aquel genio de Colón, tan escarnecido por unos y tan vilipendiado por otros, contribuyó a que España nos legara su idioma, España cobró a muy alto precio esa que se decía su dádiva generosa, no obstante negarnos el derecho a la protesta y el derecho a la defensa. ¡Aún resuena en la pampa indiana el chasquido del látigo español! Es verdad que España nos infundió sus doctrinas

cristianas, empero, por siglos ardió la carne triste en el bracero del incensario, y, aún resuena el sordo ruido de las cadenas del opresor.

Largo y cruento fue el martirio del sexo y de la raza aborigen para encarnar el mestizaje, también atormentado Isabel de Castilla, figura central del Mundo de Colón, siendo mujer, no podía responder por el espíritu de aquel luminoso sueño del nauta inolvidable y la mente que quiso dar un mundo a España, forjó cadenas de esclavitud y aherrojó las potencias y el orgullo de la raza indiana.

La América del Norte, como la potencia mayor del hemisferio, siempre se mantuvo al margen de aquel grito doloroso de la infamada carne esclava porque más bien remachó los tornillos de la máquina social, tomando parte del vil comercio español, sobre todo las regiones del sur donde asentó con más poderío el oprobioso vasallaje.

En las grandes conquistas de la humanidad, por remotas que sean las épocas, siempre hemos contemplado el gesto de alguna mujer imprimiendo los relieves eternos de esas obras. En este caso particular que nos ocupa, a más de la cooperación de la Reina de España en la conquista, perfilase, mucho tiempo después, la luminosa figura de otra mujer empeñada en la abolición de la esclavitud; es decir, en la conquista del espíritu de aquella hazaña inmortal. Esa mujer es, porque vive todavía en el corazón de América, Enriqueta Beecher Stowe, quien opuso las fuerzas de su pensamiento y de su alma en contra de la tiranía y la injusticia del comercio esclavo que restó grandeza a la obra. Esta insigne mujer es autora de varias obras que fueron recibidas en su época y fuera de ella siguen siéndolo, con beneplácito y aplauso general. Han sido traducidas a varios idiomas, debiendo su renombre universal a *La cabaña del tío Tom*, esta obra de tendencias abolicionistas de la esclavitud.

Es posible que las poderosas naciones norteamericanas no quisieran renunciar a su comercio esclavo, como no lo quisieran ninguna de las otras naciones de igual oficio, tan solo porque se tratara de la “negra carne ladina”, de la infamada sangre esclava. Hasta que la voz estremecida de profundo amor universal, reventara como flor de eucaristía en la voz de aquel apóstol que fue Abraham Lincoln, batallador infatigable en defensa de los fueros del hombre. La historia consagra sus mejores páginas a la memoria de este esclarecido varón. José Martí, el ilustre cubano, generoso corazón en donde prendió con fulgores eternos la llamita azul de los ideales. Otros valores que en aquella época y en otras diferentes, por diferentes razones,

supieron también entender el llamado de la América: Benito Juárez, Bolívar, Sucre, San Martín. Y, como si dijéramos: de rodillas, en suspenso toda pasión mezquina, encendido por el más sublime resplandor el pecho, manes de nuestro héroe, Francisco Morazán, nos interroga desde el propio corazón de América.

En la época actual fue posible el descubrimiento del espíritu de América. Sincero, divino anhelo, respiro grandioso de vida. Se lo debemos a aquel ilustre inválido, consagrado en el mundo de la caballería y de la confraternidad universal: Franklin Delano Roosevelt. Cuánto error haya cabido en el mundo americano, a cambio nos dio, para unirnos, comprendernos y amarnos, su sabia doctrina de buena vecindad. ¡Vivirá para siempre en el paisaje de nuestra buena esperanza! Porque ahora bullen con sonoridad aurífera las milagrosas corrientes del Plata, del Amazonas y del Mississippi, clamando al Padre Océano el paso de las modernas carabelas. Clamando al espacio el vuelo de las águilas conquistadores del espíritu de América, destacándose desde las empinadas cimas andinas, prosiguiendo el curso de las naves aladas, desde las frías aguas del Ártico, a lo largo de todo el continente hasta las aguas también frías del Antártico. ¡Por el espíritu de América! ¡Para honra de la raza!...

Herlinda Rubí de Zelaya

¿Deben intervenir en la política las mujeres?*

Precisa hacer consideraciones sobre la futura posición de la mujer en los problemas sociales.

Estamos en un momento crucial en que la colectividad femenina tendrá que someter a juicio sus propias determinaciones para que de ellas surja la fuerza central de su destino, en el presente y en el porvenir.

Razones de fondo común a las organizaciones internacionales, nos colocan en el lugar que asigna el movimiento feminista y no podemos desechar la encuesta de la Comisión Interamericana de Mujeres si no es traicionando ese porvenir.

* Herlinda de Zelaya, "¿Deben intervenir en la política las mujeres?", *Pan-América*, vol. III, n. 34, (abril, 1947): 45.

Entendemos que la dirección de las organizaciones filiales, debe sujetarse al cuestionario suscrito por la suprema autoridad que emana de tan alta organización. De lo contrario será muy difícil identificarse con la gestión que abre las puertas de la patria a las mujeres de América.

Corresponde a la Unión Panamericana, con sede en Washington, conocer las condiciones en que está colocada la mujer. Las organizaciones seccionales están en el deber de rendir un informe cabal, llenando el cuestionario que para tal fin ha sido puesto en manos de la Comisión Interamericana y está a su vez en manos de las organizaciones fundadas en cada una de las repúblicas americanas.

Siguiendo el orden de la encuesta, vemos que se trata de un movimiento apolítico, con vistas a conocer, desde su raíz, el estado social de la mujer: reparación y condiciones ante las leyes civiles de sus respectivos países, derechos políticos otorgados o no, derecho de familia, de propiedad, derecho obrero, etc.

No se trata de movilizar mujeres y empujarlas a contravenir el orden de sus respectivos países. Se trata de incorporarlas a la ley, dentro de las leyes internacionales que guían a las Naciones Unidas. Nosotras, pequeña unidad de la familia hondureña, acuerparemos este movimiento hasta donde se vincula con la paz y buena armonía de la familia hondureña y con los sagrados postulados de nuestra conciencia.

Si aspiramos poner al servicio de la humanidad nuestra participación en la vida profunda de las naciones, debemos comprometernos a no participar en la descomposición de la política, ni en la política aisladamente.

Herlinda Rubí de Zelaya

Por los niños de Honduras y por los hijos sin paternidad legal*

Todos los esfuerzos y los acontecimientos hechos y ocurridos en aras de la vida, hieren e impresionan de algún modo el espíritu, se llevan de nosotros, al pasar, jirones de alma. Muchas veces sentimos como si las mismas emociones llenaran el perenne vacío

* Herlinda de Zelaya, "Por los Niños de Honduras y por los Hijos sin Paternidad Legal", *Pan-América*, vol. II, n. 27, (agosto de 1947): 11-13.

del corazón, reintegrándonos a días venturosos, cuando, tal vez el dolor ha conjugado sus sombras permanentes en comunión con el espíritu abatido y cansado.

Un divino enervamiento recoge hoy de las ondas del silencio, la angustia renovada que es la vida de los desamparados, de las madres y los hijos oscuros, de esos seres que son la angustia también renovada de la patria.

La escritora Olimpia Varela y Varela, desde las columnas de su bella revista *Pan-América*, la revista de las mujeres de Honduras, entra de lleno a un tema de hoy y de siempre: las clases desamparadas; aquellas que más necesitan de la voz de mujeres hondureñas. Tema decimos, que siempre aguarda en la antesala de la vida, que se incorpora de la gran espera y llama. Es natural atender el reclamo, sobre todo quienes ejercen el sacerdocio de la pluma. Porque una publicación como *Pan-América*, servida con el alma, presentada con el corazón en llamas de inquietud e ideal, está predestinada a servir de guía, nervio y vértebra del país que le sirve de escenario.

Acrecentando el eco de las voces de la escritora, adviene a nuestro pensamiento la magnífica labor realizada en esta ciudad por las ilustres y bondadosas hermanas de la Institución Santa Teresa, esfuerzo, pensamiento y sacrificio el de ellas, puestos al servicio de las clases pobres. No sabemos hasta donde sea cierta la noticia de que, en lo sucesivo, no les será posible hacerse cargo de niños menores de tres años. Alguna causa debe existir, ya que se dice que, en fecha reciente, fueron entregados a sus madres los niños que en tan benéfica institución se amparaban.

De estar bien fundada esta noticia, valdría mucho cerciorarse y en caso necesario, ayudar a las hermanitas a proseguir su labor humanitaria, en aras de su sagrado apostolado, por el bien de las criaturitas y por el bien de las madres, en el caso de que ellas sean dignas de esa ayuda y de esa protección.

Es verdad que por muy honda que llegase a ser la campaña de los hombres y mujeres de Honduras, queriendo remediar males tan profundos, de mi miseria y abandono, o sea la desproporción de vida de las clases desamparadas, problema que es de todos los países del mundo, porque en todos ellos existe un bajo nivel de vida entre esa capa social, más o menos latente; sería imposible remediarlos o corregirlos. Son numerosos los seres aherrojados en la vida y muy poco el esfuerzo de los conglomerados para atender, por su raíz, estos que son los verdaderos problemas del hombre.

Los países, aún en su esplendor, ante el vértigo que los acelera, soportan y contemplan con cierta indiferencia los problemas vitales de la masa, tal vez por complejos, por delicados, por enormes.

De todas las creaciones de Dios, la justicia ha sido la más liberal. De todas las creaciones del hombre la ley es quizá la más fatal. Una la simboliza una vestal vendada, la otra una balanza que oscila.

De tarde en tarde las demagogias se encargan de engañar al mundo, sorprende la opinión para mentirle, para engañarse ellos mismos, lanzando fórmulas de vida y de justicia y principios de ley social impracticables e inaccesibles. Los grandes males no se curan con palabras, de ser así, el sublime verbo del redentor del mundo nos habría arreglado estos problemas que hoy nos sofocan. El mismo no habría comparecido en juicio ante Poncio Pilatos y quizá, el pobre hombre, habría muerto con las manos sucias y el Cristo sin la espalda en el madero, que lo llena de inmortalidad.

El fondo de nuestro desconcierto arranca de más allá de la vida, aun llegando a responsabilizarse el hombre, aun llegando a la suprema perfección, bajo el punto de vista racional, como humano estará siempre propenso a delinquir. Esto no quiere decir que sea su imperfección un motivo que lo discrimina ante Dios y ante la sociedad que le concede preeminencia.

Empero, no basta la bondad de las doctrinas, no es suficiente la eficiencia de las leyes para transformar al hombre ni para resolver los conflictos de la especie. Es necesaria la renovada buena voluntad de todos los hijos de la patria, es necesario acometer los problemas de dentro hacia fuera y después combatirlos por su raíz, destruyendo primero muchas cosas de difícil renunciamento voluntario, que, en el orden material, concatenan el bienestar de unos contra el bien relativo de otros.

Muy grandes, pero muy grandes son las fuerzas de los unos y de los otros, tanto en el orden material como en los diferentes aspectos morales.

¡Temibles las de arriba, angustiosas y desoladas las de abajo!

Una es la fuerza de la ley de la abundancia. La otra es la vorágine del lamento biológico en rebeldía, resonando en la célula doliente de la especie.

Una es la soberbia, el corcel desbocado de la ambición, del lucro, de la expoliación.

La otra es el mandato de la vida negándole preces a la muerte prematura. Es la función biológica en vértigo de altura, hacia la sublime integración desintegrándose, sin embargo, en la entrega ilimitada. Es la tragedia de los sexos en perenne promiscuidad con la miseria de la carne.

Desgraciadamente ni la misma ley de los hombres prevé estos casos, aunque pertenezcan al imperio de la sangre, en la célula viviente que va abortando el germen de su propia esencia, mientras, grávida en millonésimas miríadas de vísceras, vuelve a ser la misma sangre irredenta que fluye y refluye en el acto espontáneo, sin el cual, no se verificaría ni sería perfecta la unidad original, ni la conjunción del alma que transforma en sagrada la materia y la función genésica que es la vida.

Pero la vida es tan cruel y tan varía para los desamparados, como los seres dentro de ella que tienen sus anomalías y sus contradicciones inherentes propicias a la veleidad y voluptuosidad de las miserias del hombre.

Dentro de tan compleja estructura humana marcha el mundo de los hombres, producto de cosas perecederas que, sin embargo, van sembrando el desequilibrio de la existencia y el desquiciamiento total de la moral colectiva o individual.

Así se depauperan las vidas inocentes, “tallos marchitos que el vendaval tronchara”, los que no piden ni esperan venir a este mundo lleno de injusticias y crueldades. Los que nada saben de la sentencia secular: “creced y multiplicaos”. Los que no deben ni pueden reclamar a los Caines. Los mansos, los uncidos al trofeo de la patria. Los seres sin voz, sin lamento, sin voluntad, ¡oh! niños que sois la renovada angustia de vuestras madres. Los inseguros. Los pasajeros en tránsito por un mundo desolado, prematuras sombras de la muerte. Los enfilados en el primer puesto de la miseria. Los de carnes al aire libre. Los macilentos. Los famélicos, carne doliente de hospital, llaga sangrante, llaga social, los pobrecitos niños abandonados, hijos sin paternidad legal, hijos de nadie, vidas gestadas al azar que tan solo tenéis madres; ellos, que son dolor del mundo, llanto de la patria, grito, sollozo, lamento de madre, ¡tragedia de mujer!...

Esos niños, desde todas las condiciones enumeradas, esas inocentes víctimas, son la fibra más sensible de las buenas madres, madres universales que en cada niño miran al suyo, oprobio de los malos padres, perdón, nunca tienen padre, tan solo madre han tenido, seres del arroyo fueron los gestores de vidas al azar, no merecen llamarse hombres, menos pueden merecer considerárseles como cristianos.

Con mi epitalamio para los niños que murieron abandonados de su padre.

Crisálida de oro
que en un plenilunio
brilló tu ropaje,
¡crisálida envuelta
en bruma y rocío,
las flores marchitas,
las flores de estío
reclaman tu vuelo
hacia un mundo ignoto!

Herlinda Rubí de Zelaya

Isabel de Laínez



La inversión de un legado*

I

Solo el tic-tac del reloj interrumpía el profundo silencio de la alcoba. Entre blanquísimas ropas se ocultaba la figura del enfermo. Su semblante pálido, demacrado, más bien parecía el de un cadáver. Su respiración era dificultosa. De pronto abrió sus ojos extraviados y dejó vagar una mirada descompuesta por el cielo raso y las paredes, como buscando algo, con una angustia semejante a la del náufrago que apenas tiene un resto de esperanza. Estiro sus miembros, y luego, haciendo una mueca, lanzó un gemido en extremo doloroso. Como una sombra, la delicada figura de la enfermera, se apresuró a la orilla del lecho, y tomando una mano del enfermo, dijo con voz muy suave:

—Aquí estoy.

Ella sabía que aquel gemido era la llamada que presidía a la eterna pregunta: “¿dónde está usted?”

Un corto silencio durante el cual los ojos del moribundo se fijaron tenazmente en los de su enfermera, siguió a estas palabras: —Matilde —dijo él, con gran esfuerzo— solo una cosa siento al morir: no verla una vez más a ella... a mi Lilia... a quien más amo en el mundo... nadie como ella supo quererme... ¿No es verdad, Matilde?... Usted lo sabe... yo se lo he contado muchas veces...

—Sí, es cierto; pero cálmese usted señor Vivar. —Respondió la joven pasando la mano suave por la ardorosa frente del enfermo. Este cerró los ojos y dejó caer pesadamente las manos sobre las sábanas.

—Duerme —pensó la enfermera, separándose lentamente; pero Edgardo abrió de nuevo los ojos, siempre con aquella angustia infinita, y extendiendo los brazos, como el niño que pide protección a su madre, le rogó:

¡No se vaya!...

Matilde se aproximó para decirle casi al oído:

—Siempre estoy cerca. Procure descansar.

* Isabel D. Laínez, “La inversión de un legado”, *Tegucigalpa*, año IX, n. 382, (6 de mayo, 1934): 11.

—No puedo.

Nuevo silencio. Después, la respiración entrecortada, un suspiro muy hondo y una queja.

—¡Matilde! —volvió a decir; —¿cree usted que ella me recuerde?

—Ya lo creo que sí, ¿por qué lo duda?

—Porque fui cruel con ella. ¡Con ella que me amaba tanto!

—No piense en esas cosas. ¡Vamos! Un poco de calma y a dormir un rato.

—¿Usted cree que se alegrará de recibir la herencia que le dejó?... Usted le escribirá en cuanto yo expire... dígame que mi último pensamiento fue para ella.

—¡Usted tiene que vivir! Y volverá a su lado.

Una sonrisa, que más bien era un gesto de dolor, se dibujó en aquel rostro macilento.

—Solo para eso quisiera vivir: para verla y saber que me perdona... ¡Ah! ¡Mi novia buena!... ¡Cuántas penas le he costado!

II

Esa noche, sola en su cuarto, después de entregar su turno a la compañera, Matilde meditó largamente sobre la historia tantas veces contada por el enfermo.

Él, Edgardo Vivar, había tenido una novia allá en un país lejano a donde él fuera en otro tiempo a trabajar. Ella supo amarlo de manera intensa; pero él dedicó los mejores años de su vida; fue su confidente, su consejera, su ángel guardián. ¡Cuántas veces con sus insinuaciones, con sus ruegos, con lo que él llamaba “sus caprichos” lo detuvo en la caída de muchos abismos! Y, el entonces joven, alegre, lleno de energías, era complaciente, cariñoso y fino con ella, a quien tanto debía. Así transcurrieron algunos años entre dulzuras y promesas. No pocas lágrimas le costaron a Lilia, en los últimos tiempos algunas infidelidades de su prometido; pero ella nunca le causo molestias: fue en todo caso prudente y digna; sabía hacerse justicia en forma tal, que él terminaba confesándole sus pequeños deslices y renovándole sus promesas de amarla siempre. Y cuando él volvió a su país, despidiéndose tiernamente de la novia que lloraba, le juró regresar dentro de breve tiempo, a unirse eternamente a ella. Fue constante los primeros meses de

separación; y cuando el plazo del retorno estaba vencido, lleno muchos pliegos, con razones a favor de una prórroga. Y ella, que despreció otros partidos porque no podía amar a nadie más que a él, aceptó la espera.

La suerte favoreció a Edgardo y en corto tiempo era dueño de una fortuna cuantiosa. Entonces viajó mucho y gozó de todos los placeres que el mundo podía ofrecerle, por lo que sus misivas para Lilia, antes tan llenas de amor, fueron siendo cortas primero, escasas después, y últimamente frías. Se llegó un día en que él creyó haberla olvidado y entonces...

Se casó con otra. Una semana después de la boda escribió a Lilia contándole lo ocurrido. ¡Pobre Lilia, tan enamorada para recibir ese golpe! Transcurrieron cinco años; pero fueron siglos de amargura y de castigo. Edgardo saboreó en ese tiempo las más negras penas que un hombre como él pudiera soportar. Su mujer no quería más que su dinero, y cuando se hubo aprovechado de una buena cantidad, huyó con su amante. Desesperado, trató de buscar otro amor... pero, ¡ay! ¿Acaso el amor se encuentra cuando lo buscamos? Cada día recibió un nuevo desengaño; a todos lados encontraba falsedad; y decepción tras decepción fue llevándolo al convencimiento de que su verdadera felicidad solo Lilia pudo dársela. Ella no había hecho nunca lo que su esposa. No, las ideas de su Lilia eran muy elevadas, su moralidad, muy distinta: si hubiera dejado de amarlo, habría sido franca en decírselo antes de traicionarlo... sí... Lilia era una mujer superior; él lo sabía muy bien. Y entonces pensó en ella como en algo sobrenatural, como en una criatura extraordinaria. La vida de Edgardo eran tinieblas y su planta solo pisaba abrojos; sentía la atmósfera nauseabunda y su corazón como serpiente; y en medio de aquel caos, la imagen de Lilia, se levantaba radiante, iluminando su paso. Lloró mucho y entonces llegó a amarla con toda su alma. Le escribió varias veces, con la seguridad de que ella, tan indulgente y compasiva, le tendería los brazos para sacarlo de aquel abismo en que se había hundido su existencia; pero la respuesta nunca llegó.

Ahora que Edgardo estaba a las puertas de la tumba, había hecho su testamento heredando a Lilia todo su caudal. ¿Qué importaba que ella estuviera casada? ¡Él quería que fuera feliz!

Meditando en esto, la joven enfermera dejó caer su cabeza en la almohada y cerró los ojos. Momentos después dormía.

III

Pasaron dos años. Era el mes de mayo. Los campos verdes perfumados y todavía húmedos por la lluvia recién pasada se envolvían en las suaves luces del atardecer. El cielo con sus fulgores rosáceos simulaba una sonrisa en occidente. Un hombre triste y escuálido caminaba hacia la ciudad. Era Edgardo Vivar, que aún sobrevivía a la carga de penas físicas y morales que por tanto tiempo lo habían azotado. Se hizo pasar por muerto desde aquella enfermedad a fin de que Lilia recibiera el legado que en su testamento le otorgaba; y, sintiendo que sus días eran muy cortos; había emprendido el viaje, porque, aunque de incógnito quería dejar sus restos en la tierra que había nacido la amada de su corazón.

A paso lento, meditando mucho y sufriendo más, llegó, sin fuerzas, a la puerta de una gran casa situada muy a la orilla de la ciudad. Vencido por el cansancio y el hambre se dejó caer, sin darse cuenta de más. Cuando volvió en sí, se encontró en un mullido y blanco lecho, ¿dónde estaba? Pasó su mirada por el contorno de aquel recinto donde había otras camas, y otras personas, sin duda enfermas como él. ¡No se equivocó! Se hallaba en un hospital.

—¿Cómo se llama usted?

—Le preguntó una hermana, al verlo que abría los ojos.

—Juan Montalvo.

—La hermana le pidió otros datos que anotó en una pequeña cartera.

—¿Qué hospital es este? —Preguntó inquieto.

—El hospital “Edgardo Vivar”.

—¡Cómo! ¿Cómo ha dicho usted?

La hermana repitió la respuesta agregando: —El señor Vivar, vivió por mucho tiempo en nuestro país, y al morir hace dos años, allá en su patria, no olvidó a nuestros pobres y legó toda su riqueza a la fundación de este hospital. Pero, ¿qué le pasa? ¿Acaso conoció usted a este señor?

—Sí... sí lo conocí...

—¿Pero... quién administra este hospital?

—El doctor Zamora.

—Y... ¿La señorita... quiero decir, la señora?

En fin, una señorita que se llamaba Lilia... ¿Dónde está? ¿Qué ha sido de ella?

Estas palabras fueron pronunciadas con una agitación tan grande, que apenas se podían oír.

—¡Ah! ¿Usted habla de la señorita Lilian Valle?

—Sí, eso es, Lilian Valle.

—Ella viene todos los días a visitar a los enfermos. Creo que, por su medio, el difunto Vivar hizo el donativo...

—¡Ah! Ya comprendo —suspiró el enfermo, enjugándose dos lágrimas tan amargas como el acíbar. Y, realmente: todo lo comprendía: Lilia no quiso recibir la herencia, y en su nombre la dio a los pobres. ¿Por qué? ¿Lo odiaba acaso? No, en el alma de Lilia no cabía el odio para nadie. ¿Lo despreciaba por orgullo? ¿O por qué era rica? ¿O todavía sentiría amor por él? Una confusión de ideas se armó en su cerebro que parecía estallar... aquel hospital llevaba su nombre, que los enfermos bendecían... por ella, el nombre de Edgardo Vivar se pronunciaba con amor.

La hermana se levantó y dirigiéndose hacia una joven que, vestida de riguroso luto, entraba a la sala dijo:

—Señorita Valle, este enfermo me pregunta por usted.

La recién llegada se aproximó al lecho, Edgardo fijó en ella su mirada intensa... no podía creer semejante dicha... era Lilia, la misma Lilia de antes, la que estaba inclinada sobre él diciéndole:

—¿Preguntaba usted por mí?

—Sí... deme usted su mano... solo quería estrecharla.

Lilia dejó que el enfermo tomará su mano enguantada y la acariciara entre las suyas. Lo observó detenidamente, asustándose de la fijeza con que él la miraba... aquellos ojos... ¡Cómo se parecían a los de Edgardo! Aquella frente era la misma... con este recuerdo se estremeció y un sudor frío recorrió su cuerpo.

¿Por quién guarda luto usted? —Le preguntó sin soltar aquella mano que apretaba sobre su corazón.

—¡Ah!... —suspiró ella— es por el bienhechor de este hospital que lleva su nombre.

—¿Era amigo suyo?

—Sí...

—¿Usted no se ha casado?

—Ni pienso hacerlo... pero... ¿A qué esas preguntas?

Edgardo sintió que la cabeza le daba vueltas, la tierra se hundía y el techo se desplomaba; todas las cosas en continuo giro hacían desaparecer la imagen de Lilia entre una nube que se alejaba...

—¡Lilia, Lilia! —Gritó él, abriendo desmesuradamente los ojos y queriendo incorporarse—.

No te alejes, no te vayas... quiero... verte... luego... todo terminó. Edgardo había muerto.

El grupo Zelaya Sierra*

El arte nacional hondureño tiene ya un grupo que lo respalde en sus anhelos, que aliente sus empresas, que descubra y proclame el verdadero mérito de sus obras y glorifiquen sus positivos valores. Este núcleo que representa la fuerza impulsora del ascenso, está constituido por el grupo Zelaya Sierra.

Al calor de esa convivencia que hermana los espíritus superiores, unidos todos por la comunicación del ideal, se verifican las reuniones de esta sociedad que empapa el alma en las fuentes de la inspiración y el bienestar. Cada cual ofrece de su parte lo que puede dar y de este modo, en brazos de la verdadera confraternidad son todos uno por el sentimiento.

Sin ostentaciones vanas, sino con un acto sencillo, el grupo hizo una simpática recepción a nuestra escritora, doctora doña Lucila Gamero de Medina. Fue algo así como si en aquellos momentos nos halláramos en un vergel y cada socio tomara su gusto la flor predilecta con cuyo perfume y hermosura ofrendar a la distinguida huésped. El presidente del grupo, doctor Esteban Guardiola, dirigió

* Isabel D. Laínez, "El grupo de Zelaya Sierra", *Alma Latina*, vol. III, n. 38, (junio, 1934): 23.

las frases de salutación que fueron correspondidas bellamente por la festejada. Brindaron la delicia de sus composiciones la señorita Choncita Padilla, doña Argentina de Díaz Lozano y los profesores Alejandro Alfaro A. y Víctor F. Ardón. Acto muy significativo fue la recíproca condecoración que los caballeros y señoras se hicieron con la rosa blanca y la hoja de laurel, insignia del grupo. Fueron exhibidos algunos cuadros del eximio artista Zelaya Sierra, entre los que pudimos admirar la *India del Huacal* y su autorretrato, obras que han sido acreedoras al aplauso de personas entendidas quienes han calificado estos trabajos como efectivas joyas pictóricas. La orquesta amenizó los entreactos y la sesión terminó con la rifa de un ejemplar de *Blanca Olmedo*. Fue así como el grupo Zelaya Sierra rindió homenaje de cariño y admiración a la genial novelista hondureña.

Al desear que las aspiraciones del grupo, condensadas en la persecución del bien, se conviertan siempre en realidades, enviamos nuestros parabienes a doña Lucila y sinceramente felicitamos a la iniciadora de la agrupación, profesora Choncita Padilla, exponente de las letras hondureñas, quien, con su voluntad firme y su entusiasmo desbordante, está contribuyendo a una obra de justicia y de progreso: estimular y enaltecer al artista nacional.

Isabel D. Laínez

Comayagüela, junio de 1934

Isabel García M.



La escuela como causa de prosperidad nacional*

Tesis de Chabelita

honorable tribunal examinador

Señores:

Como un requisito para obtener el título de Profesora de Instrucción Primaria, vengo a dar lectura a este modesto trabajo, cuyo tema es el siguiente:

No se necesita esfuerzo alguno para comprender la importancia que la escuela tiene para el bienestar nacional. La escuela, como el hogar, es algo fundamental a la vida y prosperidad de los pueblos, y su influencia es el porvenir de los mismos es decisiva, de manera tal que todos los acontecimientos sociales, venturosos o adversos, tienen su origen y explicación principal en el sistema y carácter de la educación impartida.

Efectivamente, la escuela es el factor más poderoso en el adelanto de las naciones, cuando la educación e instrucción que en ella se dan son las más adaptables al carácter y necesidad de los pueblos; cuando la enseñanza se orienta en forma conveniente, de manera integral y por lo mismo hacia el mejoramiento del individuo y de la sociedad, en todos sus aspectos. Pero la escuela, que, aunque llamándose tal, no reviste en su funcionamiento los caracteres indicados, antes de ser una causa poderosa de adelanto, constituye un elemento perturbador del bienestar particular y general. Por ejemplo, Suiza, Inglaterra, Alemania, Bélgica, Estados Unidos de Norteamérica y otros países de civilización avanzada, deben su prosperidad a la verdadera escuela, a la que orienta los pueblos con enseñanzas provechosas, educándoles e instruyéndolos con toda eficacia. Y en cambio, otras naciones, como algunas de las hispanoamericanas, deben su atraso lamentable y su completa bancarrota, a la mala escuela, a la escuela deficiente, que imparte una instrucción inadaptable al modo de ser y a las necesidades y aspiraciones de individuos y pueblos.

Siendo la escuela bien entendida el centro en donde se forman al verdadero ciudadano, a la mujer, que tan importante papel desempeña en el hogar, a las clases directoras y, en fin, a todo

* Isabel García M., "La escuela como causa de prosperidad nacional", *La Nueva Era*, año III, n. 30, (30 de noviembre, 1931): 20-22.

elemento útil a la sociedad, dándoles una educación eficiente para luchar con ventaja en todos los órdenes de la vida, resalta la importancia de aquella como causa de la prosperidad nacional.

La función social de la escuela es múltiple y trascendental: recibe al niño del hogar y con la cooperación de sus padres se inicia la labor educativa en los kindergarten o jardines de la infancia, continuándola en las escuelas primarias; allí se modela el espíritu del niño en un medioambiente favorable, se atiende al desarrollo gradual de su inteligencia, a educar su voluntad robusteciéndola y a inculcarle los conocimientos elementales más indispensables.

Estudiadas sus aptitudes e inclinaciones vocacionales, ingresa a los establecimientos de segunda enseñanza o profesionales, en donde, ensanchando sus conocimientos, se forma al ciudadano, al elemento útil para el hogar, la sociedad y la patria. Ingresa después el educando, en toda su plenitud, a la sociedad, donde pone en juego todas sus actividades, contando para ello con un amplio caudal de conocimientos y con una voluntad sana y firme. Y luego se convierte, por la reflexión y la experiencia, en estadista de renombre que hace la felicidad de su patria o en industrial, agricultor o artesano competente que, laborando tesonera y pacientemente, contribuye al bienestar y progreso de la nación. Por supuesto que para lograr la escuela este resultado tan eficaz y útil, es indispensable la aplicación de los mejores sistemas y métodos educativos, de manera que se obtenga en los alumnos el desarrollo armónico y gradual de sus facultades psíquicas y morales, sin descuidar su desarrollo físico.

Se debe despertar en el educando el espíritu de iniciativa, de responsabilidad y enseñarle a pensar, a razonar detenidamente, a fin de que resuelve y lleve a cabo con éxito los arduos problemas que en la vida se le presenten. Hay que someterlo a una especie de entrenamiento para capacitarlo en la lucha por la existencia y lograr su perfeccionamiento, el que redundará en provecho de la colectividad a que pertenezca. Bien se comprende, según lo expuesto, que la enseñanza más que teórica debe ser objetiva y práctica, para que pueda responder a los reclamos de la época, que consisten especialmente en la satisfacción de las varias necesidades individuales y colectiva, en el ensanche de la riqueza y en la mayor prosperidad de la nación, como base para el respeto de sus instituciones. Por lo tanto, es indispensable, para el fin indicado, el funcionamiento de escuelas de adultos, nocturnos de artes y oficios, de comercio, agricultura, de industrias, etc. En nuestro país urge, sobre todo, industrializar la enseñanza, ya que contamos con múltiples riquezas naturales, improductivas en su mayor parte y cuyo metódico aprovechamiento mejorará notablemente la economía nacional.

Como condición para el progreso patrio, la escuela debe fomentar también el espíritu de cooperación, que es muy necesario para el bienestar general y para lograr la educación social. Las aptitudes individuales, actuando aisladamente por injustificable egoísmo, no serán jamás un factor eficiente de prosperidad.

La gran nación del norte nos da un ejemplo elocuente de cooperación y de enseñanza esencialmente práctica, con resultados inmediatos de positiva utilidad. Y así se explica la envidiable prosperidad de que allá se goza. Los norteamericanos, educados en la escuela utilitaria, han sabido aprovechar todas sus riquezas naturales, obteniendo así un intento de desarrollo industrial y comercial, ayudados también por el sistema cooperativo, en virtud del cual logran las mayores ventajas del capital, del trabajo y de los demás factores de la producción. Honduras debe, pues, en la relatividad de su medio, seguir ese ejemplo edificante de sentido práctico y de cooperación social.

Merece aquí principal atención el desarrollo de la agricultura; y es la escuela la llamada a cooperar en tal sentido con el apoyo de los poderes públicos. Es indudable que nuestra fuente de riqueza está en la tierra, por lo que debe infundírsele al niño el amor a ella, enseñándole el cultivo de las plantas más necesarias, por medio de pequeños campos de experimentación agrícola o huertos escolares. De esta manera, cuando sea hombre no abandonará el campo para ingresar a la ciudad y convertirse en parásito y en elemento propicio al empleo público y a nuestra mal llamada política.

Para cimentar la obra de progreso, bien hacen los que predicán y trabajan en favor de la paz, ya que sin esta ningún adelanto firme y duradero es factible. Por consiguiente, cumple la escuela con un deber primordial, inculcando en los alumnos sentimientos de fraternidad; hace obra patriótica condenando la guerra, despreciando al caudillo revoltoso y considerándolo en el grupo de los delincuentes, porque criminal de la más grave responsabilidad es todo aquel que empuña o hace empuñar el arma fratricida, para satisfacer únicamente ambiciones de mando o de lucro personal, en vez de poner sus luces y actividades al servicio de la tranquilidad pública y del progreso de la nación.

Como en nuestro país, según sus leyes, la enseñanza es costeadada por el Estado, los poderes públicos cumplirían de mejor manera sus deberes, en cuanto a la función educacional, llevando a cabo reformas saludables en las leyes del ramo y, especialmente, fijando en el presupuesto de gastos una cantidad mayor que la acostumbrada para atender a la enseñanza nacional, de manera que el ejecutivo pudiera aumentar el número de las escuelas —sobre

todo rurales—, y crear establecimientos de enseñanza práctica y de útil aplicación. Así y con la cooperación del profesorado comprensivo, que de verdad ama la enseñanza, aumentaría la eficiencia de la escuela hondureña, obteniéndose pronto óptimos frutos.

Sintetizando lo expuesto anteriormente, cabe sentar como un axioma, lo siguiente: que, sin la verdadera escuela, la prosperidad o adelanto de las naciones, de manera amplia, no es posible, pues como acertadamente alguien ha dicho, la escuela es un elemento indispensable para la evolución de la sociedad. Y el tipo ideal de esta y del Estado consiste, según Nícholas M. Búbler, “en una democracia en la cual cada hombre y cada mujer sean aptos para ser libres, para realizar los mejores esfuerzos posibles para expresar su propia personalidad, participando en las grandes instituciones y esfuerzos que constituyen la civilización, y en el beneficio de los demás, animados todos de igual designio”. Esto es, dice el mismo publicista, el fin social de una educación bien concebida.

Antes de terminar la lectura de esta tesis, que presento respetuosamente a la ilustrada consideración del Honorable Tribunal Examinador, contando desde luego con su benevolencia, tengo el gusto de cumplir con el sagrado deber de expresar mi más profundo agradecimiento a la señorita directora de este Centro de Enseñanza a mis distinguidos profesores, así como a mis queridas compañeras de estudios, porque con su buena voluntad y afecto, con sus consejos y oportunas enseñanzas, han cooperado generosamente en la obra de mi educación y han hecho muy grata mi presencia en esta escuela, que será para mí inolvidable.

Isabel García M.

Tegucigalpa, 12 de noviembre de 1931

I talia Aronne Ferrera



La mujer de ayer y la mujer de hoy*

No hablaré de la constitución física de la mujer, porque es sabido por todos que se caracteriza por su delicadeza y fragilidad. Hablaré del papel que ha desempeñado, tanto en los antiguos tiempos, como en los actuales.

La condición de la mujer en la antigua Grecia, cuna de la civilización, bastante depresiva, pues solo se concebía como hembra, sometida totalmente a la voluntad de su dueño o su marido. Su juventud la pasaba en el gineceo en el que se le enseñaba a leer y escribir, mas no se le instruía en las artes y en las ciencias, pues decían que la música y la poesía la corrompían, despertando en ella los vicios.

Durante muchos siglos el campo de acción de la mujer fue el hogar. Así Fray Luis de León en su *Perfecta Casada*, por medio de una imagen sencilla da la idea de lo que para él y los hombres de su tiempo era la mujer. Dice que Fidias, gran escultor griego, hizo para su pueblo una estatua de Venus con una tortuga debajo de sus pies. La tortuga, es allí un símbolo, de silencio, de sumisión, y, sobre todo, de apego al hogar, de apego a la concha.

Después se comprendió que era necesario educar e instruir a la mujer para la buena educación de sus hijos. Se le dio libertad, se le admitió en la escuela, y en estas actividades demostró que podía discernir o pensar con eficiencia; se notó que la mujer, aún sin instrucción, por medio de su delicada y fina intuición, es capaz de sondear los arcanos de la vida; se observó que en la miseria se contenta con solo el bienestar de los suyos; como madre constituye la felicidad y bendición del hogar, pues con sus reflexiones y consejos corrige las faltas de sus hijos; con su abnegación, bondad y dulzura se asemeja a Dios.

Actualmente las concepciones erróneas que se tenían de la mujer han desaparecido, se la deja en libertad para que actúe en todo campo de acción, frecuenta escuelas, cursa cualquier profesión y puede dedicarse a ella con entera libertad, desempeña empleos con tanto acierto como puede hacerlo un hombre, se le solicita su opinión para la resolución de asuntos delicados, y mediante el estudio afanoso y el cultivo de las artes, muchas mujeres han llegado a escalar envidiables posiciones en el conglomerado social. Esto en el campo intelectual. En el terreno puramente material, sabe desempeñar acertadamente sus oficios propios. En las guerras de este siglo, mientras los hombres luchan en el frente,

* Italia Aronne Ferrera, "La mujer de ayer y la mujer de hoy", *Sinergia*, vol. I, n. 5, (febrero, 1941): 100.

la mujer toma a su cargo los quehaceres que estaban bajo la atención del hombre, y es así como se le ve en los establecimientos industriales, manipulando toda clase de vehículos, gobernando un arado mecánico, preparando las tierras para toda clase de cultivos, recogiendo las cosechas, hasta llega a empuñar el arma, tanto para guardar el orden interno de las poblaciones, como para oponerse, valerosa y resuelta, al progreso de una invasión, sacrificando su vida en aras de la patria. Y en todas estas tareas, la feminidad se mantiene incólume, y más bien resplandece como una sonrisa de bendición, sobre los horrores de la matanza.

Ahora que el monstruo de la guerra tiñe de sangre fraterna muchas parcelas del mundo y la ambición y la codicia surgen impetuosas y en desenfrenada carrera, la mujer debe compenetrarse de su misión en la tierra. Es ella quien debe trabajar en forma sistemática y constante por el resurgimiento de la paz. Sus acciones y enseñanzas deben tener por fin afirmar la fraternidad entre los pueblos y preparar el sentimiento de sus hijos para que comprendan lo que significa la solidaridad humana.

Madres, hijas y maestras: unámonos en un solo bloque y hagamos campaña para destruir el monstruo de la guerra y que surja la paz redentora y duradera.

Unificación del Magisterio Nacional*

Se ha llegado en Honduras a una etapa evolutiva en todos los aspectos que tienden a enaltecerla. En su deseo vehemente de llegar a alcanzar la cima del progreso y de la cultura, el actual gobierno da el mayor apoyo al ramo de educación, pues comprende que en manos del maestro se encuentra el porvenir espiritual y material de la nación.

La patria pone la juventud en manos del maestro, para que encuentre los atributos que forman la personalidad; su condición moral, sus aptitudes; luego cultivar esos atributos y colocar al individuo como miembro útil a la sociedad y a la patria.

Para que el maestro cumpla eficientemente esa misión, debe ser fuerte. Fuerte en lo moral y en lo físico. ¿Pero... de dónde tomará esa fuerza...? Se preguntarán las gentes sensatas si vive aislado sin

* Italia Aronne Ferrera, "Unificación del Magisterio Nacional", *Revista Senderos*, año I, n. 1, (agosto, 1949): 19.

más mira que la realización de su deber obligado dentro del aula. A lo cual responde la comprensión y la altitud de miras: ESA FUERZA LA OBTENDRÁ DE LA UNIFICACIÓN, de la unificación del pensamiento, de la unificación de la acción de todos los elementos que formamos el MAGISTERIO y que llevamos la vista fija en el horizonte amplio y hermoso de un mañana colmado de felicidad, de grandeza y de positiva pujanza para la consecución de nuestras sagradas aspiraciones.

Ya es hora de que nuestro conglomerado magisterial que es tan grande en Honduras se unifique. En el pueblo más humilde hay una escuela y por ende un maestro. Una escuela que arroja luz, y un maestro grande con espíritu y ansias de superación, que unido a los demás hará un bloque de granítica textura en la que se estrellará la furiosa embestida de la ignorancia.

Ya es tiempo de que se efectúe esa unificación. Para conocernos mejor; para exponer nuestros comunes intereses defendiéndolos de las extrañas asechanzas; para relacionarnos; tanto los que empiezan a arar en el basto campo de la educación como los ya experimentados, es decir, aprender los unos de los otros.

En casi todas las naciones de avanzada cultura hay unificación del magisterio. Los Gobiernos les encomiendan problemas culturales de gran trascendencia, y ellos los resuelven con acierto... ¿Por qué en Honduras?, que es nación joven cuyo nombre repercute por todos los ámbitos del continente, haciendo oír el eco de su paso por los campos floridos de la civilización, ¿no hemos de unificarnos...?

En 1943 se llevó a cabo en Santiago de Chile el IV Congreso Panamericano de Maestros, con el objeto de unificar las ideas y labor profesional de los hijos de Minerva. Asistieron delegaciones de varios y adelantados países. La delegación de la Federación Americana del Uruguay presentó unas declaraciones. Expondré solamente una de ellas por considerarla muy oportuna, y la cual literalmente dice: "Hacemos conocer nuestro anhelo de que el Magisterio de América alcance a ejercer influencia decisiva en la evolución social del continente por medio de la acción conjunta de todas las federaciones gremiales de la enseñanza". Y, este es un llamado que nosotros no debemos dejar pasar desapercibido. Todos los maestros de la costa norte, hemos sido invitados por nuestros hermanos en el ideal de la capital del país, para ir a Tegucigalpa a compartir en íntima comunión momentos de verdadera camaradería, el DÍA DE NUESTROS DÍAS... EL DÍA DEL MAESTRO. Es esta una preciosa e inapreciable oportunidad, que debemos aprovechar para atar ese lazo que nos convertirá en un haz fuerte en anhelos y propósitos.

Así, íntimamente unidos, lograremos arrojar al cesto del olvido esa idea absurda que cunde en los cerebros raquíticos y enfermos de pesimismo y egoísmo, de que el maestro es un ser débil... un pobre ser sin aspiraciones ni anatas de superación y altura.

Nuestra patria... esta noble y bella Honduras arrullada por el rumor de ríos, arroyos y pinares, clama por esa saludable UNIFICACIÓN... porque ella trae el vigor, de grandeza y la potencialidad de esa masa de mentores que forjan diariamente los cimientos de evolución colectiva en el triple aspecto: físico moral e intelectual. Y nosotros, hermanos, no debemos desoír la voz de la cordura. Hemos de marchar... de ir hacia adelante en pos de la estructuración de un pedestal indestructible donde flamee airoso el estandarte de la positiva redención gremial que solo puede alcanzarse por la UNIDAD absoluta.

Italia Aronne Ferrera

Juana Zelaya de Zelaya



Los amores de Carlota*

Hace algunos años fui a pasar las vacaciones a una casa de campo que a dos leguas del pueblo de D. tiene mi tía Guadalupe, la mayor de las hermanas de mamá. Durante los primeros días no pasé muy divertida. Mi tía, constantemente triste desde la muerte de mi primo Arturo su único hijo, ocurrido un año antes, pasaba largas horas en la soledad de su cuarto, sin darme lugar a divertirla con los infinitos chistes aprendidos a las compañeras del colegio; de manera que tenía que conformarme con la compañía de los hijos del mayordomo, con quien recorría los alrededores de la hacienda cortando guayabas y buscando nidos. Eran tres: Luisa de catorce años, Augusto de doce y Valentina de diez. Yo tenía diez y ocho y guardaba para ellos el cariño lleno de condescendencias que los mayores guardan a los pequeñitos.

Una tarde, cuando nos disponíamos a salir me dijo Augusto:

—Hoy vamos por el lado de El Triunfo; en la orilla del potrero hay unos palos que están llenos de guayabas rojas y maduritas.

—Sí— dijeron a un tiempo Luisa y Valentina y tomándome de las manos emprendimos el viaje escoltadas por Augusto.

Absorta en los pensamientos que me había despertado aquel nombre El Triunfo, no hacía caso de la animada charla de los muchachos. Iba recordando que esa era la hacienda en que vivía Carlota Romero, una guapa muchacha que fue de mi primo Arturo y de quien me dijo este en una carta: “Todos los días doy largos paseos acompañado de Carlota Romero, aquella simpática muchacha que conociste hace tres años, cuando viniste a pasar unos días la hacienda. Temo quemarme en el fulgor maravilloso de sus negros ojos....

Conservaba de ella un recuerdo muy vago. Solo la había visto una vez en que acompañó a su madre a visitar a mi tía. Era de mi misma edad, pero muy crecida.

Llegamos a los lindes del potrero y mientras los muchachos se subían a cortar guayabas, me eché sobre el musgo como fatigada. Se habían despertado en mí muy tristes recuerdos...

* Juana Zelaya y Zelaya, “Los amores de Carlota”, *Excelsior*, año I, n. 1, (5 de febrero, 1933): 31-32.

Me sacó de mis abstracciones el galope de un caballo que pasaba por el camino del que apenas nos separaba el cerco de alambre del potrero.

Al incorporarme vi una muchacha vestida de hombre que montaba un soberbio caballo negro. Nuestros ojos se encontraron por un segundo, pero no me saludó. Con la mirada interrogué a Luisa.

—Es Carlota Romero —me dijo—, siempre va sola a todas partes.

Un año antes mi tía era la mujer más feliz. Arturo acababa de terminar sus estudios de bachillerato y pasaba unos días en la hacienda antes de irse para Guatemala donde seguiría la carrera de medicina. Era un muchacho guapísimo, inteligente y simpático como no he conocido otro. Mi tía, que quedó viuda muy joven, concentró en él todas sus afecciones y estaba orgullosa de él. Pero una tarde del último diciembre un labrador lo encontró muerto de una puñalada en el corazón, a un lado del camino que conduce de la hacienda al pueblo. Un impenetrable misterio cubrió el doloroso fin de mi primo.

En vano mi tía enloquecida de pena, se valió de todos los medios para averiguarlo. Desde entonces se quedó definitivamente en la hacienda.

Cuando la rogué me llevara a la hacienda de los Romero porque quería ser amiga de Carlota dijo:

—Ya que tú lo quieres, lo haré por complacerte, pero no me gusta que vayas a intimar con esa muchacha.

—¿Por qué, tía? ¿Tiene usted algún motivo para aborrecer a Carlota? —Le dije llena de extrañeza.

Tengo muy buenas relaciones con toda la familia, pero desde la muerte de Arturo, al encontrarme con ella siento un extraño malestar; es un sentimiento pueril que no puedo dominar; por eso temiendo manifestarlo me he evitado de visitarlos.

Ocho días después éramos inseparables Carlota y yo. Con trajes masculinos montados en los más briosos corceles, íbamos por todas partes risueñas y felices. Por convenio tácito era yo la que iba todos los días a casa para efectuar nuestros paseos, Carlota era hermosísima. Alta, esbelta, graciosa y distinguida, con una boca pequeña y roja, que a veces se contraía en gesto de supremo hastío y unos ojos negros, grandes y profundos de extrañas fulguraciones, resultaba un tipo soberbio, digno de un pincel maravilloso. El carácter de mi amiga era muy variable.

Algunas veces la encontraba contenta, dispuesta a la alegría y a las confidencias y otras meditabunda, triste, con un extraño brillo en las pupilas trágicamente negras.

Nunca pude obtener de ella una confidencia sobre sus relaciones con Arturo. Cuando sutilmente la interrogaba sobre esto, esquivaba las respuestas y se tornaba sombría. Yo me imaginaba que su amor no se había extinguido y que los recuerdos del pobre muerto le hacían daño...

Un día me dijo:

—A nadie en la vida he querido tanto como a ti, mi buena Mary y resulta muy extraño para mí que no entregó fácilmente mis afecciones.

—Tú no haces más que corresponderme mi querida Carlota —le contesté, ya sabes que yo te quise apasionadamente desde que te vi.

Los dos meses de vacaciones transcurrieron para mí muy pronto. Nunca había pasado un tiempo más dichoso que aquel.

—A la víspera de mi regreso a la ciudad capital, a las cuatro de la tarde, fui a buscar a Carlota, presa de una honda tristeza que en vano trataba de disimular, la encontré ya dispuesta para montar.

—Hoy es nuestro último paseo, querida, le dije mientras atravesábamos la gran puerta de hierro del zaguán que rodeaba la hacienda.

—Sí, y contigo se irá mi alegría Mary, porque quizá nunca más volveremos a pasear juntas a través de estos llanos siempre llenos de encanto y de verdura.

—No, Carlota, yo tengo la esperanza de volver el año entrante al lado de mi tía y entonces reanudaremos estas horas dichosas.

—Es que cuando vuelvas ya no me encontrarás, querida mía, —me dijo con una extraña inflexión en la voz.

Comprendiendo que toda interrogación sería inútil, quise responderle nada, y espoleando los caballos que partieron al galope, continuamos en silencio nuestro último paseo.

Tomamos el camino que conduce al pueblo. Al pasar por un lugar donde una cruz de madera señala el lugar donde mi primo fue muerto, le dije:

—¿Quieres que nos bajemos a descansar un rato, Carlota?

Pareció salir de un sueño doloroso, se pasó la mano por la frente cubierta de sudor y, sin hablarme se bajó del caballo. Yo también me bajé, a la sombra de un árbol gigantesco que bordeaba el camino y nos sentamos. Señalándole la pequeña cruz que a pocos pasos de nosotras estaba, le dije:

—Hace un año que Arturo duerme el sueño eterno y su asesino no ha sido aún encontrado... Ah, daría diez años de mi vida por descubrirlo...

—¿Qué puede haber impulsado a un hombre a quitar la vida de modo tan salvaje a un muchacho tan bueno y tan cariñoso...?

—Mary, la respuesta encierra el secreto de mi vida... —me dijo Carlota. Y como yo la miraba con los ojos llenos de angustia continuó con voz sorda:

—¿Quieres saberlo, pobre amiga? Arturo juró que me amaba y yo le entregué mi alma con todo el ardor de mi juventud apasionada... Estas llanuras y florestas fueron testigos mudos de nuestros juramentos. Un día no pude resistir al encanto de sus ojos luminosos y tristes y... bajo el fuego de sus besos le hice la completa entrega de mi ser... Después... en un acceso de celos absurdos que me sofocaban dolorosamente... le hundí este puñal en el corazón...

Y puso ante mis ojos horrorizados, un pequeño puñal, con cacha de nácar, mientras los suyos se llenaban de lágrimas.

Salamá

Josefa Carrasco



El trabajo y el campo*

El fruto del trabajo es el más dulce de todos los placeres.

Generosamente excitada por la sociedad científico-literaria, *La Juventud Salvadoreña*, para colaborar en el periódico del mismo nombre, no puedo menos que hacer un esfuerzo para hilvanar mis pobres y oscuras ideas; satisfaciendo así una afición personal y cumpliendo a la vez con un deber que me impone la cortesía. Me place hacerlo como una débil muestra de respetuoso agradecimiento por la distinción con que he sido favorecida por aquella sociedad, que entusiasta, inteligente y laboriosa, derrama sus luces a manera de flores en aquella tierra de los volcanes.

Difícil es, ciertamente, para un cerebro estrecho, dar vuelo a los pensamientos que encierra, con esa galanura, esa energía y tino singular con que lo trivial se hace nuevo y lo feo se hermosea; cualidades son estas que solo disfrutan los que escriben apoyados en su talento, en la instrucción y la experiencia. No obstante, muchas razones pesan sobre mí, y me halagan e impulsan en esta vez; bastando ellas para cobrar el ánimo necesario, y sirviéndome también de suficiente excusa para impetrar la indulgencia que merecen mis producciones de aquellos que las leyeran.

El trabajo no es una maldición arrojada a la humanidad: nada tiene en sí mismo de execrable para que el hombre no lo constituya como una grata obligación, y la mujer como uno de sus más bellos adornos.

El que consagra toda su actividad individual por el trabajo, el verdadero labrador, no abandona una sola de sus faenas diarias por las frívolas distracciones del momento. Para esos nobles esclavos de su familia, la agricultura, el trabajo físico constituye su ocupación primordial, a diferencia de los que ejercitan su mente en la política, en las especulaciones científicas y en las artes. Estos, colocados como se sabe, en una esfera más alta, gozan casi siempre de los favores de la fortuna, deidad voluble y caprichosa que a menudo se convierte en tirana del más débil; pero en cambio aquellos, al favor de una vida menos agitada y azarosa, disfrutan de su trabajo tranquilamente, y viven a cubierto de múltiples desazones y zozobras.

* Josefa Carrasco, "El trabajo y el campo", *La Juventud Salvadoreña*, tomo II, n. 6, (septiembre, 1890): 109-112.

El trabajo, de cualquier naturaleza que sea, y en cualquier escala que se encuentre quien lo ejercita, produce siempre los mismos efectos; nos brinda honores, gloria verdadera y un privilegio que enaltece, sin distinción de sexo, así al trabajador crecido entre la seda y la mullida alfombra, como al que nació entre las zarzas y las flores de los campos.

Arcadio Roda, en su primer discurso en el *Ateneo Científico-literario de Madrid*, hablando de los oradores de la antigua Grecia, entra en consideraciones y dice: “Bajo las doradas techumbres de los palacios, es muy raro que se albergue la semilla del genio; entre el estruendo corrompedor de los placeres y los festines, es más raro aún que se desarrolle. Buscadle siempre arrullada por el murmullo apacible del trabajo; buscadle siempre en tierras que se rieguen y fecunden con el sudor de frentes laboriosas, y veréis cómo allí es donde germina, donde nace, donde crece y fructifica”.

Esto, ¿qué prueba? Prueba que la ley del trabajo es universal; que los sabios no han podido eludirla, porque para llegar a producir grandes pensamientos, era preciso un constante y profundo estudio de las ciencias, y, además, que, si no se hubieran sometido a aquella, el clarín de la fama no hiciera perdurable su recuerdo a la posteridad, ni inmarcesibles palmas dieran grata sombra a sus sepulcros. De esto se desprende una deducción natural; y es: que todos, usando de los medios que Dios, la naturaleza o la fortuna hayan puesto en sus manos, deben forzosamente trabajar.

El trabajo es de precepto divino, y no solo nos da su ejercicio las decantadas riquezas, sino que es uno de los pocos medios con que contamos para allegarnos a los umbrales del alcázar de la felicidad, y al sentir en él sus inefables goces; pero aquellos goces íntimos y puros que no se fundan en el logro de fútiles propósitos, ni en el superficial encantamiento que produce la vida de holganza.

La indolencia en el hombre es para los pueblos, lo que el frío glacial del norte para la vida de las plantas en aquella región; y así como este reprime el desarrollo en el reino vegetal, así aquella entorpece la marcha del progreso de las naciones sujetas a su maléfica influencia, oponiéndose como una valla al ensanche de la industria y del comercio. No hay reproducción ni movimiento; no hay en consecuencia, esa sucesión de las mudanzas en el ser, ley constante de la naturaleza: no hay vida.

La pereza, esa parálisis del cuerpo y que lleva también su acción sobre el espíritu, enfría y enferma el alma; destruye el rosado color de los labios y enturbia el brillo de los más lindos ojos. La ociosidad es una especie de muerte moral que se refleja en el semblante pálido y demacrado de sus infortunadas víctimas.

La riqueza que más debe apreciarse, la que nos hace sentir intensos y legítimos goces, es la que brota con el sudor de nuestra frente. “El trabajo, dice Larochevoucauld, nos libra de las penas del alma: esto es lo que puede hacer a los pobres, dichosos”. ¿Los pobres? ¡Benditos sean los pobres! Ellos recogen las flores que las lágrimas de sus ojos hacen brotar en la áspera senda de su vida.

El espíritu de Dios ilumina la morada del labriego que honradamente trabaja, y que al sentir los hálitos de la mañana descender del cielo, se postra de rodillas y eleva al Creador sus oraciones; para entregarse luego a sus cotidianas tareas, al son de esta rústica estrofa:

Prefiero del campo
la vida tranquila,
del árbol la sombra,
Del ave el cantar;
En vez del halago
Del vano atractivo
Que allá en las ciudades
Nos suele engañar.

¡Qué feliz es la vida en el campo, rodeada de esa quietud religiosa y solitaria en que el alma, replegada en sí misma, dilata el perfume del sentimiento y cuenta enajenada los latidos del corazón!... El espíritu se regocija y se ensancha en medio de una vegetación exuberante y lozana, bañada por los poéticos tintes de la aurora, cuyos inimitables cambiantes irradian sobre la verde vestidura de las praderas, en el vario plumaje de las aves; y se reproducen en las oscilantes gotas de rocío que inclinan el tallo de la gallarda flor, a recibir el vivificante aliento de la húmeda tierra, las caricias espontáneas de esa madre de las plantas, que, sensible al golpe del arado del labrador, se estremece voluptuosa, y hace brotar de su fecundo seno las doradas espigas, las mieses del sustento humano, las flores y los frutos, para ofrecerlos a la diosa de la agricultura como merecido tributo.

¡Qué grato es contemplar de cerca los llanos y las pequeñas colinas, ver las cercanías levantarse altivas como ansiosas de la respiración libre y de los rayos del sol que enamorado y galante desata sobre ellas un haz de brillantes hilos, reflejándolas a la vez en el cristalino y murmurador arroyuelo, que reluciente corre entre el follaje de entrelazadas palmas y perfumados lirios!

¡Qué escenas las de los campos! Son tan dulces, tan inocentes... Gusta tanto correr inútilmente en pos de un ave que vuela hendiendo el aire, orgullosa de su libertad; o ya en pos de una dorada mariposa que, describiendo innumerables círculos, huye lejos, y revoloteadora siempre, desprecia el lirio que le brinda

albergue para su reposo; ¡o sentir nuestra atención atraída hacia la blanca azucena que se balancea erguida y altiva entre los musgos y los arbustos de la pradera!

¡Qué dulces son también! Qué indefinidas las sensaciones que invaden el alma cuando comienzan a desarrollarse las bellezas del crepúsculo; cuando en el límpido azul del firmamento se destacan aéreos castillos, vaporosos y movibles monumentos, velados por una espléndida red deslumbradora de pomposos y vívidos colores, ¡salpicada de perlas y diamantes! De tan misteriosa conjunción, surgen varias y caprichosas formas como esparcidas al acaso; descuellan palmeras inmensas cuyos ápices se encaminan a descansar en el perfil de la arrogante nube que corona la cima de las montañas, cuyo verde y espeso cortinaje, ostenta magnífico contraste con la brillante galería que parece sujetarle. ¡Oh, dulces misterios de la hora vespertina, rumores armoniosos que pobláis con profusión el espacio! Con qué ansiedad os busca mi fantasía, ávida siempre de descubrir vuestro misterioso origen, al sentir que la brisa orea y agita mi frente con su soplo, como agita y orea los cabelludos y sollozantes pinos, velados por las sombras tranquilas de la noche, sombras que disipan el regio panorama con que nos regaló el cielo, y obligan también a los alegres pajarillos a refugiarse en la cercana alameda, donde los céfiros nocturnos hacen vibrar las hojas de los árboles, como el trovador las sonoras cuerdas de su arpa. ¡Oh, Naturaleza! La más inferior de vuestras escenas encierra el himno sagrado que entonan millares de voces; en los aires, en el cielo y en los mares; himno que se halla escrito en el corazón de la humanidad, quien lo repite día tras día, inspirada en el amor, la fe y el trabajo, trinidad sublime que nos conduce por el camino de la felicidad.

Josefa Carrasco

Santa Bárbara, Honduras

La charla de una flor*

Yo tenía una hermana, flor, blanca y pura, de tallo enhiesto y flexible, rodeada coquetamente, en la base, por un lindo grupo de verdes y lustrosas hojas.

El día en que la naturaleza le dio vida a flor, surgió la aurora alardeando de una espléndida profusión de luz, de colores, de encantos y de armonías. Las profundidades del cielo se bañaron

* Josefa Carrasco, "La charla de una flor", *La Juventud Salvadoreña*, tomo VII, n. 7, (julio 1897): 152-154.

en tintas de púrpuras y las estrellas rutilantes, amigas de la noche, palidecían a la mañana cual si se sintieran eclipsadas por los reflejos de un sideral incendio.

El águila, soberbia, hendiendo el aire con sus rápidas alas, elevó al firmamento su afortunado vuelo; las avecillas, dulces y canoras saludaron con su himno no a la mañana, y nosotras, las mimadas de Céfiro y de Flora, prodigando nuestros aromas, recibimos el beso de la luz.

¡Solo ella estaba mustia, solo ella no gozaba
la fiesta y las caricias de un día encantador;
no sé qué presentía, o qué pesar lloraba,
muda y triste guardaba su profundo dolor!

¡Tan hermosa y tan dada a las penas, tan tierna y ya sintiendo los arrebatos de un dolor ignorado!

¿Por qué no prodigas a las brisas tu perfume y te meces al leve soplo de las áureas alas de las sutiles mariposas que en torno tuyo vuelan?

¡Oh, flor querida! ¿No podrá ser tu hermana a la vez tu confidenta y amiga?

La tierna flor lloró, plegó sus pétalos y con trémula voz me dijo:

Tengo un presentimiento, tengo una pena; mi vida será más fugaz que la vuestra; me muero de fastidio, soy una planta exótica entre vosotras; la sabia que la tierra comunica a mis tejidos me envenena; el aire, que es también un elemento de vida para nosotras, me asfixia; el agua me hiela, solo la luz tolero; el sol me fascina, y, cual, si yo fuera uno de los innumerables astros que giran a su alrededor, ejerce sobre mí fuerza centrípeta.

¡Oh! Si pudiera tomar un sitio entre los escogidos del cielo y formar parte de esas brillantes constelaciones que, como flores de luz, ¡se derraman esmaltando las vastas campiñas del azulado firmamento! Si yo fuera una de esas estrellas luminosas y ardientes, que inflaman su cabellera en el fanal del sol, y como las eternas viajeras del universo etéreo, son la admiración del mundo, el encanto del poeta y las sinceras confidentas de las almas que aman, mi alegría, mi felicidad, ¡fuera tan dulce e inocente, tan viva y tan profunda que solo podría sentirla un alma con la posesión del cielo!

De lejos, contemplaría los tortuosos senderos de la tierra. No me harían fallecer de conmiseración el espectáculo de las miserias humanas, el desarrollo normal de gérmenes nocivos a la vida, al progreso y a la tranquilidad de las sociedades. Ciega a los espíritus el egoísmo; la envidia y la calumnia colaboran eficazmente a la destrucción de las reputaciones sin mancha; la ingratitud rodea de tinieblas el mérito y las grandes acciones para excusarles el aplauso y el agradecimiento; y la virtud, el deber, la libertad y las sabias leyes que deberían ser consideradas como el genio tutelar de los pueblos, si puede decirse así, naufragan en el borrasco mar que forman la avaricia, el exclusivismo, la ambición y la venganza; y si a través de la negra tempestad que levanta en la parte moral e intelectual del hombre estas malas pasiones, se ve reflejar un destello de aquellos principios, de aquel deber y de aquella virtud es de una manera tan imperfecta que los seres superiores, las almas grandes y nobles consideran la tal apariencia de virtud igual a los brillos fosforescentes que, en una noche de tempestad, ve el marino sobre las bravas olas del océano.

Nosotras, pobres flores; no tenemos siquiera el consuelo de esperar. ¿Y qué viene a ser la esperanza para los seres dotados de un alma surtidora?

Religiosamente considerada la esperanza es una virtud teologal por lo que esperan los mortales en Dios y en una vida eterna más allá del sepulcro; profanamente analizada viene a ser como un gran eclipse donde giran los deseos y las ambiciones humanas; una mentirosa sublime con quien nunca se riñe y a quien nunca se pide cuenta de sus actos, porque siempre va de vuelo; pero yo tengo para mí, que la esperanza, al cabo, debiera ser considerada por el hombre, como una vibradora campana suspendida entre su corazón y su cerebro, a los que, ¡con alegres sonidos, convida a veces a gozar de sus brillantes y dulces promesas para hacerles oír después el toque funeral de los amargos desencantos!

Pero vamos a considerar nuestro destino del que tan tristemente me quejo. En la plenitud de la vida somos, las pobres flores, deshojadas por la mano del niño que nos arroja a un estanque en un minuto, imaginándose ver una lanchita en cada uno de nuestros perfumados pétalos; el joven apasionado nos atraviesa el tallo con un alfiler y nos coloca en el seno palpitante de su amada; el anciano ve en nuestra frescura y vida fugaces la imagen de sus breves ilusiones y esperanzas marchitas, y su llanto triste y su dolor profundo es para nosotras tan amargo como lo es para él ese recuerdo que involuntariamente despertamos en su cerebro. Las mujeres nos eligen por confidentes y creyendo encontrar en nuestros pliegues algo que al tierno corazón es grato, nos calman de caricias hasta que nos agostan en sus manos; las más

observadoras nos miran como plantas, nos analizan y clasifican y por último nos prenden con encantador descuido en la cintura o en el seno. ¡Pero siempre el alfiler hiriendo nuestro delicado tallo!

La hora vespertina se acercaba, la flor quejosa palidecía a manera de un semblante que refleja en su palidez de lirio muerto, las angustias y pesares que destrozan el corazón al arrebatarnos en un instante su felicidad y su alegría.

¡Pobre flor! ¡Tal vez entre sus pliegues había un alma!

Josefa Carrasco

Santa Bárbara, Honduras

Judith de Merren



Por la mujer*

Estamos al despertar de una soñolienta vida que cual halo misterioso nos arrastró por muchos años por sendas de ignominia y desprecio.

Pero ha llegado el momento culminante en que la humanidad entera se mece al compás de vocingleras auroras.

El pensamiento es raudo que surca los vientos de uno a otro confín llevando para todos esperanzas, de este conjunto de ideas ha de surgir el templo donde se solidifique el gran milagro, “mejorar nuestras condiciones sociales”. En estos momentos que junto al hombre ha cooperado la mujer universal, ya en los campos de batalla, ya en las oficinas o puestos gubernamentales en toda ocasión se ha significado como poseedora de un valor y entereza de carácter muy grande.

Hoy que sobre miles de cadáveres tibios aún y que cayeron ofreciendo su vida por legar a las generaciones venideras una patria libre torciendo a su vez el ansia loca del conquistador y que a su paso el corcel diabólico de la contienda solo dejó saldos de devastación y dolor; hoy sobre esas ruinas a manera de un signo de interrogación surge la figura mártir de todos los tiempos “la mujer.” Alma sensitiva y mística que cual lirio débil se inclina al peso de los tormentos que azota la vida, alma presta para el dolor y el sacrificio, la que todo lo da y no espera recompensa, pero que indiscutiblemente no la debe, pues de su inagotable ternura ha vivido la humanidad en perenne cosecha. En la recién pasada guerra no hubo mujeres pusilánimes, todas se solidificaron formando un solo anhelo, ¡libertad!

En cada alma de mujer se anidó el heroísmo, en cada pecho flameaba un solo derecho, ¡defender! Es, justo tanta ofrenda de parte de las mujeres del mundo que haya un medio de retribuirla. ¿No es justo que tanta abnegación y sacrificio tengan recompensa?

¡Sí, una y mil veces sí! Recompensa que se la redima del oprobio y desamparo en que con singular menosprecio se ha visto a la mujer de clase media.

A estas pobres madres es para quienes dirijo mi deseo de velar, vivir en un mundo nuevo al que tienen sumo derecho, que se abra un nuevo decreto entre las autoridades a quienes corresponde,

* Judith de Merren, “Por la mujer”, *Pan-America*, vol. III, n. 39, (agosto, 1947): 25-26.

para librarlas del desamparo e indolencia con que son tratadas por algunos hombres.

Infelices mujeres que tanto dolor me causan, harapos vivientes de esta masa humana que sufre en carne viva el dolor de la insania de que son víctimas, algunas veces. Que deje de ser la mujer algo más que el capricho apasionado de la fiebre del deseo insano... que se la respete no importa cual fuere su condición, ella es mujer y tiene derecho a vivir con las comodidades y atenciones que merece. Han contemplado mis ojos cuadros que causan verdadera desesperación, horribles escenas de dolor en que se revela a gritos el alma, pero solo existe un medio de mitigar tanta pena, llevar nuestra inconformidad ante quienes tienen derecho a oírnos quizá algún día podremos ser oídas.

Ya no queremos ver por más tiempo el rostro lleno de amargura asomado a la puerta del suplicio aquel rostro donde se detuvo para siempre el dolor a causa de la gran tragedia que sufrieron al separarse para siempre de sus tiernos hijos por faltarles el sustento y que por único recuerdo apelaron a las puertas del asilo, sombríos rostros donde resbala continuamente, ¡el llanto de infelices madres! Esperad que vendrá el día de vuestra redención...

Hombres del mundo... ¡Meditad por un momento en aquella triste comedia en que tuvieron que actuar aquellas infelices mujeres a quienes lograsteis seducir y que el fruto de aquel capricho te dio el santo derecho de ser padres, pero que te negasteis renunciando a vuestros propios deberes de guiar y encaminar a vuestros propios hijos en el duro bregar de la vida!

A veces es tan grande la insania humana que vuestros propios hijos son aceptados a cambio de negar para siempre su verdadera paternidad, y fue el asilo o alguna persona caritativa quien se ocupó de reemplazarte. Solo volviendo la mirada al ciclo puede equilibrarse nuestro desquiciamiento al practicar la moral que es la única fuente donde puede lavarse el alma que es donde palpitan los sentimientos de la humanidad.

Judith de Merren

La Ceiba, 11 de agosto de 1947

Julia



La mayor congoja*

Contemplaba extasiada, en la plenitud del cielo la trasmutación de las estrellas, en una noche de luna, hermosa y poética, cuando acertó a pasar a la vera de las rejas de mi ventana favorita, un hombre... un apuesto joven, galán y simpático, como un mancebo, que pude contemplar al trasluz del reflejo pálido de la noctámbula errabunda del confín celeste.

Me sentí atraída hacia él, mis ojos le siguieron con febril inquietud a través de la calleja fantástica con vislumbres a trechos, lo vi descender, allá, lejos, muy lejos, como una ilusión que forma el humo del cigarro y que se disipa en el espacio infinito e intangible. Así fue borrando la distancia aquella figura que interesó a mis ojos por un instante; pero, a pesar de todo, me sentí impresionada, pensativa y triste... ¿por qué? Lo ignoraba.

Abandoné súbitamente la ventana, desprecié el paisaje encantado que ofrecía a mi fantasía de mujer soñadora aquel cielo lapislázuli cuajado de luceros, de brillos y de vértigos; me encaminé tarareando una canción hacia un diván, tomé un magazín, busqué en sus páginas algo agradable al espíritu y a los ojos, hojeé, una por una las páginas y, de improviso, algo grato encontré a mi vista, me recliné suavemente y, como quien se alimenta de un manjar delicioso, me deleité en aquella lectura fascinante... una historia de amor, de decepción y de amargura.

“Ella lo amaba con frenesí y locura, él, quizá, nunca la había comprendido; ella lo buscaba con los ojos, con el pensamiento, con la ilusión, en sueños y a cada instante, pero él, ni acertaba a pesar por la morada de la ignorada mujer, que en secreto le quería. Sufría, sufría horriblemente, cuando le veía en los paseos, en los parques, en el teatro con otra mujer; pero él nunca la había amado, ni siquiera eran amigos; y aquella amargura corroía su pobre corazón desgraciado y lleno de infortunio.

Una vez, leyendo los diarios, encontró estupefacta, la noticia de su boda con una amiga suya que en un tiempo fueron inseparables. Esto fue para la pobre mártir una terrible puñalada en mitad de su angustiado pecho... se sintió desfallecer, busco donde reclinarse, y ya sin fuerzas, cayó desmayada sobre el pavimento de su alcoba...

¡Pobre mujer! Amar a un hombre que ni siquiera la había conocido.

* Julia, “La mayor congoja”, *Lux*, s. IV, 2.^a época, n. 15, (13 de noviembre, 1927): 10.

Este caso me impresionó en demasía y recordé, no sin lágrimas en los ojos, el pasaje reciente en la ventana. Aquel hombre me había interesado, pero ¿Quién era él? ¡Quién sabe!

Pasé mis ojos, como último análisis, por sobre el título de esta historia, y tiré el magazín sobre el diván, reflexionando sobre lo triste que es para una mujer ocultar una pasión cuando no es correspondida, pues no le queda ni el consuelo de haberse declarado.

Julia

El maestro*

Hoy, más que nunca, la activa y complicada vida humana obliga a los padres y acrecienta en ellos el deseo de velar por la educación de sus hijos.

“Dice Arnold: que el alma humana es como mármol en bruto, que no muestra su interna belleza hasta que la habilidad del lapidario bosqueje los colores, abrillante la superficie y descubre las vetas que entrecruzan su masa”.

Nadie pues, tiene mayor oportunidad de llevar a cabo esta gran obra que el que está familiarizado con los grandes movimientos de la historia. La sublime producción de la literatura y la conquista de la ciencia sobre el destino de la naturaleza que cede la llave mágica a la inspiración del lenguaje.

El maestro tiene el mayor poder posible de llegar al corazón de la juventud.

El maestro ha sido la potencia que más influencia ha tenido en determinar los progresos humanos; conviene pues, fijar nuestra atención en el maestro profesional; en ese gran benefactor de la humanidad.

Pensamos bien en su trabajo, el cual es quizás el más influyente en el carácter de las nuevas generaciones.

Él debe estar como fuego en el espíritu de la juventud. Siempre en vigilancia; preparado para alumbrar las mentes que siempre están listas a recibir el pan espiritual.

* Julia, “El maestro”, *Alma Latina*, vol. I, n. 2, (15 de enero, 1932).

Su posición es bastante difícil; pues sabe que tiene que esforzarse por alimentar muchas mentes con la fuente del saber.

Siempre como fuego en su espíritu; comunicando constantemente su inspiración a los demás.

Conviene, pues, por esta razón, rodear al maestro de todas las comodidades materiales para que tenga la oportunidad de concretar todas sus energías a su labor educativa y pueda formar al futuro ciudadano.

Julia

San Pedro Sula, enero de 1932

La mujer como novia*

De la mujer y el hogar

Indudablemente que muy pocas personas se fijan en la mujer cuando es novia, es decir, cuando otorga su amor y su corazón al hombre que la elige, ya por su bondad, por su belleza, o simplemente por simpatía, pues de otra clase de “noviazgos” como los que se advierte que son por cálculo, por conveniencia o por simple pasatiempo, no hay ni que hablar, puesto que, esos son una grosera falsificación del amor, que envueltos en hipocresía vergonzosa, denigran a los seres que la practican.

Y, sin embargo, de que pocas personas se fijan en la mujer cuando es novia, es el estado que más se presta para el estudio del carácter de la mujer misma, que muchas veces cegada por el amor, olvida sus deberes humillándose quizás demasiado ante los hombres.

La falta de orgullo y dignidad en las mujeres, que las hace que se humillen ante los hombres, trae como resultado que estos no las estimen como debieran. Hay muchos hombres presuntuosos y egoístas que van manejando sin sentirlo, el carácter de la pobre novia, la que se sujeta a todos sus caprichos y sonriendo acepta, sumisamente todas las indicaciones de su rey y señor.

Esas mujeres, sin duda, no se dan cuenta de lo que valen y de que el hombre las toma en lo que ellas mismas se dan a estimar.

* Julia, “La mujer como novia”, *La Nueva Era*, año II, n. 5, (30 de octubre, 1930): 27.

Toda mujer debe hacerse respetar y no conceder ni un átomo de humillación, ni una falta de orgullo femenino, porque si de novia pierde su dignidad, de esposa tendrá que estar en el lugar abyecto de quien todo lo sufre hasta el grado de hacerse despreciable para el hombre.

Hay que luchar en la vida sin ir pidiendo la limosna de un cariño que quizás no se concede por la misma humillación; pues mientras haya mujeres, habrá maridos crueles que nieguen a la mujer el tratamiento digno que merece.

Julia

Lucía C. Marín



Un discurso en una escuela*

Señor don Froylán Turcios, Tegucigalpa.

Exquisito poeta:

Extrañará que me dirija a usted cuando solo de nombre le conozco; pero el poeta tiene amigos en todas partes, es cosmopolita. Yo, aunque en silencio le he tendido, desde lejos, mi mano de amiga y mi admiración de soñadora salvaje.

Leo *Ariel* con entusiasmo porque en esa revista trata de la paz y unificación de los hondureños; porque usted vate ilustre, se propone contener la corriente impetuosa de criminalidad en que nos ahogamos. No digo que salvarnos porque los que yacen bajo la tierra, víctimas de la infamia, se levantarían protestando de esta palabra; pero si de salvar la generación que hoy se encuentra en embrión.

Por eso le envié, para que la publique en su importante revista, si a su juicio merece tal honra, esa alocución mía, llena de errores; pero que huele a pino, como dice Salatiel Rosales.

No quiero que mis hijos sean víctimas ni victimarios, por lo que trato con mi débil palabra de atraer el ángel de paz al infortunado terruño.

Espero, poeta de todo mi aprecio, sus órdenes en este pueblo. Su S.S.

Lucía C. Marín

Señores:

Siete años que ocupé, como hoy, esta tribuna. Bien recuerdo que lo que entonces dije estaba empapado de fe en el porvenir de mi patria. Y hoy, ¡oh dolor! no puedo formular una tan sola frase de esperanza...

Bella mátribus detestata. Las guerras detestadas por las madres son las que rigen en nuestra adorada Honduras. No podemos decir siquiera como Francisco I, después de la batalla de Pavía: "*Todo lo hemos perdido menos el honor*". Porque hasta ese, hasta ese, vergonzosamente hemos perdido.

* Lucía C. Marín, "Un discurso en una escuela", *Ariel*, año I, n. 9, (15 de julio de 1925): 193-194.

La sangre de nuestros hermanos, en vez de regar la tierra convertida en sudor, líquido noble que engendra fuerza, riqueza y progreso en las verdaderas naciones, ha corrido a torrentes, no transparente y pura, sino turbia y envenenada por el más bárbaro salvajismo. Y es por eso que mi lengua se resiste a pronunciar, a exteriorizar toda la hiel que hay en el fondo de mi psiquis. Temo inocular ese veneno a los niños y adolescentes que habéis confiado a mis cuidados; pero esfuerza y lo haré con profunda pena.

Niños: perdonad a vuestra maestra si en lugar de infundir en vuestros corazones la alegría de que tanto necesitáis os deja una huella de dolor.

Señores: dejad que me separe de vosotros para evocar el espíritu de mi progenitor. No puedo, no, pasarlo desapercibido. Y es muy justo mi sentimiento. Fue un fuerte luchador; su noble vida la agotó en el trabajo agrícola. Aún repercuten en mis oídos sus últimas palabras: “dicen que hubiera vivido muchos años más, si con tanto tesón no hubiese trabajado”. No me pesa, cumplí con un sagrado precepto: “Te alimentarás con el sudor de tu frente”. Y es por eso que evoco en este día, y que repetiré en honor suyo y demás agricultores estas frases de Emilio Castelar: “Todos los gérmenes de la vida que el aliento del Creador esparció en el espacio como semilla de los seres, se fecundan soplan y crecen, al soplo del labrador. De suerte que sus brazos son como instrumentos de que Dios se vale para perfeccionar la “Naturaleza”. Marca la agricultura la tercera época de la civilización humana y sin ella los pueblos llegan a la decrepitud. Hombres de la talla de mi padre son los que necesita nuestra Honduras; pero desgraciadamente son muy raros y por esto hemos presenciado este recién pasado desastre... No hay palabras para pintar lo que los hondureños han sido capaces de cometer. Produce náuseas y se avergüenza una, si en otra de nuestras hermanas repúblicas nos estampan en la faz que estamos en plena barbarie.

Madres: si antiguamente era un oprobio la esterilidad en la mujer, y acudían a los templos a pedir al Dios de los dioses que devolviera la fecundidad a su seno, pedid hoy eterna que os haga infecundas si Honduras ha de seguir así. ¿Qué es un niño de hoy...? Un cachorro humano que se convertirá en asesino, que se convertirá en todo lo malo de que es capaz un hombre sin conciencia, si no se detiene la corriente del vicio. ¡Qué horror, Dios mío! ¡Qué horror...! El alma bajo el peso de tanta miseria se agota de angustia. ¡Que oscuro veo el porvenir para vosotros, hijos míos! Grabad en vuestras mentes mis frases de hoy: Sed trabajadores. Arrancarle a la tierra sus productos, que así seréis más limpios de corazón. No sirváis de peldaño para que otro, tal vez inferior a vosotros, suba a las altas cumbres. Recordad aquel episodio de Franklin, que en

clase moral aprendisteis, y cuando alguien os invite a la matanza fratricida decid: *es que quiere amolar su hacha. ¡Vivit subpectore vulnus!* La herida está sangrando y no he podido hablaros de otra manera.

Perdonadme que os amargue el rato de placer que habéis tenido. *Quién nada tiene nada puede dar. Quién solo acíbar tiene, acíbar da.*

La naturaleza me invita a cantar, pero el recuerdo de la sangre derramada con tanta infamia, de seres trabajadores y útiles, me hace estremecer de dolor. Hundir la cara, cabeza entre mis manos y clamar al cielo; ¡Piedad, misericordia para lo que aún todavía existe! Y que ilumine nuestros cerebros de padres para salvar a nuestros hijos. ¡Piedad, Dios mío, piedad, para los escombros de la que fue Honduras...! ¡Salvadnos, Señor, que nos hundimos...!

Dije.

Lucía C. Marín

Minas de Oro, mayo de 1925

Lucila Gamero de Medina



Un recuerdo*

Hace algún tiempo que, estando en el campo, de paseo con varias de mis amigas y algunas personas de lo más selecto de nuestra sociedad, acercóseme un joven pálido, alto y de fisonomía demacrada, que, no obstante tener veinticinco años, parecía un anciano; sus ojos brillaban con ese brillo calenturiento, triste anuncio de una muerte cercana. Después de hablar cosas indiferentes, me dijo:

—Esta tarde trae a mi memoria dolorosos recuerdos.

—¿Dolorosos? —Exclamé sorprendida.

—Sí, dolorosos, porque me recuerda la última vez que vi a la única mujer a quien he amado. ¡Ay!, Prosiguió, ustedes, los que tienen el corazón joven, pueden ser felices; gocen mucho, que la felicidad, una vez ida, nunca vuelve: el corazón, una vez marchito, nunca retoña.

—Usted también es joven, le dije; la felicidad puede volver a sonreírle, y la tristeza de ahora pasar.

—Hay cosas, me respondió pensativo, que no pasan jamás.

—¿Ha sufrido usted mucho? Le pregunté.

—Mucho; y es más, por mi propia causa.

—Luego...

—Sé lo que usted va a decirme, señorita, me interrumpió; y para contestarle tendría que contarle mi historia, y eso me entristecería, amargando aún más, si es posible, las últimas horas de mi vida. Yo me callé, porque, en efecto, había adivinado mi pensamiento; pero él, notando, sin duda, mi curiosidad, sacó un manuscrito y me lo entregó, diciéndome: “así que yo no exista, puede usted leer este papel, que contiene los pasajes del tiempo más interesante de mi vida”.

No había transcurrido un mes, después de la indicada conversación, cuando supe que aquel desgraciado joven había muerto. Entonces abrí el manuscrito y leí lo que a continuación verán mis lectores.

* Lucila Gamero Moncada, “Un recuerdo”, *La Juventud Hondureña*, año II, n. 16, (febrero, 1892): 371- 376.

¿Olvidarlo?... ¡Jamás!... Esos recuerdos dulces y otras veces tristes de nuestra juventud, se graban de una manera indeleble en nuestro corazón. Si son alegres, nos hacen gozar; pero si están tristes, ¡ay! Entonces nos atormentan toda la vida. ¡En vano luchamos por desvanecer en nuestra mente ese recuerdo que nos hace padecer! Cuanto más queremos borrarlo, más punzante, más tenaz se nos aparece, quemándonos el corazón.

Hermosa estaba una tarde; fresca, perfumada: El sol, próximo a perderse en el ocaso, iluminaba con sus mortecinos rayos las pequeñas chozas que había diseminadas en aquel lugar, dándoles un aspecto melancólico. Un deseo irresistible me dio de salir a contemplar, quizá por última vez, aquel sitio, para mí tan querido: la cuna de mis padres, la cuna mía, y... la cuna de ella.

Dirigí mis pasos a una pequeña loma, que casi todas las tardes visitaba. ¡Quién lo había de pensar! Allí estaba ella. Nunca la había visto en aquel lugar; pero allí estaba. ¿Qué más quería? Allí estaba —repito— recostada sobre el blando césped. Yo me quedé estático, contemplándola en silencio: la brisa agitaba sus rubios, brillantes y largos cabellos: Me pareció que estaba más pálida que de costumbre y que toda su fisonomía tenía un sello de tristeza: sus ojos, negros y melancólicos, estaban medio cerrados, y su mirada, que vagaba distraída, me hizo comprender que no sospechaba estuviera yo allí.

Me le acerqué temblando; ella se asustó al sentir que se le aproximaba un objeto; pero luego, fijando en mí sus lánguidos ojos, me tendió una mano, que yo me apresuré a estrechar entre las mías. ¡Quién había de decir que aquella sería la última vez que yo iba a estrechar su mano tan querida! ¿Cómo suponer que nuestros ojos, llenos de amor, se estaban viendo por la vez postrera? Me senté junto a ella; y sintiendo que su mano estaba fría, me estremecí: ella lo notó, y me dijo con dulzura:

—¿Por qué te estremeces?

—No es nada —le respondí, acariciando su rubia cabellera. Ella recostó en mi hombro su hermosa cabeza, y yo, ebrio de amor, la atraje hacia mi pecho, cubriéndola de besos. Estas eran las primeras caricias que me permitía hacerle para mí siempre había sido amante, buena, pero severa. ¡Cuál, pues, no sería mi gozo al sentir, por vez primera, latir su corazón junto al mío! ¡Pero en qué circunstancias! Yo debía partir muy pronto, al otro día quizás, por orden de mi padre, para lejanas tierras, e ignoraba cuándo regresaría. ¿Sabría ella que yo iba a ausentarme? No, porque yo no se lo había dicho, y nadie era capaz de habérselo indicado. Pensaba partir sin que ella lo supiera, pues para mí era

un sacrificio decírselo; cuando de súbito, desprendiéndose de mis brazos y mirándome fijamente, me dijo:

—No quiero que te vayas, Alberto.

Yo la miré sorprendido, sin hallar qué contestarle.

—¿No me oyes, Alberto? —Prosiguió— no quiero que te vayas.

—Es indispensable mi viaje, amiga mía.

—Pues qué, ¿ya no me amas? —Dijo con tristeza.

—¡Qué no te amo! —Respondí con amargura—. ¿Cómo puedes creerlo, vida mía? No sabes cuánto dolor me causa esta separación; pero ¿qué hacer?

—Está bien, Alberto, ándate, vuelve luego, no me olvides y...

No pudo continuar; los sollozos le cortaron la voz. Me levanté, ella también se levantó, y ocultó su rostro entre sus manos, para impedir, sin duda, que viera yo sus lágrimas.

—No llores, alma mía —le dije, y la atraje hacia mí por segunda vez; y acariciando sus manos con las mías, y dándole un beso en su blanca y pura frente, le dije adiós ¡Tal vez el último adiós!, y me alejé corriendo, lleno el corazón con su santo amor.

Quince días después estaba lejos, muy lejos, de la mujer que amaba; del ídolo de mi vida. En cuanto llegué al lugar de mi destino le escribí, siempre pensando en ella, siempre amándola.

¡Mas el tiempo pasó! Vi mujeres hermosas, rodeadas de lujo, voluptuosas, deslumbrantes; corrí tras ellas, ¡insensato! Y cuando ya creía que las alcanzaba, ellas, con su maligna sonrisa, se burlaban de mí y me hacían ver que nos separaba un abismo. Yo, avergonzado, humillado, herido en mi amor propio, hacía esfuerzos inauditos por salir airoso y reconquistar mi honor de caballero galante. ¡Trabajo en vano! Siempre me sucedía lo mismo; después de hacerme ver un paraíso, aquellas pérfidas mujeres me precipitaban en los abismos del infierno.

En aquella sociedad desconocida, arrastrado en aquel vertiginoso remolino, hasta llegué a olvidarme de ella; de aquella que en mis primeros años había sido mi amiga más cariñosa, y después, cuando crecí, el encanto de mi vida.

Pasados dos años de estar lejos de mi patria, cansado de aquella vida agitada, pensé en volver a mi casa y me acordé de ella. ¡Qué distinta se me hacía de las mujeres del gran mundo! Ella tan dulce, tan buena, tan sincera, tan apasionada. ¡Aún me parece que la veo! Y me parece distinguir su suave acento, ¡ese acento lleno de ternura, que tan dulcemente conmovía mi corazón! ¡Aún creo sentir el contacto suave de sus delicadas manos con las mías!

Las ya casi extinguidas cenizas de mi amor se volvieron a encender con tal ímpetu, que me abrasaban el corazón. Corrí a mi hogar, lleno de esperanzas y también de una angustia desconocida. El camino se me hizo triste; el cantar de los pájaros me parecía fúnebre; al ver correr el agua mansamente, me parecía que sollozaba. ¡Al fin divisé mi amado hogar! ¡Qué dicha! Mas luego se estremeció todo mi cuerpo al pasar junto a la lomita y ver en ella, medio oculta, una cruz.

—¿Qué significa esto? —Pregunté, lleno de angustia, a un aldeano que pasaba a la sazón.

—Pues qué, ¿no lo sabe usted? —Me respondió—. Ya se lo diré: ¿se acuerda de aquella señorita que parecía una azucena, y a quien nosotros llamábamos la Virgen del Valle?

—Sí, dije; me acuerdo.

—Pues bien: desde que usted se fue así —oía yo decir— todas las tardes venía a llorar a esta loma, y cuando veía a algún conocido le decía, con su voz de ángel: “Si me muero, ve que me entierren aquí”. Quién sabe qué pesar tendría, pues es el caso que se fue poniendo más triste, más pálida, y hará cosa de un mes que murió. Nosotros, que la queríamos mucho, le dimos gusto y la enterramos aquí.

No quise oír más; fuera de mí, me dejé caer junto a aquella humilde tumba; ¡y allí, arrodillado, lloré lágrimas de ardiente arrepentimiento sobre la memoria de aquella mártir e inocente niña, muerta en su edad temprana y cuya fosa cavé yo! No sé cuánto tiempo estuve allí, hasta que la brisa de la mañana me hizo volver a la realidad. Entonces, loco, delirante, monté en mi caballo y me alejé de aquel lugar para no volver jamás... Este es el recuerdo que llevo grabado en mi alma con caracteres de fuego; ¡el recuerdo de ella, que me atormenta y me quema el corazón!”

Lucila Gamero M.

Danlí, 15 de abril de 1890

Amelia Montiel*

A mi querida prima Ernestina Gamero

He aquí, Ernestina, el cuento que te prometí.

Él podrá probarte las fatales consecuencias que acarrea una mala acción: consecuencias que no solamente alcanzan a los culpables, sino también a personas inocentes que, sin haber tomado participio alguno en los hechos, son víctimas ya por el cariño o por cualesquiera otras causas ajenas de su voluntad.

Que sea de tu agrado mi pequeña narración, son los deseos de tu amiga,

Lucila Gamero M.

I

En una casa de campo, situada a muy poca distancia de la hermosa ciudad de D., vivía la familia Montiel. Era el jefe de ella el señor don Antonio Montiel. Guapo señor era el tal don Antonio: de mediana estatura, bien formado, de fisonomía un tanto severa, que, sin ser simpática, tampoco era desagradable. Le gustaba dar a todas sus acciones cierto aire cómico, que, al decir de él, era “refinamiento aristocrático”, y en el concepto de la gente sensata, no hacía más que ponerse en ridículo, pues diremos, en honor de la verdad, que el señor Montiel no brillaba por su inteligencia.

A la sazón contaba con sesenta años de edad, y a los treinta era ya todo un capitán. Desde niño había sido aficionado a ver pelear y a oír historias de guerras, en las cuales él se figuraba ser el héroe. Creía no conocer el miedo y, por el contrario, alentaba a los soldados con sus frases ampulosas y superlativas, lo que, según aseguraban algunos (entrando por supuesto algo de favoritismo) le valió el grado que con tanto orgullo ostentaba.

La víspera de una batalla, ¿era desgracia casualidad o cálculo lo que le sucedía al capitán?, pues siempre estaba enfermo, ya sea con dolor de cabeza, temblor, pero temblor puramente nervioso, y otras enfermedades por el estilo que lo imposibilitaban a tomar parte en el combate. Nadie lo sabía. Mas, pasado el peligro, salía nuestro héroe con la fisonomía un tanto triste a decirles a los

* Lucila Gamero Moncada, “Amelia Montiel”, *La Juventud Hondureña*, año II, n. 17-20, (marzo-junio de 1892): 398-401; 421-424; 443-451; 464-471.

soldados que, si él hubiera estado presente, se habría conquistado de una sola vez el grado de general.

En la época en que lo presento a mis lectores, hacía diez años que se había retirado del ejército y vivía casi aislado en su bonita quinta, donde, de seguro, lo pasaba mejor que en D.

Su familia se componía de doña Juana, su esposa, y Amelia, su única hija.

Doña Juana era una señora de recto juicio, muy inteligente, la que siempre hacía, llegado el caso, que su marido sostuviera la posición social a que pertenecía; le daba, además, muy buenos consejos y, merced a ellos, estaba más tratable.

Doña Juana, muy aficionada a la lectura, pasaba lo más del tiempo entregada a su placer favorito y raras veces iba a la ciudad.

II

Amelia Montiel era un tipo acabado de belleza: morena, de andar lento, de regular estatura, de ojos negros, grandes y de expresivo mirar, que dejaban traslucir la pureza de su alma. Amelia no había sacado nada de su padre; era, podía decirse, el retrato acabado de su madre; tenía, como ella, una inteligencia superior y el aire dulce y reflexivo. Su conversación era chispeante y aguda, cuando estaba con personas que, sin ser extrañas, tampoco eran de absoluta confianza; pero cuando hablaba con alguna amiga íntima, entonces sí, dejaba ver la mucha melancolía de su alma.

Amelia había recibido una educación esmerada. Sus padres, que adoraban en ella, no habían omitido medio alguno para dársela, y habían traído a la quinta toda clase de profesores, los que, ayudados por la inteligencia y aplicación de la joven, declararon, en poco tiempo, que ya no eran necesarios. Así, pues, Amelia era lo que podía llamarse una señorita verdaderamente educada e instruida.

En la quinta vivía contenta, porque con mucha frecuencia la visitaban sus amigas, y ella, siempre que quería, iba a D., donde la recibían muy bien, como merecía.

Su carácter, tan alegre y jovial, haría cosa de seis meses que había cambiado notablemente: sus mejillas, tan frescas y sonrosadas, habíanse tornado pálidas; su frente, oscureciéndose con una sombra de tristeza y; bajo sus ojos, notábase un ligero tinte color violeta, que más bien parecía ser sombra que daban sus largas y sedosas pestañas.

Todo trabajo que hacían los padres para adivinar la causa del cambio de su hija era en vano. A todas sus preguntas contestaba: “No tengo nada: estoy bien”. A veces, es verdad, siento así, algo como pesadez en la cabeza; pero es obra seguramente del calor y con el cambio de tiempo pasará. Es inútil, pues, que se aflijan por mí”. Esto era lo que respondía siempre, y los buenos padres concluyeron al fin, por creerle.

Mas, ¡ay! No era esta la causa del sufrimiento de Amelia; era otra causa que tenía muy distinto origen. En uno de sus viajes a la ciudad conoció a un joven llamado Carlos Vallarino, doctor en medicina. Jamás la pobre niña se había figurado fisonomía más simpática, figura más elegante, aire más noble. El doctor Vallarino contaba, cuando ella lo conoció, 26 años de edad.

Era alto, de facciones finas y correctas; inteligente, rico y, en tan poca edad, mostraba un juicio y una ilustración nada comunes.

Amelia, desde que lo conoció, lo amó, o más bien, correspondió al amor que el joven hacía tiempo le profesaba.

Criada en la soledad, la señorita Montiel no conocía más cariño que el que le profesaban a sus padres y amigas, y nunca se atrevió a pensar que hubiera otro afecto tan grande que llegara a ligar su alma tan estrechamente con un ser extraño a su familia.

Por algún tiempo fue feliz, mientras abrigó la creencia de que su unión con Carlos podía verificarse; pero supo el secreto que existía entre las dos familias, y por el cual, los Montiel odiaban a los Vallarino, acabóse toda esperanza, y poco a poco fue desfalleciendo y marchitándose, cual pobre rosa, mustia por falta de rocío.

III

Amelia se encerraba muy temprano en su alcoba, era esta una pieza tan lujosamente amueblada, que ninguna princesa hubiera desdeñado aceptar.

Don Antonio había puesto especial esmero en que las habitaciones de su hija excedieran en lujo a las demás de la casa; y, últimamente, había encargado mil cosas innecesarias y que solo el capricho de ciertas jóvenes puede ambicionar; pensando, sin duda, que esto contribuiría a volver la sonrisa a los labios pálidos de su hija. ¡Pobre señor!, ignoraba, tal vez, que cuando un pesar secreto, un dolor profundo sin esperanza de consuelo nos corroe el alma, no hay poder humano que haga olvidar nuestros sufrimientos.

Luisa, la doncella de Amelia, adoraba a su señorita, le profesaba una adhesión sin límites y, en cualquier tiempo y por cualquier causa, se habría sacrificado con gusto por ella.

Amelia correspondía al cariño de Luisa, teniendo en ella una confianza absoluta y tratándola, más que como sirvienta, como amiga.

Y a la verdad que lo merecía, porque, si bien contrariedades de la fortuna, habían empobrecido a los padres de la doncella, no por eso dejaba de pertenecer a una familia distinguida.

A las nueve y media, extrañando Luisa que Amelia no la llamaba, resolvió ir a ver si la necesitaba, pretextando haber oído llamar. Entró en la pieza y preguntó:

—¿Hablabas usted, señorita?

Amelia, saliendo de la abstracción en que estaba, alzó la cabeza y, mirando a Luisa, le dijo:

—No.

—Pues yo creía... —repuso la doncella, un tanto turbada.

—Creías, ¿no es verdad? —La interrumpió Amelia— que siendo ya tarde era extraño que no te hubiese llamado, y pensando, seguramente, que quizá me había sucedido algo, dispusiste venir a preguntar para qué te quería... puesto que habías oído llamar...

Dijo esto con la sonrisa tranquilizadora y el semblante animado.

Luisa, confiando en la bondad de su ama, contestó:

—Así es, precisamente; y le ruego me perdone por haber interrumpido sus dulces pensamientos.

—Vamos, Luisa, tu acción no merece reproche; muy al contrario, me gusta, pues me da una prueba más del cariño que me tienes.

—¡Oh! De mi cariño, señorita, nunca puede usted dudar.

Amelia continuó:

—En cuanto a los dulces pensamientos de que me hablas, ¿crees que pueda tenerlos?

—No, señorita. Hace días que usted se muestra triste y ni las caricias de sus padres, ni los consuelos de sus amigas, son suficientes para borrar del hermoso rostro de usted esa sombra de melancolía que cada día parece acentuarse más. Cuando el cuerpo decae, señal es de que el alma sufre. Ahora bien, en vista del decaimiento físico de usted, creo firmemente que usted no es del todo feliz y, por consiguiente, no puede tener gratos ensueños. Creo, además...

Aquí, Luisa pareció titubear.

—¿Qué? —Dijo Amelia.

—Que sus padres de usted ignoran la causa de su abatimiento; pero yo, que no pierdo ocasión de ver en que puedo servirla, y, por otra parte, estando alarmada por su estado, puse todos los medios para averiguar el secreto que tanto se empeñaba usted en guardar.

—¿Y ese secreto?

—Creo haberlo encontrado.

—¿Cuál es?

Luisa bajó la cabeza, sin poder sostener la ardiente mirada que Amelia le dirigía.

—¿Cuál es? —Volvió a preguntar, con acento extraño, la señorita Montiel, mientras su frente se humedecía.

—Temería —dijo Luisa, cuya cara estaba aún más pálida que la de la misma Amelia— temería disgustar a usted.

—Habla sin temor —dijo Amelia, volviendo a tomar su acostumbrada dulzura.

—Pues bien, el secreto es que usted ama al doctor don Carlos Vallarino.

—Calla, desdichada, calla. No sabes que si esto llegara a oídos de mis padres...

—Y bien —dijo la doncella, tomando su antiguo aplomo— ¿Qué sucedería?

—Es lo que a pensar no me atrevo.

—¿Y por qué se habían de disgustar los padres de usted porque ama al doctor? ¿No es él un hombre ilustrado y de buenas familias?

—Es verdad, Luisa. Pero hay más; hay algo terrible.

—¡Algo terrible! —Exclamó la doncella, abriendo desmesuradamente sus azules ojos.

—Sí, un secreto de familia; secreto horrible que me coloca de Carlos más distante que lo que está Júpiter del Sol.

—¡Dios santo! —Balbuceó la pobre muchacha.

—Pues bien, ya que para mis males no hay remedio, guárdame el secreto, y, puesto que me quieres, ayúdame a sufrir en silencio.

—Yo desearía...

—¿Qué?

—Saber el secreto.

—Imposible, Luisa, imposible.

—Sin embargo, yo soy fiel a usted.

—Lo sé, lo sé y tal vez no está distante el día en que te lo diga.

Luisa cambió de conversación, preguntando a Amelia que si ya se quería acostar.

—No —le dijo— si tú quieres puedes retirarte, pues yo sola me voy acostar.

—¿No desea otra cosa la señorita?

—No, ya es tarde; acuéstate.

Al sacar el pañuelo, la doncella notó que algo había caído.

—¿Qué es? —Preguntó Amelia.

—¡Ah! —Dijo Luisa—, es una carta que no hace mucho trajeron para usted, y se me había olvidado entregársela.

—Dámela— dijo Amelia.

Y rompiendo el sobre se apresuró a leer su contenido.

—¡Ah! —Exclamó llena de alegría—, es de Bertha que me dice que vendrá mañana a estarse algún tiempo conmigo. ¡Quiero tanto a Bertha! Vendrá, no lo dudo. Oye como me dice:

“Mi querida Amelia:

Sé que estás enferma, y por eso he apresurado el viaje que hace días tengo proyectado a esa. Procura estar ya buena para que pasemos muy contentas. Tengo mil cosas que contarte que te interesan, de seguro, y por las cuales me quedarás agradecida.

Así pues, mi querida Amelia, creo que mañana, lo más tarde, tendrá el gusto de abrazarte tú siempre amiga,

Bertha Nanne

Ya ves, Luisa, que es necesario que mañana, desde temprano, estemos esperando a mi amiga.

Luisa se retiró. Amelia durmió mejor que las otras noches.

IV

Como lo había anunciado Amelia la noche anterior, al otro día se levantó muy temprano a esperar a Bertha.

De la señorita Nanne muy poco podré decir: tenía la frente espaciosa, coronada con los rizos de su abundante y castaño cabello: los ojos grandes y rasgados de expresión, ya picaresca y burlona, ya dulce y melancólica: sin ser negros, tenían esa atracción y brillo propio de los de las mujeres españolas; por último, la boca, siempre dispuesta a sonreír, no por cierto con sonrisa de tristeza, completaba esta fisonomía admirablemente simpática.

Su educación, hermosura, inteligencia y calidad, la ponían, pues, al nivel de la señorita Montiel.

Toda la mañana estuvo Amelia esperando a Bertha inútilmente; al fin, como a las tres de la tarde, llegó.

Amelia corrió a arrojarse en los brazos de su amiga. Bertha, después de haber saludado a los señores Montiel, se retiró con Amelia a las piezas que esta ocupaba, donde podían hablar libremente.

—Temí, —dijo Amelia, que no vinieras hoy.

—¿Por qué?

—Porque ya era bastante tarde y no llegabas.

—No nos fue posible salir temprano y por eso no llegamos antes.

—Sea como sea, el placer de verte tan hermosa, tan graciosa, como antes, mi querida Bertha, me compensa las horas que he permanecido, impaciente, esperándote.

—Tú también, Amelia, no has cambiado, sino muy poco: te encuentro, es verdad, un tanto pálida, y se nota en las facciones algo de languidez; pero, aun con eso, estás tan encantadora como siempre.

—Gracias, adúladora.

—¿Adúladora? Ya verás —dijo Bertha, acompañando estas palabras con su gesto favorito.

—No pensaba, —añadió más seria— verte tan pronto, pero la noticia de tu enfermedad me trajo bien de prisa.

—No podía ser de otro modo. ¡Eres tan buena!

—¿Buena? No lo creas. No hago con esto más que corresponder un poco al cariño que tú me tienes.

—¡Es verdad! ¡Te quiero tanto!

Y las dos amigas se abrazaron, de nuevo, cariñosamente. A la hora fija, bajaron al comedor, donde ya estaban esperándolas los señores Montiel y Enrique, el hermano de Bertha, que había venido a dejarla.

Don Antonio, al ver a Bertha, le dijo:

—¿No encuentra usted, mi querida señorita, algo enferma a mi hija?

—No tal, capitán, un poco delgada y nada más.

—¿Y triste? —Insistió Montiel.

—Tampoco, la hallo lo mismo.

—Apuesto —siguió el capitán— que ya usted sabe la causa de la tristeza de mi hija.

—¿De la imaginaria? Sí, porque hace días me escribió Amelia y me dice que usted la trata con poca caridad; que no la deja salir a ninguna parte; que hubo días la tuvo usted encerrada en su pieza, y...

No la dejaron concluir.

—¡Bertha! —Exclamó Amelia.

—¿Qué, señorita? —Balbuceó don Antonio apurado.

Doña Juana y Enrique rieron viendo los gestos del capitán.

Bertha dijo alegremente:

—No le de cuidado, mi capitán, a males imaginarios, causas imaginarias.

El capitán rió también, y dijo:

—Siempre creo encontrarla cambiada y siempre es la misma.

—Así es, señor capitán —contestó Bertha.

El resto de la tarde pasó alegremente.

Don Antonio quiso contar la batalla de ..., en que él fue el principal vencedor; pero Amelia se lo impidió, diciendo que Bertha estaba cansada, y se iba a retirar pronto.

—¡Oh! —Dijo el capitán—, aquello fue brillante, soberbio, sublime. Todavía no me pasa...

—¿El qué, señor Capitán, el susto? —Le interrumpió la pícara de Bertha.

—¿Decía usted, señorita? —Preguntó don Antonio que no había oído bien.

—Decía —contestó Bertha— que deseo a ustedes muy buenas noches.

V

En la tarde del día siguiente, salieron Bertha y Amelia al campo. Buscaron el lugar que tenía mejor vista, y allí se sentaron.

—¡Cuánto amo la soledad! ¡Cuánto me gusta el campo! —Dijo Bertha, recorriendo con la vista todos los lugares cercanos.

—¿A ti? —Preguntó Amelia con extrañeza.

—Sí, a mí.

—Pero si no pasan ocho días sin que te aburras.

—Eso es verdad, pero no es una razón para que no me guste. Las cosas más bonitas, al fin cansan.

—Y, ¿ya estás aburrida?

—No, ahora no. En el campo, Amelia, todo nos parece más grato; esa soledad que nos rodea, nos inspira sentimientos religiosos, y nos parece que amamos más a Dios. Todo lo que vemos es obra suya: los cerros, los árboles, nos parece que él, con sus manos, los colocó; pero deprisa, ya cansado, sin fijarse donde lo hacía, y por eso están en completo desorden. ¡Pero que desorden! Desorden ya calculado para embellecer, aún más, la tierra. Las ciudades imponen; todo es ruido, movimiento, alegría. El campo atrae, todo es silencio, calma, poesía.

—No creía, Bertha, que tuvieras tus ratos tan poéticos.

—Pues de todo tengo. A veces estoy triste, melancólica.

—¿Cómo yo?

—Sí, como estás tú ahora; pero no por la misma causa —contestó Bertha con burlona sonrisa.

Amelia quiso cambiar de conversación y dijo:

—¿Y qué hay de nuevo, mi querida Bertha, en D...?

—Muy poca cosa. Y, en resumidas cuentas, de lo único que se habla es de la fama que, en tan poco tiempo, ha adquirido el doctor Vallarino.

Amelia se estremeció, pero dijo tranquilamente:

—¿Se ha hecho de fama?

—Sí, de mucha fama, mi querida Amelia. Figúrate, sino estará triste nuestra sociedad, al saber que se va pronto para Europa, y quizá para no volver más.

Al oír esto, Amelia sintió que un sudor frío invadía todo su cuerpo, y casi desfalleciendo murmuró:

—Con que se va...

—¿Qué es? ¿Qué tienes, mi Amelia? —Dijo Bertha alarmada notando la palidez y el cambio de su amiga.

La joven, volviendo en sí, dijo:

—No es nada, no te asustes.

Bertha pasó su brazo alrededor del talle de su amiga, y atrayéndola hacia sí, le dijo dulcemente:

—Amelia, amiga mía, contéstame francamente. ¿Por qué la noticia del viaje de Carlos te ha impresionado tanto?

Bertha sabía la causa, pero quería oírla de los labios de Amelia. Cuando llegó vio perfectamente el notable cambio de la joven. Más, demasiada inteligente como era, hizo que no lo notaba, para no alarmarla y para no alarmar a los padres de ella.

Viendo que Amelia no contestaba su pregunta, fijó en ella sus claros y vivísimos ojos y continuó con voz suave:

—¿Será, tal vez, que tú lo amas?

—Sí —suspiró Amelia, y ocultó su cabeza en el seno de su amiga.

Nada es tan dulce como los consuelos de una amiga.

Bertha prodigó a Amelia mil tiernas atenciones, y, cuando ya estuvo más serena, le dijo:

—Tú te afliges demasiado, y por nada. Ya verás; Carlos no se irá y tú te casarás con él.

—Que equivocada estás, mi amiga.

—¿Por qué?

—Porque yo nunca me casaré con Carlos.

—¿Y la causa?

—Porque mis padres no querrán.

Bertha rió de la sencillez de su amiga.

—¿Qué no querrán?

—No querrán —volvió a decir Amelia.

—¿Y bien, el motivo? —Preguntó Bertha ya impaciente.

—¡Ah! El motivo no lo conoces tú.

—¿Cuál es? —Dijo Bertha con ese aire de mando y acento de superioridad que la caracterizaban.

Amelia no tuvo más remedio que decírselo, y se expresó así:

—Estando muy jóvenes, el abuelo de Carlos y el mío se enamoraron de una misma señorita; y como la joven prefirió a Vallarino, Montiel aborreció a este desde aquel día; más, no hallando como hacerle mal de otra manera, le robó la hermana y nadie supo lo que había hecho de ella, pues nunca volvió a aparecer. Montiel se casó poco después con otra, no porque la amara, sino para probarle a su rival que nunca había tenido intención de casarse con su hermana. Enfurecido Vallarino, juró vengarse de Montiel, y así lo hizo. Una noche que había salido Montiel, en el camino se le colocó en frente y le preguntó por su hermana. Montiel no contestó. Eres un cobarde, un asesino, le dijo el abuelo de Carlos; defiéndete, y le dio una de las dos espadas que llevaba. Se estableció una lucha en la oscuridad, en la cual Vallarino salió victorioso.

—Mi padre —continuó Amelia— no ha tratado de hacer mal a la familia Vallarino; pero la odia con todo su corazón.

—Ahora dime: ¿Crees tú que consentirá en que me case con el nieto del hombre a quien él llama asesino de su padre?

Bertha escuchaba callada, sombría, grave. Por toda contestación a la pregunta de su amiga, dijo:

—Y esa historia, ¿la sabe Carlos?

—Sí, puesto que él es quien me la ha contado.

—Y, ¿está dispuesto a olvidarlo todo con tal de casarse contigo?

—Sí.

—Pues no te aflijas, Amelia, dentro de poco tiempo serás la esposa de Carlos.

—¿Cómo? —Preguntó la joven estupefacta.

—Ya lo arreglaré yo.

—¿Diciéndoles a mis padres?

—¿Me crees tan cándida? Mira, yo te haré feliz, pero si tú haces lo que yo te diga.

—Bertha —contestó Amelia—, soy débil, no lo niego. Si vieras cuantas veces me ha propuesto Carlos que nos casemos en secreto, y, a pesar de amarlo tanto, no he querido aceptar porque he tenido miedo.

—Desecha vanos temores, has un esfuerzo y júrame que te someterás, en todo, a lo que yo disponga.

Amelia titubeó.

—Júralo —dijo la señorita Nanne, con voz grave.

—Lo juro —dijo Amelia, magnetizada bajo la poderosa mirada de su amiga.

—Pues bien —dijo Bertha con alegría—, el porvenir nos sonríe. Todo lo que pienso me parece iluminado por Dios. Dirás que no es así, es la verdad.

—Hoy mismo le voy a escribir a Carlos, con Enrique que se irá mañana. Mi plan es muy sencillo, pero peligroso. Como tú sabes, Carlos tiene un buque propio que mandó hacer ex profeso para su viaje a Europa. Pues bien, ese buque servirá para algo mejor. El martes en la noche arribará a esa hermosa costa, tan cercana, que tienes ante los ojos. Traerá de pasajeros... ¿Para qué es que te lo digo? Ya tú lo verás.

Nosotras saldremos a pie de la casa, y luego nos reuniremos con Enrique, que nos tendrá bestias preparadas para que lleguemos a la costa. ¿Qué podemos temer? Enrique y yo somos únicos de familia; él administra mis bienes; así es que nadie extrañará nuestro viaje. En el buque se celebrará el matrimonio. Enrique y yo seremos los padrinos. Después, nos iremos a viajar, o regresaremos luego, como a ustedes les parezca.

—No, no. —Dijo Amelia— ¿Irme así, contra el gusto de mis padres? No.

—Vamos, Amelia —dijo Bertha con dulzura— te digo que serás feliz, ¡Dios lo quiere!

Y en sus ojos se notó algo como resplandor divino, como llama celeste. —Sin el consentimiento de mis padres, jamás daré un paso, jamás.

—Lo has jurado —dijo Bertha gravemente.

Todo se hizo tal como Bertha lo había pensado.

¿De dónde se le había ocurrido tan extraño pensamiento a aquella joven de diez y ocho años? Pregunta es esta muy difícil de contestar.

Al fin llegó la noche fijada por la joven para ejecutar su novela aventura. Amelia estaba triste, fuera de sí, no hallaba como hacer. Bertha, aunque más serena, no por eso dejaba de sentir cierta zozobra. Veía que la acción que iba a ejecutar era mala, y se estremecía pensando cuales serían las consecuencias que traería. Pero ya lo hemos dicho, tenía fe en Dios, y se consolaba pensando que él los sacaría bien.

Amelia, presa de angustia fatal, veía y dejaba hacer a su amiga, sin atreverse a tomar parte en nada. Luisa iba y venía, llevando de poco en poco el equipaje a donde estaba esperándola Enrique.

El reloj marcó las nueve. Bertha se acercó a su amiga y le dijo:

—Ya son las nueve: nos falta una hora. ¿Estás lista?

—Bertha, es una infamia lo que vamos a hacer. Yo estoy arrepentida. Yo nunca consentí... ¡Tengo miedo!

—¿Miedo? —Dijo Bertha palideciendo.

—Sí, miedo. Dios nos va a castigar.

—Dios —dijo Bertha— Dios está con nosotros.

—Dios —repitió Amelia— solo está al lado de la razón.

—Yo también lo estoy. ¿Acaso no quiero tu felicidad?

—Bertha, vuelve atrás.

—¿Retroceder? Imposible.

Los ojos de Amelia se nublaron de lágrimas.

—Escúchame, Amelia —prosiguió Bertha, tratando de consolar a su amiga—. Ya todo está arreglado, ¿por qué desmayar en el último instante?

La señorita Montiel no escuchaba nada, pálida como un cadáver, con las sienes bañadas de un sudor glacial y los ojos extraviados, trataba de coordinar sus ideas, pero en vano.

Bertha tuvo miedo al ver el estado de su amiga, y arrodillándose al lado de ella, oró un rato.

El reloj marcó las diez. La hora suprema había llegado. Todo dormía en la más completa calma.

—Bertha —dijo Amelia, arrojándose en los brazos de su amiga —¡Ten compasión de mí! No demos este paso.

Bertha hizo un supremo esfuerzo, y sin contestar a su amiga, le dijo:

—¿No les escribes a tus padres, despidiéndote de ellos?

Amelia, por toda contestación, hundió su cabeza en el seno de su amiga y se echó a llorar.

Bertha, viendo que era tarde, recostó a Amelia en un sillón, y se puso a escribir. Así que acabó, llamó a Amelia y le dijo:

—Ven, firma.

Amelia, trémula y pálida, se acercó a la mesa.

—Firma —le dijo Bertha.

Amelia firmó y pareció estar más serena. Luego, volviéndose a Bertha, dejando aparecer en sus labios una tenue sonrisa y coloreándose ligeramente sus mejillas, como se coloran las flores, ya próximas a morir, al sentirse bañadas por los últimos rayos del sol, le dijo:

—Estoy lista.

—¿Y ese cambio, Amelia? —Preguntó Bertha admirada de la resolución de su amiga, y sin poderse contener.

—¡Ese cambio! Tú lo sabes. Tú ejerces sobre mí una influencia

extraña, me dominas como lo haces con todas las personas que tienes a tu lado, y, ¡cosa rara! Te obedezco no obligada, sino por cariño, por simpatía y porque me he acostumbrado a mirarte como un ser superior. No hago nada sin preguntarte antes si estará bien hacerlo. Tengo tanto placer en oírte discurrir como persona vieja, en escuchar tus consejos que parecen frutos de una dilatada experiencia. Además, te sonríes de un modo tan expresivo, dices con tu sonrisa tanto, tanto, que yo te obedezco fascinada; y después de ejecutar lo que tú me dices, aunque me salga malo, lo cual es rarísimo, te admiro más... Pero ahora, Bertha, ahora no sé qué hacer... mi ánimo desfallece... Este latir de mi acongojado corazón, ¿no me dice, tal vez, que busco mi desgracia siguiéndote?

—Partamos, partamos —exclamó Bertha pensando que, si se dilataban, podía Amelia cambiar de parecer.

Ambas amigas se pusieron de pie, y Amelia, volviéndose a Bertha, le dijo:

—Tú darás cuenta de mí.

La señorita Nanne tembló y palideció ante las palabras de su amiga.

—¡Dios mío, haznos felices! —Exclamaron las dos jóvenes, y salieron, sosteniéndose mutuamente. Luisa iba detrás de ellas.

VI

Al siguiente día, siendo ya tarde, y viendo los padres de Amelia que ésta y su amiga no se habían levantado, resolvieron mandar a ver que les había sucedido. Les dijeron que no estaban y les entregaron la carta que habían dejado, la cual decía así:

Mis queridos padres:

Apenas me atrevo a comunicar a ustedes el paso que voy a dar.

Amando, como amo, al joven Carlos Vallarino, y comprendiendo por otra parte que ustedes jamás aprobarían nuestro amor, he tomado una resolución extremada. Mañana, cuando ustedes vean esta carta, seré ya la esposa de él. Hoy, a las doce de la noche, me embarcaré, e inmediatamente se celebrará el matrimonio en el buque. Me acompañan Bertha, Enrique y Luisa. ¡Perdónenme!

Nuestra intención es pasar adelante, pero si ustedes nos

perdonan y dan al olvido todo lo pasado, escribannos, que inmediatamente regresaremos.

¡Adiós! Perdonen y bendigan a su amante y desgraciada hija.

Amelia Montiel

Imposible es pintar el dolor de los padres, así que leyeron la carta.

—¿Quién lo había de pensar? —Dijo doña Juana— Amelia tan dulce, tan obediente, tan tímida, y hacer semejante locura.

—No lo dudes —dijo don Antonio— fue Bertha la que le sugirió tal idea.

—Pero, ¿qué hacemos? —Dijo doña Juana desesperada.

—Pues que habíamos de hacer —contestó el capitán—, enviarles un telegrama al primer puerto que arriben, diciéndoles que se vuelvan inmediatamente. De todos modos, las enemistades no son buenas, y el mejor modo de borrarlas es enlazando las familias enemigas. Pero te confieso que, si no fuera que esto ya no tiene remedio, de otro modo nunca hubiera consentido en semejante enlace.

VII

Retrocedamos, queridas lectoras, para volver a juntarnos con nuestros viajeros.

A las doce llegaron al buque. Amelia cayó desmayada en los brazos de su amiga.

A la una se celebró el matrimonio. Amelia, cerca de Carlos, se sintió más fuerte.

La luna, abriéndose campo por entre las densas brumas, salió majestuosa, iluminando con sus plateados rayos el dormido mar.

El capitán dio la señal de marcha... Momentos después, no se escuchó más ruido que el del buque en su choque con las aguas. Pero de pronto la luna oscureció; el mar comenzó a agitarse; algunos truenos comenzaron a oírse; los relámpagos sucedíanse unos a otros, con admirable rapidez; gruesas gotas de agua salpicaron las velas; el huracán silbaba.

La tempestad estalló, al fin, con toda su furia... Los navegantes temblaban.

El buque, arrojado violentamente contra los arrecifes, no pudo resistir tan rudo choque, abriósele el casco, y, por consiguiente, empezó hacer agua.

La frente del capitán nublose, y su rostro se puso lívido.

Carlos, que se le reunió poco después, díjole:

—¿Y bien, capitán?

—Estamos mal, amigo.

—¿No cesará pronto la tempestad? —Preguntó Carlos estremeciéndose.

—¿Qué dice usted, doctor?

—Que no saldremos pronto de esto.

—No solo no saldremos, sino que...

—Concluya usted, capitán.

—Doctor, estamos perdidos.

—¿Perdidos?

—Sí.

—¿Y no hay modo de salvarnos?

—El único, los salvavidas

—Pero, capitán, ¿es muy desesperada la situación? Busque usted otro medio.

—No lo hay. El buque está hecho pedazos, y por más que se esfuerzan los marineros, no es posible sacar toda el agua que se introduce.

Entre tanto, una escena desesperada también tenía lugar en el salón del buque.

Amelia parecía estar más serena.

Bertha se retorció las manos con desesperación, exclamando:

—¡Amelia!... ¡Dios mío!... ¿Qué es lo que te he hecho hacer?

—No te desesperes, tengamos esperanza en Dios.

—¿Esperanza en Dios? Cállate, Amelia. Dios nos castiga... y muy justamente. Pero, ¿por qué castigarte a ti, cuando yo sola tengo la culpa? ¿Tú, inocente, a quien yo he arrastrado a su perdición? Amelia... Amelia... ¿Por qué esa calma?... ¡Tienes razón! Yo debo ser la única en sufrir.

En este momento llegaban Enrique y Carlos.

—Carlos, sálvanos —gritó Amelia.

—Valor, esto pronto concluirá —dijo Carlos con semblante sereno en apariencia.

—¿Por qué no echan las lanchas? —Exclamó Bertha.

—Se echó una al mar, contestó Enrique, y no volvió a aparecer, ni la lancha, ni los dos marineros que iban en ella.

—¿Por qué nos quitas la última esperanza, Enrique? Miente, miente, si es preciso para consolarnos —dijo Bertha.

—No hay que anonadarse, esperemos.

—¡Pobre hermano mío!... ¡Tú también vas a perecer por mi culpa!...

—Cálmate, hermanita, no le quites el valor a Amelia.

Los dos jóvenes salieron, exclamando:

—Vamos a hacer todo lo posible por salvarlos.

La tempestad rujía. El buque empezaba a hundirse.

—Ves, —dijo Amelia a Bertha— estamos perdidas.

—¡Perdidas!... ¡perdidas! —Repitió extraviada, la señorita Nanne.

—Muramos resignadas.

—¡Morir! ¿Morir tú, Amelia, en el momento más feliz de tu vida?... ¡No puede ser!

—¿Más feliz? Te engañas. Siento remordimientos atroces... y no sé si deseo la muerte.

—No hables de remordimientos, que a mí me despedazan el corazón. Amelia, ¿por qué me obedeciste?

—Creía que iba a mi felicidad...

—No, no; no lo creías; tenías fatales presentimientos y te negabas a seguirme; yo te obligué a hacerlo.

—¡Por compasión, Bertha!... —Dijo la señora de Vallarino.

—Déjame hablar... déjame echarme la culpa de lo que ha sucedido. ¡Ah!, cuando pienso en los males que he ocasionado, no sé qué hacer, no deseo acordarme de nada, y, sin embargo, todo lo tengo presente...

—Amelia, tus padres, ¿qué desesperación no tendrán?

—Cállate, no me hables de ellos —exclamó Amelia aterrada, y sollozando.

—¡Dios mío, Dios mío! Yo quisiera estar loca, —dijo la señorita Nanne— no quiero pensar, no quiero comprender lo horrible de nuestra situación...

—Amelia —continuó Bertha, arrojándose en los brazos de ella— perdóname, quiero morir menos desesperada.

—Te perdono, amiga querida, aunque no tengo nada que perdonarte... Yo fui débil y...

El capitán apareció gritando:

—¡Los salvavidas, los salvavidas! El buque se hunde.

Luisa, llorando, estaba a los pies de las dos jóvenes.

—¡Justicia de Dios! —Exclamó Bertha— ¡Justicia, cruel pero merecida!...

Carlos tomó a Amelia y se arrojó al mar. Enrique hizo otro tanto con Bertha, y a Luisa la tomó un marinero. Apenas un momento se sostuvieron sobre el agua; una ola inmensa los envolvió.

El capitán tirose después, y merced a la luz de un relámpago, distinguió un cuerpo de mujer; tomolo en sus nervudos brazos, y con mucha dificultad, gracias a su gran habilidad en la natación, pudo llegar a la orilla.

Caminó hasta donde creyó no alcanzarían las olas, y rendido cayó desmayado junto al cuerpo que había salvado.

Un poco antes, una segunda ola hundió para siempre, en el fondo del mar, a los desgraciados que habían quedado cerca del buque, luchando con la muerte. Esta escena desgarradora pasó en menos tiempo que el que he empleado en describirla.

VIII

El capitán y Bertha fueron los únicos que sobrevivieron a aquella catástrofe; pero más le hubiera valido a la señorita Nanne perecer con su amiga, que quedar desesperada, entregada a sus crueles remordimientos. Desde la muerte de Amelia y su hermano, no han vuelto sus labios a sonreír; su tez, que en otro tiempo dio envidia a las frescas rosas, puede compararse ahora con la más marchita de ellas; el espléndido brillo de sus ojos, hace nublado; su carácter tan vivo y esencialmente alegre, se ha cambiado en dulcísimo y triste; más parece un cadáver que anda a impulsos del sufrimiento, puede decirse, que un ser que realmente habita este mundo. Los remordimientos de una mala acción, dejan, no hay duda, marchito el cuerpo y seca el alma.

Últimamente ha organizado un pequeño colegio y vive entregada a la educación de la juventud, no porque ella lo necesite para vivir, que es bastante rica, sino por hacer algo bueno, inculcar sanas ideas en el corazón de la niñez y pasar menos triste en compañía de sus discípulas, que a su vez la adoran.

Los padres de Amelia al saber el triste fin de su adorada hija, no pudieron resistir un dolor tan agudo y murieron bendiciéndola, porque en el corazón de los padres nunca se agota la ternura para con los hijos. No hace un mes tuve ocasión de visitar a Bertha, y fue entonces cuando ella me contó, emocionada aún, la historia que mis lectores ya conocen.

Danlí, junio 30 de 1891

Mes de mayo*

A mi madre doña Camila de Gamero

Mes de las flores, mes de las místicas alegrías, mes de los dulces regocijos, mes consagrado a María y para mí, para los míos, mes fatal, mes de luto, mes de lágrimas y tristezas, ya estás con

* Lucila Gamero Moncada, "Mes de mayo", *La Juventud Hondureña*, tomo II, n. 23, (15 de junio de 1894): 565-566.

nosotros. Todos te esperaban con gusto, menos yo que al verte llegar tiemblo de miedo, porque siempre nos traes la desgracia.

¡Mes de mayo, tú eras el que reinabas en el año que dejó de existir mí nunca olvidado y querido tío doctor don Cornelio Moncada!... Yo estaba muy niña cuando él fue atacado, en Tegucigalpa, de una violenta enfermedad; pero nunca se ha borrado de mi mente aquella época aciaga, aquellos días lentos, interminables y amargos como el dolor...

Es imposible describir la desesperación, la amargura que se apodera de nosotros cuando vemos que una persona querida está en las puertas del sepulcro; la cruel indiferencia se posesiona de nuestro espíritu y, ¡Dios mío, si fuera posible dudar de tu justicia, hasta de eso dudáramos!

En mi casa veía todos los semblantes mustios, afligidos y a mi madre que llorando le pedía a Dios le devolviera la salud a su adorado hermano...

Yo jugaba con mis hermanos y primos, pero intranquila, como presintiendo alguna desgracia, y sentía que hálitos de tristeza azotaban mi frente de niña.

Que mi tío seguía mal, era indudable; la creciente aflicción de mi mamá me lo decía; pero hasta que mi padre regresó de Tegucigalpa supimos la horrible verdad, supimos que el doce de mayo sería para nosotros fecha de dolor y de luto.

Después, un veinte, también de mayo, sufrió mi familia otro golpe fatal, la muerte de mi virtuosa y querida tía, doña Rosa Gamero de Gamero... Y en mayo, siempre en mayo, he visto desaparecer de este mundo a varias personas, de mi familia unas, y amigas otras, pero todas queridas de mi corazón. Por eso, en mayo, cuando veo las jovencitas con sus trajes blancos, inmaculados, entrar al templo de Dios, me parece que de allí van a salir vestidas de negro y con lágrimas en los ojos.

Para mí, en mayo, todo es triste, el airecito que sopla lo siento helado como la mano de la muerte; las flores me parecen mustias y el perfume que exhalan extraño, como si todo el día hubieran estado puestas sobre un cadáver... El cielo nublado, y la menuda lluvia que azota los cristales de los balcones llenan de frío mi alma y de brumas mi cabeza, en tanto que las hijas de María, sin hacer caso de las lágrimas del cielo, entonan cánticos de alabanza a la madre de Jesús, cánticos que a mí me parecen fúnebres.

Al expirar el último día de mayo, yo me siento alegre, como aliviada de un gran peso y libre ya de una desgracia, y entonces me repito: Mes de las flores, mes de las místicas alegrías, mes de los dulces regocijos, mes consagrado a María y, para mí, para los míos, mes fatal, mes de luto, mes de lágrimas y tristezas, adiós... y, ¡ojalá nunca volvieras!

Lucila Gamero Moncada

Danlí, 25 de mayo de 1894

Líneas*

A mi querida amiga Rafaelita Turcios

(En su álbum)

¿Tú también, cariñosa y buena, quieres que deje algo mío en tu libro de recuerdos?...

¡Bien!

¡Quién me diera tener el maravilloso pincel del inspirado Murillo, para copiar con él, en un lienzo inmaculado como tu alma, todos los encantos de nuestra rica y exuberante naturaleza!

¡Quién me diera encontrarme en esa apacible soledad! En ese verde montecito, en esa linda casita de campo donde se desliza feliz tu vida, para vagar contigo, en esas noches serenas de diáfanas claridades y tenues iluminaciones de estrellas, por las doradas playas del límpido Guayape, contemplando sus parajes deliciosos; y entonces viéndote a ti, ¡gentil y hermosa, poder inspirarme y producir algo que pueda figurar en las páginas de tu libro de pensamientos!

Mas, ¡ay! Esto, por desgracia mía, es imposible, y tienes que conformarte, mi dulce amiga, con mi cansada e incolora prosa.

¡Qué grato me sería estar cerca de ti, querida amiga!... ¡Ver tu casita blanca, tu precioso jardincito, y la enramada artística donde pasas horas deliciosas acompañada de tu buena e inteligente hermana Delia!

* Lucila Gamero Moncada, "Líneas", *La Juventud Hondureña*, tomo II, n. 24, (30 de junio de 1894): 610-611.

¡Quién me diera estar allí, a tu lado, cerca de los frondosos platanares, bajo el frescor del emparrado de hojas color de esperanza, oyendo tu dulce plática, tus amistosas confidencias, y contándonos, mutuamente, nuestras ilusiones, nuestros delirios y tristes realidades; y viendo en esas horas de la tarde, tristes y poéticas, el crepúsculo que muere y lanza su última refulgente mirada sobre las hermosas palmeras, ¡dándoles el aspecto de monarcas cansados bajo su áureo manto!...

¡Ah, tú debes sentir, como yo, anhelos infinitos, deseos ignorados: realización imposible de un ideal de luz!

¡Las tardes brumosas, frías, oscuras como el misterio, pálidas como el desencanto, deben hacerte sentir nostalgia abrumadora, nostalgia producida por la ausencia de una patria luminosa que nunca has habitado, pero que es la tuya, y que solo has visto con los ojos de tu imaginación en esas horas dulcísimas de arrobador ensueño!...

Mientras vago yo, con el alma enferma, por el país del recuerdo, pásate tú por los márgenes de ese hermoso Guayape, que tantas veces he visto en sueños, oprime con tu breve planta sus arenas de oro, piensa en las náyades que en las noches tranquilas del misterio se bañan en sus claras aguas, aspira las auras embalsamadas que mecen las juncias, oye los ruidos vagos y extraños que vienen del bosque umbroso, sueña cosas dulces, embriagadoras... y piensa en mí.

Lucila Gamero Moncada

Danlí, 1 de junio de 1894

A mi querida Mundita Zúniga*

En la primera página de su álbum

Hace ya algunos años que tu nombre me es conocido...

Recuerdo que allá en mi pueblecito, en una tarde hermosísima, de esas tardes rosadas y luminosas, en que hay en el cielo nubecillas de todos colores y en el ambiente perfumes embriagantes y delicados, me encontraba yo sentada frente a uno de los balcones

* Lucila Gamero Moncada, "A mi querida Mundita Zúniga", *La Juventud Salvadoreña*, tomo V, n. 7, (julio, 1894): 236-237.

de mi casa, sin saber por qué, me sentía triste; habíase cansado mi fantasía de vagar por mundos ideales, entonces, levantándome y tomando un álbum de retratos, me puse a hojearlo con la idea de distraerme, volví las primeras hojas sin hallar nada que pudiera impresionarme, de pronto me detuve, y mis ojos se fijaron en un precioso retrato, era el de una jovencita, casi una niña, graciosa, sonriente y esbelta, mucho me llamó la atención su actitud resuelta y elegante, en sus negros y soñadores ojos se adivinaba el talento, y en la dulce sonrisa que animaba su rostro, la bondad de su carácter. Recordé... Sí, aquella eras tú; era tu retrato, valioso obsequio que tu madre hizo a la mía...

Vino a mi memoria el pensamiento de que estabas lejos, muy lejos de tus padres, quienes te habían separado de sí con el objeto de buscarte el pan del alma, la instrucción. Con tu ausencia el hogar quedó solitario y triste; tu cariñosa madre con el alma y el corazón vacíos, y deshecha en llanto al verse separada de su hija tan querida...

Aquel cuadro era muy triste... Estabas lejos de los tuyos, en tierra extranjera, sin recibir el calor del hogar, el calor del amor materno, el más puro y santo de todos los amores...

Cerré el álbum...

La blanca luna iluminando el espacio, había desterrado los últimos celajes de oro y rosa, como la despiadada realidad destierra las doradas ilusiones y las rosadas esperanzas de la vida... Solamente las estrellas permanecían fijas, como claros diamantes, tachonando la bóveda del cielo... Seguía pensando en ti, y tan presente estabas en mi pensamiento, tan fija en mi imaginación, que, mirando aquella infinidad de constelaciones, nadando en la inmensidad del espacio, te veía siempre, en medio de ellas, como un ángel de la tierra transportado a aquellos mundos... Después, te miraba en tu colegio con tu risa juvenil, tu limpio traje de colegiala, rodeada de tus amigas y entretenida con infantiles juegos. Una viva simpatía me arrastraba hacia ti, y tuve ardientes deseos de hallarme donde estabas...

Los años transcurrieron; y hoy, por casualidad felicísima, me encuentro contigo en tu ciudad natal: Ya no eres la traviesa colegiala de antes, sino una elegante señorita; simpática, como hay pocas; hermosa, de talle esbelto, de contornos que, por lo bello, parecen ideales; inteligente, ilustrada; con el sprit de la francesa y la graciosa naturalidad de la hondureña.

Ahora, el hogar está alegre, iluminado con tu presencia; tus padres, satisfechos, te contemplan con orgullo, viendo que eres joya preciosa por tu ilustración y virtudes; y tu patria se gloria de tenerte ya en sus lares.

Querida y dichosa amiga mía: yo quisiera tener la sublime inspiración de Homero y de Virgilio, la mágica pluma del inmortal Víctor Hugo, o la sentimental ternura del poeta Lamartine, para poder dejar en tu precioso álbum un pensamiento nuevo, un recuerdo dulce, un algo digno de ti, que hiciera que me recordaras con cariño tan tierno y tan profundo como el que te profesa tu amiga.

Lucila Gamero Moncada

Tegucigalpa, 12 de diciembre de 1893

Un carácter*

A Ernestina Galindo

Amistad y cariño

Lucila Gamero Moncada

I

El paseo “Las rosas”, muy concurrido otras veces, estaba esa tarde casi desierto: solo un pequeño grupo se veía, compuesto de tres señoritas y cuatro caballeros.

Entre las señoritas se distinguía Amelia Gámez, y entre los caballeros, Adolfo Cuéllar, enamorado de Amelia.

Quién hubiera visto ligeramente a la señorita Gámez, no habría dicho, ciertamente, que era hermosa; pero si alguna vez recibía los rayos de sus ojos, unos ojazos grises, algo tristes y de mirada límpida y penetrante, de seguro confesaba que era encantadora.

Adolfo era un joven elegante, algo moreno, pero extremadamente simpático.

* Lucila Gamero Moncada, “Un Carácter”, *El Pensamiento*, s. I, n. 4-7, (julio-agosto, 1894): 26-27; 34-36; 43-44; 51-52.

Traviesa era Amelia, miraba a todos los hombres con amable indiferencia; pero Adolfo era el objeto de sus graciosas burlas y amargos desdenes. Y no se crea que trataba así al pobre Cuéllar, porque era ella una señorita rica y de familias principales, y él un abogado pobre, aunque también de estimables familias, no; ella lo trataba así, por algo que no podía explicarse, algo que yo me sé; su orgullo consistía en no amar a ningún hombre, y aquel joven varias veces la dejaba pensativa.

Locamente amaba Adolfo a Amelia, y esa tarde, la tarde a qué me refiero, estaba sentado cerca de ella y la miraba fijamente, con éxtasis amoroso.

A la señorita Gámez no debe haberle gustado tan larga contemplación, porque le dijo con un tonito malicioso:

—Caballero, ¿no le gustan los encantos de la naturaleza?

—¡Oh, y mucho, señorita!

—Entonces, puede usted deleitarse con ellos.

—¿Por qué me dice usted eso, señorita?

—Porque si continúa como ha estado, más de alguno va a creer que mi cara es carta geográfica, y que usted está empeñado en hallar en ella una ciudad imaginaria.

—¡Oh, señorita!...

Y aquella burla llegó al alma del pobre joven, cuyos ojos dirigió a un lugar lejano; después se puso a platicar con Julia, prima de él.

A su vez le tocó a Amelia fijarse en Adolfo:

—Habla con Julia, ¿qué le dirá?... Julia no es fea: ¿Se amarán?...

Esto se decía Amelia presa de inquietud extraña.

Después, cambiando la sonrisa burlona de su boca por una alegre, le preguntó a Cuéllar:

—Adolfo: ¿Concurrió usted a las carreras hípicas que hubo el domingo pasado?

Adolfo se volvió en el acto hacia Amelia:

—Sí, señorita.

—¡Magnífico caballo dicen que es el que montaba el jinete que ganó el premio!

—Es regular.

—¿Sabe usted de quién es?

—De usted, señorita, puesto que pertenece a este su servidor.

—¿De usted?... En verdad que no lo sabía... Luego, ¡usted está de plácemes!

—Gracias al caballo.

—Me parece que debe sentirse un placer muy grande cuando se obtiene uno de esos espléndidos triunfos hípicos.

—Unos gozan, otros no, señorita.

—¿Y usted?

—No creo pueda llamarse placer lo que entonces sentí.

—¡Cómo! ¿No sintió placer entonces?

—No, señorita.

—¿Y con qué goza usted?

—Con otras cosas muy distintas a esa, soñando en imposibles, tal vez.

—Ah, me olvidaba que usted tiene sus ratos de romanticismo; y, según parece, debe estar cautivo de un ideal.

—Dice usted, bien, Amelia: de un ideal.

Y como la señorita Gámez no le volviera a dirigir la palabra, él siguió hablando con Julia.

Llegada la hora de regresar del paseo, Adolfo dio su brazo a Julia, mientras Amelia, de mal humor, aceptó el de uno de sus primos.

Esa noche no durmió bien la señorita Gámez, y tuvo pensamientos extraños.

—¿Por qué Adolfo no se sometía a sus menores caprichos como lo hacían los demás hombres?

II

Ella había dicho a su íntima amiga Hortensia, hablando de Adolfo:

—Yo lo dominaré.

Y esa noche pensaba hacerlo, esa noche que, con motivo del cumpleaños de su madre, había alegre reunión en su casa.

Estaba bellísima Amelia, envuelta en sedas y encajes, su cuerpo sumamente elegante, y su actitud altiva y graciosa le daban aire de sultancita. Repartía, con suma gracia, a las señoritas, cariñosos abrazos, y a los caballeros encantadoras sonrisas, pero sonrisas que llevaban el sello de su boca finísima y ligeramente burlona.

Todos los elegantes habían ido a doblar la rodilla ante la señorita Gámez, y la tenían asediada con vulgares galanteos. Ella, así que se vio libre de ellos, fue a sentarse al lado de su amiga Hortensia. Estaba triste y parecía que algo la preocupaba.

—¿Has visto a Adolfo? —Preguntóle a su amiga.

—Sí, contestó esta.

—¿Dónde está?

—En la otra pieza, con tu madre.

—¿Por qué no habrá venido a saludarme?

—Teme tus burlas... ¡Te ama tanto!

—No, Hortensia, no me ama —dijo Amelia con abatimiento— si me amara estaría cerca de mí.

—¿A pesar del desdén con que lo tratas?

—A pesar de eso.

Y esa era la firme creencia de la señorita Gámez.

—¿Y qué quieres que haga Adolfo?

—Que venga a rendirme respetuoso homenaje.

—¿Y si no viene?

—Vendrá, Hortensia, vendrá.

—¿Y para qué quieres que venga?

—Para humillarlo.

—Eres inflexible, amiga mía.

—Estoy acostumbrada a hacer mi gusto en todo.

—¡Pobre Adolfo!

—Quiero, pero con verdadero querer, que Adolfo me ame; que no pueda vivir sin mí, y que venga a decírmelo humildemente.

—Y entonces, ¿qué harías tú?

—No sé lo que haría, pero estoy segura que al arrojarlo de mi lado sentiría cierta alegría mezclada de profundo pesar.

—¿Lo amas?

La señorita Gámez dijo tranquilamente:

—No sé lo que es amar.

—¡Amelia!

—Basta, Hortensia; ven, vamos a buscar a ese abogadito, porque él, según dices tú, me tiene un miedo cerval, y no vendrá.

Adolfo, sin darse cuenta de ello, había herido el indomable orgullo de su amada.

La señorita Gámez se dirigió a la pieza donde estaba Cuéllar, y durante largo rato le dio las espaldas con suma indiferencia. Después, dejó caer su abanico en la alfombra; y al volverse, para recibirlo de manos de un amigo, fijóse en Adolfo que, como siempre, la miraba.

—¡Ah! ¿Es usted señor Cuéllar? Dispénseme que no lo haya saludado antes, creía que usted no nos había favorecido con su presencia esta noche, porque no había tenido el honor de verlo antes.

Y recalcó estas últimas palabras con arrogante altivez.

Adolfo, pálido de emoción, se puso de pie:

—Señorita, perdóneme usted: estaba usted tan ocupada con sus

amigos, que no me atreví a ir a distraerla.

—Es usted muy amable.

—No tanto como deseara serlo con usted, señorita.

—¡Ah!... Pero dígame, ¿por qué no ha ido usted al salón de baile? No siempre he estado yo allí.

—¿Usted piensa, señorita, que usted es la causa de que no haya ido yo al salón?

—Yo no tengo interés en saber los motivos que usted tiene para estar algo retraído, y por esa causa no he pensado en lo que usted me pregunta —exclamó ella con acento burlón.

—Yo sé demasiado que a usted no le interesa nada mío, y le ruego dispensarme que le haya hecho esa pregunta —contestó él, con tal acento de altivez, que Amelia se quedó turbada.

Pero el joven abandonó luego aquella altivez para quedar triste y abatido, estaba desesperado y quería arrojarse a los pies de Amelia y decirle:

—“¡Búrlate de mí, mátame, pero te amo!”

Y ya le parecía oír la fría carcajada, el amargo desprecio con que la joven acogía su declaración amorosa.

Amelia sintió algo de las tristezas de Adolfo y le dijo:

—Hágame el favor de acompañarme al salón, es preciso que usted esté contento para que no desacredite la reunión.

Y por primera vez le sonrió con su sonrisa de ángel.

Las palabras de Amelia causaron íntimo placer a Adolfo, quien contestó, olvidando sus enojos:

—Usted me honra mucho, señorita, la acompañaré con verdadero placer.

Y el suave perfume de la mujer amada le daba vértigo, y el contacto delicioso del brazo de ella en el suyo, le producía embriaguez amorosa.

¿Era aquello un sueño? Amelia le había sonreído... ¡Y qué sonrisa la suya!... Sus ojos, como agobiados de tristeza, lo estuvieron

viendo largo rato... ¡Y qué mirar aquel!

Las dulces armonías musicales completaron el encanto de aquel idilio mudo y amoroso.

Sin saber cómo, Amelia encontróse bailando con Adolfo; él la oprimía con ternura, y ella parecía estar satisfecha, hasta que Hortensia le dijo muy quedo:

—Creo que él ha sido quien te ha conquistado.

Amelia se puso colorada: era verdad; ella lo había llevado al salón... Sintió vergüenza de sí misma, debía ser la Amelia despreciativa, la Amelia de siempre.

—Dispénsame usted, Adolfo, pero estoy cansada.

—¿Quiere usted descansar?

—Sí.

—¿A dónde quiere usted que la lleve?

—A la otra pieza.

Y los dos se fueron a sentar cerca de un balcón, donde soplaba viento fresco y agradable.

—¡Qué dulce me parece la vida, Amelia, nunca he sido tan feliz como hoy!

—A mí me sucede lo mismo: esa música tan buena y sentimental nos hace soñar cosas celestiales.

—Sin embargo, a mí no es la música la que me ha hecho feliz.

—Sea lo que fuere, mucho me alegra haber conseguido mi objetivo.

—¿Su objetivo?

—Sí, ver a usted contento. Cuando estaba usted al lado de mi madre tenía usted una cara tan lánguida que...

Y sin concluir la frase se echó a reír mirándolo con una de sus miradas duras como el mármol y frías como la nieve.

Adolfo estaba desconcertado, acababa de vislumbrar la felicidad, y veía otra vez abrirse a sus pies el abismo que ya creía salvado...

¿Cómo haría para comprender el carácter de Amelia?... ¿Comprenderlo?

¡Era imposible! ¿Se comprenden las tempestades? ¿Se comprende la inmensidad?

—Soy un necio —pensaba Cuéllar —amo a esta joven y ella me desprecia, quisiera morir antes que volver a sufrir sus insultantes burlas... A mí quiere tratarme como si yo fuera un ente sin razón ni delicadeza, los demás son sus lebreles y al menor capricho de ella me despedazarían, pero yo soy más fuerte que ellos.

La señorita Gámez díjole:

—¿Por qué no vino Chabelita, su hermana de usted?

—Se quedó acompañando a una amiga que está algo enferma.

—¿Su prima Julia? —Preguntó con ironía.

—No, señorita.

—Creía que era ella, y ya me explicaba el motivo de la tristeza de usted.

Él tuvo un arranque de desesperación:

—Si Julia fuera la enferma, no estuviera yo aquí, señorita.

La señorita Gámez tembló de cólera:

—¿Con qué al fin de todo amaba a Julia?

¡Oh, eso era para volverla loca!

—Tiene usted razón —dijo ella levantándose con terrible y despreciativo ademán —tiene usted razón, sé lo que es amar.

Y pidiéndole permiso, se alejó del lado de él.

Él se quedó absorto, mudo de asombro y de dolor.

—Ama a otro, y a mí... a mí debe odiarme.

Y las lágrimas de Adolfo sirvieron de gotas de rocío a las flores que, colocadas en magníficos jarrones de china, ostentaban sus bellas corolas irisadas.

Amelia, entretanto, decía a Hortensia:

—No me había engañado, no me ama.

Pero no se atrevió a decirle que él amaba a otra... ¡Cómo!... ¿Había alguno capaz de amar a otra señorita antes que a ella?... ¡Nunca!... La mayor parte de sus amigas se habían casado ya, era cierto, pero con hombres que ella no había querido aceptar por maridos.

Era verdad, Amelia era irresistible, y lo peor de todo, no amaba a nadie, esa era la creencia de todos sus enamorados.

Hortensia exclamó, estrechando dulcemente las manos de su amiga:

—Por más que digas, yo sé que te adora. ¡Lástima que no lo ames tú!

—¿Por qué?

—Porque harían una pareja encantadora.

Amelia suspiró:

—No me vuelvas a hablar de ese joven, no es capaz de interesarme.

Y la señorita Gámez, esa noche, se dedicó por completo a sus amigas.

Adolfo se retiró de casa de los señores Gámez, y en la calle, antes de llegar a su casa, dijo a un amigo suyo:

—Estoy loco, no me ama Amelia, lo único que me queda que hacer es acabar con mi vida de un pistoletazo...

—Eso sería indigno de ti, muéstrate indiferente, fuerte, y aléjate de aquí para que olvides a esa joven sin corazón, pero encantadora.

—Dices bien, me alejaré de aquí —exclamó Adolfo con rabia y riéndose convulsivamente—. Ella sabe que la amo, y la vispera de mi viaje iré a despedirme de ella con una calma que, estoy seguro, la hará sufrir, porque es orgullosa y cree que todos deben desmayarse de amor en su presencia. Yo, ¿a qué negarlo? Antes lo hubiera hecho, pero ahora solo quiero probarle que no la amo, ni la he amado jamás, esa será mi venganza.

III

Blanca como una preciosa azucena, y muellemente reclinada en rica otomana, estaba Amelia cuando le dijeron que un caballero deseaba verla. Sin preguntar el nombre del visitante —que tal vez lo había adivinado ya— dio orden de conducirlo allí donde ella estaba, en su saloncito perfumado, coqueto, donde recibía a sus amigas íntimas, y en cuyas cortinas crujientes, palpitantes, parecía esconderse la risa alegre y retozona de aristocráticas señoritas. Aquel saloncito adornado artísticamente, debía poseer muchos secretos de elegantes jóvenes, dulces unos y amargos otros, revelados al son de armoniosas carcajadas, o al rodar de ardientes lágrimas...

Amelia seguía blandamente reclinada en la rica otomana, su actitud era emergente y marrullero su fastidio, y en sus labios húmedos no vagaba sonrisa alguna, vestía un modesto y elegante traje color rosa-pálido, moribundo, y con aquella *toilette* estaba adorablemente encantadora. A Adolfo, que entraba en aquel momento a la pieza de ella, debe haberle parecido lo mismo, y creído hecho realidad el ideal que en dulcísimo ensueño azul se había forjado su mente llameante de poeta pálido y soñador, porque sin decir una palabra, con ojos brillantes de amor, tomó entre las suyas, dulce y apasionadamente, la mano delgada, fina, blanca como capullo de azucena, de aquel ángel viviente...

Adolfo ya no era el Adolfo de antes, rosado, lleno de vida, era otro Adolfo pálido, triste, enfermo de empatía. Amelia lo contemplaba con amorosa compasión, y dejó oír su voz dulce, armoniosa como trinos de ruiseñores:

—He estado extrañando que usted no haya venido a verme, pero ahora me explico la causa que usted ha tenido para no venir, ha estado usted enfermo.

—Sí, muy enfermo, señorita —contestó él con acento melancólico. Y usted, ¿cómo ha estado?

—¿Yo?... Bien, como siempre. Estos días fríos son para mí muy agradables, tienen algo de las brumas que hay en mi alma.

La señorita Gámez hablaba con naturalidad, y había en sus palabras un fondo de tristeza que no pasó desapercibido Adolfo, pero luego le volverían aquellos ratos de altivez, aquellos ratos de sultana omnímoda... Bien mirado, ella no tenía la culpa de ser así: ¿por qué los hombres arrastrándose a sus pies y prodigándole un sinnúmero de alabanzas, la habían elevado a la categoría de reina?

Ella era reina, y, como reina adulada, despótica.

Adolfo la contemplaba dolorosamente:

—“¿Era posible que joven tan bella, de semblante tan dulce, no tuviera corazón?”

Rachas de aire frío deben haberle azotado el corazón cuando se convenció de que Amelia no era capaz de amar a nadie.

Era preciso romper el silencio, y ella fue quien lo hizo:

—La amiga de su hermana, ¿se mejoró ya?

—Sí, señorita. Gracias.

—Y Julia, ¿qué hace? —Preguntó ella con altivez.

—Dar clases de piano.

—Según me han dicho es una magnífica pianista.

—Así lo dicen, señorita.

—Yo nunca he tenido paciencia para aprender a tocar piano —exclamó Amelia con desprecio.

—Sin embargo, señorita...

—Sí, ya sé —le interrumpió ella con desdén— me va usted a decir que eso es una lástima, que tengo muy buenas disposiciones para ello, que a pesar de lo que antes he dicho toco muy bien ese instrumento... Pero, amigo mío, desde que no hay chicuela de colegio que no nos fastidie horriblemente con su incesante repiqueo, le tengo cierta aversión al piano. No quiero decir, por esto, que no me gusta, sobre todo, cuando oigo piezas tan admirables como las que toca su... prima Julia.

El tono malicioso, picante de Amelia, molestaba a Adolfo:

—En verdad, señorita, que usted favorece mucho a mi prima; ella se lo agradecerá.

—No la favorezco, es mi precio de ser justiciera.

—Y creo, señorita, que de las mujeres usted es la que más puede serlo.

—¿Por qué?

—Porque, según sus admiradores, usted está colocada por sobre todas ellas, y es probable que desde la altura en que usted se encuentra las juzgue, más que con justicia, con benevolencia.

—He ahí una cosa que no sabía, y que no me holgó de saberla —contestó ella con indiferencia.

—Lo creo, señorita, pero no quiero atrasar más a usted y permítame que le diga el objetivo de mi visita.

—¿El objetivo de su visita?

—Sí, señorita: vengo a despedirme de usted.

—¿Y cuándo se va usted?

—Mañana.

—¿Y vuelve?

—¡Tal vez nunca! Quiero hacerme marino.

La señorita Gámez púsose aún más blanca de lo que era.

—¡Marino! ¿Y no es usted abogado?

—Sí, pero me fastidia esta vida que llevo, y quiero recibir nuevas y distintas impresiones.

—En verdad que no comprendo su resolución de abandonar su patria, su ciudad natal, donde hay tantas personas que estiman a usted.

—Y a quienes igualmente estimo yo, pero circunstancias que no puedo decir a usted me han hecho tomar esta resolución.

—¿Y si alguien rogara a usted que se quedara?

Cuéllar se estremeció:

—Sentiría no acceder a ese ruego, señorita.

—Luego, ¿es irrevocable su resolución de irse de aquí?

—Irrevocable, señorita —articuló él, sin atreverse a recibir la mirada de los ojos de Amelia.

¿Qué pasó en el alma de la señorita Gámez cuando, poniéndose de pie y acercándose a Adolfo le dijo con acento extraño, acento en que el orgullo luchaba con el amor?

—¡Bien hecho, Adolfo: váyase, y cuando esté en medio del océano, oyendo el rugir de las olas, sonríase de orgullo, y piense que usted ha contemplado algo más tempestuoso que ese inmenso monstruo de agua, mi orgullosa voluntad, y que ha encadenado algo menos encadenable que ese líquido elemento, ¡mi altivo corazón!...

Y la extraña joven iba a salir de la pieza cuando Adolfo, aturdido, sin creer lo que oía, se colocó enfrente de ella, estrechándole las manos con loco apasionamiento:

—¡Amelia!... ¡Amelia!...

Pero Amelia no olvidaba que acababa de humillarse ante Adolfo, y le dijo con brusco acento:

—Y bien, ¿no se iba usted? ¡Váyase, yo lo quiero!

—¿Irme ahora?... ¡Nunca!...

Y la señorita Gámez lo miró allí, casi a sus pies, amoroso y suplicante... Se sonrió de satisfacción, y por primera vez aquellos dos corazones se unían sintiendo la dulce embriaguez de un amor correspondido.

Después... Se sentaron a hablar de su amor, de sus sufrimientos pasados: recordaron que antes, a las palabras amorosas que estaban para salir de sus labios, sucedían las frías y desabridas...

—Amelia, he sufrido mucho; pero, aunque hubiera sufrido el doble, todo lo olvidaría por esta realidad feliz... Tú, amarme, ¿qué más quiero?

Amelia lloraba... ¿Lloraría por su vida pasada, su vida de soltera? ¿Lloraría por haber encadenado su voluntad de reina?... No, lloraba al recordar lo cruel que había sido para con su amado; pero toda una vida de cariño; el amor de su corazón, rico en ternura, porque nunca la había desperdiciado en amores de un día, borrarían aquel pasado amargo, aquellos días de su amor, brumosos y aciagos.

—Amelia, no sufras; yo tengo la culpa del pasado, ¿por qué no procuré comprender tu carácter?... Debía haber sido contigo como eran los demás hombres. Ella lo miró afectuosamente:

—No, Adolfo; siendo así, no me hubiera fijado en ti, te amé altivo, y altivo quiero que seas; humillado a mis pies, te despreciaría como lo hago con esos muñecos que viven alabando mis extravagancias. Quiero que seas mi compañero, pero nunca mi esclavo. Luego, con graciosa sonrisa:

—Ven, acércate al piano, voy a tocarte la única pieza que sé.

—¡Qué pieza tan linda! ¿Cómo se llama? Preguntó él, cuando ella concluyó su música rítmica, cuyo acompañamiento lo hacían los ruiseñores que arrullaban en el jardín.

—Amor.

—¿Quién la compuso?

—Tú y yo.

Y, ¡no lo dudes mi querida Ernestina! Aquella joven altiva, voluntariosa, que no tenía tu carácter angelical y suave, aquella sultancita de voluntad omnímoda, fue la amantísima compañera de un hombre a quien hizo verdaderamente feliz.

Lucila Gamero Moncada

Danlí, 14 de junio de 1894

Un caso raro*

A mi amigo el poeta Froylán Turcios

La mesa estaba llena de magníficos manjares y aperitivos licores.

Los comensales eran jóvenes alegres, estudiantes en su mayor parte.

Entre carcajadas y juramentos referían historias extrañas, espeluznantes, y tiernas aventuras amorosas.

Un mozo pálido, nervioso y rubio, no tomaba parte en la alegría general.

* Lucila Gamero Moncada, "Un caso raro", *El Pensamiento*, s. II, n. 13, (15 de septiembre, 1894): 97-100.

—¡Por Cristo, Pablo! Ya me cansa tu mutismo —le dijo su amigo Mariano—. ¿Qué tienes?

—Nada.

—¿Entonces?...

—Esta mañana me contaron una historia que mató mi alegría.

—¡Una historia sentimental!... Debe ser curiosa; vamos, refiérela.

Se llenaron y vaciaron las copas, y el joven rubio dijo:

“Acaba de morir un pobre muchacho, víctima de una de las peores infamias”.

De familia pobre, pronto llegó, por sus méritos, a ocupar un buen puesto social.

Nació en un pueblo en donde no podía adquirir la instrucción que anhelaba, y tuvo que irse a la capital de la república a estudiar a un colegio acreditado.

Todos los años, el período de las vacaciones iba a pasarlo a casa de sus padres. Allí estaba lo que más quería, su novia, una jovencita lindísima; corazón puro, alma angelical.

Entonces eran unos niños: él tenía catorce años, y ella doce; y los pícaros se amaban ya. Muchas veces, durante las frías veladas, en presencia de sus padres, iba ella a sentarse sobre las rodillas de Arturo, y juntando sus cachetillos rosados con los de su novio, le preguntaba tiernamente:

—¿Verdad que serás mi maridito?

—Sí, vidita.

—¿Y nunca me olvidarás?

—No, almita.

Y la encantadora Virginia, satisfecha con estas respuestas, corría a dormirse en los brazos de su futura madre política.

Aquellos amores de dos niños fueron tomando cuerpo hasta llegar a convertirse en una pasión verdadera.

Al cabo de unos años, Arturo tuvo que irse a París, donde un pariente de su padre lo llamaba para que concluyera allí sus estudios.

Suspiros, lágrimas, dolores, todo esto presidió a su marcha, y él se fue llevándose promesas, juramentos, esperanzas, y en el corazón un amor eterno e invariable.

Por todos los correos que venían de Francia, recibía Virginia cartas de Arturo; cartas amantísimas, augurios de no lejana felicidad. En una de ellas le decía que dentro de tres años se recibiría de médico, para volver a ser su compañero inseparable.

Virginia lloró de felicidad.

Dos años pasaron, durante los cuales murieron los padres de Arturo; y al espirar el tercer año, hacían cuatro meses que Virginia no recibía cartas de su novio.

Decir lo que la pobre joven sufría con este olvido, no me es posible, los que aman, únicamente, pueden comprenderlo.

El pariente de Arturo, don Antonio, tenía una hija encantadora, rubia como una madona de Rafael, y ardiente como una andaluza. Esta joven, nombrada Cecilia, se enamoró locamente del apuesto Arturo; pero él nunca le dio muestras de amarla.

Cecilia fue presa de profunda tristeza y llegó a enfermar seriamente.

Don Antonio llegó a enterarse de todo, y desesperado quiso averiguar por qué Arturo no amaba a su hija. Un día cuando este no estaba en casa, bajó el viejo al cuarto de su protegido, registróle los papeles, y por las cartas supo el amor del joven, un rato estuvo pensativo; al fin tomó una de las cartas, y salió de la pieza silencioso y grave; acababa de tramar una infamia.

Desde entonces, por más que Arturo escribía a su novia y familia, nunca obtuvo contestación a sus cartas; una, sin embargo, una le llegó, que, ¡ojalá nunca la hubiera leído!... Era del padre de Virginia, participándole la muerte de su amada hija, su novia. El dolor de Arturo fue inmenso, desesperado; y Cecilia lloraba con él.

—Mi vida está en tus manos —le dijo una vez la joven. Él se estremeció:

—Si lo deseas, seré tu esposo.

—¿Qué si lo deseo?... ¡Más que todo en el mundo!

Intervino don Antonio, y Arturo le dijo:

—Me casaré en cuanto me reciba de médico y cirujano.

—Oh, no, para eso faltan seis meses, tú debes casarte dentro de quince días.

La pobre víctima accedió; la verdad, habiendo perdido a Virginia, poco le importaba a él lo demás. Esta indiferencia favoreció a Cecilia, porque, mereced a ella, pudo realizar sus más anhelados deseos, casándose con Arturo. La pobre Virginia agonizaba lentamente. Amor perdido, desesperanza; eso la mataba.

¡Qué lejos estaba aquel pasado dichoso!

¡Todo se había ido para no volver!

¡Adiós, amor!

¡Adiós ensueños de felicidad futura!

¡Adiós cartas que alegraban la ausencia!

¡Ya nunca volvería a juntar sus mejillas con las de su amado!

¡Ni a oír palabras amorosas!

¡Ni a dormirse en sus brazos como cuando niña!

¡Cuán poco habían durado sus amores!

¡Cuán pronto se había deshojado la flor de su esperanza!

¡El negro olvido lo había borrado todo!

¡Y cambiado en llanto las risas!

¡Las flores en espinas!

¡La alegría en tristeza!

¡La dicha en amargura!

¡Su alma estaba consumida por el dolor!

¡Su corazón herido de muerte!

¡Sí, iba a morir!

¡Y morir sin saber qué había sido de él!

¡Morir sin volver a verlo!

¡Eso no podía ser!

¡Le dijo, “¡adiós!” A todo aquello que quería; y, como pudo, partió para París.

Una vez allí, anduvo por todas partes, preguntó por Arturo, hasta que le dieron noticias de él; no hacían muchas horas lo habían visto.

—¿Con quién vive? —Preguntó anhelante

—Con su esposa —le contestaron.

Un día llegó Arturo a uno de los hospitales en que practicaba medicina.

—Te estábamos esperando le dijo uno de sus compañeros.

—¿Para qué?

—Ya lo sabrás: hoy en la mañana han traído el cadáver de una persona; y ninguno de nosotros ha podido hablar la causa que motivó la muerte.

—Eso es extraño.

—Muy extraño; tal vez tú das en el clavo.

—¿Quién sabe!... ¿Tiene heridas?

—No.

—¿Señales de envenenamiento?

—Tampoco.

—¿Entonces?

—Nada sabemos: el caso es raro.

—Se puede ver el cadáver?

—¡Y por qué no!

—Vamos, pues.

—Nosotros cansados de examinarlo: anda tú solo.

—Bien; no piensen que me da miedo estar solo con un cadáver.

Entró en la sala de dirección: allí estaba el cadáver cubierto con una manta.

Arturo arregazó la manta y descubrió las formas mórbidas de una mujer joven.

“Oh, —dijo para sí —debe ser hermosa... ¡Qué epidermis tan tersa y blanca!”

Quitó del todo la manta, y sus ojos quedaron con horrible fijeza clavados en el dulce y bello semblante de la muerta... Quiso estrecharla en sus brazos, pero no pudo, se tambaleó como un beodo y cayó al suelo lanzando desgarradores gemidos.

Al oírlos, corrieron sus amigos a donde él estaba; lo levantaron del suelo y le preguntaron qué le sucedía.

Él no contestó.

Un temblor extraño agitaba su cuerpo, y sin decir palabra fue a reclinar su cabeza sobre el pecho de la muerta, derramando abundantes lágrimas.

Sus amigos lo separaron del cadáver preguntándole:

—¿Qué tienes?

Él no les hacía caso.

—Dejadme —les gritaba llorando— no veis que es ella, mi Virginia, mi novia... Por compasión, no me llevéis; dejadme morir con ella...

Tenía el rostro densamente pálido, las facciones dolorosamente contraídas y la mirada triste y estúpida.

Lo llevaron a su casa, y no cesaba de gritar:

—Dejadme... ¡Si todavía la amo!... ¡Es mi Virginia!... ¡Es mi Virginia!

Tres días duró en este estado de angustia, de enajenación mental: ayer murió, y hoy lo enterraron.

Los comensales se miraron unos a otros.

—¡Vaya una historia curiosa!

—Capaz de hacer llorar a un muerto!

—¡Y entristecer a un *yankee*!

—¡Y beber a un borracho! —Agregó un cuarto, vaciando de un trago en copa llena de *cocktail*.

El licor había hecho su efecto, y los estudiantes gritaban:

—¡Abajo la tristeza!

—¡Muera el sentimentalismo!

—¡A beber!

—Vamos, Pablo; ¡acepta esta copa de *champagne* porque sean felices en sus amores de ultratumba los dos protagonistas de tu historia!

—¡Qué horror! Dijo el joven.

Luego, con el semblante triste y la cabeza taja salió de la pieza dejando solos a sus compañeros: el infeliz se estaba muriendo; y el licor, en vez de disminuir, aumentaba sus penas.

Lucila Gamero Moncada

Danlí, 26 de agosto de 1894

A mi querida Luisita A. Bernhard*

En la primera página de su álbum

En mis manos está, querida amiga mía, tu precioso libro de blancas hojas y cantos dorados...

* Lucila Gamero Moncada, "A mi querida Luisita A. Bernhard", *La Juventud Salvadoreña*, tomo V, n. 7, (julio, 1894): 236-237.

¿Qué deseas?

Sabes que nada tengo, digno de ti, que poder ofrendarte; que soy nada más que una pobre soñadora en busca de lo ideal; que en vano es que pretenda rendirte el homenaje que mereces. En cambio, tú, tienes todo lo hermoso que aquí hay: un cielo muy azul, una brisa tibia y susurrante, un campo fresco y agradable, y unas flores muy perfumadas, aunque entre todas ellas, como la primera, estás tú, mi querida Luisita, bella como una virgen misteriosa y pálida, imaginada por un soñador del Rín.

En el bosque hay pájaros, trinos, flores, luz... Pájaros, pero no tan bellos como tú; trinos, pero no tan dulces como los tuyos; flores, pero no tan perfumadas como tú; luz, pero luz pálida, no tan brillante como la que irradian tus negros y hermosos ojos, mi encantadora Luisita, bella como una virgen misteriosa y pálida, imaginada por un soñador del Rín.

Pero, aunque nada espléndido pueda tributarte con mis afecciones, algo hay para ti dentro de mi cerebro que aletea y surge con la magia de un hechizo: tengo, sin bosquejar, sencillas, pero sentidas historias de vírgenes morenas y de donceles rubios que les consagran su alma al son dulcísimo de sus arpas eólicas; leyendas de niñas lánguidas y anémicas que en sus semblantes y en sus ojos revelan recónditos pesares de ilusiones desvanecidas al soplo frío del desencanto; fantasías orientales, azucenas de nieve, lirios de cristal, magnolias de plata, violetas perfumadas con lágrimas de ángeles, mariposas hechas de rayos de sol; y, sobre todo, cariño, mucho y verdadero cariño por ti, Luisita, bella como una virgen misteriosa y pálida, imaginada por un soñador del Rín.

Óyeme, amiga mía... ¿Te gustan las violetas, las azucenas y las simpáticas tanto como a mí?... A mí me gustan, porque son modestas, puras y simpáticas como tú... ¡Lástima que no tenga de esas flores para obsequiártelas!... Pero tengo otra, otra flor nacida en mi corazón: la amistad, la amistad dulce, sincera, eterna... ¿Quieres aceptarla, mi querida Luisita, bella como una virgen misteriosa y pálida, imaginada por un soñador del Rín?

Lucila Gamero Moncada

Tegucigalpa, marzo de 1893

¡Antes morir...!*

A Rafaelita Turcios

Cariñoso recuerdo de su verdadera amiga

I

Entró pálida, jadeante, y se dejó caer en una vieja silla, ocultando entre sus crispadas manos, el bello rostro angustiado.

El cuartucho era miserable: los pocos muebles que había, arruinados; los vidrios sucios e inútiles; hacía frío y no había con qué calentarse.

Una anciana de plateada cabellera y demacrado semblante estaba acurrucada en una esquina de la estancia, mientras una niña, blanca y rubia, tiritaba de frío tapándose los piecitos con su pobre vestido.

La joven que acababa de entrar era una de esas personas que subyugan a todo aquel que las ve, y cuya hermosura supera a toda ponderación: blanca, como su nombre, majestuosa y esbelta, con ojos negrísimos, brillantes y expresivos; cabellos oscuros que formaban gracioso contraste con lo blanco de la frente y lo sonrosado de las mejillas; labios frescos, contraídos casi siempre por una sonrisa, que no se sabía si era de tristeza, de contento o de dolor... Pero lo que más gustaba en ella era su trato exquisito, su amabilidad y cierta elegante distinción que no se adquiere ni en los colegios, ni en ninguna otra parte, sino que se nace con ella.

Blanca, esa mañana, a pesar de su palidez, ocasionada por los sufrimientos, estaba hermosa, con esa hermosura lánguida que nos hace pensar en los ángeles que mueren de amor.

La anciana Angela contempló con dolorosa expresión a su nieta Blanca, y al fin se resolvió a preguntarle:

—¿Y bien, hija mía?

La joven levantó la cabeza y dos lágrimas se escaparon de sus ojos mientras contestaba con su voz dulce y suave:

—¡Hoy, como siempre, nada!...

* Lucila Gamero Moncada, "¡Antes morir...!", *La Juventud Hondureña*, tomo III, n. 28, (31 de agosto, 1894): 716-727.

La abuelita guardó silencio, y la niña de los ojos azules como el cielo y de los cabellos rubios como el oro se acercó a la joven recién venida y sentándose en sus rodillas, y besándole las manos, le decía:

—No llores, hermana mía; no te aflijas.

—¿Llorar?... No, Luisita, ni lloro ni sufro.

Y mostró a su hermanita sus grandes ojos negros, húmedos aún por las lágrimas.

Se conocía que Blanca era el único apoyo que tenían la anciana y la pequeña Luisa, pero Blanca se había cansado inútilmente en las calles de París, buscando en que ganar algo para sostener a su abuela y hermana...

¡Triste fatalidad!... ¡Mientras muchos pícaros nadan en la opulencia, no encuentran ocupación los infelices que buscan trabajo honrado!

Hacía un mes que Blanca no tenía ocupación, sus últimos ahorros habían concluido ya; y en vano pedía pan la niña rubia; pan hay para los ricos, por malos que sean, pero para los pobres...

Luisita seguía acariciando a su hermana y le hablaba con mucha animación:

—No estés triste que te quiero mucho... ¿Sabes lo que te tengo?... Algo que ignora la abuelita... ¡Una sorpresa...!

Y Luisita, saltando de las rodillas de su hermana, fue y destapó una cesta llena de panes y frutas.

—¿Quién te ha dado eso? —Preguntóle Blanca, sorprendida.

—Un señor muy moreno, algo grueso, barba negra, que habla y se ríe de un modo...

—¿Joven o viejo?

—Algo viejo y de regular estatura.

—¡Ah! —Exclamó Blanca poniéndose de pie y arrojando lejos de sí la cesta —¡Pobre criatura... No toques eso; tus puras y blancas manos quedarían manchadas...!

Luisita púsose más blanca que la toalla con que el señor había tapado la cesta.

Blanca, dijo, volviéndose a la señora Ángela:

—Abuelita: cuando no esté yo, no dejes a mi hermana que baje a la calle... ¿Ves?... Ese hombre, ese infame se ha atrevido a obsequiarle golosinas, sabiendo que ella, que está muriéndose de hambre, las aceptaría con gusto... ¡Pobrecita...!

Después, irguiéndose, altiva:

—Infame, ¡yo le probaré que hay quien muere de hambre, por morir honrado!

El infame, como decía Blanca, se llamaba Reginaldo Dupont, y era un seductor de oficio, de esos seductores que pululan en París.

Conoció a Blanca una tarde cuando esta llegaba a su casa, y al verla se dijo:

—¡Qué linda!... Será mía.

Y desde entonces la persiguió sin cesar, no por capricho, sino por amor... ¡Por primera vez aquel monstruo se había enamorado...!

Blanca lo rechazó con horror y le prohibió la siguiera, pero él, lejos de obedecerle, insistió más y más...

II

Afuera, el cielo gris, el viento que soplaba, constante, y todo lo que se veía en derredor, lúgubre.

Adentro, en casa de Blanca, la miseria en sus más horribles manifestaciones: la abuela Ángela murmuraba, con voz apagada y hueca, conmovedoras oraciones...

Luisita lloraba, tiritando de frío, y con desgarradoras quejas pedía al Dios de los buenos, al Dios de los niños justos, pan, pan para calmar su hambre atroz.

Blanca, más blanca que el alabastro, permanecía inmóvil, meditabunda, clavados sus ojos en su pobre hermanita, pero sin verla, porque su pensamiento estaba lejos de allí. Luego, como hablando consigo misma:

—He luchado, pero estoy vencida. Confieso que tengo valor para morir yo, pero no para ver estos horribles sufrimientos...

Se detuvo, pálida de emoción y con voz altiva, entrecortada:

—Voy a llegar hasta lo último... ¿De qué me sirve haber nacido con una voluntad enérgica, con ideas innatas de honradez, amando la virtud, y aborreciendo el vicio? Si viene la miseria, introduce en mí sus garras, y me dice, lanzando su fría carcajada:

“Necia, ríndete, mira que yo soy enviada por el espíritu del mal, y haré de ti lo que quiera... ¿Odias el crimen y quieres ser honrada? Yo te obligaré a que tú misma busques la infamia... ¿Para qué quieres la honradez envuelta en harapos? Nadie te la reconocerá; vístete de seda, cúbrete de joyas y el mundo estará a tus pies, cantando tus gracias, tus virtudes, y nadie se acordará de preguntar por tu honra... ¿Y qué? ¿Pretendes luchar?... ¡Bien, pero te pesará!... ¿Me desafías?... Estoy lista; aceptó la lucha”.

—Y, en efecto, he luchado, lucha desesperada... ¡Ah, sí solo fuera yo!... Pero son dos más, dos seres queridos de mi corazón... El abismo está a mis ojos, negros, muy negro... ¿Qué importa?... ¡Haré que me arroje a él, pero ellas se salvarán!...

Lágrimas, lágrimas las más amargas que vertió en su vida, nublaron sus ojos; tomó su deteriorado abrigo, y cubriéndose con él, se dispuso a salir a la calle.

—¿A dónde vas? —Preguntó la abuelita, suspendiendo sus oraciones.

—A donde una amiga mía que me espera.

La señora Ángela tornó de nuevo a rezar.

Blanca abrazó a Luisita, que yacía inanimada, y la cubrió de besos murmurando:

—Ángel mío, no te veré más.

III

Cuando Blanca estuvo en la calle sintió algo tan extraño, tan horrible que creyó que la vida iba a faltarle.

—¿Me hablaba usted, caballero?

—Sí, señorita...

—Quizá usted se haya equivocado, yo no recuerdo haberlo visto a usted.

—Yo me llamo Enrique Brecheux, servidor de usted... Sírvasse usted decirme su nombre para ver si me he o no equivocado.

—Blanca Ginard.

El joven se inclinó:

—No me he equivocado, señorita: es usted la persona a quien yo buscaba... Su tía de usted, Rosa Ginard, a quien vi en Nueva York, me entregó para usted esta cartera...

—Quizá no sea yo... —Insistió Blanca.

—¿No es usted la hija mayor del banquero Ginard, muerto hace tres años?

—Sí, yo soy.

Entonces es usted la persona a quien hace mucho tiempo busco, y le confieso, señorita, que tengo verdadero placer en ver a usted y en cumplir la recomendación que me hizo su tía antes de morir...

Blanca recibió de manos de Enrique la cartera que le dejaba su tía, la cual contenía una carta y diez mil francos en billetes de banco.

La señorita Ginard dijo al joven Brecheux:

—Caballero, doy a usted mis más sinceras gracias por el servicio...

—No acepto las gracias, señorita, —la interrumpió él— pero sí el que usted me permita visitarla, seré un sincero y respetuoso amigo de usted.

Blanca miró detenidamente a Enrique, y viendo que su hermosa fisonomía respiraba honradez, le contestó:

—Puede usted ir cuando guste, caballero; yo tendré gusto con verle en mi casa.

Blanca se dispuso a marcharse.

—¿Me permite usted que la acompañe, señorita? —Exclamó Enrique.

La joven aceptó.

Cuando Enrique regresaba de casa de Blanca el señor Dupont le preguntó:

—¿Con qué derecho acompañaba usted a la joven Ginard?

—Me parece, caballero, que no tengo porqué dar a usted cuenta de mis acciones —contestó Enrique.

—Es que...

El joven Brecheux le volvió la espalda con sumo desprecio y continuó su camino.

IV

Habían pasado ocho días después del encuentro de Blanca con Enrique Brecheux.

Blanca, recostada en una silla, permanecía indiferente a todo, menos a un recuerdo que la preocupaba gratamente. Cerró los ojos, y la figura de una persona se representó en su imaginación: era la figura de Enrique, de aquel hermoso y noble joven que, de la noche a la mañana, se había convertido en su leal protector... Blanca pensaba mucho en él... ¿por qué?... ella no lo sabía... ¡Los que sufren, gustan tanto de hallar quien los considere en sus desgracias...!

Si alguno de mis buenos lectores, o alguna de mis queridas lectoras ha creído que Enrique era un desinteresado protector de Blanca, se ha equivocado; Enrique protegía a la señorita Ginard, porque la amaba con todo su corazón; pero con un amor puro, incapaz de abrigar engaño alguno; la amaba como la flor ama a la gota de rocío que la embellece y vivifica. Databa su amor de algún tiempo; desde que la vio la vez primera, una tarde, en los "Campos Elíseos", acompañada de una distinguida señora y de varias niñas. Después la volvió a ver, no ya juguetona y sonriente, sino triste y abatida; preguntó quién era ella y al oír el nombre de Blanca Ginard un recuerdo vino a su memoria: se acordó de la carta que le había confiado, en Nueva York, Rosa Ginard... Pidió más informes sobre Blanca y con mucho trabajo logró saber que vivía honradamente, pero en la miseria. Entonces, como él había

escrito la carta que la señora Ginard enviaba a su sobrina, la abrió y puso abajo de lo escrito:

“El mismo señor Brecheux te entregará diez mil francos, en billetes de banco, que constituyen la mayor parte de mi pequeña fortuna, los que deseo aceptes como un recuerdo mío”.

Al acabar de escribir esto, Enrique se sonrió:

—Mi adorada Blanca —dijo —nunca sabrás este engaño, porque no me lo perdonarías.

Después, cerró de nuevo la carta, se la guardó en el bolsillo, lo mismo que una cartera con diez mil francos y esperó que la casualidad lo colocara frente a Blanca...

En efecto, diez días después encontróla donde mis lectores saben, y desde entonces se hicieron muy amigos.

Blanca seguía pensativa, y sus hermosos labios se movían como si modularan estas palabras, dirigidas a Enrique:

—Se lo debo todo; ha sido tan bueno conmigo. Si no fuera él, no estaría ya en posesión de la herencia de mi tía; y ahora, últimamente, se ha portado como si fuera mi hermano... Ah, sí como creo, todos los hombres son malos, él es la excepción de ellos... Su recuerdo me hace feliz; cuando pienso en él me siento dichosa... ¿por qué será...?

Se pasó la mano por la frente, y luego se dijo:

—¿A qué negarlo?... Lo amo; eso es todo.

V

—¡Blanca! —Dijo la voz melodiosa de Luisita.

—¿Qué quieres? —Respondió la señorita Ginard.

—Te buscan.

—¿Quién?

—Tu amigo Enrique.

—Dile que entre.

Luisita desapareció; y poco después, Blanca y Enrique platicaban amigablemente.

Después de otras cosas, Brecheux dijo:

Blanca, ¿se acuerda usted de aquel señor que nos seguía la tarde que hablé a usted por primera vez?

La señorita Ginard se puso pálida.

—Sí, Enrique, me acuerdo.

—Por algo que me figuro, hace dos noches me quiso asesinar: dos amigos míos me salvaron... Al otro día supe, por los periódicos, que se había ido para América, de donde no volverá tan pronto porque tiene aquí ciertos asuntos pendientes, que teme le arreglen los tribunales de justicia.

Blanca no dijo nada; pero se alegró del viaje de Dupont, su perseguidor.

Vino luego la hora de las confidencias.

Él se expresó primero:

—Nací en la histórica ciudad de Versalles, y así que quedé huérfano me vine a París, en donde, a fuerza de trabajo y honradez, he logrado ser socio industrial de una fuerte casa de comercio. Poseo, pues, una regular fortuna, la que también es de usted.

Blanca refirió su triste historia:

—Mi padre era un rico y acreditado banquero que, a causa de la maldad de sus socios, quedó arruinado; lo último que poseía lo dio a sus acreedores, quedó en la miseria, pero salvó el honor... Después murió de tristeza... La necesidad me obligó a servir de institutriz de las niñas de una buena señora, allí solo estuve tres años, porque al fin la suerte se cansó de serme propicia... El hijo mayor de la señora quería casarse conmigo, esto era imposible... Fui calumniada, el joven se suicidó y yo salí de la casa... Lo demás usted lo sabe; me visitaron, primero, la pobreza; después, la miseria; y por último ese hombre brindándome la infamia en capa de oro...

Dos lágrimas cristalinas asomaron a los ojos de Blanca, al evocar para ella recuerdos dolorosísimos.

—Blanca, ha sido usted muy desgraciada.

—Más de lo que usted piensa, Enrique.

—El tiempo de amargura pasó ya para usted; ahora será feliz.

—Ojalá no se equivoque usted...

Enrique la miraba conmovido... ¡Era tan hermosa, tan simpática, tan desgraciada, y la amaba él tanto!

—Blanca, ¿me permite usted que le hable aún más de mí? Dijo él con voz suave.

—¿Y por qué no? —Contestó ella con dulzura.

—¿Sabe usted por qué he procurado con ansia saber dónde vivía usted...? Porque, Blanca, desde que la conozco la amo con todo mi corazón...

Al oír esto, sintió Blanca algo así como una explosión de tristeza, de dolor... Mezclada, tal vez, con alegría.

—¿Amarme, usted a mí?

Él con amargura:

—¿No soy digno de usted?

—¡Ah, Enrique!...

Y era su voz tan dulce, su actitud tan triste y humilde, que:

—¿Entonces, Blanca? —Murmuró él con pasión.

—Soy tan desgraciada y usted tan dichoso...

—¿Dichoso?... Sí, Blanca, pero dichoso porque te amo, porque estoy cerca de ti, porque quiero que seas mía...

Y sin que la señorita Ginard se diese cuenta de ello, él le estrechaba las manos murmurando dulcemente:

—Blanca, te adoro, te adoro...

La señorita Ginard estaba aturdida; y él se le había acercado tanto, que parecía que el pálido rostro de la joven se apoyaba en el hombro de él.

—Blanca; mi vida, mi felicidad, son tuyas... ¿Las quieres?... ¿Me amas?...

—Sí, Enrique, te amo, te amo...

Hablaron después de cosas tenues, cristalinas, de períodos dulces, del porvenir, de lo felices que son dos personas que se comprenden y se aman...

VI

La pobre habitación de Blanca, limpia y decente, mostraba un aspecto muy distinto del que tenía en días pasados. La abuelita estaba satisfecha, y había disminuido considerablemente la lista de sus oraciones diarias.

Luisita parecía pájaro a quien acaban de libertar de su dorada prisión: cantaba, jugaba, abrazaba a su hermana y recibía muy contenta los dulces y juguetes que le traía Enrique, sin esperar, por esto, ningún regaño.

Blanca estaba más hermosa que nunca; la sonrisa de la felicidad aparecía en sus labios.

Luisita le dijo un día:

—Blanca, ¿sabes que Enrique te quiere mucho?

Blanca se puso colorada:

—¿Por qué lo dices, locuela?

—Porque cuando viene y no estás tú, solo de ti me habla... ¿sabes lo que me dijo el otro día?

—No.

—Me dijo que te adoraba; que te quería más de lo que yo te quiero, y...

—¿Y qué?

—Que iba a ser mi hermano porque se iba a casar contigo... ¿Es cierto eso, Blanca?

—Tal vez... ¿Te parece a ti, Luisita?

La pequeña Luisa tomó un aire muy sentencioso y dijo, recordando las frases de un cuento de su abuela:

—La cosa es grave; hay que pensarla detenidamente...

Blanca se echó a reír:

—Luisita, necesito tu parecer.

Luisita sonrió de orgullo:

—Ah, yo no soy ninguna tirana. Enrique es bueno, puedes casarte con él; peor fuera que te murieras de amor.

—¿Morirme de amor?

—Sí, como la princesa Lulú.

—¿Cuál princesa Lulú?

—Aquella que no dejaron que se casara con un joven que ella amaba, porque el joven era pobre y plebeyo... Yo no entiendo eso de plebeyo; pero tú así le dijiste a tu amiga Alice cuando le contaste eso... Yo todo lo oí, aunque me hacía la distraída.

—¿Con qué eres curiosa?

—Me encantan los cuentos.

—Y tienes buena memoria.

—Sí, pero dime, Blanca, ¿estar enamorado es querer mucho una cosa y no estar contentos hasta que hacemos con ella lo que se nos antoja?

—¿Para qué quieres saber eso, Luisita?

—Porque si así es, yo he estado enamorada.

—¿Tú?

—Yo.

—¿Y de quién?

—De un dulce.

—¿Estás loca? ¿De un dulce?

—Sí, fue el primero que me regaló Enrique: ¡Lo quería tanto! Todos los días lo contemplaba a escondidas; por último, un día, llevada

de mis deseos, me lo comí... Después me puse triste... He amado a otros dulces, Blanca, pero como al primero no... ¡Ah, no hay como el primer amor, como te decía tu amiga!...

Blanca se moría de risa. Luisita continuó:

—Después vienen las desilusiones y las esperanzas muertas.

—¿Sabes tú lo que es eso?

—Sí, las desilusiones son los dulces comidos.

—¿Y las esperanzas muertas?

—Las cajas vacías.

—Verdaderamente, no creía que tuvieras tanto ingenio.

—La meditación me ha dado ingenio.

—¿Has meditado mucho?

— Sí, y cosas graves.

—¿Cómo cuáles?

—¿Si tú te irás a comer a Enrique o él te comerá a ti?

—¿De dónde sacas tanto disparate?

—¿Y sí se quieren ustedes como yo quería a mi dulce?

—¿Acaso las personas se comen como los dulces?

—Sí.

—¿Cómo?

—A besos, como dice tu amiga.

—Luisita estás muy locuaz y hablando muchas inconveniencias que no sientan bien a una niña juiciosa como tú. Prométeme que de ahora en adelante serás formal.

—Te lo prometo; pero ha de ser con la condición que seré formal hasta el día que tú te cases.

—Bien, pero tus conversaciones que te las oiga solo la abuelita.

VII

Blanca y Enrique se casaron, viviendo muy felices, pues nunca se comieron, al menos de otra manera que como lo decía la traviesa Luisita, la cual pasaba muy contenta diciendo que hay un Dios bueno, un Dios de los niños justos que da pan a los pobres que sufren con resignación las desgracias de la vida, y colma de felicidad a las jóvenes honradas que ante la horrible idea del deshonor exclaman con orgullo:

—¡No, antes morir!

Lucila Gamero Moncada

Tegucigalpa, 6 de enero de 1894

De blanco*

A Luisita A. Bernhard

Cariño de su amiga Lucila.

La conocí el veinticinco de mi mes fúnebre, de mayo; acababa de salir de la iglesia; su traje ora blanco y vaporoso; su semblante bellísimo, con la nitidez del lirio y lo rosado de la aurora; no traía, como sus compañeras, aire místico y humildad afectada, sino aire risueño, elegante y distinguido.

Llegamos a mi casa; le hablé de las flores, de mil cosas dulces y variadas; le referí historias lánguidas y luminosas, de esas que viven en mi cabeza alegrando mis horas nostálgicas; quizá por condescendencia y galantería dijo ella gustábanle mucho. Nos hicimos muy amigas y nos quisimos con verdadero afecto.

Ella me dijo que esa mañana había ido a conocer la iglesia de mi pueblo.

—¿Te gusta? —Le pregunté.

—Es un templo sencillo, pero bonito —me contestó con su franqueza habitual.

* Lucila Gamero Moncada, "De blanco", *El Pensamiento*, s. I, n. 8, (11 de agosto de 1894): 59-61.

—¿Por lo demás?

Se echó a reír.

—¿Los santos? —Me preguntó.

—Sí.

—Los adoré.

Esa era una respuesta evasiva.

—¿Crees?... —Lo dije con malicioso acento.

Me miró fijamente con sus ojos negros y brillantes; aquella mirada era una protesta. Después me dijo:

—¿Me tienes por...?

No la dejé concluir la frase, y no volvimos a hablar más del asunto.

Se despidió de mí, diciéndome:

¡Quién sabe hasta cuándo nos volveremos a ver!

—¿Por qué?

—Me voy hoy de aquí, y no volveré hasta dentro de un año.

Un dulce y triste “¡adiós!” Un cariñoso abrazo, y nos separamos.

Nos volvimos a reunir, un año después, en un espléndido salón de baile. Siempre vestida de blanco, siempre hermosa; más bella que el alborar de sereno día; más elegante que los lirios; más perfumada que las violetas; pero ya no tan rosada como la aurora, un blanco puro bañaba sus antes sonrosadas mejillas, las que tomaron después, a causa de la agitación del baile, el color desmayado de un botón de rosa-té.

Había languidez en su semblante y somnolencia en sus ojos.

—He sufrido mucho desde que no te veo —me dijo.

Y era su voz armoniosa; su acento suave y pausado.

—¿Sufrir tú? —Le pregunté cariñosamente.

—¿Y quién es capaz de hacerte sufrir, amiga mía?

—El destino —me contestó.

—Pero yo no soy de las que al primer golpe se anonadan —añadió después—. Y heme aquí haciendo que estoy contenta, que vivo feliz... Que tenga el alma llena de amargura; que mi corazón esté muerto; ¿qué importa? Mis labios reirán y el mundo juzga por las apariencias... ¿Yo llorar?... ¡Jamás!... No quiero ser objeto de hipócrita compasión... El mundo solo aplaude y solo le gustan las carcajadas frescas, las alegrías locas; las lágrimas le irritan y le hacen exclamar: “pobre”, como quien dice: “qué tanto que sufre”... Pues bien; yo quiero aplausos; yo quiero embriagarme en esa alegría loca que no comprendo, que antes me disgustaba y que ahora la quiero porque me aturde... ¡Sí, Lucila; ya soy otra! Un año... ¡Y qué de cosas, Dios mío!... Ya se ve; en menos tiempo se marchitan las rosas; y nosotras somos flores, flores que plegarán sus corolas al esconderse, en tarde umbría, el crepúsculo en el horizonte...

Hablaba con amargura; y al escucharla me parecía que ocupaban mi mente recuerdos tristísimos de tiempos dulces y lejanos... Y ella seguía cerca de mí; la actitud altiva; los labios contraídos por amarga sonrisa; la faz melancólica y pálida como la de una virgen enferma...

Luego, sus ojos brillaron, su semblante se animó, y la vi perderse en aquel remolino de luces, sedas, encajes y perfumes...

Media hora después, cuando las últimas armonías del vals se perdieron en el aire, ella se sentó a mi lado, más cansada que nunca, pero también más dulcemente bella... Las flores le besaban los ojos, los cabellos, los labios, todo; y ella les sonreía con sonrisa de anémica.

—Ya no quiero gozar —me dijo— me he convencido que ese no es lenitivo a mis males.

—¿Y qué quieres?

—Morir.

—¿Morir?

—Sí, estoy hastiada de todo... Si yo supiera rezar le pediría a Dios que me llevara pronto, muy pronto... Esta vida no sirve para nada; yo he tenido todo lo que he deseado; he sido buena, muy buena; estoy segura que nadie se quejará de mí; y, sin embargo, me parece

que nada he gozado, que nada de bueno he hecho... Me siento vieja en plena juventud, y causada, desfallecida, al comenzar mi vida, nada quiero... Y la muerte, la veo tan dulce, tan cariñosa; me abraza con amor, y siento en mi frente su beso helado... Después, me lleva a palpar la realidad de mis sueños hirientes y cristalinos... Mundo, tú eres pequeño, mezquino; ¡no caben en ti almas como la mía!... ¡Es mejor que el alma rompa la crisálida y vuele al azul infinito!

Yo trataba de hacerla olvidar sus pensamientos fúnebres: le hablaba de mañanas frescas, de primaveras de luz, de fantásticos y ricos coloreos...

—No, —me dijo— ya no me satisface eso. Prométeme, te ruego, una cosa.

—¿Cuál?

—Ir a mi casa.

—¿Cuándo?

—Dentro de cuatro meses.

—¿El último de septiembre?

—Precisamente.

—Te lo prometo, allí estaré.

—Gracias, abrázame... y, ¡adiós!

Cuatro cirios, cuya luz amarillenta hacía titilar el aire, le alumbraban el semblante, aquel semblante tan bello que envidiaban las flores, y que ahora yacía cubierto de mortecina palidez...

Parecía estar dormida, gozando las delicias de un sueño mágico y dulce...

Todo estaba triste; triste la naturaleza; ¡triste yo!...

Ella estaba vestida de blanco; y como en el baile, las flores, sus hermanas, la besaban amorosamente.

Palidez de azucena era la suya; plácida y resignada sonrisa jugaba en sus labios sebáceos...

¡Y todo tan frío, tan solo!

Las personas conocidas de ella estaban en la otra pieza, lamentando la pérdida irreparable de mi amiga, como se lamenta la caída de un aguacero que nos ha privado de alegre paseo...

Yo me senté a su lado, y tomé entre las mías una de sus manos blancas y suaves; al contacto de las mías, me pareció que la suya se estremeció...

Pero ¡No!... ¡Nada!... ¡Fue un sueño!...

Me puse a reflexionar:

¡Y qué!

¿No habría quién besara aquella frente de lirio regándola con lágrimas de verdadero dolor? ¿No habría quién, ahogado en llanto, le dijera el último, triste adiós?

¿No habría quién sintiera la desaparición de aquella hermosa joven, modelo de virtudes?

Sin padres ni hermanos, ¿quién había de sentir su muerte?

Desde muy niña quedó huérfana; y... Sola había vivido, sin caricias, sin contentos ni pesares...

De su inmensa fortuna, ¿que había hecho? Emplearla en viajar, en aturdirse, en hartiarse de felicidad... Y en socorrer a los pobres...

¡Ahora, a ellos se la dejaba!...

¡Tan joven, tan rica y tan desgraciada!...

¡Y cuántos pobres a quienes ella había hecho felices!

¡A cuántos libró de la muerte!

¡A cuántas de la deshonra!

¡Y ya había concluido aquella vida benéfica!

¡Ya los hermosos ojos no tenían luz!

¡Ya se desvanecía la sonrisa en sus labios!

¡Ya las manos que habían socorrido tantas necesidades estaban inmóviles, tersas y blancas como pétalos de camelia!

¡Ya las mariposas negras empezaban a revolotear cerca del ángel muerto!

¡Ya el frío se hacía más intenso! ¡Ya llegaba la última hora de recibir las caricias del aire tibio!

¡Ya los cirios se apagaban!

¡Ya sentía yo el rumor de la gente que venía a colocarla en solitario, oscuro nicho!

¡Pobre amiga mía!

Besé su frente pura; y sin tener valor para ver que la levantaran de su lecho de flores, salí de la pieza alba y perfumada...

Luego, oí sollozar tristemente...

Volví la cabeza, y vi varias personas pobres que, llorando, besaban el vestido de mi amiga, ¡su protectora!

Después... ¡Nada!...

La joven que solo bien había hecho en su vida, y que solo se vistió de blanco, del color de su alma, ¡había desaparecido de este mundo!...

¡Dichosa ella!

Lucila Gamero Moncada

Danlí, 3 de julio de 1894

¡Pobre poeta!*

¡Pobre poeta!...

Jamás su alma había aspirado a cosas grandes, a la gloria mundana; pero un día vio unos ojos que le revelaron cosas desconocidas, fascinadoras; una sola mirada bastó para que se

* Lucila Gamero Moncada, "¡Pobre poeta!", *El Pensamiento*, s. I, n. 9, (18 de agosto de 1894): 67-68.

sintiera anegado en un mar de luz, de ansias y deseos; soñó algo celestial, armonioso, embriagador; sintió explosiones de tristezas, de languideces... y se hizo poeta.

Para la dueña de aquellos ojos inspiradores fueron las primeras estrofas que su musa le brindó: estrofas rítmicas, cadenciosas, cinceladas en oro, y con ellas apenas consiguió no más que tibia simpatía; y nunca arrancó de los labios de su amada, la joven espiritual de mirada soñadora, ¡más que una sonrisa pálida de cariñosa compasión!

La fortuna le sonrió: los caballeros estrechaban su mano con afecto, y las señoritas, por entre sus labios de coral, le enseñaban sus marfileños dientes, en cambio de sus versos rítmicos, cadenciosos, cincelados en oro...

Muchas veces se sintió enamorado de rubias divinidades o de diosas morenas; más cuando contento yacía embriagado en amorosa charla, sintiendo el hálito perfumado de la mujer cercana, el recuerdo de la joven de la risa cristalina venía a borrar la sonrisa en sus labios, a enmudecerlo y a llenar de melancolías su corazón apasionado.

Nunca en los ojos de otra mujer pudo encontrar los misterios dulces que había en los de aquella joven inspiradora de sus primeros versos, y que lo había sumergido en el mar de la desesperación, atrofiando, con crueldad inaudita, su alma de poeta y su corazón de enamorado...

En medio de sus horas de su locura tuvo un rato de juicio; pensó que la poesía no era más que chispazos de su inteligencia que nunca le daría un céntimo; que lo que necesitaba para valer era una profesión honrosa y brillante que le abriera las puertas del porvenir o hiciera que la joven de la risa cristalina y mirada soñadora le entregara por completo su corazón de reina.

Olvidó las musas y se dedicó a estudiar la ciencia de Esculapio, obteniendo en ella brillantes resultados.

Cuando hubo pasado el baile que le obsequiaron sus amigos con motivo de haber recibido el título de doctor en Medicina y Cirugía, él sonrió satisfactoriamente, y cansado, se quedó dormido sobre una *spanish lounge*: la diosa de los sueños embriagantes lo cobijó con su manto tenue y diamantino, y el poeta soñó que la bien amada de su alma era su esposa; que, con su traje blanco de novia, y su velo de virgen se acercaba a él, apartando con sus

manos tersas los negros cabellos que sombreaban su frente, y dándole, temblando de amor, el primer ósculo amoroso.

Dos días después supo, por un amigo, que su amada era de otro hombre.

¡Pobre poeta!

Lucila Gamero Moncada

Danlí, 22 de julio de 1891

Amor abnegado*

A Hercilia Collier

I

Triste era su semblante, como ella, la joven pálida y blanca con ojos dulces, color de zafiro; y que por un gracioso contraste de la naturaleza tenía los cabellos negros como el azabache y lustrosos como el terciopelo.

Aquella joven respondía al nombre de Evelina, y estaba medio tendida en un catre pobre, pero decente. Según todas las apariencias, la pieza que ella ocupaba era el mejor camarote de buque llamado El Lince.

La angustia pintada en el rostro de la bella joven, sus hermosos ojos tristes de tanto llorar, y el espionaje mantenido para con ella, decían, de una manera concluyente, que la desgraciada Evelina estaba en calidad de prisionera en aquel buque pirata mandado por el capitán Terrible.

Un joven muy moreno y de aspecto simpático abrió la puerta del camarote que ocupaba Evelina, y entró en él.

La joven, al verlo, levantóse de su lecho y fue a sentarse en una silla, mostrando en su lánguida faz, visible mal humor.

El joven, llamado por sus compañeros Raul, sentóse a pocos pasos de ella y la contemplaba con lástima. En el alma dormida de aquel

* Lucila Gamero de Medina, "Amor abnegado", *El Pensamiento*, s. I, n. 10-11, (agosto-septiembre, 1894): 74-76, 81-83.

pirata, la joven europea había hecho vibrar una cuerda: la del amor; y aquella vibración duraría eternamente.

—¿Me necesitáis? —Preguntóle con timidez a la joven.

—No —contestó ella sin alzarlo a ver.

—Evelina, sois cruel conmigo, a pesar de trataros yo con el mayor afecto.

—Me tratas como se trata a una prisionera.

—Os trato como se trata a una persona a quien se ama tiernamente. La joven se puso lívida:

—Nunca pensé yo que tú llegaras a injuriarme, Raúl —dijo con altivez.

El semblante del pirata palideció de angustia:

—Evelina, tened compasión de mí, mirad que os amo con toda mi alma.

—Te viviré eternamente agradecida; pero cumpliré la promesa que tengo dada de casarme con el que amo.

—Pero yo te desprecio —exclamó Evelina, mientras sus ojos brillaban con celeste cólera —y tu amor me avergüenza.

Raúl bajó la cabeza:

—Ah, si me amarais, si consintierais en ser mi esposa, yo os libraría de caer en manos del Terrible, y os salvaría de la deshonra que os amenaza.

Ante tantas súplicas amorosas la joven se exasperó y le dijo:

—¿Ignoras quién soy yo, y quién eres tú?

Lívida palidez bañó la frente morena de aquel hombre humillado:

—No, Evelina no lo ignoro; vos sois rica, hermosa y distinguida; y yo... yo, un infeliz...

—No has dicho bien: yo soy una mujer honrada, y tú un infame pirata.

—¡Si supierais mi historia!

—No quiero saberla. Solo sé que yo andaba viajando con mis padres, y que vosotros, ¡malvados! ultrajasteis a mi familia para robarme a mi... ¡Mejor hubiera sido, morir entonces que caer en vuestras manos!

—Yo no tomé parte en eso creédmelo. El capitán os ama y mandó que se apoderaran de vos.

—¡Infame!...

—Sí, es un infame; y vos fuerais ya su víctima, a no ser que ahora no está en el buque.

Evelina se estremeció de horror:

—¿Y dónde está?

—En casa de su madre viéndola, que está moribunda.

Yo creía que ese hombre no quería a nadie.

—Vos y su madre son los únicos afectos que yo le conozco.

—¿Y cuándo regresa?

—Dentro de ocho días.

¡Qué haré yo entonces, Dios mío! —Exclamó ella con angustia.

—Evelina, por vos soy capaz de todo lo bueno; pero amadme.

—¡Amarte! Imposible, Raúl; amo a otro hombre, y si Dios lo permite, con él me casaré.

—¿Y si yo os liberto?

—Te viviré eternamente agradecida; pero cumpliré la promesa que tengo dada de casarme con el que amo.

Al oír esto Raúl sintió profundo dolor y sollozó como un niño:

—Habéis matado mi corazón, Evelina; pero a pesar de eso os amo y os amaré siempre, y, ¡ay del que se atreva a tocaros!

—¿Me salvarás de caer en poder del “Terrible”?

—Si puedo, lo haré con todo mi corazón.

—Y si no puedes, ¿harás que yo muera antes que él venga?

—Oh, no, que espero hacer algo mejor.

—Bien, mañana hablaremos de eso; ahora es tarde y necesito descansar.

—Entonces, dormid tranquila.

Y dándole una última mirada, salió del camarote.

II

—¿Con que tú no tienes ninguna liga con el pirata que te manda?

—Ninguna: me salvó la vida hace cuatro años y desde entonces me tiene a su lado tratándome mejor que a los otros compañeros y nunca me da oficios bárbaros, porque dice que no sirvo para desempeñarlos debidamente.

—¿Y le tienes cariño?

—Le agradezco que me haya salvado la vida; pero mi alma no simpatiza con la suya.

—Luego, ¿puedo contar contigo?

—Sabéis que soy todo vuestro, pero con una sola condición.

—¿Cuál?

—Que me permitáis siempre vivir a vuestro lado, como un esclavo para servirlos en todo; no pido más.

—No como un esclavo, sino como un hermano —contestóle Evelina enternecida.

—Entonces no hay obstáculo; pero mis compañeros querrán mucho dinero.

—Lo tendrán.

—Como este buque es pirata, tendremos que desembarcar en costa solitaria y de noche para no llamar la atención de nadie, porque si nos ven somos perdidos, yo supongo que nuestros padres, cansados de buscarlos inútilmente, estarán ya en vuestro país.

—Así creo yo, y tengo la esperanza de que pronto estaré con ellos. Sin embargo, tengo miedo de tus compañeros.

—No tengáis cuidado, saben que yo los mando y me obedecerán ciegamente.

—Y el capitán, ¿podrá alcanzarme?

—No, porque le llevaremos siete días de ventaja, lo menos. Esta noche partiremos y estad tranquila que vuestro hermano velará por vos.

III

La travesía del mar fue larga, pero no muy penosa, solo una vez quisieron sublevarse los piratas; pero Evelina los calmó regalándoles un magnífico estuche de diamantes que el capitán tenía, robado a su madre en aquella noche dolorosamente memorable para ella.

Raúl se portaba tan bien con la joven europea, que esta le dijo un día con sincera espontaneidad:

—Te has captado todo mi agradecimiento y todas mis simpatías, Raúl; si no amara a otro hombre, a ti te amaría; pero, ya que esto no es posible, tienes, en cambio, todo mi cariño de hermana.

Raúl suspiró: en aquella alma apasionada no cabía, para Evelina, más que un afecto: el amor, pero se había impuesto el mirarla como a una hermana, y de sus labios no salía nunca una palabra amorosa. Vivía triste, pensando en la muerte, en la dulce tranquilidad de los cementerios; y si no hubiera sido la misión que tenía que entregar a Evelina a sus padres, ha tiempo que se habría arrojado, en una hora de desesperación, a aquella agua verdosa, pensando que en aquel lecho de perlas y espumas encontraría olvido eterno a sus cruentos pesares.

Nada le alegraba; y las sinceras y entusiastas pruebas de gratitud y cariño que le dieron los padres de Evelina por el inapreciable servicio de haberles devuelto a su hija, las recibió con la muerte en el alma, como que entonces comprendió, más que nunca, lo lejos que estaba él de la joven.

Ella lo trataba cariñosamente y procuraba distraerlo; lo presentó a la alta sociedad a que ella pertenecía; y más de alguna vez su gallarda presencia cautivó las miradas de las lindas señoritas, quienes lo consideraban como héroe; pero en aquel cielo de constelaciones no había para él más que una estrella... y estrella ajena.

Lo estaba matando un amor que en vano quería él ocultar.

Se sintió morir cuando Evelina le dijo:

—Hermano mío: tú sabes que me voy a casar luego; pero no soy feliz, no podré serlo, mientras vea que tú sufres.

Él dominó su emoción:

—Yo no sufro, y no seré nunca causa de que vos no seáis feliz. El volcánico amor que os profesaba, se ha cambiado en afecto dulce y tranquilo, os quiero como querría a una hermana si la tuviera.

En los dulces y zafirinos ojos de Evelina brilló una llama de alegría.

—¡Bendito sea Dios que ha oído mis ruegos! Luego, Raúl, ¿no te molesta que yo me case?

—Lo que yo quiero es veros feliz —contestó el desdichado, alejándose de la joven.

Hacía días que evitaba su presencia, para no ver en ella su paraíso perdido.

Evelina se casaría; ¿y él, desheredado del cielo, quedaría allí de espectador de tanta dicha?

Esta idea lo trastornaba.

¡Pobre Raúl!

IV

Solo dos días faltaban para que se efectuara el casamiento de Evelina con Henry Blakeman; y en vez de notarse alegría en la casa, un silencio sepulcral era el que reinaba.

Raúl yacía tendido en una cama, inmóvil y pálido como un muerto.

Evelina, presa de verdadero dolor, estaba cerca de él:

—Hermano mío, ¿qué es lo que tienes?

—¡Nada!... Es que la muerte se ha dignado a visitarme.

—¡Ah! —Le dijo la joven— ¡Tú te has suicidado!

—No lo creáis; hace días que la muerte se viene infiltrando en todo mi ser.

—¿Por qué no me lo decíais? Hubiéramos buscado un médico.

—¡Un médico!... Si para mí no había más que uno: vos.

—Luego, ¡me engañaste!...

—Era preciso.

—Y tu médico no era libre... ¡Qué fatalidad!

—Ya lo veis; y en estos casos la muerte es un gran bien.

Evelina le dijo dolorosamente conmovida:

—La eutopía te está matando, hermano mío, a ti, que debías ser feliz, que te esperaba un porvenir dichoso, como lo merecíais: ¿Acaso solo yo soy mujer?... Yo pensaba encontrar quien fuera tu amante compañera; la hubieras querido mucho. Estabas engañado, pobre Raúl; creías que el amor que existía en tu alma sería eterno; más no hubiera sido así... Todo lo borra el tiempo, todo hace que lo olvidemos, y no hay que entregarse a la desesperación... Es necesario amar, amar, aunque sea un ideal, porque amando se vive; y la muerte por frío debe ser horrible. Tú vivirás porque amas.

—Yo moriré porque amo a un imposible.

En el corazón de Evelina se agitó un nuevo sentimiento, que la hizo derramar lágrimas. ¿Por qué cuando vemos que una cosa es imposible para nosotros la deseamos? Ella amaba al hombre con que se iba a casar, y a Raúl lo consideraba ya como una dicha perdida. ¿Qué sentiría por el joven pirata?... ¡Quién sabe!... En el corazón humano se agitasen tantos y tan parecidos sentimientos, que es muy fácil que los confundamos con uno: amor.

Ya las sombras de la muerte empañaban la vista de Raúl. La joven lloraba en silencio y estrechaba desesperadamente las manos del moribundo.

Después se acercó más a Raúl, y lo miraba tanto y tan de cerca, que él cerró los ojos anegados en llanto.

Raúl, haciendo mucho esfuerzo dijo:

—¡Adiós!... Sed feliz...

Y ella loca, trastornada:

—¡Raúl! ¡Raúl! ¿Quieres oírlo?... ¡Te amo!... ¡Te amo!

E inclinándose sobre él, besó amorosamente aquella frente marchita.

Aquel beso que días atrás hubiera vuelto loco de dicha a Raúl, solo le hizo decir débilmente:

—Gracias...

Y murió antes que los labios de su amada se hubieran separado de su frente.

El dolor inmenso, desesperado de Evelina, ¿lo sentiría él?

Solo Dios lo sabe. Para mí; el más allá es tan incierto como la gloria eterna. Pero aquel beso, aquel primer y último beso que rozó su frente en el momento de decir “adiós” al planeta “Tierra”, debe sentirlo y lo sentirá siempre, mientras su alma vague por esas regiones intangibles y etéreas.

Lucila Gamero Moncada

Danlí, 20 de julio de 1894

A Leonor*

Contestación a su artículo “Hermana”

Dices tú, amiga mía, que no sabes por qué el doctor don Ramón A. Salazar en el bien pensado discurso, verdadera joya literaria, que pronunció en la inauguración del Congreso Pedagógico Centroamericano, no citó, entre los libros que desea leyese el bello sexo, los de doña María del Pilar Sinués.

Aunque la menos autorizada, voy yo, no a decirte los motivos que el doctor Salazar tuvo para no aconsejar a las jóvenes las obras de la señora Sinués, que los ignoró, sino a exponer los defectos de que, a mi humilde sentir, adolece una de las obras de la expresada autora, para recomendar su lectura a nuestras hermanas.

* Lucila Gamero de Medina, “A Leonor”, *El Pensamiento*, s. I, n. 12, (8 de septiembre de 1894): 90-91.

Bien comprendo que no soy yo la llamada a hacer el juicio crítico de escritora tan acreditada, tanto porque mis escasísimos conocimientos literarios no me lo permiten, cuanto porque su personalidad literaria está muy por sobre la mía; por lo mismo, no voy a censurarla; voy únicamente a dar mi humilde parecer acerca de una de sus obras titulada *Hija, esposa y madre* en la que, si mal no recuerdo, está incluida “Hermana”, a que te refieres en el artículo que motiva estas líneas.

Otras obras no le conozco, por lo cual me limitaré a hablar solamente de la que ya he hecho referencia.

Su lectura me ha probado que doña María del Pilar es una escritora brillante, amena, que sabe sostener admirablemente los caracteres y dar naturalidad a los pasajes; pero esa misma lectura me ha hecho ver, también, que nos coloca a las mujeres en la situación más triste, casi siempre víctimas de los hombres, a quienes da la supremacía en todo, menos en sentimiento.

Lejos de consolarnos, nos pinta la vida por su lado peor; nos hace aborrecer el matrimonio y hasta dudar de la felicidad; y aunque al fin nos presenta algunas mujeres dichosas, esas han obtenido su dicha a fuerza de desvelos, de sufrimientos y lágrimas; y, ¡lo que es peor!, de humillaciones.

Que aconseje la humildad, el trabajo, la completa consagración al hogar doméstico, la obediencia al marido, bien hecho; pero que diga a sus hermanas:

—“Humillaos para ser felices”...

¡Eso, no, mil veces no!

Bien se comprende que la escritora a que me refiero es española, donde la mayor parte de la gente, las mujeres, sobre todo, están acostumbradas a ser mandadas en sus conciencias, sin que a este vasallaje moral se subleve, alguna vez, su dignidad: para sus compatriotas sí están buenos sus libros; pero para nosotras las centroamericanas; y, sobre todo, las hondureñas que rendimos parias ante las Diosas Razón y Dignidad, para nosotras, ¡no!

Yo de mí sé decir: que prefiero la desgracia, siempre que en ella conserve mi frente altiva, y mi dignidad nunca mancillada, que mostrar al mundo entero una felicidad obtenida al degradante precio de una humillación.

Por lo demás, las obras de doña María del Pilar Sinués, serán buenas, muy buenas, tenderán a un fin netamente moral, y podrá leerlas todo aquel que guste; pero si todas son como la que ahora me ocupa, inclinarán al servilismo a muchas voluntades débiles, y apenas si se sustraerán a esa influencia, poquísimas almas levantadas. Esto es lo que yo pienso, Leonor querida; si mis ideas no te parecen, combátelas, que nunca se disgustará por eso.

Lucila Gamero Moncada

Danlí, 24 de agosto de 1894

¡Un suicida!*

A mi excelente amiga Lastenia Callejas

I

Una mañana platicaba alegremente, en mi casa, con cuatro colegas míos, cuando recibí una nota judicial.

—¡Diantre! —Exclamé después de haberla leído.

—¿Qué quieren? —Pregúntome mi compañero Nájera.

—Para nada menos que vaya a reconocer el cadáver de un suicida.

—¿Jorge Gutiérrez?

—Ciertamente.

—El amigo Guevara y yo hemos sido citados de parte del juez, para lo mismo.

—¡Qué me place! Iremos juntos.

Nos despedimos de los otros compañeros Nájera, Guevara y yo, para encaminarnos a casa del suicida.

* Lucila Gamero de Medina, "¡Un suicida!", *El Pensamiento*, s. II, n. 16-17, (octubre de 1894): 122-124, 129-130.

II

Penetramos en una casa de aspecto magnífico, un anciano, sirviente por su catadura, nos condujo a la pieza en que estaba Jorge Gutiérrez.

Esta pieza, como todas las de la casa, estaba adornada con un gusto exquisito.

El suicida era muy joven, veinticinco años lo más; hermoso como un Apolo, se notaba en el purísimo lineamiento de su rostro, en el aseo de su persona, la distinción de las clases elevadas, manos finas, largas y bien cuidadas; cabellos negros y sedosos; cutis blanquísimo; facciones dignas de la estatuaria antigua de Grecia, nunca en mi vida había visto joven a quien dotara naturaleza tan pródigamente se me antojó que debía haber sido un calavera; pero su rostro, aun muerto, denotaba exuberancia de vida; no tenían sus facciones ese cansancio, esa laxitud que se nota en los vividores.

Examinamos atentamente el cadáver.

—Y bien, Gamero Moncada, ¿qué opinas tú? —Me preguntó Nájera.

—Lo mismo que ustedes: la bala atravesó la arteria aorta, y la muerte ha sido instantánea.

—Entonces solo nos resta dar nuestro informe de reconocimiento —dijo Guevara.

—Así creo yo; marchémonos.

—Yo me quedo —les dije— aún tengo que hacer aquí.

—¿Tú?

—Yo.

Luego, mirándome y comprendiendo mi curiosidad.

—Te esperamos en tu casa —me dijeron por despedida.

III

Así que no estuvieron mis amigos, me acerqué al anciano, quien mostraba un vivo dolor.

—Y bien, buen hombre —le pregunté—, ¿podrás decirme quién era ese infeliz joven muerto?

—Ah, doctor —me contestó—: ese que ve usted allí es el último descendiente de una familia tan ilustre como buena; yo, a pesar de ser quien soy, quería a ese joven como si fuera mi hijo... ¿Me permite usted que le refiera su historia?

—Bien —le contesté.

—Era un joven de lo mejor, sus padres lo adoraban; y él, por su parte, nunca les dio un solo disgusto; era muy estudioso, y de estudiante obtuvo siempre el mejor premio. Sus padres murieron cuando a él no le faltaban más que dos años para concluir sus estudios; su posición de jefe de su casa no le cambió en nada su buen carácter. A pesar de haber aprendido lo que deseaba, nunca abandonó los libros... Pasaba horas enteras en su cuarto de estudio... Dos veces lo sorprendí contemplando el retrato de una hermosa joven.

—¡Es mi amada! —Me dijo— y si Dios quiere será mi esposa.

—¿Cuándo? —Me atreví a preguntarle.

Su frente se nubló:

—Cuando ella me ame.

—¿Y será capaz de no amar a usted ya? —Le dije, viéndolo tan hermoso y amable.

—¡Quién sabe!... —Murmuró tristemente— Parece que tengo un rival, y rival poderoso; pero yo la amo con ese amor solo soñado, y el amor así es protegido por Dios... ¿Me la querrás mucho? —Añadió, besando el retrato con tanto amor como si fuera la joven misma.

—Sí, mi amo: ¡tanto como quiero a usted!

Su semblante expresó vivo contento; y dándome una palmada en un hombro:

—Ve que me tengan buen almuerzo hoy; tendré un convidado.

Y se fue tarareando una canción española.

Ese día almorzó con un señor para mi extraño; y desde entonces, ese nuevo amigo que a mí tanto me repugnaba, fue su inseparable

compañero; muchas veces vi que mi amo le daba considerables cantidades de dinero; pero yo no sabía a título de qué...

Pasaron algunos meses; y ayer tarde llegó pálido, calenturiento, angustiado...

—¿Qué tiene mi señorito? —Le pregunté solícitamente.

—La muerte en el alma —me contestó.

No me atreví a preguntarle más.

Estaba muy agitado; sacó de un armario un legajo de billetes de banco, y me lo alargó diciéndome:

—Toma, Juan, guarda esto.

—¿Pero por qué, señor?

—Es tuyo, te servirá para la vejez.

—Ah, señor: ¿me despide usted?

—No, Juan, pero...

Y se detuvo, sin acabar la frase.

—Por piedad, explíqueme usted...

—Estoy arruinado —me contestó.

—¿Arruinado?... ¿Usted?...

—Sí, ese nuevo amigo, ese miserable que tú conoces, me ha arrastrado al juego... y he jugado con locura; y más perdía cuanto más jugaba, y más jugaba cuando más perdía... Y no es eso todo: ese hombre es mi rival; me ha hecho jugarlo todo, hasta... ¡óyeme, Juan y horrorízate!... Hasta a ella... ¡Y la he perdido!... Ya ves, pues, que, a más de un desgraciado, soy miserable... Ella, mi alma, mi vida, mi todo en el mundo, aunque me ame, será de otro hombre... Yo ni debo amarla; ¿no he renunciado voluntariamente a ella?... Ah, Juan; tú no sabes; la pasión del juego es terrible: arrastra, subyuga, seduce, embriaga; y ve aquí los resultados: la suma, la renuncia al amor, a los placeres puros del bogar, a la fortuna, a la vida, a todo lo bueno... ¡Soy un desgraciado!... ¡Un desgraciado voluntario, que ni aun tiene el consuelo de quejarse!... Esta casa, mis fincas, todo lo mío, en fin, es de mi rival... Y ella, Dios mío,

¡ella también!... Muerte, ¿por qué tú también quieres ser ingrata conmigo?... ¡Ven, ven y tiéndeme tu bienhechora mano!...

IV

Vamos, Juan, mi buen amigo, toma lo que te doy; acuérdate de los demás sirvientes, y...

—¿Y usted, señor? —Le pregunté llorando.

—Yo no necesito nada; me voy mañana para donde un pariente mío que está en la ciudad de Buenos Aires.

—¿Y para el camino?

—Tengo lo necesario.

—Él estaba pálido de dolor y angustia; y yo lloraba cada vez más.

—No seas cobarde —me dijo.

—¡Cómo no sentir por usted cuando se lo debo todo!...

En ese momento llamaron a la puerta, fui a ver qué querían, y regresé con una carta para mi amo. Él la tomó, y mientras la leía, noté que temblaba como un pajarillo en la mano de un cazador.

Al concluir de leer la carta:

—Esto más —dijo.

Y se dejó caer con desesperación en un canapé.

—La carta es de ella, Juan... me ama, me ama la infeliz... ¡Es un ángel a quien su familia quiere sacrificar!... Toma, lee la carta, Juan, y después la quemas; su vista me mata.

Obedeciendo a mi amo, leí lo siguiente:

“¡Por más que he luchado, no lo puedo ocultar por más tiempo”, ¡amo a usted, Jorge, y este amor me mata!...

Perdóneme que hasta ahora conteste a sus cartas; pero, ¡sí supiera usted cómo vivo, lo que sufro!... Mi familia quiere casarme con otro hombre; pero en mi pecho no cabe más amor que el que a usted tengo.

Si puede, vaya esta noche a casa de mi amiga Clotilde; allí estaré yo, según usted me lo pide, para que hablemos de nuestro porvenir...

“Tengo presentimientos extraños, Jorge; pero, a pesar de todo lo que pueda suceder, usted confíe siempre en el amor que le profesa”.

El buen viejo me miró diciéndome:

—Perdóneme usted, doctor, que calle el nombre de ella.

—Está bien, amigo, continúa.

Mi amo lloraba como un niño:

—¡Pobre mi amada!... ¡Pobre mi amada! —Decía—. Que ella sufra por mí es lo que más me desespera... Voy a darle la despedida.

Y entre sollozos y lágrimas escribió:

“Alma del alma mía”.

Un genio fatal se ha interpuesto en mi camino; y cuando debía ser el más feliz de los hombres, me ha hecho el más desgraciado... Perdóname, vida mía; pero a pesar de amarte hasta la adoración, soy indigno de ti, no vayas a creer, ni por un solo momento, que no te amo; te amo más que nunca; y te pido de rodillas que no te cases jamás con mi rival, ese hombre infame que ha matado mi porvenir.

Adiós, mi vida, ora por mí, consagra una lágrima a mi memoria, y nunca olvides que muere adorándote tu Jorge. Yo me encargué de llevar la carta el siguiente día.

Él me dijo:

—Abrazame, Juan, voy a descansar.

Yo me eché en sus brazos, llorando.

Se dirigió a su pieza; y antes de entrar en ella, exclamó con voz conmovida:

—Ah, Juan, si la ves, no olvides decirle que ella era mi alma; la única mujer a quien he amado; que en estos momentos solo ella ocupa mi pensamiento; que, por piedad, si de veras me ha amado,

nunca será de otro hombre... Juan, tú eres feliz porque volverás a verla... ¡Y yo!... ¡Y yo!...

Entró en su alcoba, durante tres largas horas reinó un silencio sepulcral; y cuando yo me disponía a acostarme, hirió mis oídos el ruido de una detonación de arma de fuego; la sangre se heló en mis venas.

Como loco corrí a la pieza de mi amo, pero ya lo encontré muerto; y sobre sus labios, todavía rosados y frescos, tenía colocado el retrato de ella, humedecido por millares de lágrimas.

V

Profundamente conmovido oí el relato del pobre anciano, le di las gracias por su deferencia en referirme la historia de Jorge Gutiérrez; y me fui a reunir con mis compañeros, diciéndome mentalmente:

—El juego es una pasión terrible, y sus consecuencias son siempre fatales... ¡Desgraciada la familia que cuenta con un jugador, más le valdría no existir!... ¡Pobre Jorge!... ¡Infeliz ella!...

Lucila Gamero Moncada

Danlí, 1 de septiembre de 1894

Una suicida*

Segunda parte de ¡Un suicida!

*Escrito para la juventud salvadoreña y dedicado a mi estimado
amigo doctor don Segismundo Arriaga*

I

—Decididamente, estos días, a pesar de ser tan bellos, tienen algo fatalmente extraordinario... ¡Otra nota judicial en que me piden que reconozca el cadáver de una suicida!... ¡Y mujer!... Vaya una cosa, si no nueva, al menos sorprendente.

* Lucila Gamero de Medina, "Una suicida", *La Juventud Salvadoreña*, tomo VI, n. 7, (julio de 1895): 209-214.

Después de lanzar al aire estas exclamaciones, tomé mi sombrero y mi varita, dirigiéndome inmediatamente a casa de la joven suicida...

Cuando llegué, ya mis otros compañeros estaban allí, y no hubo inconveniente en practicar enseguida el reconocimiento del cadáver, la joven había muerto envenenada con digitalina; el cadáver no tenía señales de otra clase de muerte, además, la suicida declaraba en confesión escrita, que ese veneno emplearía para quitarse una vida que le era tan enojosa.

Yo, curioso e impresionable por naturaleza, no apartaba mis ojos de la muerta; si hubiera estado viva, la habría amado con locura, porque era bellísima, más bella de lo que yo había soñado pudiera serlo criatura humana... ¡Y estar ya muerta!... ¿Y por qué, Dios mío, siendo tan joven y tan bella, suicidarse?...

¡Oh!, Yo quería saber esto, y puse los medios para averiguarlo.

Me dirigí a una de las señoritas que, llorando, cuidaban, por última vez, el cadáver de su malograda amiga.

—¡Qué lástima! —Le dije— tan joven, tan hermosa... ¡y matarse!...

—Una verdadera desgracia —me contestó— ¡Lo que hace el amor!

Y clavó en los míos sus ojazos oscuros, húmedos y brillantes, aquellos ojos tuvieron más poder en mí que la linda muerta.

¡El amor!... ¿Conque esta señorita?...

—Amaba, sí, amaba y murió.

—Si no temiera ser indiscreto, preguntaría a usted...

—¿Las causas que obligaron a María a matarse?

—Precisamente... Soy curioso, señorita, curioso como todo hijo de vecino.

—Y yo complaciente como toda hija de conocido. Así, pues, doctor, nada me es más fácil que complacer a usted; pero para ello, hágame el favor de acompañarme a la pieza contigua a esta; allí hablaremos sin testigos.

Obedecí a mi complaciente amiga, y una vez trasladados a la pieza indicada, ella se reclinó, con aire de sultancita enferma, en mullido sofá, y yo tomé asiento cerca de ella, para oír la siguiente, lacrimosa historia.

II

Ese —que mal podemos llamar caballero— que ve usted arañándose las barbas, con los ojos y el semblante enrojecido por el licor, y de cuerpo bajo y trigueño, ese era el único tío que tenía mi amiga, y cuando el padre de esta murió, lo dejó nombrado tutor de su hija. Por lo visto, el buen difunto creía que su hermano era un hombre honrado a carta cabal, y en esta creencia murió, pues don José, hipócrita consumado, nunca le dejó entrever su maldad y perfidia.

María creció casi sola, sin más relaciones que las de mi familia, y sin más amiga íntima que yo. Como ya tenía edad de casarse, entre los muchos solicitadores que se presentaban a su mano, don José aceptó a uno, a un hombre de cuarenta años de edad: alto, seco, de mirada dura, pero fino y atento cuando quería serlo; enamorado loco de María y por cuya legal posesión dejaría al desinteresado tío la mitad de la fortuna de su pupila. María tuvo miedo del proyectado matrimonio, y me contó, afligida, las intenciones de su tío, respecto a ella.

—No te casarás; cuenta conmigo —le dije.

—¿Y cómo haré?

—Habla con franqueza a tu tío.

—¡Mi tío!... Ah, tú no lo conoces.

—Pero, después de todo, no ha de querer sacrificarte.

—Eso para él es lo de menos, siempre que convenga a sus intereses.

—Pero ese hombre es un infame.

—No quiere a nadie, Clotilde.

—¿Y sabe que tú no amas a don Miguel?

—Debe suponerlo.

—¿Y don Miguel, crees ser correspondido por ti?

—Tal vez tenga esperanzas de serlo, pero yo siempre lo he recibido con suma frialdad.

—Dile que no lo amas.

—Se casará conmigo a pesar de eso.

—Déjalo burlado; cástate con otro.

—¡Con otro!

Y ella se puso pálida, de una palidez traslúcida que le dio aspecto de virgen.

—Con Jorge Gutiérrez, por ejemplo.

—Ese no me ama.

—Te engañas, yo he adivinado que te adora con delirio.

—Cállate, Clotilde, oír hablar de Jorge me da miedo.

—¡Miedo! ¿Y por qué?

—Me interesa más de lo necesario.

—¿Y bien?

—Que tengo la creencia de que no me ama, quizás porque yo lo adoro.

—¡Vaya una creencia! ¿Y si él te amara?

—Escudada en su amor, no temería romper con mi tío.

—Bueno es que yo sepa esto.

—Pero no pienses en estas cosas, amiga mía... Si todo es sueño mío...

III

Dos noches después, cuando pudimos hablar a solas, ella me dijo.

—He tenido una explicación con mi tío.

—¿Cuándo?

—Ayer tarde.

—¿Y cómo se mostró él?

—Con alternativas de dulzura fingida y cólera verdadera.

—Cuéntame eso.

—Figúrate que quería que me casara con su favorecido, dentro de un mes.

—¡Excelente!... ¿Y qué le contestaste?

—Que no podía ser, porque no amaba a don Miguel.

—¡Bah! —Me contestó—. Eso queda para después, la estimación, la cariñosa y constante intimidad...

—Basta, tío. Estoy resuelta a no casarme con don Miguel.

—¡A no casarte! ¿Y los derechos que mi hermano me dejó sobre ti?

—No valen nada ante mi resolución.

—¡Cuidado, sobrina! —Exclamó furioso.

—¿De qué, tío?

—De contrariar mi voluntad.

—¡Válgame Dios, tío; si tú eres el que contrarías la mía!

—¿Estoy obligado a obedecerte?

—No, pero tampoco puedes hacer que me sacrifique a tus fines especulativos.

—¿Piensas lo que dices?

Y mi tío se mordió los labios hasta hacerse sangre.

—Pienso que estoy en mi derecho, y no temo a nadie.

—Pero, entonces, ¿quién manda aquí?

—La justicia.

—¡Oh! ¡Yo te haré bajar la cerviz, águila orgullosa!

—Lo veremos.

Viendo que yo no me prestaba dócil a sus manejos, cambió de táctica:

—¡Amas a otro!

—No.

—Ten confianza en mí, dímelo todo.

—No amo a nadie.

—Tal vez tu preferido es bueno, y me puedo entender con él.

—Pero, tío, si mi corazón está libre.

—Entonces, hay esperanza para don Miguel.

—Ninguna.

—Tal vez de hoy a mañana mudas de opinión.

—Nunca.

—Y conscientes en casarte con él —añadió con flemma.

—Jamás, tío, jamás.

—Déjate de fanfarronadas, que vas a concluir por hacer lo que yo diga.

—Quisiera ver eso, tío.

—Ya me acabas la paciencia —exclamó pasándose las manos por su pletórica cara, que parecía iba a verter sangre— y es bueno que sepas que no sufriré que me sigas faltando al respeto.

—Pero, querido tío, si no he hecho más que oponerme, con moderación, a aquello que reprueba mi corazón y mi conciencia.

—¡Cómo te burlas de mí!... Pero ya te haré saber quién soy yo.

Y diciendo estas últimas palabras, salió furioso a la calle.

Cuando volvió a la casa, ya de noche, se mostró muy cortés conmigo, y con mucho tino, él y don Miguel, hicieron recaer la conversación sobre los elegantes de la ciudad, indudablemente querían sorprender mi secreto. Me preguntaron, como con distracción, que cuál de los jóvenes me gustaba más.

—No los he examinado detenidamente —les contesté— creo que todos son iguales.

—Sin embargo, entre la gente galanteadora, dicen que Florencio Lozano es el León.

—Y no dejan de tener razón los que tal piensan. ¡Florencio es muy elegante!

Mi tío me miró con rabia.

—¿Y don Jorge Gutiérrez? Qué le parece a usted —me preguntó don Miguel.

Debí ponerme pálida, porque él continuó con voz trémula.

—¡Cómo que ha sorprendido a usted mi pregunta, señorita!

Le contesté tranquilamente:

—No me ha sorprendido la pregunta; pero como no estoy acostumbrada a esta clase de interrogatorios... Sin embargo, de esto, voy a complacer a usted.

Y levantando la cabeza con orgullo, y mostrándole mi rostro radiante, dije:

—Me parece muy bien. ¡Es tan joven!

—Una calavera —aulló mi tío, acompañando a don Miguel hasta la puerta, quien se marchaba rojo de cólera por mi contestación.

—¡Bravo, María, bravo! —Le dije abrazándola con entusiasmo.
—Te has portado como mujer de raza, eres digna amiga mía.

—Tú comprendes, Clotilde, que sería un crimen arruinar mi porvenir por una debilidad.

—¿Con qué Jorge?

—Me ama y seré su esposa.

—¿Lo has visto?

—No, pero me ha escrito.

—¿Y le has explicado la situación en que te encuentras?

—No, porque no contestaré sus cartas, sino hasta dentro de un mes.

—¿Y por qué hasta entonces?

—Quiero desorientar a mis enemigos.

—Pero él va a creer que tú no lo amas.

—¿Y qué tiene que sufra unos días, si al fin tendrá felicidad cumplida?

—Pero eso es cruel.

—No lo creas, un simple capricho de mujer.

Hablamos después de mil proyectos agradables, y como a las once de la noche nos separamos.

IV

Transcurrieron muchos días sin que ocurriera en ellos nada digno de mencionarse.

Hace tres días —precisamente el día en que finalizaba el mes prefijado por ella para contestar las cartas de Jorge— me dijo, al despedirse de mí:

—Esta noche iré a tu casa, espérame.

Pero la esperé en vano, en vez de la gratísima visita de ella, recibí una tarjeta con estas lacónicas palabras:

No podré ir; no me esperes,

Tuya,

María

El contenido de la tarjeta me alarmó mucho y ayer mañana, en cuanto me hube desocupado de mis quehaceres domésticos más urgentes, me vine a donde ella.

La encontré pálida, pero tranquila.

Examinándola detenidamente noté que había llorado, y me estremecí.

—¿Estás enferma? —Le pregunté.

—No.

—¿Y por qué no fuiste anoche a casa?

Me miró de una manera extraña, como si no comprendiera lo que yo decía.

Repetí mi pregunta.

—Tuve una visita —me contestó inconscientemente.

Y, sin embargo, decía verdad.

Yo comprendí que algo grave le preocupaba, y me acordé de Jorge:

—¿Te ha vuelto a amenazar tu tío?

—No.

—¿Has sabido de Jorge?

Al oír mi pregunta la vi ponerse más blanca que la cera de castilla, y noté que luchaba por qué las lágrimas no asomaran a sus ojos.

—Sí, pero no está aquí; según pienso, nos veremos luego; no tengas cuidado; me ama siempre.

Y sus bellas facciones se contrajeron angustiosamente.

La estreché en mis brazos y le dije tiernamente.

—Tú sufres, María.

Se estremeció y volvió a mirarme, más que con sorpresa, con expresión de amargura, cruel.

—¿Yo sufrir?... ¡Qué ocurrencia!...

Y a propósito —añadió riéndose de una manera aterradora. —¿Sabes que concluyeron todos mis dolores?... ¿Qué ahora me siento libre, completamente libre para hacer lo que se me antoje, a despecho de mi bondadoso tío?

Yo la contemplé con amorosa compasión, era evidente que un pesar muy grande le desgarraba el alma, y que trataba de encubrirlo charlando loca y aturdidamente.

—Ven —me dijo, tomándome del brazo, al mismo tiempo que cambiaba por completo la expresión de su rostro— ven, vamos a mi linda piececita, mudo testigo de nuestras íntimas confidencias... ¡Soy una aturdida!...

¿Crearás que estaba preocupada por tonterías?... Ni aún se me había ocurrido contarte que me voy esta tarde para C., pero de paseo, por muy pocos días, un viaje de pura distracción; me acompañará mi primo Mariano... Mi tío conviene en este paseo, ¿y cómo evitármelo?... Mi voluntad es ley... Querido tío, ¡cómo he burlado todos sus proyectos!... Me da lástima, querida amiga, me da lástima pensar lo mucho que sufrirá mi santo tío al ver pasar mi fortuna a otras manos que no serán las suyas... Pero ya estamos en mi precioso nido, adornado regiamente... ¡Soy una princesa oriental por mi magnificencia!... ¡Qué bella es la vida cuando el sol de la felicidad la alumbra!... Y después de todo, ¿por qué no hemos de ser dichosas? La dicha está en vivir, en vivir en una atmósfera perfumada y rica como esta, ¿no te parece, amiga mía? Y para complemento de la dicha, el amor; el amor como yo lo siento, grande, inmortal...

Y ser correspondida, ser correspondida por el ser que adoro, con... con delirio... No sé cómo no me he muerto de alegría al considerarme tan feliz... ¡Rica y feliz!... Crearás esa multitud de joyas de fabuloso valor, me tienen fastidiada; me harás un gran servicio aceptándolas... ¿Te niegas?... ¿Pero por qué? Ni una sola le debo a mi generoso tío, todas me las dio mi padre... Acéptalas, te las doy, no por lo que valen, sino por cariño, y, la verdad, porque no las quiero, una, una sola vale para mí más que todas las que te ofrezco: el anillo que me diste, al recibir el mío, el día que nos juramos amistad eterna... Vamos, tú te enterneces, y por nada... Sí, luego nos veremos, y entonces te referiré muchas cosas que ahora no puedo decirte... Una cosa, no digas a tus padres nada de mi viaje... ¿Conque ya te vas?... ¡Tan luego!... Pero no dejes de volver, a las cinco de la tarde, para que nos despidamos... Búscame aquí... que en otra parte no me encontrarás.

Me abrazó y me besó largamente, a la par murmuraba con ternura y sin poder contener las lágrimas:

—¡Cómo te quiero!...

Yo me separé de ella con el corazón lleno de mortal angustia, y preguntándome:

—¿Qué le habrá ocurrido?

V

—Cuando volví —ya usted debe suponerlo, doctor— la encontré muerta. Figúrese usted mi pesar, mi dolor inenarrable... Era mi amiga más querida... La más buena y bella entre todas las mujeres... Sufrió mucho; un mártir, doctor... ¡Y matarse, matarse porque él lo había hecho antes!... Y no saber yo la muerte de él, sino hasta después de la de ella, de lo contrario, tal vez la hubiera librado del suicidio... ¡Lo que hace el amor!

La joven, mi complaciente amiga, al acabar de hablar, se enjugó las lágrimas que el recuerdo de su amiga le arrancara, y me dijo mirándome profundamente:

—Ya lo sabe usted todo, doctor.

—Sí, señorita, gracias a la generosidad de usted que tanto admiro y tanto le agradezco.

—Ahora podemos retirarnos de aquí.

—Pero, ¿por qué?... Si aquí podemos hablar libremente de todo lo que nos guste.

La verdad; ¡me costaba trabajo librarme de aquella deliciosa intimidad! ¡Era mi amiga tan hermosa, tan sensible y me sentía ligado a ella por unos lazos tan misteriosos, tan suaves!... ¡Oh, yo la amaba con toda mi alma!...

¡Y luego dirán que los médicos no tenemos corazón!...

Pero fue preciso, bien a mi pesar separarme de mi adorada amiga para continuar las tareas diarias que me impone mi profesión.

—Con permiso de ustedes, lectores.

Lucila Gamero Moncada

Danlí, 15 de abril de 1895

Leda*

A miss Mary Springer mi simpatía y cariño

I

¡Cosa extraña!

Contra lo natural, el semblante de Leda estaba pálido y triste; su sonrisa era dulce sarcasmo del sufrimiento; su actitud humilde y abatida.

Cerca de una ventana, los codos apoyados en una magnífica mesita, en donde acostumbraba escribir a sus amigas íntimas, y confiar al papel todas sus impresiones, yacía devorando, línea por línea, el contenido de una carta que acababa de recibir.

Quien horas antes hubiera entrado al precioso cuarto de estudio de Leda, más bello y artístico que el de una princesa, sorprendiéndola, desdeñosa y altiva, hojeando volúmenes que ya se sabía de memoria, la habría tomado por una segunda Minerva; y si después contemplarla jugando con sus queridos canarios, acariciada por sus amigas que de veras la adoraban, no hubiérale cabido duda que aquella joven era la más feliz del mundo.

Leda tenía un carácter extraño: sensible hasta el extremo, y al mismo tiempo enérgica y altiva cuando le convenía serlo, tenía un alma bellísima, con los humildes era amable y bondadosa; nunca, por lo más, les hubiera manifestado creerse mejor que ellos; pero con los altaneros empleaba una frialdad cáustica, un desprecio tan soberano, que los hacía humillarse y temblar. Los buenos, los honrados, los humildes, la adoraban hasta dar su vida por ella; al par que los soberbios y orgullosos la temían, y, lo que era más honroso para ella, la aborrecían.

Leda, más que todo, sabía dominar sus impresiones: dolores, pesares, desengaños, esperanzas y alegrías, todo lo encubría mostrando en sus labios una sonrisa dulce, maliciosa y, sobre todo, enigmática.

Muchas veces decía a sus amigas:

—Lo que más oculto yo, es aquello que todos tienen interés en saberlo; me gusta burlar la curiosidad.

* Lucila Gamero Moncada, "Leda", *El Pensamiento*, s. II, n. 18, (20 de octubre de 1894): 138-140.

Ahora bien, cosa muy grave debía ser la que preocupaba a Leda, cuando había logrado palidecer sus mejillas, empañar el brillo de sus hermosísimos ojos, velando su mirada serena y penetrante.

La gatita mimada rodaba sobre la alfombra los libros más favoritos de su graciosa ama, y ella ni siquiera lo notaba.

Los canarios, acariciados por el grato frescor de la mañana, triscaban alegremente. Ella se puso de pie; pálida, contrariada y majestuosa; y dirigiéndose a sus canarios: Amigos míos, vosotros sois los únicos que sabéis mis secretos, puesto que os creo incapaces de hacerme traición... Sabed, pues, que sufro un dolor intenso, irremediable, que a otra que no fuera yo la haría llorar a mares, pero esas lágrimas serían benéficas, puesto que atenúan el dolor... Las personas de mi temple sufrimos más, porque raras veces cedemos a la explosión del llanto... Amigos míos, sois mis confidentes, es verdad, pero también sois mis súbditos; así, pues, cuando venís mis ojos graves, mi frente anublada, mi semblante serio y mis manos crispadas, suspended vuestros gorjeos, la dulzura de ellos forma horrible contraste con la amargura en que rebosa mi alma.

Calló la joven; y los pajaritos, como si la hubieran comprendido, esponjaron sus plumitas hechas con hebras de oro, y escondiendo su piquito en ellas, guardaron un silencio diplomático.

II

Como a todas las almas ardientes, a Leda le había llegado su tiempo de amar.

Sensible y soñadora, desde niña se había enamorado de un ideal; y acariciaba en su mente un porvenir brillante como sus sueños de virgen. Un joven arrogante y simpático cautivo su corazón... ¿Lo sabría él?... ¡Tal vez!... Pero los labios de ella nunca se movieron para decírselo.

Él la amaba con el amor más grande que puede caber en corazón humano, y ella le correspondía con sonrisas amistosas.

Él vivía desesperado como un loco, y ella sonriendo con su sonrisa indescifrable, habitual.

¿Por qué se mostraba tan esquivia con el hombre a quien adoraba?

¿Por qué no confesarle sinceramente su amor?

¡Ah!... Esto es lo que yo no puedo ni quiero decir; alguien, tal vez, lo adivinará.

Él no perdía ocasión de declararle con palabras, con miradas, con luchas, su insensato amor.

Una noche que había reunión en casa de Leda, cuando esta bajó al jardín, él la siguió, hasta que encontró medios de hablarle a solas.

—Por última vez —le dijo él— voy a molestar a usted hablándole de mi amor; hágame el favor de escucharme. Ella se inclinó en señal de asentimiento.

—Contésteme, Leda: ¿ha sentido alguna vez su corazón simpatía por el mío?

—Simpatía fraternal, únicamente.

—Bueno, pero... ¿Nada más?

—Nada más.

Óigame, Leda; no pretendo que usted me diga ya: “te amo”, pero sí: “ten esperanza, te amaré”.

—No quiero engañar a usted, diciéndole eso.

—Esa sangre fría que usted muestra me mata, quisiera verla emocionada, aunque fuera en contra mía.

—Soy amiga de la calma.

—¿Me amará usted?

—Es imposible —sollozó la valerosa joven.

—Entonces —murmuró él, con locura— oiga usted mi resolución.

—¿La resolución de usted?

—Sí, como sé que a usted no le gusta la carrera eclesiástica, para darle gusto, me haré sacerdote, y sacerdote católico.

Leda hizo uso de toda su sangre fría.

—Usted debe estar loco —le dijo.

—Nada de eso; y en el altar, en vez de adorar a santos de palo, adoraré a usted.

—Eso es inicuo; será usted mal sacerdote.

—Como casi todos, pero tendré la virtud de no rendir culto más que al único amor que me ha inspirado Dios... Me iré a países lejanos; y para las vírgenes que mande hacer, servirá de modelo el retrato de usted.

Si él no hubiera estado tan emocionado, habría visto en los ojos de su amada algo extraño, mezcla de sufrimiento infinito y amor intenso... Aquella debilidad, aquel triunfo del corazón sobre la inteligencia, duró muy poco; y con calma le dijo enérgicamente:

—No quiero que usted sea sacerdote.

—¿No quiere usted? —Gritó él con alegría.

—No —contestó ella mirándolo fijamente.

Él no pudo contener el ímpetu de su volcánica pasión, la estrechó en sus brazos con verdadero frenesí:

—¿Me ama usted?

Ella se desmayó en sus brazos; pero haciendo a un lado su embriaguez amorosa, se puso de pie enérgicamente. Y él, con las manos hacia ella, y el ademán suplicante:

Leda, ¿me ama usted?

Estuvo a punto de contestarle:

—Sí, pero no podré nunca ser tu esposa.

Mas, comprendiendo que decir eso era agravar la situación de él, dijo:

—No, y siempre no.

Y se dirigió al salón con el semblante sereno y alegre...

¡Gracias a Dios, nadie puede leer lo que pasa en nuestros corazones!

III

Él, desilusionado, se fue sin que su familia supiera para dónde Leda vivía, y vivía pensando en él, en los grandes corazones, el amor es inmortal.

Una carta, cuya letra la hizo estremecer, le trajo noticias de él:

“Soy más que sacerdote, jesuita —le decía—; y te amo más que nunca. Siguiendo el ejemplo de la mayor parte de los de mi compañía, de creer menos que el menor creyente, no te adoraré más que a ti”...

La carta concluía con párrafos amantísimos; y las últimas palabras eran:

“Con todo, seré bueno”, “por ti, no más por ti”, “puesto que eres el único móvil de todos mis pensamientos y acciones”.

Leda se quedó, después de leer la carta, inmóvil; aquella voluntad enérgica tembló; cogió la carta y la acercó a sus labios bañándola con sus lágrimas:

¡Por primera vez, en su vida, lloró!

—Luego exclamó con verdadera angustia: —Soy muy desgraciada... ¡Con cualquier hombre me puedo casar, menos con el que amo! ¿Cómo casarme con él, aunque no fuera jesuita? ¿Sí?... Cállate Leda; ¡este secreto no deben saberlo ni tus canarios!...

IV

¿Y después?... Después, ¿qué fue de ella? Me preguntaréis mis queridísimas lectoras y bondadosos lectores.

—Esperad, no está muy lejano el día en que os lo cuente.

Lucila Gamero Moncada

Danlí, octubre de 1894

Idilio*

*Rompió la muerte el delicado broche
que a la existencia terrenal te unía:
¡Así mueren los lirios de la noche
al resplandor del día!*

J. J. Palma

I

¡Si no sabía llorar!... Jamás su frente
se dobló a los pesares;
fue siempre la mujer indiferente,
la diosa a recibir acostumbrada
incienso de alabanza en sus altares.

Y acaso el aura fría
de la noche, besando sus cabellos,
en un vago sollozo le traía
una voz de ultratumba en que gemía
el adiós postrimer de alguno de ellos.

¡Mas no sabía llorar!...
y aquella tarde,
una tarde sin luz, triste y lluviosa,
inclinó la cabeza silenciosa,
así como las blandas florecillas
que hirió la tempestad. Los soberanos
ojos cubrióse entre ambas manos,
y el llanto desbordó por sus mejillas.

Y lloraba triste y desesperadamente, hundiendo sus blancos
dedos, con uñas pálidas de anémica, en perfumadas rosas y
frescas azucenas.

Estaba reclinada con verdadero cansancio, con indecible languidez,
en una valiosa otomana forrada en terciopelo azul; el vestido que
entonces tenía era primoroso: blanco con estrellitas de oro, medias
de seda color crema y botitas con hebillas de plata.

* Lucila Gamero Moncada, "Idilio", *El Pensamiento*, s. II, n. 19, (26 de octubre de 1894): 146-149.

Sus hermosos cabellos, de un rubio ceniciento, le caían sobre unos hombros blanquísimos, con esa blancura de leche que tanto admiran los poetas.

Su semblante estaba pálido, muy pálido; y sus ojos, grandes y negrísimos, brillaban con un brillo intenso.

De pronto se incorporó como para ver algo, una tosecita seca, seguida, agitó todo su cuerpo, y en sus labios marchitos aparecieron unas cuantas gotas de sangre, las enjugó con su blanquísimo pañuelo de fina batista, y su mirada triste se perdió en el enlutado horizonte.

¡Qué tarde tan diferente a otra que traía a ella recuerdos gratísimos!

¡Otra tarde hermosísima que el sol poniente la había engalanado con sus más ricos atavíos!

¡Qué bella estaba ella entonces!

Y qué feliz, mi Dios, viendo a sus pies al hombre amado, que le murmuraba amorosamente:

“Te amo”.

Y su alma despertó al amor, y tuvo sueños trastornadores; espasmos de dicha inmensa.

Fue aquella una época felicísima: el piano daba sus mejores armonías; brotaron dulces canciones y embriagadoras risas argentinas; florecieron palabras amorosas y tenues suspiros...

¡Pleno idilio!

¡Mas! ¡Ay! ¡Que la dicha es fugaz!

¡Mas! ¡Ay! ¡Que todo cambia!

Y a ella, ¡desventurada! ¿Quién la había mandado amar?

¡Pobre flor de lozanía ficticia, corroída ya por insecto devorador!

Amaba, ¡desgraciada!; amaba... ¡Y se moría!

¡Amor!... ¡Amor!... ¡Esta palabra embriagadora no debía tener sentido para ella!

¡Amar!... ¡Amar!... ¿Y puede amar un sentenciado a muerte?

Ella había heredado la enfermedad de su madre; y esos bacillus, esos bacillus malignos que se han burlado de todos los médicos, la mataban lentamente...

La muerte producida por la tisis es dulce, lánguida, pero ¡tristísima!

¡Cómo se consumen las mórbidas carnes!

¡Qué brillo rosáceo, que da miedo, adquieren las mejillas!

¡Qué cansancio rayano en desmayo, en todo el cuerpo!

¡Cuántas gotas de sangre en los labios!

Y en los ojos, ¡qué de amargas lágrimas!

¡La infeliz víctima conoce su estado, y no quiere morir!

¡Morir! ¿Y morir en la primavera de la vida, cuando el corazón rebosa amor, y la mente está halagada por realizables sueños de embriagadora dicha?

Morir entonces, Dios mío, es horrible, ¡muy horrible!

II

Los padres de él previeron la catástrofe.

Era preciso, antes que todo, alejarlo de aquella adorable virgen anémica. Era preciso ahogar aquella pasión naciente.

Era preciso impedir que vinieran al mundo nuevos seres que, como ella, antes de nacer, ya traerían en su organismo el germen destructor.

Él la adoraba, quizá, más que todo, porque la veía enferma.

Para alejarlo del lado de ella era necesario engañarlo.

Y, lo engañaron.

La partida, motivada por un deber sagrado, era irremediable.

Así lo supo él.

Y así se lo dijo a ella.

Llegó el instante de la separación eterna.

Y

“...Era el momento
solemne de pasión y de tormento
de un amor inmortal. Eran dos almas
locamente estrechadas en el fuerte
nupcial abrazo de una sola vida,
que separaba, haciéndolas pedazos,
la mano inexorable de la suerte
con el fúnebre adiós de la partida.

Y lloraba en sus brazos; y lloraba
con tan triste y profundo desconsuelo,
que en tan lúgubre tarde parecía,
que, al mirarla llorar, lloraba el cielo,
y que por ella se enlutaba el día”.
“Y mojava la brisa su semblante,
su semblante tan pálido y tan bello,
y el viento de la tarde sollozante
agitaba en desorden su cabello”.

¡La dicha pasó!...

Callaron las avecillas, vistió crespones negros el cielo, enmudeció el piano, y desaparecieron las risas en señal de duelo eterno por la partida del complemento de su ser.

Después, vinieron la debilidad, la palidez de lirio, los paroxismos; luego se tiñeron las mejillas de un rosado brillante, último reflejo, ¡ay! de la aurora de la vida.

A esto siguió la tos molesta, interminable...

Y llegó una tarde, tarde sombría, en que la joven se sintió peor que nunca. Sentada en la otomana forrada en terciopelo azul,

contemplaba la tarde oscura; veía, con tristeza, cómo se confundía el color cerúleo de las montañas con el gris de las nubes.

Sentía frío; un frío que la hacía tiritar, y muchísima dificultad para respirar.

—¡Qué cosa! —Murmuraba—.

—Esta mañana amanecí mejor, me parecía que sangre nueva circulaba por mis venas; calor de vida me animaba; aun me atreví a ir, apoyada en el brazo de mi amiga Mariana, a besar a mis pajaritos.

Y ahora, ahora qué diferencia; siento el frío de los polos; mucho cansancio y angustiosa opresión en el pecho... Hace días que no tengo ni el consuelo de leer... ¡Qué oscuro y triste está todo!... ¡Cuántos deseos tengo de llorar!... ¡Como presiento! ¡Ay! Que estoy viendo con los ojos del cuerpo, para no volverlos a ver, los objetos que me eran gratos en este planeta... ¡Qué horrible es la oscuridad, la noche eterna!... ¡Pero es más horrible la noche del olvido!... Yo debía haber sido dichosa; ¡la enfermedad que heredé aún no se había desarrollado en mí cuando él se fue!... Estaba amenazada de muerte; pero, ¡el amor feliz hubiera sido mi salvación!... Un nuevo acceso de tos no la dejó continuar hablando.

Mariana, su fiel compañera, la bañó con una mirada de angustia, de ternura inmensa, viendo como la implacable muerte se apoderaba de aquella joven adorada.

—¿Cómo te sientes? —Pregúntale con ternura infinita.

—Mal... Tengo mucho frío... Cúbreme.

—Bien.

Después:

—¿Quieres que te haga compañía?

—Deseo estar sola...

—¡Ah!...

—Pero no te vayas, mi buena Mariana... Siéntate a leer las obras de mis cantores americanos y franceses más favoritos... Lee mejor a María de Jorge Isaacs; pero el fin, cuando ella habla con Emma... Tú serás Emma, y yo María... ¿Me entiendes?... Porque él

debe venir, estoy segura de ello... Dile lo que yo no podré decirle, que estaba buena cuando él se fue; pero que su ausencia me ha matado... Que no he pensado más que en él, siéndome muy doloroso... Mariana, Mariana, querida mía, prométeme que se lo dirás todo... y que le darás lo que de él tengo... Abrázale en mi nombre...

Dejó de hablar la joven para llorar en los brazos de su amiga.

Luego volvió a dirigir sus ojos al enlutado horizonte.

Mariana, amiga mía, ¿ves?... ¿Sientes?... ¿Quién viene?... ¿Él?

En efecto, era él; la enferma, al reconocerlo, se enderezó, estiró los brazos como para abrazarlo; dio un gran suspiro, y cerró los ojos.

A pesar del llanto verdadero, de las caricias, de la desesperación loca de Mariana y él,

“Rompió la muerte el delicado broche
que a la existencia terrenal la unía:
¡Así mueren los lirios de la noche
al resplandor del día!”

Lucila Gamero Moncada

Danlí, 4 de octubre de 1894

Ella*

—¿Queréis verla?

—Allí la tenéis.

Se distingue, entre todas por su graciosa gravedad, su modestia nunca afectada, y su amable trato.

* Lucila Gamero Moncada, “Ella”, *El Pensamiento*, s. II, n. 21, (10 de noviembre de 1894): 163.

Tiene porte de reina; su andar regio y suave se asemeja al de las sultanas de Oriente; su cuerpo alto y delgado, de simétricas proporciones, lo envidiaría la misma Venus.

No es blanca; nació en la zona tórrida, y el sol de fuego de los trópicos acarició su cuerpo de virgen. Esta le besó los labios y las mejillas, y desde entonces le arden como la flor del granado: es morena y ardiente.

He estado cerca de ella; derrama simpatía. Ha fijado en mí los ojos; y su mirada embriagadora, mágica, anegada en dulzura infinita, me ha hecho estremecer de cariño, de cariño ella... ¡Y cuidado que yo no soy muy afecta a impresionarme por una linda cara!...

Su semblante es sereno; sus ojos, cuando ella quiere, miran como riéndose; su corazón es urna sagrada llena de costosísimos, afectos e inmaculados sentimientos.

Tiene una dignidad natural, una majestad que avasalla. Muchos dicen que es orgullosa; yo declaro que es amable hasta donde lo permiten serlo la buena educación y el decoro.

Tiene un carácter bonísimo, invariable; conmigo siempre se ha mostrado igual; inteligente, y sensata, nunca la he visto descender a vulgaridades.

Bella y sensible, necesita de goces purísimos de felicidad completa; un cariño inmenso la haría inmortal; un desengaño triste la mataría.

Ojalá en su vida solo encuentre afectos sinceros, y personas que, como yo, al comprender su angelical corazón, al sentir su mirada embriagadora, mágica, anegada en dulzura infinita, se estremezcan de cariño inmortal por ella, que eso y más merece.

Lucila Gamero Moncada

Danlí, octubre 1894

Noviembre*

(Día de difuntos)

Tras octubre lluvioso, llorón, el San Pedro de los meses, viene noviembre, el mes triste que produce melancolías plácidas, y en qué ráfagas heladas azotan las frentes; y un frío intenso, de muerte, parece introducirse en los cuerpos de las jóvenes enfermas.

Me gusta noviembre; lo quiero porque me hace sentir cosas gratísimas, indecibles, y es inspirador de mis páginas más queridas: las fúnebres.

Sopla un viento glacial, cortante...

Tiritando de frío me he asomado a la ventana de mi pieza; y allá lejos, a través de la neblina, he creído ver que lujosos caballeros, vestidos con trajes oscuros, pero con los semblantes intensamente pálidos, y mostrando en aterradora angustia, conducen a la última morada, en “ataúdes de blanco terciopelo recamado de oro”, los cuerpos inmaculados de angelicales novias, muertas al recibir la primera caricia de noviembre...

Al ver esto he sentido un sacudimiento de dolor; pero el sol, ha vuelto a ocultarse, y ha continuado la neblina y he seguido viendo las formas fantásticas que me hacen pensar en un país glacial, de brumas, ¡dónde tan bien se encontraría mi alma!...

Pensativa he inclinado mi cabeza sobre mi pecho dolorido....

Mas el lúgubre, sollozante gemido de las campanas que me anuncian con sus plañideras voces que estamos en día de difuntos, me ha hecho no levantarla sobresaltada...

Siento mi alma abrumada con presentimientos amargos, “con pesares sin nombre: me he colocado, con el pensamiento, en el cementerio donde duermen el sueño eterno los que ya no existen...

¡Qué tristeza noto en todo!...

En muchos sepulcros hay coronas de ciprés, inmortales y siempre vivas, que manos cariñosas de personas sensibles, han colocado allí donde yacen restos tiernamente queridos para ellas, en señal del recuerdo imborrable que de ellos guardan.

* Lucila Gamero Moncada, “Noviembre”, *El Pensamiento*, n. 22, (12 de enero, 1895): 174-175.

En otros... ¡Nada!... La hierba inculta los cubre; ¡triste semejanza de la ingratitud humana del olvido eterno!...

¡Ay, qué triste es morir!

¡Cuán imponente es la soledad y silencio de los sepulcros!...

Pasa el dos de noviembre, callan las lloronas campanas; se secan las flores de las coronas; y los muertos vuelven a quedar, como siempre, solos, ¡muy solos!

Mañana... ¡Yo dormiré con ellos haciéndoles compañía!

Entretanto... ¡Adiós por hoy!

Y noviembre sigue su curso lento, invariable; sigue, con su frío de muerte, enfermando corazones, matando vírgenes; y a mí, haciéndome sentir cosas gratisimas, indecibles, y haciéndome pensar en país glacial, de brumas, ¡donde tan bien se encontraría mi alma!

Lucila Gamero Moncada

Danlí, 2 de noviembre de 1894

Íntima*

A él

Amado mío:

La mañana está fría, nebulosa y triste como mi corazón...

Tus últimas cartas, aunque ya las sé de memoria, las repaso con delicia... ¡Son tan cariñosas y reflejan tanto amor! Sin embargo, en la última de ellas noto, aunque finamente encubiertas, delicadas reconvenciones: ¿qué ya no me acuerdo de ti?... Ah, ¡no lo pienses, por piedad!... Hace tres meses, es cierto, que no te dirijo una sola letra; pero tu recuerdo no me ha abandonado un solo instante; y no te he escrito por cosas bien dolorosas; por no matar tus más bellas esperanzas: hoy es fuerza hacerlo, y es necesario que sepas,

* Lucila Gamero Moncada, "Íntima", *La Juventud Salvadoreña*, tomo VI, n. 10, (octubre, 1895): 283-285.

aunque se te desgarré el alma, que ya no hay felicidad posible para ti; que todo lo has perdido, puesto que te faltaré yo, ¡yo que hubiera dado lo mejor de mi vida por no verte sufrir un solo instante!

Desde que tú te fuiste siento un gran vacío en mi corazón: me falta todo porque no estás tú; y he notado, últimamente, que mi organismo se va destruyendo con suma rapidez. La enfermedad producida por el exceso de sentimiento, por la exuberancia de afectos, esa me mata. Ayer no más, estaba engañada, pues los médicos que me asisten me ocultan cuidadosamente mi enfermedad; pero hoy no: una amiga mía, compadecida de mi desesperación, pues la duda en mí es horrible, me ha dicho la verdad: no hay esperanza de salvación, y moriré muy luego.

Cuando supe esto me sentí mejor; pero después, en la tarde, cuando bajé al jardín a evocar todos los recuerdos de nuestro pasado amor, se apoderó de mí la desesperanza, y no pude menos de llorar, de llorar por ti... Por ti, ¡que cuando vuelvas no encontrarás ya ni el perfume de la flor que adoraste!

He pensado muchas cosas: ¿por qué te conocí?, ¿Por qué te amé? Ay, porque es preciso amar, y porque después de haber conocido, siquiera por un solo momento, la suprema embriaguez del amor correspondido, ¡nada importa morir!

Y nosotros nos hemos adorado tan exclusiva, tan locamente, Dios, quizá por eso, nos castiga con suma crueldad; a ti, sobre todo, porque yo moriré y tú vivirás agonizando con mi recuerdo, porque me has amado, me amas, y, perdona mi vanidad después de haberme amado, después de haber sorprendido los misterios de mi corazón, y comprendido la inmensa ternura que él encierra para ti, imposible, amado mío, ¡imposible que puedas amar a otra mujer!

De cuántos goces, de cuántas ternuras nos ha privado la muerte. Tal vez sea bueno esto, porque, de lo contrario, ¡quién sabe cómo hubiera sido el encuentro de nuestras dos almas, ¡igualmente apasionadas! ¡Si con solo pensar en ti las ideas languidecen en mi cabeza dominadas por el vértigo de la pasión ideal!

Nos amamos mucho y quizá nos comprendimos más; y hemos ¡Ay! ¡Soñado tanto en nuestra futura unión, que antes de efectuarla Dios nos separa! Pero nos separa después que hemos comprendido el éxtasis supremo del amor, después que hemos sentido el arrobamiento de una pasión inmensa, ¡sin que por eso mi ángel Pudor haya sentido mancharse lo menos de sus blancas alas!

El amor nuestro ha sido un amor voluptuosamente ideal; ¡amor puro y acendrado como no habrá otro!

Nos hemos adorado y para siempre.

Hemos vivido juntos, y tu mano no ha estrechado la mía porque esa caricia nos hubiera sumergido en un éxtasis dulcísimo del que era preciso huir.

¡Soñamos mucho, y nuestro sueño no tendría dulce despertar!

¡Ay de los que aman si la diosa fúnebre se interpone en su camino!

¡Ay de los que piensan en placeres santos!

¡Ay de nosotros que soñamos en un porvenir de dichas inefables!

¡Ay de nosotros que idealizamos el amor!

¡Todo se nos acabó!

¡Nuestro Edén soñado es hoy paraíso perdido!

Nuestra dicha, humo, nada más. Y el beso o nupcial que tú, ¡loco! ¡Soñabas depositarias en los labios frescos de tu desposada, no lo recibirán ni los pálidos y marchitos de tu virgen muerta!...

Sé lo mucho que sufrirás al leer esta carta, tal vez la última que te dirija; sé que ella echará por tierra el palacio de tus más bellas ilusiones y segará en flor tus más queridas esperanzas; que, cual despiadado sepulturero, encerrará en negro ataúd tus amorosos delirios de ayer; pero, ¡no importa! Es necesario que leas lo que te escribo y que recibas los pensamientos que esta mente, que es solo tuya, produce en sus instantes de melancólica expansión...

La rosa que me diste el día en que te alejaste de mi lado, la guardo con religioso cariño; y sus pétalos, aunque ya mustios, como yo, conservan ese delicado aroma, ese néctar misterioso y embriagador que tus labios le dejaron.

Nada de lo que me diste quiero llevar: todo, todo te lo dejo para que, junto con lo que de mí guardas, formen la cadena simbólica que mantendrá unidas, a través de la tumba, ¡tu alma con la mía!

Moriré tranquila porque tengo la firme creencia de que he sabido inspirarte una pasión inmortal; y será mi dulce muerte como un perfume que se desvanece, como una lágrima que se evapora,

como un recuerdo que se pierde: algo así como en plácida tarde el agonizar de un rayo de sol...

Una cosa te pido, por lo que más ames en este mundo, que soy yo, y es que no vengas a presenciar el adiós que yo dé a este triste mundo: será horrible para mí verte a mi lado, amante y loco de sentimiento queriéndome dar una vida que ya no quiere animarme; y comprender que te he engañado porque no pude darte la felicidad que tantas veces te prometí y que te he sido desleal porque he entregado a la muerte una vida que era solo tuya... ¡Pobre amado mío!...

Antes de concluir esta carta quiero suplicarte que no llores cuando sepas mi muerte; que no sufras tanto por mi separación. ¿Para qué?... Si es cierto que hay otros mundos mejores que este, a donde van nuestras almas, después de dejar el cuerpo en este, yo te esperaré en el mejor de ellos, para que allá formemos nuestro risueño hogar, nuestro plácido nido calentado con tus besos y arrullado con el cántico tierno de nuestro inmarcesible amor.

Adiós, “¡amado mío!... Besa el lugar en donde está mi nombre, para llevar el consuelo de que alguna vez se unieron nuestros labios en este mundo”.

Por la copia.

Lucila Gamero Moncada

Danlí, 5 de abril de 1895

Mis hijos*

En las noches serenas, perfumadas y tibias, reconcentro la memoria en mí misma, y pienso en mis hijos, en esos hijos intelectuales de mi alma, a quienes les he consagrado por completo toda mi vida y todo mi amor...

¡Pobrecitos!... Todos ellos tiritan de frío y, sin calor en el alma, lloran amores imposibles, deseos no satisfechos, desesperanzas crueles.

* Lucila Gamero Moncada, (Pierrette), “Mis hijos”, *El Pensamiento*, s. IV, n. 55, (2 de noviembre, 1895): 431-432.

Por más que su padre, un mocetón alegre, robusto y vivaracho —mi pensamiento— quiere hacerlos como él, pletóricos de vida y de ilusiones, ansiadores de lo desconocido y amantes de todo lo que produce inocentes placeres, ellos, los desobedientes, no le hacen caso. A su madre es a la que más quieren y a ella se parecen: le han heredado esa su tristeza moral innata; ese afán de hallar, hasta en lo más risueño y alegre, algo que solloce desventuras; ese delirio, ese apasionamiento por la nota melancólica y fúnebre...

¡El dolor!... ¡Dios mío! El que lo comprende, él que lo ha sentido en toda su intensidad, bajo su forma más tétrica, ese, ese ya puede ser feliz.

Yo siento no sé qué placer salvaje en torturar mi espíritu con cruentos e imaginarios suplicios, con dolores inenarrables... ¡Como que eso me produce embriagueces dulcísimas e inefables, sensaciones exquisitas y solo sentidas por mí!

Más, ¿por qué ese gusto, ese apasionamiento por todo lo triste y que deja adivinar dolores imponderables?

Quizá porque en mi vida tranquila, de eterno aburrimiento, solo he encontrado dichas; porque nunca, en mi cielo he visto nubes negras; y así, sin grandes contrariedades, sin nada que torture mi conciencia, he visto como apaciblemente se desliza mi vida, y me he sentido feliz.

¿Feliz he dicho?... ¡Ay no!... Que el destino, bufón de suyo, ha hecho que me enamore desatinadamente de una pálida, brillante y esquiva beldad, que me prodiga siempre tesoros de desdén y que despiadadamente se burla de mí por el atrevimiento que he tenido de alzar los ojos hasta ella.

Esa beldad que es mi única ilusión, mi más ardiente deseo, mi sueño de toda la vida, mi anhelo más vehemente, es la Gloria; y mis hijos, nacidos de esa ilusión, de ese deseo, de ese sueño, de ese anhelo, tienen que lamentar, olvidados y tristes, la terrible desilusión de su madre, su loca e injustificable ambición de gloria.

Y es por eso que, víctimas de mi amor imposible, tiritan de frío y lloran, sin calor en el alma, amores irrealizables, deseos no satisfechos, desesperanzas crueles.

Pierrette

19 de octubre de 1895

Tu retrato*

Para “Flores y Perlas”

Con religioso cariño conservo tu retrato, amiga mía; una de las primeras páginas de mi álbum lo guarda con orgullo; y yo me gozo, todas las mañanas, con la contemplación de ese rostro tan melancólico y tan querido...

Pasa el tiempo muy veloz y no lo sentimos irse, amiga mía...

¿Te acuerdas?... Hace cuatro años; estabas en mi solitario pueblecito, en una casita blanca, corusca y aseada, y fue entonces cuando te conocí; lucía tu regio talle sin igual elegancia; tus ojos grandes y oscuros, de pensativo y dulce mirar, tenían secreta seducción; y toda tú derramabas tanta gracia, tanta simpatía, que no pude menos de amarte, de amarte con intenso e indestructible amor...

Desde entonces no he vuelto a estar cerca de ti, pero tu recuerdo ha sido estela luminosa en las oscuridades de mi vida monótona y sin ilusiones...

Ayer aún conservaba en mi mente tu imagen severa y graciosa, tal como te vi en el saloncito corusco y blanco en aquella inolvidable noche de nuestra despedida, hoy ha venido tu retrato a reemplazarla por otra no menos bella, pero más pálida, más triste, y quizá más interesante.

¡Ay, amiga mía!... ¡No sé por qué al contemplarte he sentido oprimírseme el corazón, presa de profundo dolor!... Hay en tu semblante infinita languidez; deja adivinar tan agudos, tan continuados sufrimientos, que al mirarte he sufrido mucho, tornándose mi pensamiento, para volar hacia ti, tétrico y sombrío...

¡Con cuánto cariño y con qué amargura te he visto, sintiendo aterirse mi espíritu con el recuerdo de cosas pasadas y fúnebres!... Como he pensado, sin saber por qué, en las estancias opacas con albas cortinas de encaje y lazos azules; en los lechos de nieve, en la blancura inmaculada de las azucenas, en la nevada palidez de los lirios, en el triste color de las violetas que sirve de sombra a los ojos de las vírgenes inanimadas... Cómo he creído aspirar el perfume de las flores enfermas que enerva y produce lánguidos desmayos,

* Lucila Gamero Moncada, (Pierrette), “Tu retrato”, *El Pensamiento*, s. VI, n. 64, (22 de febrero de 1896): 480-481.

y sentir el leve rumor de suspiros que mueren quejándose... Y, por último, he visto así, como en sueños, aleteo de ángeles, llamas de tristes y moribundos cirios, titilaciones de fugaces estrellas...

Amo lo puro, lo bello, lo pálido, lo triste, lo melancólico, lo brumoso y glacial; y por eso te amo a ti, Leonor mía, que eres pura, bella, pálida, triste y melancólica, y que te pareces tanto a esos ideales imposibles a quienes adoro y persigo desde niña y que son el ensueño de mi cabeza neurósica...

Pasa el tiempo muy veloz y no lo sentimos irse, amiga mía... He concluido de trazar estas líneas, que, aunque no son como tú las mereces, servirán, al menos, para demostrarte algo del mucho cariño que te profeso; y he seguido acariciando tiernamente, con el recuerdo, tu retrato melancólico, poético y querido, que guarda con orgullo una de las primeras páginas de mi álbum.

Pierrette

Noviembre de 1895

El ideal realizado*

Hacía mucho tiempo que soñaba con él, con el caballero galante, con el trovador sentido que vendría, con el mágico laúd bajo del brazo, al alborear de risueño día, a cantarle adormecedoras endechas que despertarían su alma virginal a los encantos sublimes del amor soñado.

Hacía mucho tiempo que lo esperaba; y con la cabeza llena de ilusiones y el corazón henchido de esperanzas, sentía su alma tiritar de frío, cubierta de escarcha, porque el caballero galante, el trovador sentido que vendría a calentar su alma con el fuego del amor, no aparecía.

—Más vale morir que esperar— pensaba.

Y con el corazón oprimido de angustia, sintiendo la nostalgia del placer deseado, veía que todas sus ilusiones se iban, se iban unas tras otras, como bandadas de irisadas mariposas a quienes dispersa ruseñor de ligeras alas.

* Lucila Gamero Moncada, (Pierrette), "El ideal realizado", *El Pensamiento*, s. VI, n. 65, (29 de febrero de 1896): 489-490.

Y vio caballeros, caballeros finos y galantes; pero, ¡Ay! Ninguno tenía el perfil olímpico, la enloquecedora simpatía del ideal que acariciaba en su mente... Hasta que una tarde, una tarde con claridades de diamante, tibia, olorosa a incienso e impregnada del vago perfume de una virgen muerta, apareció allá a lo lejos, anunciado por la impresión, primer ujier del dios amor, el caballero galante, el trovador sentido, el novio tantos años esperado...

Y fue dichosa, ¡oh!... ¡Tan dichosa!... Locamente amada por su “ideal realizado”, solo esperaba que, en noche alegre de risas y perfumes, de sedas y encajes, y de blancas flores nupciales, el sacerdote, sereno y grave, envidioso, tal vez al ver tanta dicha y tanta hermosura, bendijera, en forma sacramental, su unión deseada.

Y cómo gozaba, ¡oh! Cómo gozaba pensando en esto, hasta que una noche, noche húmeda como los calabozos y negra como el crimen, él se le presentó, embozado en su capa y con el laúd hecho pedazos, triste, desesperado, a darle el adiós de la despedida eterna.

Ella sintió que hielo circulaba por sus venas, y vio, trémula de angustia, el horrible derrumbamiento de sus amores ansiados.

—¡Irte!... ¿Y por qué?... ¡No nos amamos!... ¿No hemos de recoger, algún día, las primicias de nuestros amores?... ¿Por qué te vas, sabiendo que te adoro?... Entonces se vio algo horrible: la desesperación de un hombre enamorado que lloraba como un niño, mesándose los cabellos con locura y murmurando delirantemente:

—Te adoro; pero no me detengas, ángel mío, te lo ruego... Si yo solo te había visto en sueños, y desesperando de encontrarte, hace dos años... que... me... casé.

Perfume de flores recién entreabiertas, llamas de cirios acabados de encender, lágrimas que apenas habéis sido vertidas, esencias encerradas en pomos de oro, suspiros aprisionados en pechos amantes, albos velos, coronas de azahares que nunca serviréis para púdicas doncellas, ¿que os habéis hecho?... ¿En dónde estáis?... Ay, todo está perdido... ¡Todo se fue!... Todo concluyó, así como las bellas ilusiones de la joven que soñaba en las delicias de un amor puro como el ideal, y que ahora habita el mundo de los dementes, sin dejar de soñar, en sus ratos de lúcida recordación, en el caballero galante, en el trovador sentido que vendrá, en dichoso día, entre sonrisas y ternuras, a prender en su hermosa cabeza la corona de azahares y el blanco velo nupcial.

Pierrette

8 de abril de 1895

La cruz roja*

A mis buenas amigas Pilar Jarquín y Carmen Mantilla

Recuerdo de sincera amistad

Una de las cosas que más me llamó la atención cuando visité el pintoresco pueblo de F., fue el ver que todas las jóvenes del lugar iban a pasear por la tarde a una loma en donde había una hermosa cruz blanca, tan blanca como la conciencia de un niño; y que cuando el sol estaba ya próximo a ocultarse tras los altos cerros, las jóvenes se ponían de pie gritando:

—Huyamos, huyamos, que pronto la cruz se pondrá roja.

—Yo no tengo mucho que temer, —dijo una de ellas— en tanto que Teresa...

—¿Teresa?...

—Sí, ya sabemos —respondió otra.

—¿Y Blanca y Luisa?

—Ya desaparecieron: no hay quién como ellas le tenga tanto miedo a la cruz.

—Les sobra razón para ello, pues...

—Sí, dicen que se casan pronto.

—¿Y Matilde?

—Matilde ya no debe temerla, puesto que....

—Es verdad, está casada.

Y después de esta conversación, todas las jóvenes, como bandadas de alegres periquitos, alzaron el vuelo con dirección a su delicioso pueblecillo.

—¡Y bien! —Dije yo a mi amiga y compañera de paseo—.

¿Podrás decirme lo que significa la charla de esas muchachas?

* Lucila Gamero Moncada, "La cruz roja", *La Juventud Hondureña*, tomo IV, n. 47, (abril, 1896): 1339-1347.

—Significa el horror que le tienen a la cruz, apenas se acerca la noche.

—¡Horror! ¿Y por qué, amiga mía?

—¡Porqué es poniéndose el sol, y la cruz se vuelve roja como si la hubieran bañado de sangre!

—Superstición de ellas.

—No, Lucila, no es superstición; ya varias personas la han visto así.

—¿Y a qué obedece tan extraña transformación?

—Mi abuela contaba la causa; pero es una historia larga de referir.

—Sin embargo, quisiera oírla.

—Pues vente, vamos a esa otra loma de donde no se ve la cruz: allí te la contaré.

—¿Tú también participas de los temores de tus compañeras?

—Sí, como buena hija de F.

Llegamos a la loma indicada, y allí me refirió mi amiga Virginia la siguiente historia:

I

“Cuando el pueblo de F. se componía en su mayor parte de indígenas, y de uno que otro español, había una india lindísima, llamada Jilma, hija del más acomodado de los indios, un excacique.

Jilma era bella, tan bella, que los españoles que la veían dudaban que fuera india de raza pura, y creíanla hija de una joven española robada, en tiempos pasados, por el excacique.

Ahora bien, Jilma estaba comprometida a casarse con el valiente Akbal, a quien adoraba.

Quien entonces mandaba en F. era un español llamado don Alfonso del Castillo, y aunque era joven y agraciado, se notaba en su fisonomía cierta dureza que lo hacía antipático.

Quiso la desgracia que don Alfonso conociera a Jilma y se enamorara de ella.

La pobre india, al ver fijos en los suyos los ojos del español, se estremeció de miedo adivinando que el amor de aquel hombre debía ser tenaz y feroz.

Don Alfonso visitaba todas las tardes a Jilma; y era de verse el cuadro que formaba aquel león enamorado junto a aquella tímida paloma.

Ella, fijos los ojos en el suelo o en la costura que tenía sobre la falda de su vestido, no se atrevía a alzarlos de allí, por temor de que se encontraran con los del español.

Él, agitado, nervioso, devorándola con los ojos, no perdía uno solo de los movimientos de la india; estaba celoso hasta de su sombra.

Si por casualidad Akbal pasaba por la calle, Jilma, al verlo, se estremecía, y sus mejillas, en vez de colorearse, poníanse más pálidas que de ordinario, de un salto don Alfonso estaba cerca de ella preguntándole:

—¿Qué os ha pasado? ¿Por qué os estremecéis?

Y Jilma retardaba cuanto más podía la respuesta, para dar tiempo a que su amado desapareciera.

—Me puncé con la aguja.

Del Castillo se acercaba a la ventana, y después que se convencía de que no había nadie en la calle, volvía al lado de su amada y le acariciaba las manos.

—¿Amáis a alguien? —Le preguntó él una vez.

Jilma tembló:

—No, a nadie.

La confesión de su amor a Akbal hubiera sido la sentencia de muerte del valiente indio.

—Y a mí, ¿me amáis? —Volvió él a preguntarle.

—¿A vos?...

—Sí, a mí.

—Pero si ya lo sabéis; os quiero, os estimo.

—¿Pero no me amáis?

—Tened paciencia, os lo suplico; dejadlo todo al tiempo: él decidirá.

—Bien, esperaré.

A las diez de la noche el español se separaba de la india; y esta, al verse libre de él, exclamaba:

—¡Al fin, Dios mío!

Y acompañada de Lili, su hermana menor, iba a estarse largas horas al lado del amado de su alma, horas que les parecían instantes...

¡Tanto se amaban!...

II

Una noche, ¡noche sombría! En que don Alfonso regresaba de donde Jilma, se encontró con un español que le dijo:

—¿Queréis tener la bondad de escucharme, don Alfonso?

—Hablad.

—¿Venís de dónde Jilma?

—¿Y bien?

—¿Vos la amáis?

—¿Qué os importa? —Contestó con brusco acento.

—Pero, ¡ay de vos! Jilma nunca os amará.

—¡Por qué lo decís!

—Porque ama a otro.

—¡Mientes!

Y el comandante golpeó con furia el suelo.

—Ama al bello Akbal, al del carcaj con flechas y sombrero de vistosas plumas.

Del Castillo se puso lívido; y dio tan fuerte puñetazo a su interlocutor, que lo arrojó al suelo, y después tomó silenciosamente el camino de su casa.

A las doce de la noche llamó a su ayudante de confianza, y le dijo:

—Toma, Antonio, lee este papel, y cumple exactamente lo que en él mando.

—Muy bien, señor.

A las dos de la mañana volvió el ayudante.

—Están cumplidas vuestras órdenes, señor —le dijo, y le dio un carcaj con flechas, y un sombrero de vistosas plumas.

—Ahora, a dormir —exclamó don Alfonso muy tranquilamente; y, sin desnudarse, se acostó.

El ayudante velaba a sus pies.

III

Ese mismo día, por la mañana, penetró Lili en el aposento de Jilma, y despertándola y echándola los brazos al cuello, le dijo:

—Levántate, hermana mía.

—¿Qué horas son, pues?

—Aún no han dado las cinco.

—¿Entonces?...

—Es que vengo a darte una mala noticia —contestó Lili, con acento conmovido.

—¿Una mala noticia? —Preguntó la joven incorporándose en su lecho.

—Sí, hermanita.

—¿Cuál?

—Haz valor para oírla.

—¡Dios mío!... ¡Me matas! —Exclamó Jilma con voz anhelante.

—Esta madrugada han encontrado muerto a...

—¿A quién por Dios?

Y Jilma se puso mortalmente pálida.

—A nuestro querido Akbal —dijo la niña llorando.

—¡Me engañas!... ¡Me engañas!... —Gritó la india con desesperación, arrojándose en los brazos de su hermana, y sollozando con angustia; era la estatua del dolor, bañada en lágrimas.

Pronto vino la reacción, y la hermosa india preguntó con una calma desesperante:

—¿Sabes, Lili quién fue él...?

—¿El asesino?

—Sí.

—Nadie se atreve a decirlo; pero mi tío ha descubierto que fue un ayudante mandado por don Alfonso.

Los ojos de Jilma brillaron ferozmente.

—Me lo presumía —dijo.

Luego añadió:

—Tú sabes Lili, que ahora la vida no es vida para mí; que todo me es indiferente, puesto que me falta Akbal; pero quiero estar cerca de él; quiero verlo sin que nadie sepa que lo he visto. Anda, Lili mi buena Lili, y tráeme un vestido de mi hermano.

La niña desapareció; y poco después Jilma, pálida y bella, salía a la calle vestida de hombre: nadie pudo conocerla en aquel traje.

Akbal estaba solo, porque los guardias yacían por el suelo, borrachos.

Jilma, mostrando un valor heroico, acercóse a su amado; besóle los labios y enjugando las lágrimas que ella había dejado sobre el cadáver, exclamó con voz firme:

—No temas, amor mío; yo te vengaré.

Y se separó del indio, con el corazón despedazado.

IV

Transcurrieron dos meses...

Don Alfonso seguía más enamorado que nunca de Jilma, pero Jilma ya no era la tímida Jilma de antes; ahora correspondía con sonrisas a las tiernas palabras que el español le dirigía, y sus negros ojos irradiaban de ventura cuando sorprendían la amorosa mirada de los del comandante.

Un día amaneció frío, glacial: menuda lluvia caía sin cesar, y parecía que la naturaleza toda lloraba.

Jilma, esa mañana, había vertido lágrimas por su amado Akbal.

Don Alfonso, envuelto en su capa, se dirigió a donde la bella india, objeto de sus ansias amorosas.

Esa tarde estuvo más enamorado que de costumbre, y al fin le dijo:

—Jilma, vos me habéis dejado esperar que algún día me améis, y hoy creo que mi objeto está obtenido... ¿Me he equivocado?

—No, —contestó la joven.

—¿Me amáis? —Murmuró él, loco de alegría.

—Sí, —repuso ella sonriente.

—¿Queréis ser mi esposa?

—Esa será mi mayor felicidad.

—Jilma, Jilma, Dios os bendiga.

La joven reía, reía inconscientemente, como loca, y no apartaba sus ojos de los del español. —Don Alfonso hincó una rodilla en tierra y besó con amor las manos de su amada:

—Jilma, me hacéis el más feliz de los hombres.

—Y vos a mí, la más dichosa de las mujeres.

—Callad, que me vais a matar de dicha...

Y don Alfonso, trastornado de contento, le preguntó a su prometida:

—¿Qué día nos casaremos?

—El que vos queráis.

—¿No tenéis nada que pedirme?

—Solo una cosa.

—¿Cuál? Decid.

—Que no me volváis a ver hasta el día de nuestra boda.

—¿Por qué me pedís eso, alma mía?

—Es un capricho.

—Pues bien, aunque mucho me cueste, os lo concedo; pero entonces decidme el día que queréis que nos casemos.

—Yo estoy a vuestras órdenes.

—Sois muy generosa... ¿Os parece dentro de ocho días?

—Convenido.

—Si algo más queréis, decídmelo.

—Bien, ahora marchaos. Tengo mucho que pensar y quiero estar sola.

Él besó por segunda vez las manos de ella, y se marchó, casi sin creer lo que había oído.

La india quedóse pensativa.

—Jilma, mi querida Jilma, ¿qué has hecho? —Preguntóle, Lili, entrando en la pieza y abrazándola.

—Lo que has visto, Lili.

—¿Te vas a casar?

—Sí.

—¿Y con ese hombre?

—Ya lo has oído.

—Jilma, ¿lo amas?

—Lili, solo una vez se ama en la vida.

—Entonces, ¿por qué te vas a casar?

—Hermanita, tú no comprendes el mundo.

—Querida Jilma, no te cases. ¿Qué dirá Akbal?

El bello rostro de Jilma se contrajo:

—Ese nombre, Lili, ese nombre no debías haberlo pronunciado... ¿Oyes? Debía habértelo prohibido antes.

—Perdóname, hermanita; no volveré a hacerte sufrir.

Y las dos hermanas, una en brazos de la otra, lloraron amargamente.

V

Cielo sin nubes, alegría en todas las miradas, risas en todas las bocas, contento en todos los corazones era lo que el comandante don Alfonso del Castillo creía ver el día que puso en la cabeza de Jilma la corona de desposada, y en su dedo el anillo nupcial.

Él estaba hermoso, amable, transformado por el amor.

Ella, pálida, majestuosa, adorable; no parecía darse cuenta de nada.

La pobre Lili no hacía más que llorar.

El día siguiente después de haberse casado Jilma, estaba ella en su casa acompañada de su esposo don Alfonso y Lili, así que transcurrieron unos momentos en silencio, dijo, con voz temblorosa, como quien teme soltar la frase:

—¿Queréis que nos vayamos, Jilma?

Y ella, con aparente calma, le contestó:

—A la hora que gustéis.

Luego, volviéndose a Lili que estaba llorando, la abrazó y le dijo con voz pausada:

Adiós, mi querida Lili... Salúdame a mis hermanos; no los llares que no voy a tener valor para decirles adiós; además es muy de

noche, van a desear acompañarme y quiero irme sola.

Lili lloraba tristemente; y Jilma la besaba, la besaba con profunda tristeza.

Don Alfonso se despidió solamente de la indita; era la voluntad de su esposa.

—¡Qué noche tan linda! —Dijo Jilma así que salieron a la calle, —me recuerda las noches de Lima en que salía a pasear del brazo de mi madre.

—Ahora lo hacéis del brazo de vuestro esposo.

—Ahora voy a vuestra casa.

—¿Queréis ir a pasear?

—Sí.

Y Jilma se apoyó más aún en el brazo de su esposo. El español cerró los ojos al sentir tan dulce contacto:

—¿A dónde?

—A la loma de la cruz.

—Bien, venid.

Y los dos satisfechos, contentos, como dos niños de escuela, subieron a la loma. Una vez allí, corrían, se abrazaban...

Él le decía con delirio:

—Jilma, Jilma, te idolatro.

Y ella fatigada, desvanecida, dejaba caer su cabeza en el pecho de él, murmurando:

—Alfonso, te adoro...

Y le miraba, le miraba con sus ojos negros, profundos, fascinadores; y sonreía, sonreía con placer...

De pronto desprendióse de los brazos de su esposo, y yéndose a apoyar en la cruz le gritó con su dulce voccecita:

—Alfonso, vente...

El corrió, abrió los brazos, sus labios se unieron... y don Alfonso dio un grito y cayó a los pies de la cruz salpicándola de sangre.

Jilma arrojó lejos de sí un puñal ensangrentado, y alzando sus hermosos ojos al cielo, exclamó:

—Amor mío, estás vengado.

Y echando a correr, desapareció sin que nadie volviese a saber de ella.

“Desde entonces, la cruz, que durante el día permanece blanca, al ponerse el sol tornase roja, roja como la sangre de don Alfonso del Castillo; y es fama que cuando está así y la ve algún amante, es irremediablemente desgraciado. Por eso, todos los jóvenes, al ponerse el sol, huyen de ella como si fuera un excomulgado en tiempo de Carlos Nono”.

Este es, queridas amigas y amables lectoras, el origen de la cruz roja, a la que tanto miedo le tienen las candidas y adorables hijas de F.

A mí, libreme Dios de creer o no creer lo que la tradición dice; pero si hemos de dar oído a lo que nos cuentan los habitantes de F., respecto a amores desgraciados, víctimas de la cruz roja, concluiremos al fin, por pensar que la maleficencia de la cruz, cuando ha tomado su baño de sangre, está demostrada.

Lucila Gamero Moncada

Danlí, 20 de septiembre de 1893

Historia de un amor*

Dedicada a las hermosas salvadoreñas

I

¡Ella era hermosa como un sueño de poeta! Ligeramente blanca, sonrosada, de ojos garzos, bellos y dulces; de cabellos castaños,

* Lucila Gamero Moncada, “Historia de un amor”, *La Juventud Hondureña*, tomo V, n. 8, (31 de marzo de 1897): 225-233.

sedosos y naturalmente rizados; de esbelto y airoso cuerpo. Se llamaba Gabriela Cordero, y pertenecía a una de las principales familias de la ciudad de... ¡Todos la adoraban! ¿Y cómo no, cuando era la niña más bonita que en aquel entonces había, y que todas se enorgullecían de haber nacido en el mismo lugar que ella?

Todos la adoraban; pero ninguno como el joven Leopoldo Montero, en cuyo fogoso y noble pecho quedó grabada para siempre la imagen de Gabriela.

¿Y ella? Ella correspondía al amor de Leopoldo, prometiéndole que sería la compañera de su vida.

El joven Montero se dormía confiado en los risueños brazos de la esperanza, viendo con frecuencia a su amada y recibiendo de continuo pruebas de su amor verdadero; y satisfecho soñaba, soñaba en un porvenir venturoso y en el ángel que embellecería su hogar; pero su sueño no debía ser duradero, y ¡ay del despertar!

II

Gran movimiento había en casa de don Marcelo Cordero. Es que era el día del cumpleaños de la simpática Gabriela y lo celebraban con un suntuoso baile.

Penetremos en el salón donde bailan.

¿Quién es aquel caballero alto, blanco, de escaso bigote rubio, que conversa con Gabriela?...

¡Chist! Es un extranjero millonario que acaba de llegar a la población, del cual se dice... Se dice que corteja a Gabriela y que la familia de esta protege los amores del ilustre millonario.

Y aquel joven moreno, de cabellos negros, que se adelanta hasta ofrecer el brazo a Gabriela, ¿quién es?

Es Leopoldo que llega en aquel momento al baile.

La joven aceptó con timidez el brazo que se le ofrecía, y se estremeció, porque cien airados ojos que se posaron sobre ella, reprobábanla el haber convenido en bailar con Leopoldo.

¡Bailar con Leopoldo, estando allí el elegante extranjero...?

¡Qué crimen!

Apenas habían dado unas pocas vueltas, cuando Elvira, hermana de Gabriela, se dirigió al piano y dijo a la que estaba tocando:

—No toques ya.

—¿Por qué?

—Debes estar cansada.

—Si acabo de empezar.

—Pero yo no quiero que sigas tocando.

—¡Vaya una ocurrencia!

Y como la joven no le hizo caso, dirigióse a los bailadores, diciéndoles:

—Señores, ¡qué ingratitud! Merceditas está cansada.

No lo crean —contestó Mercedes— lo que menos tengo es estar rendida. Cuando me canse, dejaré de tocar.

Elvira se volvió desesperada.

—¡Por Dios, Mercedes! ¡Qué obstinación!

—¿Por qué quieres que deje de tocar?

—¿No ves que Leopoldo y Gabriela están bailando juntos?

—Yo no tengo que ver nada con eso.

—Tú no, pero yo sí.

—Ten paciencia y deja que concluya la pieza.

—No esperaré tanto.

Y poniendo las manos en el teclado, imposibilitó la ejecución.

—No es culpa mía —dijo Mercedes— entre afable y seria Elvira no quiere que bailen.

Y abandonó el piano.

—¡Dios mío! —Pensó Gabriela —¿Por ventura seré más feliz viviendo en un palacio, teniendo el corazón marchito, que en una cabaña donde todo lo ilumine y perfume el amor?

—Vamos —exclamó Elvira, sacándola de sus reflexiones— a bailar con Mr. Mead. María está en el piano.

—Estoy cansada.

—Protesto.

Y tomándola del brazo la presentó al extranjero, diciéndole:

—Tómela: esta niña es muy rogada.

—¡Ah! Pues si ser así, *pastoriarla* yo entonces; pero siendo ella, alegrarme a mí eso.

—Gracias, caballero.

—¿Gracias? No haber de qué. Ser *osté* un ángel, por el cual *sacreficarse* todos con gusto. Yo querer a *osté*; y si *osté* querer, casarme yo con *osté*.

La pieza que bailaron Mead y Gabriela, fue dilatadísima; y Leopoldo, viendo la frialdad con que le trataban todos los de la casa, excepto don Marcelo, se marchó del baile.

III

Leopoldo sufría porque adivinaba que las personas allegadas a su amada, no lo veían bien; pero al mismo tiempo consolábale la dulce creencia de que Gabriela le era fiel.

Una tarde se disponía a salir, cuando un criado se le presentó, preguntándole:

—¿Es usted don Leopoldo Montero?

—Sí, yo soy.

—Aquí le traigo a usted.

Y le entregó una carta concebida en estos términos:

Caballero:

Entre usted y yo, no hay ya nada que nos ligue; al menos así lo creo y quiero.

Le devuelvo el anillo que de usted conservaba, lo mismo

que sus cartas; y espero que usted se servirá enviarme todo aquello que de mi procedencia tenga.

No trate de indagar el móvil que he tenido para adoptar esta resolución, pues no estoy dispuesta a dar a usted explicaciones de ninguna clase.

Olvide para siempre los lazos que en un tiempo nos ligaron; lazos que, ya que no puedo desatarlos, los rompo.

¡Adiós!

Gabriela Cordero

—¡No es posible! —Exclamó Leopoldo, dejándose caer en una silla y oprimiéndose fuertemente la cabeza con las manos.

—¡No es posible...!

Y quedóse inmóvil entregado a mil tristes pensamientos, mientras las lágrimas, una a una, le iban rodando por las mejillas.

—Señor, ¿cuál es su contestación? —Preguntóle el criado.

—¿Cuál? —Dijo Montero, volviendo en sí. —Nada.... ¡Si estoy loco!

—Pero ella me dijo que debía entregarme usted no sé qué cosas.

—¡Ah!... Pero no te molestes, dentro de un momento le mandaré lo que desea.

El criado se retiró.

—¡Espantosa realidad! —Murmuró Leopoldo— mejor, mil veces, hubiera muerto antes de palparte... ¡Tengo el corazón desgarrado y ni aún me queda el consuelo de la duda! ¡No! Esta carta es escrita por ella, su misma letra. ¡La misma mano que hace poco me escribía consolándome, afianzando sus juramentos, ahora firma mi condenación...!

¡Ah, mujeres, mujeres...!

Y ella, ella que ayer me prometía el cielo, ¡hoy me arroja sin piedad al infierno...! Pero, ¿por qué se cambia? Porque soy humilde, porque soy pobre; y ella entregará su mano al suntuoso capitalista que la llevará a vivir a palacios, le dará buenos coches, lujosos

trajes, joyas de gran valor, y todo lo que una joven hermosa, como ella, pueda ambicionar; y yo la tendría modestamente, y en vez de llevarla a vivir a Europa, gracias que podría sacarla de paseo a Guatemala; pero en cambio de dinero yo le daría todos los tesoros que de amor guarda para ella mi corazón, y procuraría adquirir un nombre ilustre, para hacerla olvidar mi pobre origen...

Pero no, ¡vana ilusión! Ella será de otro más dichoso que su primer amante.

Y yo, ¡necio de mí! Seguiré amándola, seguiré siendo su esclavo, seguirá ella siendo el ídolo de mi vida, hasta que la muerte se apiade de mí.

¡Ah! Gabriela, Gabriela, mi perdida felicidad, mi soñado ángel, ¿por qué me dijiste que me amabas, si me habías de preparar tan cruel decepción...?

¡Y te amo, Gabriela, y te amaré siempre...!

IV

Montero era presa de cruel melancolía.

Sus amigos querían sacarlo de la población, pero él se negaba; parecía que una fuerza superior le tenía en aquel lugar.

—No, —decía —mientras viva quiero respirar el mismo aire que ella respira, quiero verla, aunque ella no lo sospeche... ¡La amo tanto...!

Una vez salió y vio a Gabriela; pero la vio en brazos de un hombre, de un hombre que recibía sus sonrisas, que oprimía su brazo; de un hombre, en fin, que pronto sería su esposo.

¡Pobre Leopoldo! Estuvo a punto de desmayarse. Regresó más triste a su casa.

Días después ya no se levantaba. Una enfermedad lenta que los médicos no podían combatir, le conducía al sepulcro.

La madre le decía:

—Hijo, ¿por qué no quieres tomar el remedio?

—Será inútil.

—Por amor a mí.

—¡Pobre madre mía, a ti solo te toca sufrir!

—Tómalo, hijo mío.

—¿Para qué...? Si mi remedio es ella: si yo la viera, madre mía, a la orilla de mi lecho, repitiéndome sus antiguos juramentos, amándome siempre, ¡ya estaría bueno...! Pero si es un imposible; ¡si yo he muerto para ella, como ella ha muerto para mí...!

—Leopoldo, olvida a esa mujer.

—¿Olvidarla...? ¡Si es mi vida!

—Dame gusto, hijo mío, toma la medicina.

—Bien, por ti.

Y cogiendo el vaso que le presentaba su madre, bebió el remedio, remedio que no debía hacerle efecto.

¿Por ventura obran las medicinas en los males del alma?

La muerte, con sus negras, impalpables alas, azotaba la frente del enfermo.

Su madre lloraba; y él, él sonreía...

¿Temerle a la muerte? ¿Por qué, cuando él la llamaba, cuando sería el término de su padecer?

A las doce de la noche la muerte hizo su presa, presa que, si no hubiera sido la fatalidad, habría tenido que esperarla por muchos años.

La pobre madre lloró al último, al más amado de sus hijos, llena de sublime resignación, sin proferir una queja contra el destino, contra...

¡Santa mujer!

V

Y en tanto, ¿qué hacía Gabriela?

¡Ay! Gabriela tampoco era feliz.

El día que amaneció muerto Leopoldo, día festivo, por cierto, no quiso ella componerse como las demás de sus hermanas.

Una de ellas le dijo:

—Gabriela, arréglate.

—No quiero.

—Tenemos que ir a hacer visitas.

—No saldré hoy.

—¿Y si vienen a vernos?

—Tampoco las recibiré.

—¿Estás enferma?

—No.

—¿Entonces?

—No deseo nada.

—¿Piensas fingir el papel de viuda, sin serlo?

—Yo no pienso nada.

—Voy a decir que te vengan a ver, si no abandonas ese aire de Magdalena afligida.

—Haz lo que quieras.

—Pero Gabriela, te pones en ridículo.

—Basta, por ustedes sufro y ni siquiera tienen la generosidad de dejarme en paz.

—Yo quiero distraerte.

—Déjame, quiero estar sola.

—La soledad te hace daño.

—La soledad es mi mejor compañera.

—Gabriela, ¿quieres matarte?

—Hazme el favor de retirarte, María, y de mandarme llamar a Adriana.

María se retiró.

La amiga de Gabriela llegó pocos minutos después. Gabriela, al verla, corrió hacia ella con los brazos abiertos.

—¿Estás mal? —Le dijo su amiga, viendo que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No... ¿Y él, Adriana?

—¿Él...? Muerto —contestó la joven.

—¡Muerto! —Gritó Gabriela, dejándose caer en un sofá— ¡Muerto! ¡Y muerta mi esperanza...! ¿Qué me resta, perdido el único objeto que me hacía agradable la vida...? ¡Ay, Adriana...! ¡Yo lo amaba...! ¡Sí, yo lo amaba...!

—Tú me habías dicho que no lo amabas, le dijo su amiga.

—Te mentía —contestó Gabriela, enjugándose las lágrimas.

—Decían que tu corazón era de Mr. Mead.

—¡Mentira...! ¡Mientras mi corazón lata, latirá por Leopoldo...!

—¡Desgraciada amiga mía!

—Sí, muy desgraciada. Quiera Dios que nunca sufras tú, Adriana, tanto cuanto yo sufro hoy. Gabriela levantóse y empezó a pasearse con desesperación, diciendo:

—Él ha muerto..., y todos me echarán la culpa a mí; pero no, que carguen mis tías y hermanas mayores con la responsabilidad... En sus manos fui yo un débil instrumento.

—¿Por qué si lo amabas, le escribiste aquella carta? —Preguntóle Adriana.

—¿Por qué...? ¡Ay Adriana! Tú no sabes cómo eran las exigencias, las amenazas de mi familia.

—Yo no les hubiera hecho caso.

—No las conoces... Por evitar mayores consecuencias accedí... Cuando me hicieron escribirle tan cruel carta, lo hice llorando... Pero hablemos de él... ¿Lo viste?

—Sí.

—¿Cómo estaba vestido?

—De negro.

—¿A qué horas murió?

—A las doce de la noche; y dicen que murió pronunciando tu nombre.

—¡Adriana, Adriana! —Murmuró la pobre joven, prorrumpiendo en sollozos. —Soy muy desgraciada... ¿Por qué me lo llevaría Dios...? ¡Si yo tenía esperanzas aún...! ¡Si tal vez con el tiempo hubiéramos podido ser felices...! Ah, Leopoldo, mi primero, mi único amor; si mi familia le separó de mi lado, si yo fui débil y no tuve fuerzas para resistirles, en el cielo será otra cosa... ¡Allí viviremos juntos eternamente...! Yo siento un dolor horrible; te has ido de este mundo y me has destrozado el alma... Bien haya mi sufrimiento, puesto que tanto te hice sufrir a ti... ¡Ay, Leopoldo! Te vas y sin llevar en la frente las lágrimas de tu Gabriela... Te vas sin que te vea por la última vez... ¡Te vas sin decirme adiós...! Y yo, ¡tengo fuerzas para seguir viviendo aún...! Pero, ¡qué vida la mía! ¡Ay, este día vivirá eternamente en mi memoria, como un recuerdo vivo de mi paraíso perdido...!

—Cállate, Gabriela, que te oirán tus hermanas —exclamó Adriana, tratando de calmar a su amiga.

—¡Qué me importa! Hicieron enmudecer mi boca, pero no harán lo mismo con mi corazón.

—Se disgustarán si te oyen llorar.

—Necias... ¡Adriana, querían que me vistiera de gala, cuando tengo el corazón de luto...! No han amado, querida mía, no comprenden los misterios del corazón... Tienen disculpa.

—No la tienen, han amargado tu vida.

—Es verdad, han destruido mi porvenir y enlutado mi juventud... Adriana, la muerte de él y la muerte moral mía, son cosas que pasarán siempre sobre la conciencia de ellas... Sacrificaron a Leopoldo, sacrificáronme a mí... ¿Qué les importa? Lograron a medias su objeto... No me casé con él; pero tampoco con el extranjero... Adriana, él murió y yo no pude ir a decirle a la orilla de su lecho:

—“Te amo, Leopoldo, te amo como te he amado siempre”.

—Así hubiera quedado más tranquila... Toma, querida Adriana, toma esta flor empapada con mis lágrimas... y pónsela en el pecho; quiero que la lleve al sepulcro, es la flor de mi esperanza, y será el símbolo de mi amor... Tráeme algo de él, y dile que soy muy infeliz: que lo lloraré eternamente, que me perdone, que no me olvide y que me espere en la otra vida... ¡Yo estoy segura que oírás tus palabras y que recibirá la última expresión de mi afecto...! Adriana se despidió de su afligida amiga y se fue a cumplir su recomendación, mientras Gabriela seguía recostada en el sofá, entregada a su amargo dolor, tan pálida y tan inmóvil como un cadáver.

¡Cómo le pesaba haberse hecho cómplice de su familia!

Han pasado años y Gabriela vive, guardando siempre en su pecho la fe jurada a Leopoldo.

Es muy desgraciada y vive siempre retraída.

Pobre joven, destinada por su hermosura, por su posición, a un porvenir venturoso. Cuando su corazón tuvo la primera, la última ilusión, no la dejaron florecer, la marchitaron... Su amado era muy pobre, muy humilde... ¿De qué servía que la amara tanto?

¿Amar sin dinero en el siglo diecinueve...?

¡Qué irrisión!

Bien está, respetables tías y diligentes hermanas, que tengáis vosotras ideas de grandeza y que miréis al oro como lo mejor del mundo; pero no sacrificuéis corazones, no arrojéis al abismo de la desesperación a bellas e inocentes jóvenes, cuyo único crimen es no pensar como vosotras, amar las cualidades sobre el dinero, y tener más corazón que cabeza.

Lucila Gamero Moncada

Lo que hace el amor*

*A mi muy distinguido amigo el literato puertorriqueño don
Francisco J. Amy*

* Lucila Gamero Moncada, "Lo que hace el amor", *La Juventud Salvadoreña*, tomo VII, n. 9, (septiembre, 1897): 203-206.

Los días que yo había destinado mi paseo por la capital de la República Argentina, tocaban ya a su fin; sin embargo, no quise abandonarla sin visitar antes la penitenciaría, y así se lo manifesté a mi hermano, que era mi compañero de viaje.

—¡Vaya una ocurrencia la tuya! —Me dijo— ir a ver un edificio que no es mejor que otros que conoces bien.

—Es que no voy precisamente por inspeccionar el edificio, sino...

—¿Sino?

—Por ver los delincuentes que expían allí sus crímenes.

—¿Crees que te será provechoso eso?

—Y mucho, pues tengo la creencia de que esas paredes sombrías encierran muchas personas más desgraciadas que criminales.

—¿Y si así fuera?

—Si así fuera, yo procuraré saber su historia para conocer mejor el mundo y las flaquezas humanas.

—Cada cual con sus gustos. Estoy a tus órdenes para acompañarte a donde quieras ir.

Entramos, mi hermano y yo, en la penitenciaría. El principal encargado de ella nos recibió con suma amabilidad y nos enseñó lo mejor del edificio contándonos las mejoras que aún se le podían hacer.

—A los presos, ¿se puede ver? —Le preguntó mi hermano.

—Oh, sí. En este momento están en el segundo patio, a donde mandó que los lleven, una vez al mes, con el objeto de que vean la luz del sol.

—¿Y no pueden escaparse de allí?

—De ninguna manera; los muros que cercan el patio son altísimos y la vigilancia que con ellos se tiene es mucha.

—Señorita, —añadió el galante empleado— tenga usted la bondad de pasar adelante.

Yo le obedecí, después de haberle dado las gracias por su atención.

En el patio mencionado había como cincuenta reos: unos tenían la fisonomía triste, abatida, otros dura, siniestra; parecían verdaderas bestias humanas. Había allí un hombre negro, corpulento, del cual se contaban cosas horribles, hechos feroces de barbarie inaudita; aquel hombre tenía los ojos inyectados de sangre y su pescuezo era como el de un toro bravío: uno de los crímenes que había cometido fue el de asesinar a su anciana madre y beberle la sangre con una sed feroz. Los demás crímenes, ni aún se pueden imaginar, menos referir.

Aparté mis ojos de aquel monstruo para fijarlos en un joven alto, blanco, delgado, de formas esbeltas, verdaderamente hermoso con su fisonomía noble y su aire distinguido.

—¡Cómo! —Pregunté admirada— ¿Ese joven es criminal?

—Nada menos que asesino —me contestó el empleado.

—¡Asesino...! Yo aseguraría que es inocente.

—Por desgracia, nada es más cierto que lo que yo le digo; pero su crimen, que a los ojos de la justicia no tiene atenuante, tal vez puede encontrar disculpa si es juzgado por una persona sensible. La historia de ese infeliz es una historia interesante, y yo tendré placer en referírsela a usted, si usted se digna escucharme.

Accedí con mucho gusto; y el empleado nos condujo a su pieza en donde nos refirió, después de invitarnos a que tomáramos asiento, la siguiente historia:

I

“Voy a referir a ustedes parte de la vida de Octavio Castro, huyendo tanto de juzgarlo severamente, como de atribuirle un mérito que no posee”.

Llegó a la edad de veinte años conservando una ignorancia, en materias del mundo, de las que pocos se pueden jactar. El estudio serio y la lectura de novelas instructivas eran su único deleite. El vino, el juego y las mujeres, eran cosas que miraba él con horror. Sus amigos lo hicieron jugar pequeñas cantidades de dinero, y a pesar de haber ganado siempre, nunca se dejó arrastrar por vicio tan feo. Lo miraban como a un ser extraño y se burlaban de su vida retraída.

Un día, a instancias de su amigo Héctor, fue a pasear a uno de los parques de esta ciudad. Era una espléndida noche de luna llena,

y aunque el parque estaba iluminado con tan poética luz, casi no había paseantes, quizá porque no era noche de concierto musical. El permanecía meditabundo, cuando pasó cerca de sí un caballero dándole el brazo a una señorita. Al verlos se estremeció, porque aquella joven era más bella que cuantas hasta entonces había visto: blanca, con ojos y cabellos negrísimos y poseedora de una elegancia exquisita. En cuanto al caballero que la acompañaba, no pudo menos que contemplarlo con rabia, le pareció joven para ser su padre y demasiado feo para ser su hermano.

—¿Si será su esposo? —Se preguntó temblando de cólera y precipitándose tras ellos, sin hacer caso de Héctor.

La hora de amar tarda, pero siempre llega, y así, nuestro Octavio se vio dominado, cuando menos lo esperaba, por una pasión tan violenta, tan frenética, que lo hizo cometer desatinos.

Se cercioró de la casa en que vivía su adorada desconocida, y al siguiente día fue a inquirir noticias de ella.

—¿Viven aquí los señores Mendoza? —Le preguntó al portero de la casa de su bella.

—No, señor.

—Es extraño; continuó Octavio con distracción, pero las señas que me dieron de la casa de ellos, son las mismas de esta, lo mismo el número.

—Pues está usted equivocado, caballero. Quienes viven aquí son los señores Saenz, y esta casa no se puede confundir con otra, pues es la más hermosa que hay en la calle número 2.

Al escuchar al portero se puso pálido, pero tuvo fuerzas para decirle:

Creo conocer al señor Saenz, y supongo que su señora, aunque muy linda, debe tener bastante edad.

—¡Bastante edad! —Murmuró el portero—. —Calle, señor; ¡si es jovencita y bellísima!

Puso una moneda de oro en las manos del portero, el cual se inclinó con profundo respeto, añadiendo:

—¿Quería usted saber algo más acerca de mis señores?

—Oh, no, me basta saber que son felices.

Pero el portero, a quien había puesto muy locuaz la moneda de oro, respondió:

—¿Felices?... ¡Quién sabe! Ella vive muy triste, muy abatida, y él desesperado, porque según dicen, ella no lo ama... La camarera de la señora me ha contado que se casó con él por agradecimiento y no por amor, y esa es la causa de la tristeza de entre ambos.

Octavio se despidió del portero, y sintiendo que se volvía loco, se encaminó a su casa en busca de tranquilidad. En la noche de ese día tuvo un sueño horrible, en el que vio a su amada envuelta en una nube color de sangre.

Diez días después, vestido de aldeano se encaminó a casa del señor Sáenz; dijo que traía un encargo para él, e inmediatamente fue conducido al gabinete del millonario, quien estaba completamente solo, arreglando unos papeles y billetes de Banco. Octavio lo saludó con respeto y le entregó una carta; y mientras el señor Sáenz la leía, él le clavó un puñal en la mitad del pecho. Con terrible sangre fría colocó el cadáver cerca de la mesa, agachado, de manera que pareciera estar leyendo... Después, ocultó cuidadosamente el puñal y la carta y salió de la casa sin llamar la atención de nadie.

Como era de esperarse, este crimen hizo mucho ruido y la justicia se empeñó cuanto pudo por descubrir el asesino, pero inútilmente. Fue un aldeano —decían muchos—, pero nadie señalaba al criminal.

Un año después de la muerte del señor Sáenz, la viuda de este pasó a ser señora de Castro.

Con una esposa adorada, bella e inteligente, nada más natural que Octavio fuera feliz y que viviera alegre; sin embargo, muchas veces se sentía triste y velaba sus ojos una nube de sangre. Entonces pensaba en la triste suerte de su adorada Edda: primero, por salvar de la miseria a su madre moribunda, casarse con un hombre rico a quien nunca amó; y después, por amor, entregar su suerte a un criminal; pero todos estos malos pensamientos desaparecían de su mente cuando ella le echaba los brazos al cuello, preguntándole:

—¿Estás triste, Octavio? ¿Es que no piensas en mí?

Y para el pobre criminal el cielo era poco comparado con su dicha.

Pero esta dicha no duró mucho. Octavio fue acusado de asesino del señor Sáenz, y tenían para ello pruebas irrecusables. Y es que

la justicia no se había dormido; día por día, hora tras hora, había trabajado por hacer luz en medio de las tinieblas de tan ignorado crimen. Los excriados del señor Sáenz fueron citados de nuevo y declararon que creían que un aldeano, a quien conocerían si lo volvieran a ver, había sido el autor de dicho crimen. El portero, cediendo a las amenazas del juez, entregó un pañuelo que, según dijo, se le había caído de la bolsa al aldeano, y él lo había recogido. El pañuelo tenía bordado el nombre de Octavio Castro. ¿Octavio Castro? ¿Y no era él el actual esposo de la señora Sáenz? ¿No fue él quién se aprovechó del crimen? Hicieron que los criados vieran a Octavio, y estos aseguraron que él era el supuesto aldeano. En consecuencia, fue declarado asesino del señor Sáenz.

Antes de llevarlo a la cárcel, le permitieron que se despidiera de su esposa.

Le fue a decir adiós, y la encontró peinándose; cuando lo vio, le sonrió con su sonrisa más cariñosa, en ese instante, ¡qué de remordimientos en su alma! Vio a su esposa tan bella, tan joven, tan feliz, y se juzgó el asesino de su dicha.

Ella, viendo su agitación:

—¿Qué tienes? —Le dijo— ¡Estás pálido, abatido!

Y se lanzó a sus brazos.

Él la rechazó, diciéndole:

—¡No me toques! Soy un criminal.

—¡Tú!... ¡Mentira!... Murmuró ella llorando —¡Di que ya no me amas!...

—¡Edda, Edda! Soy el asesino de tu primer marido.

—¡Mentira! —Sollozó la desgraciada— ¡Mentira!

—Desgraciadamente es cierto; y tú, Edda, tú debes aborrecerme.

—Yo solo sé amarte.

—Pronto me llevarán a la cárcel.

—¡Jamás! Nadie te separará de mí.

Y lo estrechó en sus brazos, con una fuerza increíble en una mujer.

En ese mismo instante se presentó delante de ellos el jefe de la Guardia Civil, diciéndole a Octavio:

—Caballero, dispóngase usted a marchar conmigo.

—¡Nunca! —Gritó su esposa— ¡Si es inocente!

—Ya lo probará —dijo el jefe.

—Edda, por compasión, déjame ir; volveré luego.

—Edda lloraba y lo sujetaba más.

El jefe estaba impaciente, y Octavio, antes que consentir en que nadie le tocara a su esposa, la arrojó sobre un sofá y siguió al jefe y a los soldados.

Al bajar la escalera vieron a Edda que gritaba:

—Llévenme a mí también, que yo soy quien maté a Sáenz, porque lo aborrecía. Octavio es inocente.

“Una hora después se hallaba Octavio en esta penitenciaría en donde usted acaba de conocerlo, señorita”.

Aquí concluyó de hablar nuestro amable amigo.

—¿Y Edda? —Le pregunté —¿Qué es de ella?

—Murió de un ataque al corazón. El día que Octavio sepa esto, se suicidará; pues su única ilusión es volver a verla... ¡Lo que hace el amor!

—¡Lo que hace el amor! Repetimos mi hermano y yo.

Nos despedimos, con mil agradecimientos, del jefe de la penitenciaría, y nos dirigimos a nuestro hotel.

Mientras rodaba el coche, yo me sentía triste y pesarosa de saber una historia tan terrible, una historia por la cual se ve que, para algunos males del alma, los desgraciados que los padecen creen que el crimen es el único remedio, y ese crimen suele hacerle aparecer simpático.

Lucila Gamero Moncada

Danlí, Honduras, 6 de marzo de 1896

Sor Susana*

Incidentalmente me fue presentado don Héctor Anguiano, y después de visitarme unas cuantas veces, cuando ya tenía algo de confianza, me dijo:

—Hay personas con las cuales uno se considera como en familia y siente la necesidad de comunicarse y ser sincero con ellas. Tal me ha pasado con usted, me parece haberla conocido desde hace mucho tiempo; tengo por muy justas sus apreciaciones y creo que una hermana cariñosa no sería para mí mejor consejera que usted, dado el caso que usted quisiera hacerme ese honor.

—Honor que de nada serviría a usted, —le contesté riéndome—, y pasando por alto el favor de sus frases —aunque mi opinión no es ni acertada, ni ilustrativa —no tendré inconveniente en dársela si alguna vez usted desea conocerla, sobre un asunto que no me comprometa, porque, antes que todo, soy prudente.

Gracias, señora; pero permítame que le diga que no es simple opinión lo que deseo de usted, sino consejo, un consejo bien pensado.

—¿Consejo? Entonces retiro mi ofrecimiento, porque si es engorroso emitir opiniones, tengo por muy tonto dar consejos.

—¿Por qué señora?

—Porque nadie —y menos una persona consciente está dispuesta a tomar consejos ajenos, salvo el caso de que estén de acuerdo con la resolución que de antemano haya tomado; y el imprudente consejero solo sirva para que le echen la culpa, si el ejecutor no se sale con la suya. Por lo demás, creo que usted no necesita ni de lo uno, ni de lo otro.

—¡Quién sabe!... ¿No ha oído usted los rumores que corren acerca de mí, desde que llegué a esta ciudad?

—Poca cosa.

—¡Poca cosa!... Vamos, usted no quiere entenderme y decirme todo lo que ha oído.

* Lucila Gamero de Medina, "Sor Susana", *Ateneo de Honduras*, año 2, n. 10, (22 de julio, 1914): 290-295.

—Se oyen tantas cosas inverosímiles, que se concluye por no creer nada.

—O por creerlo todo, que es lo más fácil. Me ha extrañado, sí, que usted es la única persona, —de las que trato en esta población—, que no me ha dirigido frases, directas o indirectas, referentes a la aventura que se me atribuye. Y lo más raro del caso es que es usted también la única persona con la cual yo hubiera tenido gusto en hablar de ello.

—Gracias, pero hay cosas que es mejor guardarlas para sí. Las confidencias, muchas veces, son penosas.

—En mi caso, no; y si me he negado a satisfacer la curiosidad ajena, es porque antes he querido estar seguro de que las personas sensatas aprueban mi conducta. —Como a una amiga verdadera me dirijo a usted, rogándola se sirva oírme, si no le es molesto dedicarme unos pocos minutos.

—Puesto que usted lo desea, lo oiré con mucho gusto.

—Entonces, he aquí mi historia, mi calaverada, como la llaman algunos.

“A pesar de mi apariencia de juventud, tengo 36 años bien cumplidos, y nunca, —créamelo usted —nunca me había visto envuelto en líos amorosos. Mi carácter, serio y formal, no se presta para estas cosas de gente alegre; pero hay veces que el diablo tira de la cuerda mejor templada y la afloja cuando no la revienta”... Pero dejaré de digresiones, llegando al grano:

Varios amigos míos y yo, fastidiados de la monotonía de nuestra existencia, dispusimos una gira por lugares que no conocíamos, y la llevamos a efecto.

La tercera población que visitamos era de poca importancia: no había teatros ni paseos públicos, y como no queríamos poner los pies en los centros de corrupción pomposamente llamados “restaurantes” u “hoteles”, íbamos, todas las noches, a aburrirnos al Parque Central, y aun tuvimos la humorada de ir una mañana a “ver” decir la misa; no digo “oír” porque del latín no teníamos más que el recuerdo de unas pocas raíces que mascullamos cuando éramos estudiantes.

Nuestra presencia, como extranjeros, llamó la atención de los feligreses, quienes se fijaban más en nosotros que en el sacerdote, cosa que no nos importaba, tratándose de personas pretéritas;

pero sí nos importó la salida de las jovencitas, a las que pudimos admirar en el atrio, a plena luz. ¡Bellos tipos en todas las clases sociales!... Mas, cuando pasó una, cuya mirada rápida recogí en un segundo, mi admiración no tuvo límite; y no me fijé en su ridículo traje de negro y blanco y en su extraña toga de novicia o profesa, sino en su rostro, un rostro moreno, bello, expresivo, correcto y... ¡Yo no sé lo que se ve en el rostro de la mujer que va a amarse o, sin saber uno cómo, se ama ya!

Me fui tras ella, con asombro de mis amigos, que me siguieron, y quizá de la otra compañera de la novicia, porque nos miraba de soslayo; aunque muy bien pudo haberse equivocado en interpretar nuestras intenciones.

Las vimos entrar a una especie de remedo de convento, y, al regresar a nuestra casa, me dijo uno de mis amigos:

—¿Qué ha sido esa humorada de seguir a esas monjas o qué sé yo que son?

—Quería saber adónde iban.

—¿Para qué? ¿Querrás meterte en amoríos, tú, el invencible, como te llamamos?

—¡Quién sabe! ¿Te fijaste en que es muy bella?

—¿Quién?

—¡La joven que vengo siguiendo, pardiez!

—¿Cuál de ellas?

—Hombre, hay cosas que no admiten pregunta, la más joven y bella, la que parece francesa, española, italiana o quizá argentina...

—¿Por qué no dices cosmopolita?

—Porque debe ser del país donde existen las mujeres más bellas.

—Estás chiflado y me alegro; lo malo es que vayas a enamorarte de veras de esa monja. Todas ellas son mojigatas y ninguna me la hace buena.

—No juzgues tan a la ligera.

—Las conozco bien, y no te auguro buen resultado si pretendes conquistar a esa religiosa.

—Dejó de ser hombre, si no logro mi objetivo.

Y emprendí la campaña.

Procurando no llamar la atención de los desocupados, permanecí en acecho y la seguí varias veces, con el mayor sigilo.

Después de muchas infructuosas idas y venidas, logré que me mirase con detenimiento, y me pareció que su alma había vibrado al sentir el influjo de la mía. Porque es una verdad innegable que se adivinan las simpatías que se inspiran, y que hay tendencia a corresponderlas; pero, tratándose de una que ha consagrado su vida a servir a Dios, lejos de todo lo mundano, yo no sabía a qué atenerme. Y pensaba si a fuerza de clausura, ayunos, rezos y abstinencia, lograrían atrofiar su corazón y abolir la ley universal: la del amor.

Mis amigos, viendo que mi amor era formal, se regresaron a sus casas, deseándome buena suerte. Afortunadamente para mí, me hice amigo de un joven de la ciudad, abogado y hermano de un clérigo de ideas modernas, y ambos me sirvieron de mucho.

El dinero es un magnífico auxiliar, pagué bien a la portera e hice que me diera algunos detalles de la que amaba: era de origen español y tenía por nombre Susana.

Me aseguró que era muy honrada y convino, merced a mis súplicas sonantes, en llevarle las cartas que yo quisiera escribirle.

Seguramente, apremiada por mis exigencias, resolvió Susana contestarme la quinta misiva, manifestándome que no me molestara; que ella no podía casarse; que había renunciado al mundo por darle gusto a su madre, anciana y enferma. Que su hermana mayor se había casado y era muy desgraciada y que esto motivó la determinación de su madre y de ella de consagrar su juventud y su vida a enseñar al que no sabe y a consolar a los desgraciados, en cualquier parte adonde sus superiores la mandaran. Y concluía con estas frases:

—“Ya ve usted que no me pertenezco”.

—“Sí, no te perteneces, porque me pertenecerás a mí”. —dije con resolución.

Y seguí en la brecha, resuelto a casarme de cualquier modo con aquella desconocida.

¿Qué me importaba su familia, su país, sus condiciones sociales y pecuniarias, si yo la amaba? Sabiendo que era honrada, ¿qué podía objetar?

Al que extrañe mi conducta, dígame que no sabe lo que es amor; porque el que ama, como yo, renuncia a todo y no tiene más mira que lograr su objeto. ¿Dirán algunos que eso es una locura? ¿Y no es, acaso, locura el amor cuando llega a un grado superlativo? ¿De antaño no lo pintan ciego? Y yo, que he censurado a tantos, llamándolos estúpidos, ahora convengo en que ¡tenían razón!... El que ama está sugestionado, y muchos de sus actos no son si no consecuencia de su estado anormal.

Y tanto es así, que a una joven tan recatada y tan pura como es Susana, logré hacerla que escuchase mis palabras, que me creyese y conviniera en casarse conmigo.

Y puede que me amase con miradas de alma a alma, y lo conocí en el temblor y abandono de su mano, un día que se la estreché, a la entrada de su morada, en una atención de caballero a quien el amor hace atrevido.

Y no me amedrentó el asombro de su compañera, algo entrada en años, pero bella también y quizá sensible a la revelación de lo no sentido y solo soñado en la soledad del claustro.

Por medio de cartas, convenimos, Susana y yo, en la fecha en que saldría a pasear con su compañera, pasando, a las seis de la tarde, por una calle dada, en donde mi amigo, su hermano el clérigo, y yo, nos les reuniríamos, como por casualidad.

Así lo hizo, y, aunque la presencia del padre Augusto tranquilizó un poco a Sor Jacinta, la compañera de Susana, no dejó de oponer cierta resistencia a que las siguiéramos, y fue un triunfo para el clérigo hacer que conviniera en ir a casa de él a conocer su bello jardín, prometiéndole que las acompañaría en su regreso.

Cuando entraron a la casa de mi amigo, respiré libremente y me creí salvado.

Y fue de ver el asombro, las exclamaciones de Sor Jacinta, al notar los preparativos de la boda. Las palabras “engaño”, “traición”, “escándalo”, salían a cada instante de su boca, hasta que el sacerdote intervino seriamente:

—Cálmese, Sor Jacinta. Puesto que se aman, es mejor que se casen. Cuando todo haya concluido, regresará usted a su comunidad a

seguir en su vida de contemplaciones, hasta que se le llegue su turno.

—¡Qué horror que usted me diga eso, padre! ¡Jamás, jamás seré yo sacrilega como Sor Susana!

—No lo será mientras no ame, —le dije yo.

Me miró con rabia:

—Usted es el espíritu malo que ha perdido a esta pobre niña.

—Yo creo que la he salvado, Sor Jacinta.

—Satanás, Satanás es usted.

La ceremonia religiosa celebróse sin ruido, sirviendo de padrinos mi amigo y una hermana de él.

Tan pronto concluyó, una señora formal fue a dejar a Sor Jacinta, e inmediatamente trasladóse Susana a otra casa, siempre acompañada de la hermana de mi amigo; y, a la madrugada del siguiente día, salimos los cuatro con dirección a una finca cercana, en donde una tía y una hermana mía esperaban a mi esposa para llevarla al lugar donde ellos residían, mientras podía yo ir a reunirme, libremente, con ella.

Como es natural, el escándalo fue mayúsculo; se habló de imposición, y los clérigos tratan de anular mi matrimonio con Susana, valiéndose de todos los medios que están a su alcance.

Mi esposa vive intranquila y dice que no se juntará conmigo mientras su madre no apruebe nuestro enlace, que ahora juzga impremeditado.

Mi situación, como usted ve, es un tanto difícil y no hallo cómo salir del paso.

Esta es mi historia.

—Pero, después de todo, ¿no está usted casado? —Le pregunté.

—Así parece; pero como Susana es menor de edad, no hemos podido efectuar el matrimonio civil, y no hay ley que me proteja. Además, el clero trabaja activamente por anular un matrimonio que considera escandaloso, y hasta se ha dirigido a Roma para lograr su objetivo. Esto es lo que ha motivado mi viaje a esta capital.

—No comprendo...

—A entenderme con el obispo, rogándole que rebaje al clero y se interese porque haya un arreglo amistoso entre la madre de Susana y nosotros.

—¿Y accedió a los deseos de ustedes?

—Se ha salido por la tangente, y yo no tengo carácter para suplicar mucho. ¿Qué haría usted en mi caso?

—Creo que nunca me veré en él.

—No se chanceé y respóndame, se lo ruego.

—Ya he dicho a usted lo que pienso acerca de los consejos.

—Por lo mismo, no es un consejo lo que le pido; únicamente deseo oír la opinión de usted, que en nada la compromete, porque soy libre para seguirla o prescindir de ella. Así, nunca echaré a usted la culpa de mi fracaso... amoroso, —me dijo, riéndose.

—Entonces, yo prescindiría, en absoluto, de papas, obispos y sacerdotes y daría el golpe maestro.

—¿El golpe maestro?

—Sí. Cogería a Susana y la llevaría a su madre diciéndole: “Señora, aquí tiene usted a su hija, mi esposa. El amor nos hizo cometer la locura de casarnos en secreto, sin el consentimiento de usted; pero estamos arrepentidos de ello, por el disgusto que, a usted, hemos ocasionado, y venimos a pedirle perdone nuestra falta. Usted es el árbitro de nuestra suerte; se hará lo que usted quiera; yo estoy dispuesto a obedecer ciegamente a usted. Solo le pido que tome en cuenta los sentimientos de su hija y que procure conocerme bien antes de tomar una resolución firme, que, sea cual fuere, la respetaré.

—¿Y después?

—Me retiraría cortésmente, dejándole a su hija; la visitaría a mañana y tarde; procuraría conocerle el carácter y no la contradeciría en lo más mínimo, complaciéndola en todo. Al mismo tiempo, haría que personas caracterizadas, indirectamente intervinieran en mi favor. Lo demás, es decir, el arreglo satisfactorio a los deseos de usted vendría de suyo.

—Gracias, señora. Ya veo que usted es amiga de jugar el todo por el todo.

—Me gusta siempre saber a qué atenerme; prefiero las situaciones claras, aunque me sean adversas, y nunca olvido que la fortuna es de los audaces. Pero no olvide usted que hay una gran distancia entre decir “yo haría”, que en hacer.

—Por el conocimiento que tengo del carácter de usted, sé que no son vanas sus palabras y que usted haría eso, sin vacilar. Por lo tanto, le quedó vivamente agradecido; mañana lío mi maleta. Adiós, señora; nunca olvidaré sus bondades y pronto tendré el placer de enviarle noticias mías.

Dos meses después recibí carta de él, diciéndome que estaba luchando aún, pero que tenía esperanza de salir bien; y seis meses más tarde, cuando menos lo esperaba yo, tuve la satisfacción de verlo en mi casa, acompañado de una bellísima joven, que, sonriendo, me presentó así:

—Sor Susana, hoy la señora de Anguiano, por obra y gracia del señor alcalde municipal y de un sacerdote, previo beneplácito de mi señora suegra.

—Mucho me alegra que su madre política ha consentido en hacer felices a ustedes, —dije.

—Aunque al principio se disgustó conmigo, ahora es muy buena y me quiere mucho; anda con nosotros, de quienes no desea separarse. Y lo más divertido del caso es que se puso muy disgustada cuando en Roma anularon nuestro primer matrimonio eclesiástico.

—“No saben lo que hacen” —nos dijo—; pero no se saldrán con la suya. Como ustedes ya están casados civilmente, preciso es que vuelvan a hacerlo, y pronto, por la iglesia.

—Ya usted se imaginará si nos apresuráramos a darle gusto.

Hablamos largamente de todo un poco; noté que la joven tenía un espíritu cultivado y una inteligencia brillante.

Contestó con amable delicadeza a las bromas que Anguiano la dirigía, y concluyó por decirme:

—Héctor me lo ha contado todo, y creo que a usted debemos gran parte de nuestra actual felicidad.

—Son ustedes muy bondadosos; pero usted debe su dicha a usted misma. La felicito, porque supo distinguir cuál era el mejor de los amores. ¿Qué opina usted ahora del amor divino?

Me miró sonreída:

—Creo que amando a mi marido adoro y admiro más a Dios, —me contestó.

Lucila Gamero de Medina

Danlí, 23 de noviembre de 1912

Discurso pronunciado por doña Lucila Gamero de Medina, presidenta del Club Femenino Unionista de Danlí, “María Dolores Bedoya de Molina”, en la noche del 14 de septiembre de 1921*

Al dar principio a esta velada, conmemorativa del 15 de septiembre de 1821, es para mi honra y placer dirigir a ustedes un cordial saludo, y contemplarlos, llenos de regocijo, agrupados bajo una misma bandera, la de Centroamérica con idénticos sentimientos de júbilo, henchidos los corazones de gozo, al mirar hecha realidad la más grande y noble aspiración de todos aquellos que hemos hecho un culto del magno ideal por el que ofrendó su vida el mártir Francisco Morazán.

¡Loor eterno al ilustre centroamericano, cuyo espíritu palpita hoy en cada uno de nosotros!

¡Hosanna a los próceres a quienes debemos nuestra libertad y la redención del pueblo!

El 15 de septiembre de 1821, se lanzó en Centroamérica el grito de Independencia; el 15 de septiembre de 1921, Guatemala, Honduras y El Salvador, comprendiendo que la unión hace la fuerza, y que solo así podremos ser libres y respetados, se han unido en estrecho, indisoluble abrazo. Que el sol del 15 de septiembre de 1922, alumbre a los cinco Estados istmeños formando una sola familia, olvidados de pequeñas rencillas, como niños que, arrepentidos de haber abandonado el hogar paterno, van a cobijarse bajo el mismo regazo maternal: ¡El de la patria unida!

* Lucila Gamero de Medina, “Discurso pronunciado por doña Lucila Gamero de Medina, presidenta del Club Femenino Unionista de Danlí, María Dolores de Bedoya de Molina, en la noche del 14 de septiembre de 1921”, *Mercurio*, año II, n. 18-19, (1921): 610-615.

Nadie, que haya leído la historia de Centroamérica, ignora cómo Cristóbal Colón un iluminado descubrió nuestro continente e implantó en nuestras desiertas playas, en el nombre de Dios y de los reyes de Castilla, la bandera de España; la heroica resistencia de los indios, defendiendo su hogar y su propiedad; las traiciones de que fueron objeto, y, por último, tras regueros de sangre, el triunfo del más fuerte.

Sin embargo, los españoles, en cambio de nuestro oro, nos legaron su hermoso idioma y, al fundir su sangre con la de las vírgenes indias, su entusiasmo, su valor y su espíritu caballeresco.

Como inevitable consecuencia de la conquista, las leyes y costumbres españolas rigieron en sus colonias, se estableció la diferencia de castas y vino la esclavitud. No concibo cómo ha habido países y religiones, por sarcasmo llamados cristianos, que patrocinen y toleren la más injusta, la más humillante de las degradaciones humanas, la esclavitud.

Pero en Centroamérica en donde siempre ha estado latente el espíritu democrático y la esclavitud no revistió las crueldades, los horrores que, en otras naciones, y la mayor parte de los amos consideraban a sus esclavos como miembros de su familia; los casaban, dejándoles el derecho de elección de cónyuges y sé de más de un buen señor, que no solo les daba cuidados y cariño, sino también patrimonio. De cualquier manera, que haya sido, la esclavitud es una cosa injustificable, y al emanciparse nuestra América de la madre patria, se borrarón feudos y prerrogativas de castas, y ya no hubo otra distinción que la que dan la honradez, los dotes morales, los conocimientos científicos y los méritos intrínsecos, cualquiera que sea el origen de quien los tiene.

Una centuria ha pasado desde que la América Hispana se gobierna por sí misma; y en este lapso, ¿qué hemos ganado? ¡Ay! Con tristeza lo digo, fuera de la abolición de la esclavitud, del implantamiento de las leyes republicanas y de libertad de imprenta restringida muchas veces por los gobernantes cobardes y déspotas, que le tienen miedo a la voz del pueblo, muy poca cosa.

La sangre fraterna con frecuencia ha empapado nuestro suelo, y después de estas luchas estériles, injustificables la mayor parte de las veces, por solo servir a intereses personales, el país ha quedado más desacreditado y empobrecido. ¿De qué sirven nuestras leyes libérrimas y democráticas, si los encargados de cumplirlas las burlan de la manera más descarada? Hemos vivido una vida de intrigas, de rapiñas y tonterías, que los países serios han llegado a dudar de nuestras aptitudes razonadoras y de nuestra idoneidad para organizar y administrar las rentas nacionales. Aunque nos

de vergüenza el confesarlo, es verdad, con muy pocas excepciones, hemos utilizado la política como el mejor negocio, sin que la patria nos importe un comino; y mientras muchos se enriquecen con empresas leoninas y concesiones negociables, y el nepotismo no tiene límite, hablamos, a voz al cuello, de los derechos del pueblo, de su situación bonancible, y hacemos alarde de una libertad que siempre ha dejado mucho que desear.

Es muy natural que mis frases, un tanto drásticas, sorprendan a varios de los que me oyen, quienes, de seguro, esperarían que todo lo pintara de color de rosa, con el optimismo de un niño a quien se le invita a tomar un confite; pero mi carácter y mi natural franqueza que realmente peca por franca no me permiten pensar y sentir una cosa y expresar en público otra muy distinta. Y al poner al descubierto los males que afligen a nuestra amada patria, es con la esperanza de que se ponga remedio a ellos, hoy que, con la implantación de la República Federal, y mediante los componentes desinteresados y de buena voluntad que la forman, se inicia para nosotros una era de prosperidad, de honradez administrativa, de imparcialismo y de garantías individuales.

Convenzámonos, la unión, solamente la unión puede salvarnos. La unión es la única que nos hará felices, libres y respetados. ¡Sin la unión, estamos perdidos, irremediablemente perdidos!

Como feminista que soy, no quiero dejar pasar esta ocasión sin hacer presente a las mujeres que quieran oírme, que también para nosotras en particular, la unión de Centroamérica nos reporta grandes ventajas; sus leyes amplias y equitativas protegen nuestros intereses y personas. Antaño casi se nos desconocía el derecho de la gente o, por lo menos, nos ponían mil trabas para que no hiciéramos uso de él; hoy gozamos de toda clase de garantías, y culpa nuestra será si no las hacemos efectivas.

Entre nosotros (hablo en términos generales y salvando las excepciones, que no son pocas) una mujer, no importa su clase social, es seducida por cualquier tenorio de esos que andan siempre a caza de conquistas fáciles, y el fruto de su amor abandonado a los mezquinos recursos de su madre. Mientras el infame seductor, con aire y aptitudes donjuanescas se pasea ufano por todas partes y es bien recibido en los círculos sociales, su víctima es despreciada, y sus lágrimas silenciosas caen, como una protesta muda contra las injusticias humanas, sobre la faz injusta y el cuerpo demacrado de un infeliz niño que no tiene padre... ¿Es esto justo? ¿Es equitativo? Sencillamente, ¿es humano? ¿Dónde están las enseñanzas, los consejos del divino maestro, Jesús, que vino a redimirnos y a juzgarnos sin hacer distinción de sexos?

¿Por qué se desprecia a una mujer que, obedeciendo a las leyes naturales, tiene un hijo, y no se hace lo mismo con el hombre que la ha hecho madre? ¿No dice el proverbio: “hechor y consentidor, pena igual”? ¿Por qué la función más sacrosanta y noble de la mujer, la maternidad, es tenida como una degradación, cuando debería ser glorificada, por las penas, peligros, deberes y renunciamiento de sí misma, que le ocasiona? Y no solo no se toman en cuenta sus dolores físicos, sus penas morales, sino que la desvergüenza y animalidad de algunos hombres la obligan a trabajar más de lo que sus fuerzas lo permiten, para atender a las necesidades de un hijo que no es solo suyo.

Pues bien, la Constitución Centroamericana, amparando a la mujer y a los niños, establece la investigación paternal y obliga al hombre a reconocer y ayudar al sostenimiento de todos los hijos que nazcan, una vez comprobada la paternidad. No es de dudar que, con esta medida profiláctica, los hombres, por economía, se tornen, sino virtuosos, por lo menos temperantes. En todo caso, la mujer ha ganado.

No se crea, por lo dicho, que soy partidaria del amor libre y que apruebo el advenimiento de los hijos naturales, no. Soy de las que piensan que el mejor sistema indudablemente el único para el sostenimiento de la moral en la sociedad y en la familia, es el de formar hogares honrados, mediante el matrimonio, contraído por amor. Pero una cosa es una y otra es otra. Mirado desde el punto de vista moral y equitativo, si una mujer y un hombre tienen un hijo ilegítimo, a los dos debe juzgársele solidarios, con idénticas obligaciones y responsabilidades para el ser que, por su culpa, ha venido el mundo.

Ensalcemos, como es debido, las ventajas de los buenos matrimonios; respetemos y rindamos homenaje a las abnegadas matronas, cuya moralidad, firmeza y virtud, son el sostén de su dichoso hogar y el orgullo y la satisfacción de la sociedad en que viven; pero no despreciemos a la mujer caída, porque más digno de desprecio y de censura es el hombre que, sin piedad, sin el menor remordimiento se burló de ella, le quitó su porvenir, ¡le mató sus ilusiones!

Otra de las ventajas que hemos obtenido ahora, es la del sufragio femenino; y aunque la ley no es como yo la deseaba, equiparada a la de los hombres, con la sola diferencia de que en nosotras sería un acto voluntario, tal como está, nos abre la puerta para que empecemos a ejercer este derecho. Mañana, según el uso que hagamos de él vendrán las correcciones del caso. La verdad es que hemos sido encarnecidas, ridiculizadas por más de un diputado que, sin consideración a sí mismo, olvidado de la dignidad de que estaba revestido, nos insultó, faltando el respeto a la Augusta

Asamblea. ¡Bienaventurados sean! En cambio, otros, la parte sensata, nos defendió valientemente, y a ellos debemos el triunfo. Nuestros corazones agradecidos les rinden el homenaje de su cariño y simpatía.

Uno de los argumentos que nuestros gratuitos ofensores, los que tan alto pusieron su cultura masculina, aducían para que las mujeres no ejerciéramos el sufragio, es que somos muy ignorantes, que no estamos preparadas para ello. Dios bendito, ¿dónde está la preparación de los hombres? ¿Qué idea tienen ellos del sufragio? ¿Cómo hacen uso del voto escrito los analfabetas? ¿Por el simple hecho de llevar pantalones, se es ya consciente?

El 80 % de los ciudadanos que concurren a las urnas electorales lo hacen (ellos ingenuamente lo confiesan) por no pagar los cinco o diez pesos de multa que el alcalde les impone si no ejercen este derecho obligatorio...

... ¡Y aún hay quien se atreva a decir que las mujeres no estamos preparadas para el sufragio! Esta es la peor burla e insulto que han podido hacerle a esa millarada de hombres que van a echar el voto sin saber a quién, por salir del paso, sirviendo a intereses que ignoran, muchas veces contra ellos mismos.

Hablemos claro, si las mujeres no podemos ejercer el sufragio a conciencia, tampoco los hombres, y convengamos en que las elecciones populares, entre nosotros son, por regla general, una verdadera farsa. ¡Pero miremos hacia adelante! Soy partidaria del voto femenino, porque creo que es un derecho al cual es acreedor nuestro sexo. Si somos buenas para dar hijos a la patria, para guiarlos en sus primeros años y aconsejarlos siempre, para asistir enfermos, para hacer en toda época y lugar de hermanas de la caridad, para alentar y ayudar a los hombres en tiempo de guerra, exponiendo con estoicismo la vida en el desempeño de comisiones arriesgadas y peligrosas, ¿por qué no podemos elegir entre ellos a los que han de gobernarnos? Si se solicitan y aceptan nuestros servicios de propaganda política, ¿con qué derecho se nos niega la participación directa en ella? ¿O es que el trabajo de la mujer solo es apreciado cuando no aspira a ninguna recompensa, ni siquiera moral? Bello desinterés que, para darnos el ejemplo, deberían poner en práctica los hombres.

Soy partidaria del voto femenino, porque las mujeres somos más patriotas, más amantes de la libertad, más entusiastas y tenaces en la persecución de nobles fines, que los hombres. A nosotras difícilmente nos intimidan los esbirros de los gobiernos, ni tuercen nuestra voluntad con promesas monetarias. Votando las mujeres, la

ley del sufragio libre estará garantizada, y buen cuidado tendrán los conculcadores de esta de querer imponernos su voluntad; nosotras no votaremos sin consultar antes los intereses, las aspiraciones y los deseos del pueblo, de quién seremos fieles defensoras.

En los Estados Unidos de Norteamérica, las mujeres, relativamente en corto tiempo, han hecho por la moralidad y el bienestar del pueblo, lo que los hombres no han querido o no han podido hacer en muchos años. Comprendiendo que el alcoholismo es lo que más degenera, en todo sentido a la humanidad, y arruina los hogares, lograron que el gobierno prohibiera la venta y consumo de licores; no tuvieron compasión al ver los ojos de espanto y al oír los desesperados gritos de protesta de los adoradores de Baco. ¡Nada! Por sobre todo está el interés de la generación que viene. Quedó implantado el estado seco.

Ellas han establecido casas de maternidad, asilos para niños, la benéfica institución de la Gota de Leche, que ha salvado la vida a millones de niños, y trabajan y luchan con empeño por ayudar a las madres que no pueden atender debidamente a sus hijos; procuran por todos los medios que están a su alcance, que los niños, los ángeles de hoy y los hombres de mañana vivan rodeados de comodidades y crezcan sanos y felices, sintiendo la alegría de vivir. ¡Esto hace la mujer!

En cuanto a la opción a cargos públicos, y este es el punto sensibilísimo de los hombres no opino que, sin la debida preparación, los ejerzamos, pues cometeríamos los mismos desaciertos y arbitrariedades que algunos de estos cometen, y nuestro deseo es ser ecuanímes y honrar a nuestro sexo, manteniéndonos en los límites de nuestras capacidades. No se alarme, pues, la parte masculina que nos adversa, todavía no ha sonado la campanada en que entremos a ocupar los puestos a que nos haremos acreedoras. Puede estar tranquila, jamás pretenderemos ni ministerios de hacienda, ni administraciones de aduanas para enriquecernos en cuatro días, nuestras aptitudes no llegarán a tanto.

Pero la hora de la redención de la mujer llegará en Centroamérica, como ha llegado en otras partes del mundo civilizado. Hoy apenas tenemos maestras de escuela, peritos mercantiles y telegrafistas; mañana, habrá doctoras y mujeres verdaderamente capacitadas para desempeñar puestos oficiales con mejor o igual acierto que muchos hombres. Defendiendo nuestra intelectualidad, podría citar los nombres de gran número de mujeres que han figurado brillantemente en la política, en las artes, en las ciencias y en la literatura; pero me limitaré a presentar a ustedes a *miss* Frances Louise Stevenson, la secretaria privada de Lloyd George. Esta

encantadora y admirable joven, portadora de extraordinarias aptitudes, de magnífica preparación y carácter serio y formal, ha merecido la confianza del primer ministro de Inglaterra. Y le ha ayudado con innegable acierto y empeño en las grandes labores que, con motivo de la monstruosa y reciente guerra que acaba de pasar, pesaban sobre él. ¡Una mujer, una joven modesta ha sido y es factor importantísimo para el primer hombre de Inglaterra! Y en Norteamérica, cuarenta millones de mujeres se ganan decentemente la vida en diversos empleos y oficios. ¿Qué dicen de esto los que, por aversión inexplicable no quieren creer que, por egoísmo, se complacen en negarnos aptitudes? ¿Muchos grandes hombres no deben lo que son o lo que fueron, a sus madres? Pero hago a un lado las palabras y me atengo a la verdad, a la elocuencia de los hechos comprobados.

Yo no opino que las mujeres nos lancemos abiertamente a disputarle los empleos a los hombres, ni tampoco que hagamos de la política un oficio, descuidando nuestra familia. La primera y principal obligación de la mujer casada, es su hogar; atender debidamente sus hijos y su casa; pero al mismo tiempo cultivar su espíritu, ayudar al marido a economizar e incrementar su haber, y estar bien preparada para cualquier eventualidad de la vida. Solo excepcionalmente, y por motivos muy justos, debe salirse de esta norma de conducta. Pero hay muchas que no se casan o son viudas sin recursos, y estas deben procurar ganarse la vida de la manera que les sea más fácil. ¿Por qué impedirles que se salgan de la rutina?

Que se instruya a la mujer; que se le haga apta para bastarse a sí misma, y entonces será la amiga, la camarada del hombre, y este, haciendo a un lado los prejuicios atávicos, tendrá ocasión de apreciarla en su justo valor; darle el puesto que merece, y aprovechar los conocimientos y todo lo bueno que ella pueda aportar para el mejoramiento de la colectividad humana.

Venérese a la mujer en el hogar, que es su verdadero templo; pero permítasele que use sus derechos y siga sus gustos, siempre que no se aparte de la senda del deber y del honor; y en lugar de mofarla y zaherirla, los hombres de buena voluntad y capacitados deben, gustosos, prestarle su ayuda y dirigirla convenientemente, en pro de la sociedad en general, y como un homenaje a la nueva patria que, como madre cariñosa, abre hoy sus brazos para recibir en ellos a todos sus hijos, ¡sin distinción de sexos ni de clases sociales!

No olvidemos que la unión hace la fuerza. ¡Aprovechemos esta hora de redención, de resurgimiento de la amada patria y, haciendo a un

lado temores infundados, cobijémonos bajo la ansiada y gloriosa Bandera Federal!

¡Centroamericanos, saludemos al 15 de septiembre de 1921!

¡Bendigamos esta fecha, doblemente sagrada, porque es símbolo de Unión, de Paz y Libertad!

¡Que Dios proteja a Centroamérica unida!

Lucila Gamero de Medina

Danlí*

Con motivo de la llegada a esta ciudad del agente colonizador, Mr. H. F. Komor, escribo esta ligera reseña acerca del litoral en donde nací, para dar a conocer, someramente, los recursos naturales con que cuenta esta región, una de las más fértiles de la república.

El clima de Danlí varía entre 15, 20 y 25 grados centígrados, en invierno, y alcanzan hasta 28 y 30 en verano, cuando ya van a caer los primeros aguaceros. Logrando hacer efectiva la higienización de la ciudad, pocos lugares del país tendrían un clima tan agradable y saludable como el nuestro. Desgraciadamente, ninguno de los gobiernos pasados se ha propuesto tal cosa, por más que así lo han expuesto sus vecinos, contando, para ello, con recursos propios, pues el Distrito de Danlí produce renta más que suficiente para su mejoramiento material e intelectual. Que le dejen, siquiera por tres años, el superávit de su producción anual, y tendremos buena y amplia cañería para el agua potable, cloacas, y, sobre todo, higiene, positiva higiene, mediante el adecuado saneamiento de la población. Es una lástima que las municipalidades no puedan atender a esta obra primordial, pues pesa sobre ellas, amén de otros gastos indispensables, la mayor parte del sostenimiento de la instrucción pública, primaria, que debería ser costeadá únicamente por la nación, como lo es en algunos países. De esta manera, las municipalidades honradas, sí podrían hacer algo en provecho de sus respectivas localidades.

* Lucila Gamero de Medina, "Danlí", *La Nueva Era*, año I, n. 11, (30 de abril de 1930): 4-5.

*Quién desee tener datos extensos del tema que hoy trato, que lea la descripción titulada "El Municipio de Danlí, en el Departamento de El Paraíso", escrita por el estudioso e ilustrado profesor, don Ibrahim Gamero Idiáquez y publicada en *Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales de Honduras*, en Tegucigalpa.

La población del municipio de Danlí es de 13 000 almas, sus cerros están poblados de pinos y robles, en su mayor parte, y sus planicies y montañas, de diversas clases de árboles; entre estos, la caoba, el granadillo, la cedrela, la mora, el guanacaste, el melón, el palo negro y muchos otros buenos para la ebanistería y demás usos comunes a las maderas.

Sus terrenos son propios para el cultivo del café, que es de excelente calidad, de la caña de azúcar que, bien asistida, dura más de 20 años en buena producción, del maíz, frijoles, maicillo, arroz, trigo, piñas, naranjas, aguacates, tabaco —tan bueno como el de Cuba—, patatas; yuca, y gran variedad de verduras y de árboles frutales.

Hay ricas minas de oro y plata en explotación, yacimientos de hierro, cobre y otros metales.

Su fauna es variada en su medio tropical: desde el jaguar o pantera, que algunos creen —por lo menos refiriéndose a la nuestra— que es el producto híbrido del puma y del remedo de león que se produce aquí, hasta el inocente conejo; abunda la caza en nuestros bosques, poblados, también, de bellos y variados ejemplares de aves, entre las cuales se distinguen el jilguero o pito real, el zenzontle y el simbólico quetzal, que vive en nuestras montañas, y que muere sin una sola de sus plumas estropeada al querer quitarle su libertad. ¡Qué lección para muchos hombres!

Es Danlí uno de los lugares en donde se dividen las aguas que van a los océanos Pacífico y Atlántico: las primeras incrementan el caudal del Choluteca o Río Grande, y las segundas el del Guayambre y del Jala, tributarios del Patuca, y del Poteca a Bodega, tributarios del Coco o Segovia; siendo este último el que limita a Honduras de Nicaragua, en jurisdicción de este municipio, además de la montaña de Dipilto.

Muy pocas regiones cuentan en el país con los recursos naturales que tiene el Distrito de Danlí para incrementar su riqueza, mediante buenos caminos y la cooperación de industriales capacitados y de trabajadores activos que se empeñen en ello.

Sus habitantes son hospitalarios y acogen con beneplácito todo elemento sano y útil que quiera venir a formar en sus filas de trabajo. Por esto, es indudable que los inmigrantes que nos traerá el activo colonizador, Mr. H. F. Komor, serán bien acogidos. Una colonia honrada y laboriosa, reporta grandes ventajas y coadyuva de una manera eficaz al adelanto y progreso de los lugares en donde se establece. Ojalá que el Gobierno siga dando apoyo efectivo a esta utilísima empresa, cuyos beneficios para el país, en general, son incalculables.

Por lo que respecta a Danlí, su valor industrial y comercial crecerá de una manera rápida, no solo por la colonia que se establezca en su Distrito, sino por la carretera en construcción que nos unirá, en breve plazo, con la capital y las costas norte y sur. A esto último ayudan, con el mayor empeño el capacitado señor ministro de Fomento, Dr. Salvador Corleto, y el competente y activo director general de Caminos, ingeniero don Félix Canales Salazar, quien ha ofrecido visitarnos tan pronto pueda llegar el primer auto a esta ciudad.

Termino deseando a Mr. H. F. Komor, el mejor éxito en su gira por este país.

Lucila Gamero de Medina

**Conferencia leída el 12 de octubre de 1930, por
Lucila Gamero de Medina, presidenta de la Liga
Antialcohólica de Danlí***

Señores concurrentes:

He escogido hoy, Día de la Raza, para dirigirme a los de mi raza, los hondureños, y, sobre todo, a los aquí presentes, para hablaros no solo en nombre mío, sino también en el del personal que forma la Directiva de la Liga Antialcohólica de Danlí con el objeto de haceros ver, una vez más, las desastrosas consecuencias que acarrea a los individuos el uso inmoderado de las bebidas alcohólicas.

Con satisfacción lo digo: Danlí es una de las poblaciones cuya sociedad cuenta con menos dipsómanos, y esto se debe, principalmente, a las mujeres, quienes hemos trabajado y trabajamos, con tesón, tanto en nuestro propio hogar, como en el ajeno, y dentro del radio de nuestras amistades y conocidos, a fin de que no se extienda un vicio que tiene tanto aliciente para la humanidad, a pesar de ser el causante de la ruina de esta. Pero, últimamente, se nota tendencia a rendirle constante culto al Dios Baco, tendencia que es necesario reprimir a toda costa.

Por desgracia nuestra, está tan generalizado, entre nosotros, el fermento de maíz llamado chicha, que, en la ciudad, y en todas las aldeas y caseríos, abunda esta bebida embriagante... También

* Lucila Gamero de Medina, "Conferencia leída el 12 de octubre de 1930, por Lucila Gamero de Medina, presidenta de la Liga Antialcohólica de Danlí", *Regeneración y Prosperidad*, año I, n. 5, (noviembre, 1930): 96-98.

se fabrica aguardiente de contrabando. Y en el verano, muchos se emborrachan con vino de coyol, fuerte y fermentado, haciendo, de esta manera, de un jugo agradable, tónico y medicinal, un agente del vicio.

Otra desgracia para nuestro pobre país, es que el Gobierno tenga como una de sus principales rentas, la del alcohol. Esto entorpece la campaña que, con el beneplácito de toda persona amante del mejoramiento de su patria, viene desarrollándose en Honduras desde hace algún tiempo, aún antes de haberla formalmente iniciado el Sr. presidente de la República, Dr. Vicente Mejía Colindres; campaña que se ha intensificado y fortalecido, al ser dirigida y patrocinada por el jefe del Estado, y contar con su incondicional apoyo.

Bien ha hecho nuestro gobernante al tratar que se organicen asociaciones que trabajen contra el alcoholismo; pero debe, sin contemplaciones de ninguna clase, dictar medidas represivas contra este vicio que tan enraizado está en toda la república, hasta el extremo de que los maridos beben a la par de sus esposas, los padres les obsequian un trago a sus hijos pequeños, para que se vayan acostumbrando a lo fuerte; y me han asegurado que varias jovencitas visitan los estancos acompañadas de sus novios, si os suena mejor la palabra.

¿No es esto ir a un abismo cuyo fondo de inmundicias y degradación aún no alcanzamos a ver?

¿No creéis que todos nosotros tenemos la obligación ineludible de dar buen ejemplo a nuestros hijos?

¿Y cómo predica moralidad y temperancia un borracho?

La lección que más y mejores frutos obtiene, es el buen ejemplo; y este debemos darlo a nuestros hijos, a nuestros parientes, y a todas las personas con quienes convivimos, aunque para ello sacrifiquemos nuestras inclinaciones, si no son buenas.

Hay la errónea creencia de que el que no toma licor, no es hombre. Esto solo lo pueden decir los mentalmente degenerados, cuyo extraviado criterio les hace ver blanco lo que es negro. Hombre, realmente, hombre, es el que resiste las tentaciones y jamás se rebaja hasta dar espectáculos que le conviertan en hazme reír de la gente. ¡El honrado, el valeroso, el sin vicios, ese sí es hombre! Los que el licor les hace decir que son hombres, no son más que muñecos, esclavos del vicio.

He aquí el retrato moral de la mayor parte de los borrachos:

-Son impulsivos hasta el extremo.

-Malcriados.

-Casi no valoran sus actos.

-Pueden matar a su mejor amigo.

-Insultan por gusto a cualquier persona.

-Vociferan y gritan como locos furiosos.

-Golpean a sus esposas y, a veces, a sus subalternos.

-Maltratan a sus hijos, de hechos y de palabras.

-Se arrastran y revuelcan por el suelo.

-Arruinan su salud.

-Conducen a la miseria a su familia.

-Estafan al que pueden.

-Malgastan su dinero, cuando lo tienen.

-Matan su porvenir, y se convierten en seres degradados, desgraciados, por su propia culpa.

Al registrar la estadística de criminología, vemos que la mayor parte de los crímenes cometidos, han sido ejecutados bajo la influencia del alcohol.

Esta ignominiosa bebida es la responsable de la ruina de muchos hogares. Ella ha ocasionado más viudas y huérfanos que las guerras.

El alcohol, al ejercer su terrible influencia, no respeta ni a ricos, ni a pobres, ni a ilustrados, ni a ignorantes, ni a profesionales, ni a artesanos, ni a industriales, ni a labradores, a nadie, a nadie, y a todos degrada por igual.

¿Qué vemos en el hogar del borracho? Lágrimas, enfermedades, pobreza, cuando no miseria. Mujeres y niños casi desnudos, escuálidos, embrutecidos por el mal trato que reciben del jefe de la casa, quien, cuando no está de goma, es porque ha principiado a ponerse una nueva montera.

¿Por qué no abrir los ojos y ver estos cuadros en todo su lastimoso horror?

La mayor parte de nuestros hombres tienen la suficiente inteligencia para comprender cuánto les perjudica embriagarse. ¿Por qué no hacen un esfuerzo de voluntad y luchan perseverantemente hasta librarse del monstruo del alcohol, que tan bien cogidos los tiene con sus férreas garras? Esto les haría merecer el calificativo de hombres. Y una vez libertados del vicio, pensarían en el bienestar de su esposa, de sus hijos, y se sentirían libres, felices, rodeados del cariño de los suyos y del aprecio de sus amigos.

Si un dipsómano hace la cuenta de lo que ha gastado en aguardiente y chicha, y de los días que ha perdido a consecuencia de las borracheras, verá que, con esta suma, lastimosamente botada, tendría a su familia con descendencia, su casa en prósperas condiciones, su labrantío en producción suficiente para, con el producto de él, atender a sus gastos.

Mientras que en los hogares en donde impera el malhadado vicio del aguardiente, todo es ruina y miseria.

Nos duele ver cómo están de viciados nuestros labradores y pequeños agricultores que son la inmensa mayoría de los hondureños quienes, con su cooperación utilísima en el cultivo de la tierra, son los principales factores de la riqueza pública.

Urge, pues, que trabajemos porque todos, en cuenta esa falange de obreros que hace fecunda la tierra con el sudor de su frente, abandone tan funesto vicio, para que cada cual coseche los frutos de su labor. ¡Entonces dejará de ser un negocio la guerra, y los hondureños habremos conquistado la libertad económica, que es la más libre de todas las libertades!

Pueblo que tiene patrimonio; pueblo que todos sus hijos son productores; pueblo en que la agricultura florece; pueblo que en su medio cuenta suficientes artes e industrias; ¡pueblo sin vicios, es pueblo libre!

Antaño Danlí gozaba de tan laudables ejecutorias; y aun hoy, es tenido como uno de los pueblos más morales de la república. Nosotras confiamos en que la cordura de sus hijos los mantendrá siempre en primera línea entre las poblaciones emancipadas del crimen y de los vicios.

Con bastante reflexión, un mucho de fuerza de voluntad, y teniendo nuestro pueblo el firme propósito de regenerarse, de no ingerir bebidas alcohólicas, de mantener su cuerpo y su mente sanos,

habremos llegado a la meta de nuestras aspiraciones.

¡Cuánto nos gustaría que los hondureños dieran al mundo un ejemplo que haría que su nombre se perpetuara en la historia, un ejemplo de civismo completamente inesperado y nuevo, negándose a comprar aguardiente, ni del clandestino, ni del autorizado!

Que dijeran al Gobierno:

“¡Dejad de sosteneros con la vergüenza, la ruina, la salud y la sangre de vuestros gobernados!

¡Dejad de haceros bestias y criminales!

¡Dejad de envenenarnos cuerpo y alma!

¡Libertadnos del vicio, quitándonos la tentación de la bebida!

¡Suprimid vuestro infame aguardiente!

Cerrad vuestros estancos, porque... ¡no beberemos más!”

Lucila Gamero de Medina

Una escritora y un poeta*

Carta abierta

Señor don Juan Ramón Molina
San Salvador

Muy señor mío:

Por la estimable circular de usted, fecha 7 de abril, sé que fundará en esa capital una *revista centroamericana*, para la cual se sirve usted solicitar mi colaboración, mis datos biográficos y mi fotografía.

* Lucila Gamero de Medina, “Una escritora y un poeta”, *Tegucigalpa*, año XI, s. 92, n. 368, (28 de enero de 1934): 15.

Agradeciendo en lo que vale la honrosa distinción con que usted me ha favorecido, procuraré enviarle pronto algún trabajo mío y mi retrato, tan luego obtenga uno bueno.

Respecto a mis datos biográficos, son tan pocos, que casi no merecen mencionarse: nacida y creada en Danlí, en donde no había entonces buenos centros de instrucción, mis primeros años los pasé en ese medio ambiente de los pueblos, en que apenas se puede sentir y pensar y menos aprender, sino lo muy rudimentario. Afortunadamente para mí, mi padre era un hombre de profundos, variados y sólidos conocimientos y de vasta erudición, y a él le debo el desarrollo de mi inteligencia. Constante y diligente, desde muy niña puse a mi alma en contacto con la naturaleza y aprendí a ver, sentir y pensar mucho antes, tal vez, de lo preciso, para no haber desarrollado tan temprano mi cerebro. Y tanto es así, que, a la edad de trece años, en que apenas empieza a bosquejarse la vida, yo me sentí tentada a escribir mi primer ensayo impropriamente llamado literario: *Impresiones del campo*; impresiones de una niña que tan pronto acariciaba con ternura a su muñeca como jugaba a los trompos y a los mables con sus hermanos... para después tomar, filosófica y tristemente, la pluma, pensando, quizá, en Jorge Sand o en algún otro de sus autores predilectos.

Como usted lo sabe muy bien, mi labor intelectual adolece de muchos defectos, hijos del pequeño centro mundial, en que he vivido y de la falta de instrucción, pudiendo asegurar a usted que lo poco que he producido ha sido arrastrada por mi vocación, sin estar preparada para ello, exuberancia de ideas y de pensamientos que en un terreno cultivado, tal vez hubieran dado buenos frutos.

La falta de escritoras en mi país y lo raro y extraño que es, entre nosotros, que una mujer se dedique a labores literarias y se atreva a publicar lo que escribe, es lo que ha hecho que mi nombre sea conocido. Al calor temerario que infunde la falta de experiencia y de apreciación de los pocos años, debo el haberme atrevido a publicar mis insignificantes trabajos literarios, y a la benevolencia de mis amigos centroamericanos deberé, más que todo, el ser recordada, si mi nombre, con mi pequeña labor intelectual, no es, por completo, echado en el olvido.

Vaya para usted una rara genialidad mía que no he podido explicarme: en vida he luchado con dos elementos contrarios; tristeza y alegría, como si estuviese formada de dos naturalezas distintas; y si usted me viera en mi casa, con los míos, predominando en mí la nota jovial y alegre, no podría creer que soy la misma que narra sus pesares íntimos, dejando en las páginas de sus libros tantos dolores, tantas tristezas hondamente sentidas en el fondo de mi corazón, y de las cuales, al conocerlas, participan las almas

sensibles. Si al haberles hecho conocer el lado negro y fúnebre de la vida he procedido mal, que me perdonen y tomen en cuenta que, si a algunos he hecho llorar, a muchos he hecho reír, y —que dolor ficticio o real— nadie lo ha sentido con la intensidad que yo.

Ya ve usted, señor Molina, cómo en pocas líneas me tiene retratada de cuerpo entero cual, si se me conociese de antaño, y que ellas son tan faltas de interés que no valen, en verdad, el trabajo de que usted las haya leído. Dejo así complacidos los deseos de usted, y me holgaría recibir su revista, la que juzgo muy buena por el selecto material e indiscutible mérito literario de su director, al que felicito y considero altamente intelectual entre los poetas y escritores centroamericanos.

Mi novela, *Blanca Olmedo*, llegará a usted; mucho me satisfará leer su opinión acerca de ella, opinión sincera e imparcial, cuya crítica, lejos de disgustar, estimula y enseña.

Reciba usted mis agradecimientos, estimado poeta.

Lucila Gamero de Medina

Danlí, 22 de junio de 1908

El sufragio femenino*

¿Cuándo deberá votar la mujer?

Vuelvo a tratar este asunto del sufragio femenino que parece ha interesado bastante a muchas mujeres y a varios hombres de mi patria; a unos, para darle su apoyo, y a otros para adversarlo en forma más o menos culta, según la idiosincrasia y la educación del que escribe.

Yo no voy a censurar a alguien, pues todos tenemos igual derecho para expresar nuestra opinión; pero sí aplaudiría que el debate se hiciera en términos moderados y cultos, sin herir a nadie con vulgaridades de circo, que casi siempre contraponen y siempre exhiben mal al que los usa. Esto debe tomarlo muy en cuenta el elemento masculino; porque en una república en donde aseguran que el porcentaje de las mujeres impreparadas es mayor que el de los hombres, ¿no es natural pedir que estos nos den el ejemplo de buena educación y cultura?

* Lucila Gamero de Medina, "El sufragio femenino: ¿Cuándo deberá votar la mujer?", *Alma Latina*, vol. III, n. 33, (enero, 1934): 18-19.

Reconozco la indiscutible capacidad mental de la simpática e ilustrada escritora Graciela Bográn, y siento no estar de acuerdo con ella en algunas partes de su artículo editorial, ¿debe o no debe concedérsele sufragio a la mujer hondureña? Una de estas partes es aquella, en que dice que hay que preparar antes a nuestras compatriotas para que después ejerzan el sufragio. Y yo me pregunto: ¿A los hombres, quién y cómo les ha preparado? Puedo afirmar que la mayoría de votos que estos dan proceden de analfabetos, ayunos del silabario y completamente incomprensivos de sus deberes y derechos ciudadanos.

Ahora, otra reflexión: ¿Cuál es el mejor sistema para aprender a hacer bien una cosa? ¿No es para ello indispensable practicarla? ¿Y cómo puede la mujer acostumbrarse a dar el voto sin llegar antes a las urnas? Por eso yo propongo que el sufragio femenino se le otorgue, de un modo expreso, como un derecho y no como una obligación. De esta manera se irá preparando para ejercerlo sin ninguna violencia y no se les impide a las partidarias del sufragio hacer uso de él cuando lo crean conveniente. Una ley en tal sentido me parece lo mejor para armonizar los diferentes pareceres de quienes hemos tomado parte en tan importante debate, y para que la mujer hondureña no se quede rezagada en este desenvolvimiento de actividades femeninas que ha venido a ser un muy considerado tema mundial.

La misma directora de *Alma Latina* copia en su interesante revista las opiniones muy valiosas de los connotados escritores Max Nordau, Alejandro Lerroux, Azorín, Condorcet, Abraham Lincoln y el Dr. Baltazar Brun, todas favorables al sufragio femenino. De modo, pues, que estas respetables opiniones respaldan la mía, que doy sin pretensiones de docta. Acabo de leer el bien elaborado artículo “El derecho del Sufragio que se reclama para la Mujer”, escrito por don Benjamín Urbizo Vega en la ciudad de Los Ángeles, California y publicado en *El Cronista* de Tegucigalpa.

El señor Urbizo Vega, con espíritu imparcial y sereno argumenta en favor del sufragio femenino. Él como comprensivo que es, se ha saturado del ambiente de civilización que coloca a la mujer en el mismo plano que al hombre, cuando se trata de los derechos individuales. Leídos estos argumentos, creo, nada más tenemos que aducir las mujeres partidarias del sufragio femenino, pues ellas expresan muy bien nuestro punto de vista en este asunto. También el Dr. Francisco R. Zúniga y el general Mariano Bertrand Anduray son partidarios de que las mujeres de su patria tengamos el derecho de votar.

No creo que porque la mujer concurra a las urnas a depositar su voto pierda o amengüe sus cualidades de mujer de su casa,

amante de su familia y de su hogar. Corrobora mi tesis el hecho de que muchas son aficionadas al baile, a espectáculos y a casi toda clase de deportes que les quitan más tiempo que el que emplearían en ir a depositar su voto en las urnas, y no por eso dejan de ser hogareñas. Tampoco es fuerza que por la circunstancia de ser sufragistas tomen parte activa en la política; esto lo harán las que tienen gusto por ello, como siempre lo han acostumbrado, sin tener el pretexto del voto. Lo mismo ocurre con los hombres.

Estoy completamente de acuerdo con Azorín cuando declara: “Diré una vez más que para mí la mujer debe ser total, absolutamente igual al hombre. Igual en el derecho, en la política, en la economía social, en el trabajo, en la remuneración del trabajo...” Claro: esto es lo que aconseja la sana razón. No se paga por el sexo; se paga por la capacidad idónea, si entiendo mal, que se me demuestre lo contrario.

Los prejuicios rancios, el ambiente inveterado de pasiva dependencia para las mujeres y el atavismo que aún está latente en nuestra raza impresionando cerebros, tal vez intelectualmente amorfos, son los que han hecho que se considere a la mujer como un ser cuyas moléculas son inferiores a las que componen el cuerpo de los hombres, y esto es lo que ha creado esas erróneas apreciaciones psíquicas, irritantes, que no hay nada que las autorice y menos que las justifique. ¿Cuál es la diferencia fisiológica que existe entre uno y otro sexo tratándose, analíticamente, de la sangre, los nervios, los huesos, la masa encefálica, los músculos y el conjunto de todo lo que constituye la vida de ambos?

Desde luego que hay diferencias, y muy notables, comparando la inteligencia, las aptitudes y capacidades entre individuos de la misma especie; pero esto no obedece al sexo. Así, vemos mujeres muy superiores a muchos hombres y hombres muy superiores a muchas mujeres.

No se piense que hablo con obduración. Me gusta que todas las cuestiones, sobre todo, las que tratan de los derechos de la mujer, se diluciden sin prejuicios individualistas estrechos y determinados, únicamente a base de análisis y razonamientos imparciales de personas competentes, tomando en cuenta lo que en justicia le conviene a esta para su mejoramiento social y pecuniario y dirigiendo la vista no solo al presente, sino también al mañana de nuestras hijas. Por lo que dejo expuesto se desprende que mi opinión es que debe concedérsele a la mujer hondureña el derecho de votar. Si no se le concede pronto, no veo cuando pueda ser porque dada nuestra idiosincrasia y nuestro medio educativo, jamás tendrá la preparación que se pide para ella y que no tiene la mayoría de los hombres.

Nadie aprende a nadar si primero no se tira al agua y hace el ejercicio indispensable que exige la natación. Por eso las hondureñas haremos nuestro aprendizaje de sufragistas echando papeles en las urnas, papeles que nos harán factores importantes en el engranaje administrativo de nuestro país y coadyuvadores decididos de los gobernantes honrados que estriben su honra en el cumplimiento sagrado de nuestras leyes.

Lucila Gamero de Medina

Danlí, 12 de enero de 1934

Un artista*

Habitación miserable. En las sucias paredes, colgando de clavos, varios cuadros que representaban escenas de amor, de caza, paisajes deliciosos, noches de luna en las orillas del mar o de un lago, frailes cenando glotonamente, lindas monjas cultivando un huerto, hábilmente dirigidas por el más gallardo y joven de los conventuales... Y en el caballete, el último cuadro representando una mesa con unas pocas pinturas, paletas gastadas, el caballete a un lado el pobre pintor con los brazos caídos, saliéndosele los codos por los rotos de las mangas de la camisa; los pantalones sucios y horadados, los zapatos deshechos, apuntando los dedos rígidos. El pelo largo y las facciones demacradas, dábanle el aspecto del nazareno en agonía...

Alberto Miranda era de los escogidos, artista por naturaleza, su mano trazaba hábilmente cuadros dignos de estar en los mejores museos. Para procurarse lo más indispensable, los vendía por lo que querían darle los acostumbrados a lucrar con el mérito y la pobreza de los privilegiados del talento, pero, ¡carentes de recursos materiales!

Y llegó un día en que fue, por centésima vez, adonde el agiotista del pueblo, el viejo judío, el tío Samuel, enriquecido a costa de tantas lágrimas y miserias ajenas.

El semita salió a recibirlo envuelto en su pretérita hopalanda de segunda mano, desafiadora del tiempo y de los colores. Se caló las gafas sobre sus ojos de búho; su larga y encorvada nariz de papagayo, olfateó como animal canino, y sus labios, que simulaban

* Lucila Gamero de Medina, "Un artista", *Alma Latina*, vol. IV, n. 52, (noviembre, 1935): 10-11.

una larga cicatriz en su barba saliente, se abrieron con una mueca de disgusto.

—¿Otra vez, mi señor don Alberto? —Exclamó con su voz melosa y llorona, acariciándose la repleta y abultada panza.

—Señor, por piedad cómpreme el mejor de mis cuadros. Se lo daré muy barato... Hace tres días que no como.

—¡Pobrecito!... Cuánto siento que el comercio esté paralizado... Créame, joven, decídase a trabajar de otro modo.

¿A trabajar de otro modo...? ¿Y cómo...? Si no sabía más que dibujar... Si su mente estaba llena de cosas extrañas; su cerebro repleto de figuras alucinantes de las que no conseguía desembarazarse hasta que les daba vida sobre un lienzo... Se consideraba inhábil para luchar de otro modo, con la dura realidad de la vida, llena de necesidades imperativas. Ya lo había intentado, una vez, cuando sus exigencias de hombre, obedeciendo a los llamados del corazón y de la materia, le hicieron fijarse en una venus adolescente... Su novia, convencida de lo inútil de la espera, se casó con otro... Y como el amor de él era intenso y exclusivo, el desaliento le invadió, y no encontraba otro alivio más que pintar y más que pintar. ¿El licor?... Solo le gustó cuando los escasos amigos suyos procuraron embriagarlo a raíz de su decepción amorosa... Pero luego le abandonaron. Los tristes y pobres, es raro que encuentren quien los acompañe. Al verle estenio y demacrado dedujeron que era por las privaciones consecutivas a su ignavia.

Con nesciencia tal juzga el mundo a los genios.

—Don Samuel, le suplico que me socorra, en cambio de mi trabajo artístico. Yo no puedo ir a implorar la caridad pública.

—Desgraciado, ¡va usted a hacerme llorar...!

Y el usurero, acostumbrado al diario cacheo:

—Además de sus pinturas, ¿no tiene otra cosa que vender?

Pasmado le miró el joven: su traje, su estado irritado, hacían más cruel, más grosera, más burlesca, más irónica la pregunta.

—Perdone que le haya molestado, don Samuel. Me retiro.

—Es mejor, joven. Su presencia me impresiona, me conmueve, me enferma... ¡Y no poder ayudarle!, deploró el socarrón con su voz dulzona y quejumbrosa.

Tambaleándose, el pintor llegó a su casa donde estaba su destartalada habitación. El dueño lo esperaba en la puerta.

—Don Alberto, si hoy mismo no me paga los alquileres vencidos, le saco los trastos a la calle. Estoy aburrido de esperarlo y de creerle sus mentiras.

—No tengo dinero, ¿Quiere recibir a cuenta este chaleco, el sacó y los pantalones?

El casero los examinó, pensando: —“Pueden servirme para colchón del perro, que ya arruinó el bramante”.

—No sirven, pero démelos. Peor es nada.

Fue el artista a quitarse el único vestuario con que podía salir a la calle, reemplazándolo por el de desecho, húmedo y mohoso. Con calma aparente entregó sus prendas de vestir al despiadado casero.

Incontinenti, temiendo ensandecer, se puso a pintar, con febril inspiración, el postrer cuadro, real, impresionante, con desesperación y angustia humana, que mostraba el lienzo del caballete.

Oyóse un concierto en la vitrola de la casa confinante...

Terminando el último brochazo, el pintor se puso a soñar con la vida, con los placeres, con el lujo, con el amor... Vacilante, abrió más los ojos para contemplar el cuadro; inundó de luz las mortecinas pupilas y, después de ingerir una pequeña dosis de cianuro, cayó sobre la mesa mugrosa, para no levantarse más.

Cantaron los pájaros, entraron a revolotear sobre el cadáver, unas doradas mariposas, y la vitrola enmudeció.

Horas después llegaba el judío, jadeante y presuroso, a preguntar por el pintor. El dueño de la casa respondió que estaba en su estudio. De un brinco, el prestamista entró en la buhardilla. Forzando la vista descubrió al joven:

—¡Salud, don Alberto!... Levántese. El hambre le ha hecho dormirse, pero ya lo despertará la abundancia. ¿No me responde?

Resolvióse a sacudir al pintor, más viendo que permanecía sin moverse, rígido y frío, se asustó:

—¡Diablo!... No hay duda: está muerto. ¡Infierno!... Soy el hombre

más desafortunado del mundo. Por doscientos dólares acaba de comprarme un yanqui cada uno de los cuadros de este bribón, y me ofrece igual suma por los demás que tenga del mismo autor. Venía a comprárselos y lo encuentro muerto. ¡Maldito, que no supo marcharse a tiempo!

Unos parientes que tenía el pintor en la capital y que nunca habíanse ocupado del infeliz, dejando siempre sin contestación sus cartas, se presentaron a reclamar los cuadros que este dejó, una vez que vieron en la prensa la noticia de la compra hecha por el norteamericano, míster Edward Wilson.

Dos años después de que el soñador infortunado fue conducido al cementerio por la caridad pública, en hombros mercenarios, sin una flor, sin una lágrima, sin la menor frase de pesar, apareció en un diario de gran circulación, la siguiente noticia:

“Notas de arte cuadro premiado”

“Acaba de obtener, en la exposición de París, el primer premio en pintura, el famoso cuadro “La angustia”, del malogrado y notabilísimo artista don Alberto Miranda”.

Última burla que la suerte le hacía al desgraciado pintor.

Lucila Gamero de Medina

Danlí, 12 de octubre de 1903

La profesora María Trinidad del Cid*

Cada día vengo confirmando más la opinión que tengo de la ilustrada y profesora, señorita María Trinidad del Cid, como buena educacionista y escritora de nota; y, sobre todo, como muy competente en los difíciles y complicados estudios indispensables para quien se dedica a escribir biografías de diferentes personas.

Sin temor a equivocarme puedo decir: que si no es ella la única escritora biógrafa hondureña con que cuenta nuestro país, sí puedo afirmar que es la primera.

* Lucila Gamero de Medina, “La profesora María Trinidad del Cid”, *Mujer Americana*, tomo I, n. 1, (marzo, 1947): 7.

Con una perseverancia y un empeño digno de encomio, ella se ha dedicado a recoger en bibliotecas y archivos científicos y literarios, todos los datos necesarios para la mayor veracidad de sus completos e interesantes relatos biográficos.

He leído con detenimiento *La vida ejemplar de doña Guadalupe Reyes de Carías*, —la maestra capacitada y bondadosa, de corazón sano, de inteligencia y alma privilegiada, con quien tuve la satisfacción y la dicha de relacionarme en los primeros años de mi juventud— y está tan ajustada a lo cierto de la vida de aquella mentora de niños educados, que nadie se atreverá a tacharla de parcial.

En “José Martí o el alma de Cuba”, la señorita del Cid, ha puesto de relieve sus profundos y variados conocimientos acerca de la vida del héroe máximo de la Perla de las Antillas; vida gloriosa que describe con su lenguaje ameno y conceptuoso, a la vez que de perfecta estructura gramatical.

En el relato “Choluteca en el primer centenario de ser llevada a la categoría de ciudad”, la erudita autora muestra que posee gran caudal de conocimientos en historia y geografía, quizá como muy pocas de nuestras destacadas profesoras nacionales.

Este es apenas un ligero bosquejo de la labor cultural que con verdadera eficiencia ha realizado, venciendo quién sabe cuántas dificultades, la estudiosa señorita del Cid, por lo cual es para mí muy grato felicitarla de la manera más sincera y cordial.

Es un deber patriótico reconocer los auténticos valores femeninos que honran a nuestra Patria, y la profesora señorita María Trinidad del Cid es uno de ellos, y de los más sobresalientes.

Lucila Gamero de Medina

Danlí, Honduras, febrero, 1947

Regalo de Navidad*

Veinticinco de diciembre... En todos los pueblos cristianos esta es una fecha esperada con entusiasmo, por ser conmemorativa del nacimiento de Jesús, el Niño Dios, redentor del mundo.

* Lucila Gamero de Medina, “Regalo de Navidad”, *Electra*, vol. I, n. 19, (diciembre, 1942): 15-19.

Este día a todos nos conmueve hondamente, a los niños, con la esperanza de su aguinaldo de Navidad; a los adultos y viejos, recordando el tiempo ido, aquel en que éramos buenos y creyentes y gozábamos de la paz que dan la inocencia y la ignorancia.

Mientras los niños, los parientes y amiguitos de estos, buscaban, afanosos, la ocasión de ver el “Árbol de Navidad”, lleno de juguetes, con que serían sorprendidos y obsequiados a media noche, Miriam, la hija mayor de los señores de la casa, negligentemente sentada en un sillón, veía, desde su alcoba, el atardecer del nebuloso día, distraída, sin entusiasmo, con esa languidez reveladora de un espíritu enfermo, de un alma nostálgica que mira con indiferente aburrimiento todo aquello que no le habla a su corazón. Y el suyo, un corazón de veinte años, encerrado en un cuerpo seductor y elegante —frágil ahora—, ¡estaba tan triste, tan desilusionado, tan dolorido!...

Sin tomar en cuenta las páginas del libro abierto que descansaba en su regazo, sus ojos y su alma rememoraban el no lejano ayer, contemplando las escenas pasadas, clara y vívidamente, como si estuviera reproduciéndolas la cinta de un cinematógrafo; solo que ella, a voluntad, pasaba unas rápidamente, y otras las detenía, acariciándolas, sintiendo fruición con su recuerdo, a pesar de las lágrimas que sus hermosos, graves y meditabundos ojos no podían detener.

Y veía el océano embravecido —impenetrable y tenebroso como ciertas conciencias— que, levantando gigantescas olas, furiosamente agitaba un buque en alta mar, en tanto que unos pasajeros lloraban, y otros, en muda consternación, invocaban a Dios, a ese Dios del cual casi siempre solo nos acordamos en los momentos de dolor o de peligro.

Luego, la noticia de haber pedido socorro por medio de mensajes inalámbricos.

Todo lo recordaba al capitán, trágico y sereno, revólver en mano, ordenaba que salvaran primero a los niños y a las mujeres... La angustia de ella, arrancada violentamente de los brazos de su padre... El hundimiento del buque, no tanto por la tempestad, calmada un poco, cuanto por un implacable torpedo alemán... El fuerte balanceo de las lanchas que, a merced de las olas, tomaron diferentes direcciones.

Después que ella, en agonía mortal, adivinó más bien que vio la pérdida del buque, se esfumaron sus recuerdos y, casi como un sueño tenía noticia vaga de un cuartito blanco, perfumado con flores, de rostros simpáticos de personas afectuosas y desconocidas,

a quienes miraba con gratitud y timidez desde su lecho de convaleciente. Más tarde, la idea clara, brutal, del desastre sufrido... Y ella, en una quinta cercana a un puerto americano, aunque al generoso abrigo de una honrada familia hispanoamericana, ¡se sentía tan sola, tan lejos de los suyos! Su madre, sus hermanitos, probablemente en Italia, sin poder regresar a su patria. Su padre, ¡ah!, su padre, ¿en dónde?... ¿Sucumbiría?... La guerra, la maldita guerra, la desastrosa guerra impedía toda comunicación rápida y directa con Europa, y sus cartas iban al azar.

Cuando menos lo esperaba, el retorno a la casa del primogénito de sus protectores, un joven fuerte, galán, moreno y simpático, que la saludó con amable y grata sorpresa, con cortesía afectuosa.

Ella fue para él, el más rico, deleitoso e inesperado presente... Y, bajo la fronda de los árboles, a la caída de la tarde, a la luz de la luna, vino el despertar de sus corazones... Y se amaron, se amaron con ese amor espontáneo y vigoroso que tan profundamente enraíza en los que aman por primera vez. Y habrían sido muy felices sin el temor y la tristeza del inevitable imposible. Ella era hija del conde La Huerta, rico y noble señor español, y él un ingeniero sin gran fortuna, aunque con brillante porvenir, como hay tantos... Pero el “niño ciego” no razona y todo lo allana; y ella, al sentir la dulce presión de las manos de su amado y al mirarse en los suplicantes ojos de él, olvidó sus largas luchas intensas y no pensó más que en su amor cuando, trémula y resuelta, le dijo:

—No sufras más por mí; yo también te amo y no me casaré con otro.

¡Cuán dulcemente cantaron entonces las aves, y qué bella la naturaleza, la vida...! ¡Qué bellas!, vistas bajo el prisma del amor intensamente sentido y correspondido!...

Meses después, una alegría que habría sido más grande sin el presagio fatídico de la separación, su padre, informado del lugar donde ella residía, vino a llevarla, contento, en extremo satisfecho, dispuesto a remunerar liberalmente tan espontánea y desinteresada hospitalidad. Y cuál fue su sorpresa al saber que no le aceptaban nada, nada..., ¡y que aquel gallardo mozo le había robado el corazón de su hija! Pero siempre gran señor, placentero y reconocido, sin un gesto de disgusto, se despidió de la apesurada familia... Y ya lejos, al ver el hondo pesar de su hija, le dijo, consolándola amorosamente.

—No te desesperes; son cosas de jovencita, le olvidarás pronto.

—¡Jamás!... Fue la firme respuesta, dada en su dolor.

Ella iba a España. Él a Francia, como soldado voluntario. Después del fracaso de su amor, una muerte heroica era la mejor solución. Ya lo había dicho: sin su Miriam, su adorada, su único sueño de dicha sobre la tierra, no podía vivir. Ni ella sin él; así se lo habían jurado al desgarrarse sus corazones en el supremo adiós.

Separados, vinieron para ella los días brumosos, las noches sin sueño —en que Dios era su único confidente— el desaliento, el desprecio por una vida que, ya sin esperanza de dicha, juzgaba inútil.

Le molestaba el defraudamiento de las esperanzas de sus padres con su formal rechazo a toda ventajosa propuesta matrimonial.

Y sufría al ver el rostro desesperado y de angustia de su santa madre, y el grave, lleno de preocupación, de su altivo y buen padre, al mirarla tan débil, tan enferma, rebelde a todo tratamiento médico, inaccesible a todo humano consuelo.

Como ráfagas perfumadas venían a ella los brillantes triunfos obtenidos por su amado en los campos de combate; pero luego volvía su espíritu a América, a esa hermosa América en donde aprendió a amar y a sufrir, donde había soñado tener su hogar.

El recuerdo es el consuelo de las almas tristes.

Al teñirse de negro el distante horizonte, cerró el libro, y los brazos cariñosos de una amiga la trajeron al presente.

Había que cumplir con los deberes sociales y atender a los numerosos convidados de sus padres, de sus padres que, esa noche, parecían tan contentos.

Ella, muy contrariada en el fondo, bailaba como un autómatas, con este obsesionante pensamiento:

—¿En dónde estará él?

Y al mirar la desbordante alegría de los niños repartiéndose los juguetes de Navidad, pensó que solo para ella no había nada grato, y encaminose a su alcoba a dejar que allá corrieran silenciosas sus lágrimas... Allí fue sorprendida por sus padres. Cariñosa, llevándola a otra pieza, le habló su madre:

—Miriam, no quiero verte triste; ven con nosotros a la sala.

—Hay un joven militar que desea ser presentado y que baile con él la próxima pieza —díjole su padre.

Ella contrajo las cejas, molesta, pensando en un nuevo y de antemano fracasado pretendiente, y contestóle:

—Estoy muy cansada; no bailaré más esta noche.

—Pero no puedes desairar a un invitado nuestro.

Y dirigiéndose a la puerta, volvió pronto, introduciendo, sin ningún miramiento a las reglas sociales, a un elegante joven, tan trémulo, tan emocionado que apenas pudo estrechar la blanca mano espontáneamente tendida a él.

Al encontrarse a los ojos de los jóvenes, sus almas comprendieron la bondadosa intención de los condes, y en un tímido y delicioso abrazo, hablaron sus corazones.

—Hija mía, —dijo el conde visiblemente satisfecho—, tu madre y yo no te habíamos olvidado en esta noche. Aquí tienes tu “Regalo de Navidad”.

En un extremo de la habitación, custodiado por una mula y un buey, el Niño Jesús estaba resplandeciente. Sin palabras, en actitud de gracias, Miriam lo miró con tierna gratitud. Cuando volvieron al salón, el conde dijo a sus convidados:

—Tengo el honor de presentar a ustedes al señor ingeniero, capitán del ejército francés, don Gustavo Serrano, prometido esposo de mi hija Miriam.

Desde el cielo, radiante de satisfacción, contemplando su obra, sonreía, sonreía el buen Dios.

Lucila Gamero de Medina

Marcelina Bonilla



Rememoración de un día de árboles*

Para Acción Cívica

Y todo es sol al desgranarse en doradas hebras, por entre el verde follaje de los árboles florecidos...

Y todo es armonía, vida palpitante entre el suave piar de pájaros sonoros... Y son ondas de perfume que de los copudos árboles se desprenden: vida, animación y luz.

Y todo es estremecimientos de la naturaleza al sentir el calor que precede a las primeras lluvias, fecundas, rumorosos, cristalinas...

Más tarde comenzarán a caer las primeras gotas gruesas que impregnarán la tierra de fragancia primaveral; del suelo se levantará un vaho tibio que inspirará a las plantas, a los animales y a los hombres el deseo de vivir. Todo ríe, desde el suave gorjeo de las aves en sus nidos; desde el odorífero encanto de las flores que abren sus pétalos para recibir el rocío fecundante de la lluvia, hasta el bullicioso enjambre de los pequeñuelos, mariposas de luz, pajarillos con alma, que en este día rinden su tributo de amor a la naturaleza, plantando mil arbolitos, que serán más tarde elegantes palmeras, frondosos encinos, robustos sauces, perfumados naranjos, a cuya sombra se sentarán los viejos a rememorar los días lejanos que solearon su infancia.

¡Oh, días felices de la niñez, no corráis...! ¡Detened por un momento el vertiginoso curso que os arrastra! ¡Dejadnos saborear las rápidas delicias del presente! No huyáis veloces, que cuando queramos recogerlos, seréis como la sombra amada del recuerdo que todo lo llena; pero que se va, se esfuma y nos deja en la penumbra.

¡Oh! El recuerdo obsesionante de otras primaveras, de los arboles, de otro sol que nos vio felices...

¿Cuándo volverá el amanecer de aquellos días de dicha?

Carolina del Valle

Mayo de 1926

* Carolina del Valle, "Rememoración de un día de árboles", *Acción Cívica*, s. I, n. 1, (20 de mayo, 1926): 22-23.

¡No bebáis ante los niños!*

Uno de los actos más reprensibles que cometen los padres de familia delante de sus pequeñuelos, y que influye desde luego poderosamente en la formación de su yo moral, es el hecho, mil veces triste y lastimosamente repetido a diario, de llevar ante ellos la emponzoñada copa de licor a los labios.

Si beber delante de cualquier joven es nocivo, hacerlo frente a esos seres inocentes y puros que contemplan tal acción con asombro, es doblemente nocivo y altamente desmoralizador.

Cuántas veces los niños, con ese lenguaje inimitable que solo ellos poseen, preguntan a la madre: —¿Por qué papá bebe eso y a mí no me dejas? A lo que algunas veces contesta esta: —Porque los niños no deben beber eso. —Solo los hombres, continúa el chiquitín, añadiendo a manera de conclusión: —Entonces cuando yo sea hombre beberé también. —Y crece, crece, con este pensamiento, robustecido por el pernicioso ejemplo contemplado en el hogar. Llega a los doce años cuando más y comienza sus ensayos, creyéndose hombre.

Otras veces la madre, muda de sorpresa ante tal pregunta, no halla la respuesta adecuada, y si el niño insiste, vacila, tiembla ante el horrible espectro de la embriaguez.

Si los niños son ya mayorcitos, dicen con sobra de lógica: —“Si beber aguardiente es malo, ¿por qué lo hace mi padre; y si es bueno y agradable? ¿Por qué no quiere mi madre que lo haga yo?” Poniendo a la autora de sus días en verdadero conflicto ante tan doloroso dilema.

Padres de familia: que cuando os llevéis ese letal veneno a los labios, no olvidéis que las inocentes caritas de vuestros ángeles, abren tamaños ojos de admiración primero, de deseo después. Recordad el terrible ejemplo que les dáis y la cuenta que de todo ello debéis presentar al Supremo Juez.

Carolina del Valle

Marcala, 16 de octubre de 1926

* Carolina del Valle, “¡No bebáis ante los niños!”, *Acción Cívica*, s. V, n. 13, (20 de noviembre, 1926): 393-394.

Poemas dolorosos*

I

La madre del borracho

¡Vedla! ¡Está allí! Joven aún, su cuerpo es el de una anciana; pálida y macilenta, apenas arrastra el pobre y pesado fardo de su existencia por el camino de la vida. Temblorosa, tiende las manos al cielo pidiendo compasión. Secos están sus ojos de tantas lágrimas tristemente derramadas en el silencio de la noche... Su corazón acongojado solo sabe gemir...

Ayer no más, y su alma se goza al recordarlo, su hijo querido, ese pedazo de su mismo ser que hoy la hace derramar ríos de llanto, era un muchacho lleno de lozanía; su cuerpo vigoroso y ágil se prestaba a todas las empresas del trabajo; su buena voluntad le hacía ganarse todos los corazones y las mujeres fijaban en él la vista con agrado.

Hoy, vedle un momento: asqueroso, harapiento y repugnante, ha perdido hasta la noción de la vida; sus días se deslizan oscuros entre el humo de la taberna fétida que, cual un monstruo gigantesco se lo va tragando lentamente; pero irremediablemente también, su pobre y desgraciada madre asiste a esa muerte cruel; más cruel y desgraciada que aquella otra que solo ataca la parte material del individuo.

Allí está la pobrecita esperándole a la luz triste de una vela... ¿Vendrá? ¡Sí! ¡Como todas las noches, ebrio de alcohol, de odio y de ponzoña! ¿Contra quién?... ¡Contra ella! ¡Allí está la pobre anciana indefensa y solitaria para resistir atropellos, denuestos, injurias y baldones a cambio de suspiros, sollozos y lágrimas!

II

La mujer del borracho

No hace mucho que se juraban amor y fidelidad ante el ara santa después de haberlo hecho en el santuario de su alma apasionada.

Pocos fueron los días de felicidad en que eran el uno para el otro, en que dos almas, confundidas en un solo ser, tenían un mismo ideal, iguales ensoñaciones y esperaban un mismo porvenir.

* Carolina del Valle, "Poemas dolorosos", *Revista Ariel*, año IV, n. 62, (marzo, 1928): 1173.

Poco a poco todo fue cambiando, lo que ayer era contento y dicha, ilusiones y amor, es hoy penas, desesperación y lágrimas. El vicio maldito que todo lo envenena invadió aquel hogar, transformándolo totalmente; la botella es ahora la que impone, manda y no valen súplicas, mimos, ni cariño.

¿Qué le importa al miserable borracho todo eso? Y, mientras tanto, ¿qué queréis que haga la pobre joven abandonada, sino llorar con lágrimas de sangre y de dolor su desgracia, allá entre el frío del lecho solitario...? Su corazón acongojado tardará mucho tiempo en habituarse a la desolación que la rodea y esperará palpitante y emocionada la vuelta del ingrato... que nunca llegará.

Lo que fue ayer una simple distracción, tornóse luego en hábito, para ser después vicio incorregible y tenaz.

Y lo que fue para la pobre esposa un presagio de tristezas, ¡se ha convertido hoy en positiva verdad, que lentamente matará la flor de su existencia!

III

La hija del borracho

Comienza a vivir y ya recuerda, en la penumbra de su existencia, en los borrosos días de su niñez, una sombra de dolor, una cortina de llanto en los ojos de su madre que le hacía mal a su pequeña alma blanca de pajarillo indefenso. Más tarde, bien lo recuerda ahora, su corazoncito adolescente palpitaba de ansiedad y angustia al solo oír en la calle los inseguros pasos de un borracho que se acercaba y, más cerca aún en sus recuerdos, y eternamente fijos en su mente, están los días de desolación y de terror en que ha tenido que compartir con su desgraciada madre las injurias, los golpes... en que con su cuerpecito endeble de niña mal nutrida ha tenido que formar una muralla defensiva a la infeliz autora de sus días.

Y ahora, palpitante y dolorido está su cuerpo, que pudo ser orgullo de un esposo amante y fiel y que no es más que un montón informe de carne magullada, amoratada y doliente en que, por la última vez presentó su cuerpo virgen al choque fiero y brutal del más soez de los borrachos que para su desgracia es el autor de su miserable existencia.

¡No! No está dispuesta a soportar más infamia; y en el silencio de la noche negra, abandonando su casa, se lanza, como otras tantas, a pasear su miseria y su dolor lejos de la casa paterna.

Anatema mil veces al borracho incorregible, que tantos males causa a la sociedad, a la familia y a la patria.

Carolina del Valle

1928

Conferencia antialcohólica*

Leída en Marcala por nuestra talentosa colaboradora, Marcelina Bonilla, el 14 de julio de 1930

Apreciable auditorio:

Quisiera en este momento sentirme dotada de una elocuencia superior, de una fuerza de persuasión irresistible para llevar a vuestro ánimo el convencimiento positivo de lo que siento en mi alma, de esa lucha sostenida y laboriosa que he mantenido durante toda mi vida por lograr la extirpación del alcoholismo en las masas sociales. Mucho he querido hacer y una de mis mayores satisfacciones, de esas satisfacciones íntimas y halagadoras, ha sido cuando, tras cruenta e improba labor, he visto regenerarse un alma y salir del cenagal en que se ahogaba.

Prestadme vuestra atención y poned algo de buena voluntad para que de esta conferencia no resulte como la parábola del sembrador, de cuya abundante semilla apenas si algunos granos dieron el fruto apetecido, porque unos cayeron en el camino y vinieron los pájaros del cielo y se los comieron; otros, si bien cayeron en buena tierra, no hubo quien la librara de la ortiga y de la cizaña que crecía con ellos y se ahogaron, y solamente unos pocos dieron óptimo rendimiento.

Trataremos el asunto por partes: perjuicios que causa el alcohol al individuo, a la familia, a la sociedad y a la patria.

El alcohol es un veneno

Este es un hecho científicamente probado y todos vosotros lo sabéis bien. Es un veneno lento y positivo que va minando día por día, vuestro organismo. Si una gota de agua cristalina y pura cayendo continuamente sobre una roca viva, termina por

* Marcelina Bonilla, "Conferencia antialcohólica", *Regeneración y Prosperidad*, año I, n. 9 y 10, (marzo y abril, 1931): 206-210.

taladrarla, abriendo en ella un agujero, ¿cuál será el estrago que en el estómago producirá diariamente no una gota, sino varias y no de agua pura, sino de “aguardiente”, es decir, de un líquido cáustico y corrosivo en grado sumo? El alcohol es actualmente la principal y más mortífera ola que infesta a la humanidad. Antes se creía que el alcohol era un alimento; pero el conocimiento de sus características prohíbe a que le tenga como tal: su acción irritante sobre la piel, su acción destructora sobre los tejidos, su acción narcótica sobre el sistema nervioso central y su tendencia a formar un hábito vicioso, colocan al alcohol entre los venenos y no entre los alimentos. Disminuye progresivamente las facultades intelectuales, debilita la memoria e incapacita al individuo para hacer su trabajo diario; afecta el sistema nervioso lo mismo que lo hace el éter y el cloroformo; amengua la fuerza muscular; deprime el corazón y la circulación y disminuye la potencia defensiva del cuerpo contra las enfermedades, de tal modo, que se ha calculado que en los bebedores moderados, el peligro representa un promedio de un 86 % más alto que en los bebedores de la misma edad y condición. Tan real y efectivo es este peligro que las compañías de seguros sobre la vida no admiten jamás a un alcohólico por el riesgo que corren.

El alcohol degenera la parte espiritual del individuo, transformándolo poco a poco en un ser inferior, de bajos instintos, de intenciones malévolas, hasta convertirlo en un bruto. En muchos hogares comenzó la ruina el día que el marido bebió la primera copa de licor y que, de caballero culto y honorable que era, se transformó en pendenciero, inculto y soez, pues todo su ser se desequilibra al perder su control de las facultades mentales.

Si el alcohol aporta al individuo una serie de males en el orden intelectual, moral y físico, no son menos los que ocasiona a la familia, la “tara alcohólica”, es decir, la propensión a la bebida, esa tendencia funesta e irresistible se transmite de padres a hijos y por regla general de un padre, borracho, tendrá que resultar tarde o temprano un hijo borracho. ¿Y qué remordimiento tan horrible sentirá un padre de familia al ver al hijo querido embrutecido por las continuas libaciones? ¿Qué acusaciones más tremendas resonarán en su interior al considerarse culpable del mal ejemplo? Una tras otra, cual sombras mortíferas pasarán con su índice acusador. El dinero gastado en la taberna, las orgías escandalosas, la pobre mujercita falta hasta de lo indispensable...

Pensad por un momento lo que significa para el bolsillo de una familia pobre la cuarta diaria de licor: cuatro reales que rebajados del miserable sueldo de \$ 30.00 hacen imposible la vida. Y si en vez de una cuarta, es media botella la que se consume diariamente,

entonces no sobra nada, no queda nada, la taberna lo ha consumido todo y la pobre familia carece hasta de lo indispensable...

Los males que el alcohol causa a la sociedad y a la patria son más graves aún, la privan de sus hijos. Los alcohólicos, los ebrios consuetudinarios y aún los bebedores moderados son parásitos, son los zánganos de la colmena social, viven a sus expensas sin darle nada, son seres amorfos camino para el hospital, para la cárcel, para el manicomio. Así como los ebrios son malos padres de familia, son también malos hijos, malos ciudadanos.

Las tres cuartas partes de los crímenes que se cometen hoy día provienen de excesos en la bebida. Sin el maldito elemento blanco, la humanidad sería más pura, más virtuosa, menos cobarde.

Ante semejante abismo en que la humanidad se precipita como en una vorágine, ¿qué debemos hacer? ¿Qué medidas adoptar para contrarrestarla? Mientras el Estado encuentra una fórmula salvadora para sustituir ventajosamente esa renta por otra moral y provechosa a la humanidad, librándose del oprobioso cargo de ser el primer corruptor de la nación, por ser él, quien, para sostener las ruedas del engranaje presupuestario, se ve precisado a poner a la venta pública el veneno más grande que existe para el hombre. Mientras llega el día redentor en que tal estado de cosas cambie, tenemos también un remedio, un dique poderoso para esa corriente desbordada, helo aquí: Digámonos como Masferrer: "No seamos nosotros los autores inmediatos del mal". Sino podemos salvar, no corrompamos. Que cada uno de nosotros se diga: "Que hagan eso los demás, no seré yo quien induzca a nadie al mal, no seré yo jamás quien envilezca a nadie por la pócima maldita: que jamás mi mano se alce, en grata complacencia para brindar a nadie una copa de licor, porque entonces sería yo cómplice del mal. Habrá siempre borrachos, tahúres, rufianes y perversos, pero los habrá sin mi ayuda. Que lo hagan otros, menos yo. Me ocuparé de todo trabajo por pequeño y miserable que sea, pero no explotaré jamás la embriaguez ni la venta de licor; tan sucio dinero no debe entrar en mi caja. Recordaré siempre las tribulaciones, las lágrimas que hay en casa del borracho y recordaré las maldiciones que impetran las víctimas sobre los traficantes que causan su ruina. ¡Qué esa maldición no caiga sobre mí!"

Todos podemos hacer algo por la regeneración social, si cada uno de vosotros hace promesa formal de no contribuir en forma alguna a la propagación y ensanche del vicio. El periodista que desde las columnas de la prensa combate el alcoholismo, enseñando el mal que produce; el médico que muestra al enfermo los peligros que corre; el sacerdote que desde la tribuna santa predica

constantemente sobre sus consecuencias; el maestro, el más santo de los apóstoles que con la enseñanza y el ejemplo va trabajando día por día hasta fijar indeleblemente en el alma infantil lo que significa el alcoholismo y sus consecuencias. Y más que todos juntos, la “mujer”, el pedazo más bello de la humanidad, ella con su dulzura, con su encanto persuasivo, con la constancia que pone cuando quiere conseguir algo, puede hacer inmenso bien, puede influir en el padre, en el hermano, en el marido, en el novio, en el prometido. ¿Qué hombre resistirá la súplica salida del corazón, oída de unos labios amados saturados de esas gotas cristalinas y amargas que se llaman lágrimas y que son la expresión más elocuente de un alma atribulada por el sufrimiento? Ninguno yo os lo aseguro. Ensayadlo. Y, mientras, para terminar, oíd lo que dolorosamente dice “la hija, la madre, la mujer del borracho”.

La hija del borracho

Comienza a vivir y ya recuerda en la penumbra de su existencia, en los borrosos días de su niñez, una sombra de dolor, una cortina de llanto, en los hermosos ojos de su madre, que hacían mucho mal a su almita impoluta de pajarillo indefenso. Más tarde, bien lo recuerda ahora, su corazoncito adolescente palpitaba de ansiedad y de angustia al solo oír los inseguros pasos de un borracho que se acercaba; y más cerca aún en sus recuerdos y eternamente fijos en su mente están los días de desolación y de terror, en que ha tenido que compartir con su desgraciada madre, las injurias, los golpes, los atropellos... en que, con su cuerpecito endeble de niña mal nutrida, ha tenido que formar una valla a la pobre y desventurada autora de sus días. Recuerdos dolorosos y frente a sí: “la orfandad, el deshonor, la calle”.

La madre del borracho

¡Vedla, está ahí! Joven aún: su cuerpo es el de una anciana pálida y macilenta, apenas arrastra el pobre y pesado fardo de su existencia por el camino de la vida. Temblorosa tiende sus manos al cielo pidiendo compasión. Secos están sus ojos de tantas lágrimas tristemente derramadas en el silencio de la noche. Su corazón acongojado solo sabe gemir... ayer no más, y su alma goza al recordarlo, su hijo, ese pedazo de su alma que hoy la hace derramar ríos de llanto, era un muchacho lleno de lozanía; su cuerpo vigoroso y ágil se prestaba a todas las empresas del trabajo; su buena voluntad le hacía ganarse todos los corazones y las mujeres fijaban la vista en él, con agrado.

Hoy, ¡vedle!, asqueroso, harapiento y repugnante, ha perdido hasta la noción de la vida; sus días se deslizan oscuros entre el humo de la taberna fétida que, cual un monstruo gigantesco, se lo va tragando

lenta, pero irremediablemente también y su pobre y desgraciada madre, asiste a esa muerte cruel, más cruel y desgraciada que aquella otra que ataca la parte material del individuo... Allí está la pobrecita esperándolo a la triste luz de una vela... ¿Vendrá? ¡Sí, como todas las noches, ebrio de alcohol, ¡de odio y de ponzoña! ¿Contra quién? ¡Contra ella! Allí está la pobre anciana indefensa y solitaria para resistir atropellos, denuestos, injurias y baldones a cambio de suspiros, sollozos y lágrimas...

La mujer del borracho

No hace mucho se juraron amor en el ara santa, después de haberlo hecho en el santuario de su alma apasionada y ardiente. Pocos fueron los días de felicidad en que eran el uno para el otro; en que dos almas confundidas en un solo ser, tenían un mismo ideal, iguales ensoñaciones y esperaban un mismo porvenir.

Poco a poco, todo fue cambiando, lo que ayer era contento y dicha, ilusiones y amor es hoy penas, desesperación y lágrimas. El vicio maldito que todo lo emponzoña invadió aquel hogar transformándolo totalmente, la botella es ahora la que impone y manda, no valen súplicas, mimos ni cariños. ¿Qué le importa al miserable borracho todo esto? Y mientras tanto, ¿qué queréis que haga la pobre esposa? Joven y abandonada, sino llorar con lágrimas de sangre y de dolor su desgracia, allá en frío lecho solitario. Su corazón acongojado tardará mucho en habituarse a la desolación que la rodea y esperará palpitante y emocionada la vuelta del ingrato... nunca llegará.

Lo que ayer fue una simple distracción, tornóse luego en hábito, para ser después un vicio incorregible y tenaz.

Y lo que para la pobre esposa fue un presagio de tristeza, se ha convertido hoy en positiva y desconsoladora verdad, que lentamente matará la flor de su existencia.

Marcelina Bonilla

El chorro del chiflador*

Todos nuestros pueblos, de igual origen, tienen las mismas tradiciones y leyendas, y así los de esta región están plagados de consejas, cuentos de aparecidos, duendes, cadejos, etc.

Entre la gente campesina, sencilla y creyente de todo aquello que tiene apariencia de misterio, es fácil que se arraiguen prejuicios y que se tenga por cierto lo que no es más que un mito o la fantástica creación de algún soñador.

En los alrededores de Marcala existe una famosa caída de agua llamada El Chiflador (quizá por el potente ruido que producen sus aguas al caer, oyéndose hasta tres kilómetros de distancia, cuando el cielo está despejado) y sobre la que circulan innúmeras consejas y leyendas, quién la cree guarida de duendes y gnomos; quién, morada de espíritus elementarios que aprovechan la primera oportunidad para ponerse en contacto con los mortales y; otros la tienen por el centro o nudo de una serie de excavaciones subterráneas y misteriosas que ponen en comunicación varias cuevas llenas de tesoros fabulosos que nadie ha podido descubrir hasta hoy.

Se asegura también que detrás de la cortina de agua de 70 varas de altura existe un jazminero perpetuamente florecido en una cueva azotada por los vientos impetuosos, así como una planta de ruda, que, como es sabido, es compañera de brujas y aparecidos; se sabe también de dos o tres individuos que incautamente penetraron en dicha cueva y que fueron conducidos por caminos misteriosos y desconocidos a través de laberintos complicados, pasando por lugares bien soleados donde cruzaban sombras de seres fantásticos hablando una lengua incomprensible. Oyéndose solamente sonidos semejantes a susurros, sin haberse podido poner en comunicación con ellos y luego después de atravesar mil tortuosas sendas, llegar a una salida muy distante de aquella por donde penetraron y que, cuando acompañados de personas provistas de lazos y otros artefactos que hubieran servido de señales, quisieron meterse de nuevo dentro de aquellos laberintos, les fue del todo imposible encontrar dicha cueva y menos el lugar por donde misteriosamente salieron.

Personas hay que aseguran haber visto entre los breñales que rodean de malezas el río o a través de lianas vigorosas aparecer de pronto un viejecito de no más medio metro de altura, tocado de

* Carolina del Valle, "El chorro del chiflador", *Alma Latina*, vol. II, n. 27, (15 de febrero, 1933).

enorme sombrero de palma, vestido de chaqueta roja y adornado con una hermosa barba blanca como la nieve, dando saltos inmensos y caminando aceleradamente hasta perderse entre la espesura del follaje, habiéndose repetido dicha aparición más de una vez hasta terminar con la misteriosa desaparición de alguna codiciada hembra entre las rocas y peñascos de El Chiflador a donde se acercó sin compañía alguna, siendo víctima presunta de este diminuto don Juan...

¿De dónde nacieron tales fantasías y cómo se arraigaron de tal modo en la mente de los campesinos sencillos? Misterio...

Cualquier pequeño incidente que muy bien tiene su natural explicación, pero que, por relacionarse con tales sitios aparece ya revestido de ciertos tonos de quimera y fantasía, es suficiente para fortalecer en el ánimo del campesino tan erróneas creencias; así, hace tres años, el desaparecimiento de una chiquilla de cuatro, que acompañada de su hermanita de seis primaveras se quedó descuidadamente a pasar la noche en sus inmediaciones, siendo probablemente devorada por algún pequeño león u otro animal dañino o precipitada en los despeñaderos que bordean las orillas del chorro, fue suficiente para que salieran a relucir todas las viejas leyendas de que ya nadie guardaba memoria.

El hecho de no haber podido apercibir las pobres ropitas de la infeliz criatura y que la hermanita no supiera dar explicación alguna a las múltiples y complicadas preguntas de cuantos la rodeaban sobre el triste paradero de su hermanita menor y el haber quedado ella desde aquel día sumida en honda melancolía y terrible e inexplicable miedo, dieron pábulo a las consejas que salieron a volar multiplicadas hasta lo infinito...

Pero lo único cierto que hay es que El Chiflador es un sitio delicioso para excursiones; que el golpe de vista es magnífico y que el panorama es estupendo; desde las alturas de valle de Paloma viene una corriente de agua mansa y cristalina que se precipita repentinamente de gran altura hacia un lecho profundo, circundado de enormes peñascos, rodeado de una vegetación tropical, donde las lianas vigorosas y diversas forman fantásticos festones de complicado entrelazamiento y majestuosa belleza; el vapor blanquecino que se levanta, la hace visible a larga distancia trayendo una perenne brisa que mantiene en constante frescor sus alrededores. Antigüamente eran muy contadas las personas que lo conocían o que tenían el valor suficiente de arriesgarse entre sus misteriosos alrededores, especialmente el elemento femenino; ahora todo ello va desapareciendo y ese pintoresco lugar se presenta ya despojado de sus sombras y misterios, organizándose frecuentes caravanas de alegres excursionistas que se llegan a sus frescas

orillas en busca de olvido, de aire oxigenado, de curiosidades botánicas o de plantas raras para colecciones o herbarios.

El ojo práctico no ha sabido aprovechar aún esa potente fuerza hidráulica abandonada y transformarla en poderoso impulsor del trabajo fecundo, fuente incansable de riqueza y bienestar.

Carolina del Valle

El peligro de la inocencia*

Es en un caluroso abril y en las playas risueñas del azul y rumoroso mar Pacífico, que, con su ritmo cadencioso y triste, parece adormecernos. Las olas mueren suavemente en un lecho de mullida arena, dejando las ondulaciones de sus huellas sembradas de conchas y caracoles. Las alumnas internas de un aristocrático colegio francés, a la sazón de vacaciones, se encuentran de temporada, tomando baños de mar en aquellas regiones. No lejos del caserío que forma el puerto, se alojan en dos pabellones decentes y cómodos, siempre bajo la vigilancia de sus austeras profesoras, que cual sombra benéfica las siguen por doquier. Sin embargo, dos niñas, amiguitas inseparables, correteando siempre tras las mariposas, suelen alejarse entre el bosque de palmeras o entre los riscos y peñas de la costa.

Un raro contraste entre sus cualidades y aspiraciones no debía unir las tanto, máxime que no son compañeras de curso, pero en cambio, la misma edad (doce años) y el hecho de ser ambas huérfanas de madre desde su nacimiento han hecho de ellas, dos verdaderas camaradas. Carolina y Pastora son por la pureza de su alma dos prístinas gotas de rocío, temblando sobre el cáliz de una flor; la primera, soñadora y romántica sabe extasiarse ante una puesta de sol, arrebatada por las cambiantes tonalidades vespertinas y goza con los encantos de la naturaleza. En sus composiciones se nota siempre un fondo de poesía innata en su alma infantil; la otra, menos pensativa, más bulliciosa y juguetona, parece más un compañero de juegos que una mujer en perspectiva.

Una tarde, después de tomar un sabroso *lunch* a la sombra de los almendros en flor, ambas amiguitas dedicadas a la caza de las bellas mariposas, fueron alejándose del circuito de vigilancia hasta llegar a un enorme depósito de carbón en una rada donde

* Carolina del Valle, "El peligro de la inocencia", *Alma Latina*, vol. III, n. 33, (enero, 1934).

las olas morían apaciblemente sin rumor alguno. Una hermosa lancha de trabajo cargaba grandes bloques del combustible negro para alimentar las máquinas de un soberbio barco francés, anclado a pocas millas del puerto.

Los marinos, ágiles y robustos hacían su trabajo con alegría, cantando en la dulce lengua de Moliere, mientras las chiquillas los contemplaban con entusiasmo, pues educadas en un colegio francés, amaban a Francia, desde los simbólicos colores de su pabellón hasta la suave poesía de sus campiñas, y para demostrárselo, recitaron composiciones en tan dulce idioma, acompañadas de ritmo y cadencia que hicieron suspender el trabajo a los marinos y contemplarlas embelesados, mientras ellas seguían cantando y declamando hasta agotar el repertorio...

El sol comenzaba a descender, una suave brisa movía apenas las velas de la embarcación... la temperatura era fresca y los marinos para compensarlas de sus gracias propusieron a las niñas un paseíto mar adentro, ponderando los encantos del paisaje y las bellezas que allá les esperaban.

No necesitaban tanto para entusiasmarlas. Tomaron a las chiquillas en sus brazos para colocarlas cómodamente en la barca y ya se preparaban a empuñar los remos con mano vigorosa, cuando llegó la hermana mayor de Carolina, que la buscaba sin cesar, la que siempre fue como su madrecita y que la salvó aquel día del peligro a que pudo conducirla su exceso de inocencia.

Carolina del Valle

Carolina del Valle, contesta la epístola nupcial*

A ella:

Bajo la delicadeza de “tu epístola nupcial” y a través del lenguaje sentido y verdadero he descubierto tu alma, oh, tú, que sencilla y modestamente quieres esconderla.

El velo de la tristeza que envuelven tus frases, el sentimiento hondo que las encubre, me hace adivinar asimismo que tienes una hija que, como la mía, será el más sólido eslabón de la cadena que te une a la existencia. Frente al inmenso mar, de cara al cielo, donde

* Carolina del Valle, “Carolina del Valle, contesta la Epístola Nupcial”, *Tegucigalpa*, año XI, s. 92, n. 368, (28 de enero, 1934): 8.

he venido por aliviar mi pena, he repasado tus frases y pienso que lo cierto es todo eso. Cuántos pequeños dramas ignorados por un motivo fútil se han aprisionado entre las blancas o rosadas paredes del hogar. ¿Te sientes un poquito triste ante una nave que emprende el viaje misterioso al reino del ensueño?... Y esto solo por el pensamiento de la inmensidad de ese mar desconocido, lleno de escollos, ¿dónde es tan fácil zozobrar? Oh, amiga dilecta, ¿qué sentirías viendo alejarse de tu lado un pedazo de tu alma, compañera insustituible, para quien era tu postrera palabra al acostarte y la primera al amanecer? La de quien durante veinte años fuiste su sombra, no proyectará ya la suya en parte alguna del hogar, desolado, quedando solamente los pequeños recuerdos diseminados acá y acullá, para reconstruir escenas que llenan el alma de melancolía infinita, de lágrimas que se reabsorben, porque en este siglo de realismo crudo y de sentires moderno es ridículo permitir a los sollozos que traspongan el dintel del convencionalismo.

... El mar de un azul claro, semeja un espejo; las olas mueren mansamente con un susurro que semeja el tierno canto de las madres humildes ante la improvisada cuna del hijito de su amor; las palmeras proyectan sombras, como encajes en la arena movediza y un hondo suspiro pone fin a estas confidencias con el infinito.

Carolina del Valle

Cieneguita, Puerto Cortés, domingo 22 de enero de 1934

Las manos de mi madre*

Mi venida al mundo suprimió de la vida un ser, la preciosa existencia de una mujer todo cerebro, todo corazón; de una mujer que fue gala de la sociedad, orgullo de su familia, ventura y dicha para el ser amado, para el preferido de su alma, jera mi madre!

Así yo, huérfana de ese cariño santo, carente de esas ternuras, he caminado por la senda que me tocó seguir con un dejo de melancolía jamás curado, con una sed de ternura maternal nunca saciada y por eso también he entregado mi alma entera con locura ciega, con amor apasionado y único a esos pedazos de mi vida: mis hijos.

* Carolina del Valle, "Las manos de mi madre", *Tegucigalpa*, s. 109, n. 435, (mayo, 1935): 2.

Con minucioso fervor, con esmero y cariñosa atención me he dedicado a recabar de todas aquellas personas que convivieron con la virtuosa mujer, a quien debo la vida, grandes y pequeños detalles de su vida. Horas de grata recordación pasé cerca de una viejecita amiga, en cuya casa aprendió mi madre los rudimentos de la lectura y escritura y a su feliz memoria debo el conocer muchas anécdotas y no pocos episodios de su vida. Así amo todo lo que la rodeó y por ello el ambiente de Marcala parece guardar algo de su recuerdo, para mí tan grande.

Las personas que de cerca trataron a mi madre me han referido cómo, de los atractivos que hicieron de ella una rara mujer de conversación fluida, amena y simpática, de gracia llena y bondades, pródiga; no olvidarán nunca, por muchos años que hayan transcurrido, la especial belleza de sus manos suaves, mórbidas, con graciosos hoyuelos, acariciadoras y tiernas como la piel de un durazno o la suave epidermis de un infante: bellas manos, hechas para manejar sedas y encajes de Irlanda, de ademanes lentos y acariciadores, con ternura de mujer y perfume de reseda. Aquellas manos sabían lo mismo adornar de perlas un rico traje, confeccionar un soberbio *bouquet* o adormecer suavemente hasta calmar el más recio dolor de un hermano enfermo.

Eran bellas sus manos, era bella su alma, y más bello que todo era su corazón, dulce, tierno y santamente caritativo.

Muy chiquilla aún, siete años a lo sumo, recuerdo los días para mí de fiesta en los que abrían los grandes baúles de mi mamá, para dar un poco de aire y de sol a sus ricos y lindos trajes ahí guardados; ¡cómo me embriagaba con el suave perfume de estorake, violeta y reseda que flotaba en aquellas vistosas telas, entre lindas corbatas, flamantes velos, ricos pañuelos y encajes! Mi espíritu infantil asoció siempre la idea o recuerdo de mi madre, de aquella madre que no vi, más que en sueños, con las suaves emanaciones de sus trajes, de sus encajes, ¡de sus múltiples y variadas cajas de guantes! ¡Creía sentir la forma corporal bajo sus ondulaciones y la finura de sus largos y finos dedos, la tersura de sus manos ducales en la oquedad de sus mitones!

Y muchas veces, al querer expresar lo máximo para mí de un perfume, decía sencillamente: “esto huele a mamá”. ¡Oh, madre mía muy querida, no me olvides, que tu espíritu flote siempre a mi alrededor, trayéndome el suave perfume que evoca en mí el recuerdo dulce de tu nombre!

Carolina del Valle

Día de la Madre

Exposición de industrias nacionales*

La exposición de artículos hondureños es algo que llama la atención, algo nuevo. Y no porque el hondureño sea incapaz de producir algo bueno y digno de atención, sino porque jamás se ha preocupado por darse a conocer ni de sus mismos coterráneos. Y así, ha sido preciso que dos individuos entusiastas que no son hondureños, hayan concebido la feliz idea de iniciar una exposición de industrias hondureñas, que han querido mostrar lo que puede el arte hondureño. Y lo han realizado tan luego como pudieron llevar a cabo su idea, dándole forma tangible. Porque hay que ver lo mucho que cuesta entre nosotros esto.

Siempre hemos visitado con entusiasmo los salones donde se exhiben muestras de lo que produce el país en sus diversos aspectos, recogiendo opiniones, comparando y observando. De la actual exposición de industrias nacionales, dejaremos aparte la industria nacional en lo que concierne a la parte puramente comercial o económica, sin que por ello dejemos de admirarla, para ocuparnos de dos secciones: los bordados y artículos de mano de Toñita Fuentes y las pinturas y modelado de Teresa Fortín. Ambas mujeres, hondureñas y artistas han llevado a los salones de la exposición la nota de la belleza, el matiz especial de algo que no se apreciaba en su valor metálico, sino en el valor artístico y cualitativo, un sello especial, por decirlo así, y un exponente de lo que produce el país por las manos de sus mujeres. La obra hecha a mano es altamente apreciada en otros países, se busca y se paga bien. Entre nosotros, apenas si basta su producto para cubrir el costo.

Por eso admiramos mucho las obras de Teresita Fortín, artista silenciosa que quedamente va bordando con sus pinceles poemas de belleza; de cuyas manos sale el barro transformado en bustos, estatuas, imágenes, sin que se imagine jamás sacar de su producto el valor del material invertido, ni el tiempo gastado.

Las labores de malla, los finos y delicados crochets de Toñita Fuentes, sus flores y sus pinturas que embellecen el salón bajo la luminosidad de sus focos discretamente distribuidos, hacen pensar en el tiempo y combinaciones que invirtió, en mil detalles nimios al parecer, pero que son el producto de muchas horas de labor, que otras mujeres invertirían en fiestas y saraos. Y, sin embargo, faltan en esa exposición muchos productos de manos de mujeres; queríamos ver más flores, muchas, muchas, que

* Carolina del Valle, "Exposición de Industrias Nacionales", *Tegucigalpa*, s. 116, n. 461, (noviembre, 1935): 20.

festonaran las paredes en guirnaldas multicolores e interminables, embelleciéndolos más y más.

Carolina del Valle

18 de octubre de 1935

Ante la imagen del Nazareno de Comayagua*

¡Bella y doliente imagen, ante cuya efigie han desfilado todos los dolores de la humanidad!

¡Tú que resumes el amor más puro y más grande, y que te ofrendas en holocausto sublime por las faltas que nunca cometiste! ¡Qué llevas prendidas en tus pupilas, como en un raro espejo, la agonía cruel y palpitante que a tu cuerpo divino hizo sentir la humanidad inicua y pecadora!

¡Cuyos ojos únicos atraen las almas con misterioso magnetismo para sumergirlas en el piélago insondable de su misericordia ultraterrena!

Y cuyo dolor inmenso, infinito, indescriptible, se refleja en el rictus doloroso y amargo de tu boca sedienta y angustiada, ¡con laceraciones de acerbo y tormentoso quebranto!

¡Ved mi alma, mi pobre almita trémula y palpitante ante el ara santa, ¡en homenaje de humildad! Vedla humillada, temblorosa de sus lacras, ¡ante el soberano dolor que te acongoja! ¡Recíbela, tómala, quémala como incienso pobre, que se transforme por el sacrificio en sutil y perfumado copo de humo y torne a la tierra a envolver en sus azuladas nubes a los seres tiernamente amados de mi corazón!...

Carolina del Valle

Comayagua, 1929

* Carolina del Valle, "Ante la imagen del Nazareno de Comayagua", *Alma Latina*, vol. IV, n. 48, (junio, 1935): 18.

Perdidos entre las sombras de la noche*

Era un pueblecito ideal, dotado de un clima suave en el que jamás la temperatura se elevó más allá de los 20 grados, se gozaba en él, puede decirse de una primavera perpetua. Visto de las pequeñas alturas que lo rodeaban, semejaba al caer de la tarde, un jardincito misterioso, dorado por los postreros rayos del sol, que se perdía entre las sombras de la noche, las puestas del astro rey eran ahí sencillamente admirables.

¡Más de un vate soñador se inspiró en aquellos atardeceres, consagrándoles sentidas estrofas...! Rodeado de huertos y jardines primorosos en el interior de sus casitas: ¡emanaba un vaho de jazmines florecidos, de limonarias, nardos y azucenas! ¡Cuan bellas tardes he admirado en ese rinconcito, perdido ya en las lejanías del pasado!

“xx” es una pequeña ciudad perdida entre las serranías hondureñas, entre pinares, encinos y bosquecitos de olivos. En sus pintorescos alrededores hay parajes de un encanto paradisiaco que yo gozaba en recoger... Viví los mejores años de mi vida en aquel apartado rinconcito, enamorada de sus flores y de sus habitantes, y así pude apreciar y convivir los acontecimientos que relato:

Era yo amiga verdadera de una distinguida familia del pueblecito, compuesta de una señora viuda en lo mejor de la edad, pues contaría 36 años en aquella época. Doña Consuelo Rivera unía a su inteligencia privilegiada un talento claro y una gran facilidad de expresión con unos modales distinguidos, que hacían que su sociedad fuese buscada y era altamente estimada por cuantos llegaban a aquel lugar. De una gran caridad y positiva buena educación, era, por decirlo así, uno de esos astros refulgentes, que, conscientes de la luz que irradian, procuran iluminar todas las sombras, y así ella gozaba sencillamente en sus veladas al darse enteramente a sus oyentes. Tenía una hija admirable, rayo de luz que todo lo alumbraba; llamábase Luz Diamantina y jamás criatura alguna ostentó un nombre mejor puesto: irradiaba luz, iluminaba las sombras difundiendo claridad. Era el orgullo y la adoración de doña Consuelo, que había forjado aquel ser excepcional bajo la influencia de su personalidad, compenetrándose de tal manera con ella que, a veces, al calor de una conversación, nadie sabía de cuál de los dos cerebros había brotado la primera chispa de una idea: pensaban y sentían al unísono.

* Carolina del Valle, “Perdido entre las sombras de la noche”, *Alma Latina*, año IV, n. 51, (septiembre-octubre, 1935): 3.

Contaba Luz en aquella época 12 años y era admirable el gran desarrollo psíquico; era muy simpática, muy dulce y muy sensible, y sus grandes ojos serenos y pensativos reflejaban las profundidades de su alma cultivada con esmero y poseía una gracia tan exquisita que la hacía irresistible. La vi crecer y desarrollarse, transformándose en una soberbia flor primaveral de peregrino encanto. No se le conocía novio, aunque los mejores jóvenes del lugar se desvivían por ella. Entre estos, había uno de 25 años llamado Mario Escalante, simpático y de gallarda presencia, asiduo visitante de la casa, que se había captado las simpatías de doña Consuelo, quien, más que de su exterior, se había fijado en sus raros dotes interiores: hijo de una familia pobre, logró abrirse paso en la vida por su propio esfuerzo estudiando y mejorando cada día su ser hasta haber logrado alcanzar una posición que muchos le envidiaban.

Si todos se sentían atraídos por las radiosidades de la espiritual Lucita, alma en flor, que todo lo perfumaba, ¿qué extraño fuera que Mario, joven sensible, en el albor juvenil, no pudiese sustraerse a sus múltiples encantos? Y fue así, presa para siempre en las sutiles redes que a veces teje el más travieso de los diosecillos, se viera envuelto, indefenso, sin voluntad para resistir, sin fuerzas para librarse, se abandonara en tan peligrosas mallas, ¡sin prever lo que el futuro le reservaba de amargo y cruel!

¡Todo su ser temblaba en su presencia, vibrando de emoción intensa si ella fijaba por un momento aquellos ojazos en las trémulas pupilas del enamorado joven, que vivía para ella solamente! Trabajando todo el día en una gran casa, esperaba ansioso la hora de la liberación, para disfrutar de media hora de éxtasis en el cálido saloncito, donde entre jazmines, orquídeas y lirios de montaña, recibía doña Consuelo a sus amistades.

Estaba dotado Mario de nobles y grandes cualidades y poseía un alma exquisita y sensible; pero conocía asimismo su posición humilde y la imposibilidad de llegar algún día a realizar sus sueños de amor. Así, sentíase feliz con la cordialidad que le demostraban en casa y las tardes en que era admitido al paseo vespertino, realizaba su máximo de dicha. Pasó algún tiempo, dos o tres años, es decir, el suficiente para que este amor se convirtiera para Mario en la pasión de su vida.

El corazón de la ideal muchachita despertó por fin... Pero no para Mario, a quien solo consagraba una profunda y leal amistad. Despertó, como despiertan las flores a los rayos del sol; como despierta la aurora a la luz que disipa las tinieblas de la noche...

El elegido de su corazón era digno de ella: soñador y romántico, culto y distinguido y de un positivo mérito intelectual y moral; subyugó para siempre aquel corazoncito virginal con una pasión rara. Mario lo comprendió así, vio que su alma y su vida estaban rotas para siempre, como esas grandes y majestuosas aves a quienes una cruel bala homicida quiebra las alas totalmente... ¡sintióse morir y deseó morir!

Una noche cálida, saturada de perfumes en el interior y de estrellas afuera, se conversaba con animación en el saloncito de las orquídeas y jazmines. Lucita, emocionada hablaba del amado de su corazón con ese acento inimitable que pone en nuestros labios un afecto bien sentido y ¡ay! También con la imprevisión de la juventud. Mario estaba presente: yo lo veía palidecer intensamente y, de cuando en cuando, leves sacudidas nerviosas recorrían su cuerpo; adiviné la lucha horrible que en aquella alma se libraba, tuve una piedad infinita por aquel desgraciado y... Pretextando un llamamiento urgente a la ingenua muchachita, que hacía el papel de asesino, me la llevé a casa de unas tías vecinas...

Quedaron frente a frente doña Consuelo y Mario; el silencio, un tanto penoso, fue interrumpido por una explosión de honda pena, contenida en aquel pobre corazón. Cálidamente, con frases de una ternura infinita, de una tristeza inenarrable, fue desahogando aquel dolor que lo mataba y sus frases era saetas punzantes ante el corazón de la buena señora que, por vez primera, se encontraba ante una pena a la que no hallaba consuelo... Aquel sufrimiento era más fuerte que la muerte, más hondo y más solemne que la eternidad... Apenas emocionada, pudo balbucir el bosquejo de una nueva orientación a aquella vida que se quebraba, cual las raíces del árbol al vigoroso empuje del huracán. Si la oía, no pareció demostrarlo; pálido, desencajado y tembloroso, con mohín de desesperación y rictus de amargura, abandonó silenciosamente la estancia perfumada, perdiéndose en la oscuridad...

¿Qué súbito impulso movió a doña Consuelo a seguirlo tras la verja del jardín que circundaba la casa? ¿El destino, la suerte, el instinto? Sigilosamente llégose a él; entre la densa noche apenas disipada por la triste palidez de los luceros rutilantes, frente al balcón que limitaba la alcoba de Lucita, Mario, apoyada la ardorosa frente en la yedra que adornaba aquellos muros, sollozaba desconsoladamente... De pronto, algo insólito cruzó por su mente, pues, rápido, con movimiento automático de quien busca la liberación suprema, apoyó el cañón frío de una Colt a su cráneo centellante... El disparo no salió, pues doña Consuelo que lo preveía, pudo evitarlo a tiempo; con un movimiento más veloz que el pensamiento. Y, frente a él, en la oscuridad de la noche silenciosa, con exquisito tacto derramó en aquella alma destrozada

por el dolor, el suave néctar del consuelo.... ¿Entendió Mario sus palabras? ¡Solo Dios lo sabe! Prometió sí, no ser un desertor de la vida, ante el cielo, triste como su alma, diciendo: “si mi vida, que nada significa, sirve para no interrumpir la dicha de Luz, a quien amo tanto, para no ocasionarle un sinsabor, viviré, sí, viviré, ya que usted me lo manda”.

¡Alejose, dando traspiés en la inmensa oscuridad y jamás volvimos a saber una palabra de aquel pobre y atormentado corazón que se perdió para siempre en las espesas sombras!

Carolina del Valle

La tarde de un domingo*

Una suave atmósfera de paz y sosiego envuelve la ciudad en esta maravillosa tarde del florido mayo; a ratos, a medida que el sol quiere, la baña en el sutil polvo de oro de su cabellera.

Mariposas bulliciosas y multicolores, grandes pájaros de luz, muñequitas de laca, figulinas de blanca porcelana, siluetas de nácar, marfil y rosa que corren, saltan, juegan y cantan, lloran y ríen... tal semeja el núcleo de opuestos Adanes y preciosas Evas que llenan el hermoso parque La Concordia, frente al estanque, reflejándose en la quietud de sus aguas verdosas las caritas de ángel llenas de candor y de misterio; bajo el cálido abrigo de sus florecidas glorietas, otras, alegres saltan y gritan, en tanto las chiquillas, reinas del mañana, lucen la cascada de sus ricitos de oro, de ébano o de trigal en flor por las avenidas y callejuelas. Preciosos bebés, lindos retoños de amor, acunados en el regazo materno disfrutan del aire puro entre mimos y cuidados.

Y en tanto, mi Regina, dentro de su trajecito color de la rosa de su piel, reparte sonrisitas de afecto y adioses de cariño entre el grupo de sus numerosos admiradores. Muñequita versallesca escapada de un bazar suntuoso y a ratos diminuta mujercita; goza con las flores, con los patos y con las casitas reflejadas en el estanque y solo se reviste de seriedad frente a la estela imitando el raro gesto de las máscaras de piedra, al enseñar la lengua.

Faltan en esta regia colección, el garbo gentil de la incomparable Florencia Suárez y la apostura de Dominguito Vásquez, la medieval

* Carolina del Valle, “La tarde del domingo”, *Tegucigalpa*, s. 123, n. 491, (junio, 1936): 3.

belleza de Rina Antonutti y la inquietud constante de mi predilecto amiguito Fernando Humberto Gómez, así como faltaba Matilde Bonilla y su inseparable amiguita Marianela Durón, seguidas de la silueta de las niñeras afanosas; tampoco estaba la linda Merceditas Callejas y sus primitos Larios llenando el parque con el cascabeleo de sus risas y la alegría de sus charlas.

¡Qué bello marco para los niños ciudadanos es la policromía artística de nuestro hermoso parque!

¡Cómo lucen ellos, que son grandes flores de luz, pájaros con alma, traviesos y gentiles diosecillos en la quietud y calma de esta tarde maravillosa!

Carolina del Valle

La Concordia, domingo 17 de mayo de 1936

La ilusión de la muñeca*

¿Quién de niño no ha tenido una ilusión frustrada? Algo que, acariciado durante mucho tiempo hasta llegar a convertirse en una obsesión, termina por ser el primer desencanto sufrido, la primera decepción entre las muchas que la vida le guarda. ¡Y cómo se recuerda esa amargura, cómo surge entre las nebulosidades del pasado, destacándose con formas claras y precisas entre mil y mil otras aquella que precisamente hirió nuestra íntima sensibilidad! Así, yo también tuve de pequeña, una ilusión no realizada y fue la primera espina entre las mil que la vida me tenía en reserva:

Era el año de la disolución o ruptura del pacto que formó la histórica República Mayor de Centroamérica; estudiábamos en un afamado colegio francés de León; mi padre vino a firmar el documento decisivo a Amapala y nos trajo consigo; tenía yo a la sazón once años y aunque ya cursaba el primer año de estudios de magisterio, mi alma de niña no había perdido ninguno de los encantos de la primera infancia y entre las cosas que adoraba, figuraban las muñecas, por las que guardaba un culto especial. En una de nuestras salidas llegamos a la casa Rossner y lo primero que mis ojos vieron fue el más soberbio ejemplar de muñeca en

* Carolina del Valle, "La ilusión de la muñeca", *Tegucigalpa*, s. 131, n. 523, (enero, 1937): 15.

una vitrina, en una caja suntuosa, con crenchas rubias que semejaban hebras de sol; lindos ojos azules como el mar o como el cielo; unos dientecitos de maravilla en una regia boquita; todo ello, completando la belleza espléndida de una muñeca que lucía orgullosa la magnificencia de un rico traje de terciopelo rojo, recamado de vistosas lentejuelas; primorosamente calzados los piecitos de reina, fue para mí algo fantástico y soñado, la suprema ilusión de mi vida.

¿Su precio? ¡Cien pesos, ni uno más, ni uno menos! ¡Dios Santo! ¿Cómo adquirirla? Largo rato la tuve en mis manos, en devota contemplación y tras de un minucioso registro, noté que tenía el dedo de la mano izquierda roto, era un pequeño defectillo que solo bajó su precio a noventa pesos, contantes.

Suavemente, entre mimos y caricias acérqueme a mi padre para ponerlo en autos de mi fantástico deseo, ponderándole hasta la exageración los mil detalles de su singular belleza; lo muy feliz que me haría su posesión y esperé, esperé un milagro, que no otra cosa podría esperar.

Regresó mi padre al mediodía y al verme, dijo: Ya vi la muñeca. No lo dejé terminar, corrí a colgarme de su cuello, esperando anhelosa la conclusión de la frase que resolvería la dicha de mi vida... Me sentó en sus rodillas y después de acariciarme muy tiernamente, como él solía hacerlo, me dijo con su suave voz, que se tornaba opaca al emocionarse: ¡Óyeme bien, hija y pon tu inteligencia en juego! La muñeca es linda y como tú dices, haría tu dicha; tiene las bellezas que me has contado; pero, hija mía, vale mucho dinero; créeme que si me fuera posible, te la compraría enseguida, sabiendo que gustas de ella; piensa que semejante gasto desequilibraría horriblemente mi presupuesto y tú tienes suficiente talento para darte cuenta; me apena sobremanera no poder hacerlo; y me miró con aquella rara manera de mirar hasta el fondo del alma, escrudiñando los sentimientos.

Incliné la cabeza y dos enormes lágrimas rodaron por mis mejillas yendo a humedecer las manos de mi padre... Ni una palabra más se cruzó; yo sabía que era asunto terminado y desde ese momento comencé a sufrir horriblemente. La ilusión de aquella muñeca no me dejaba comer en paz y mucho menos dormir, pues tan pronto como cerraba los ojos, ella, la ilusión empezaba su danza en torno mío, tomando diversas posiciones; la veía alargarme sus bracitos de porcelana y brindarme sus sonrisas. ¡Fue una obsesión!

Antes de embarcarnos, mi padre me entregó una caja conteniendo tres muñecas pequeñas que deben haber sido muy lindas, pero a

las que no pude querer y, mientras la lancha se balanceaba camino del vapor que esperaba nuestra llegada, yo me incliné sobre la borda y con la caja de mis tres muñecas, abierta, dejé correr mis lágrimas de niña ante la muerte de mi primera ilusión.

Carolina del Valle

A la sombra de un roble secular*

Para Adán Bonilla Contreras

Allá donde los naranjos florecen sin cesar y su perfume satura el ambiente; en la falda de un cerro pintoresco, donde a la melodía del viento, entre los pinos, responde el susurro acompasado del río burbujeante que se desliza con mansedumbre entre juncos y cañas florecidas, vive un robusto roble secular, añoso, de profundas raíces y hermosas ramas de espeso follaje, testigo mudo de las escenas más variadas que a su sombra se han sucedido por años y años...

Siempre en agosto, para el día en que celebramos al Salvador del Mundo, un nuevo hálito vital parecía recorrer sus viejas células... mucha limpieza a su alrededor, espesa y suave alfombra verde emparejando las salientes de sus viejas raíces, hacían más cordialmente acogedor aquel rincón escogido de antaño para citas, reuniones, fiestas campestres, horas de ensueño y de bienestar.

De la cercana y amplia cocina comenzaba a subir el suave olorillo de ricas viandas, apetitosas y abundantes que con largueza de gran señor disponía el anfitrión para obsequiar a sus visitantes. ¡Inolvidable el 6 de agosto! ¡Cómo vive tu recuerdo en muchos corazones que jamás te olvidarán!

La casa grande, bien adornada, olía a fiesta. Por todos sus rincones flores en rica profusión embriagando el aire; ahí los valiosos jazmines del cabo y las bellas rosas de Francia se cortaban en grandes canastos y tapizaban paredes, mesas, corredores, pilares y puertas... hasta que materialmente no había donde colocar tanta flor. En alegres caravanas comenzaban a llegar los visitantes desde muy temprano, generalmente a pie, ya que la

* Carolina del Valle, "A la sombra de un roble secular", *Tegucigalpa*, s. 165, n. 657, (agosto, 1939): 21.

residencia del señor del Día, Salvador H. Bonilla, solo dista dos kilómetros escasos de la población.

Al eco de las risas responde el de la música; al descorchamiento de las botellas, el de los ruidos especiales de los fogones en función; porque este día, como en las bodas de Camacho, las marmitas apenas contenían los pavos y demás volátiles sacrificados. Bajo la sombra del añoso y querido viejo roble y sobre la suave alfombra comienzan a extenderse los vistosos manteles y en grandes círculos los comensales acomodados esperaban entre carcajadas la llegada de los humeantes azafates y pesadas bandejas colmadas de ricos manjares...

Después del banquete, la chiquillería bulliciosa, la primera en levantarse, comenzaba a iniciar diversos juegos, mientras los grandes, dejando lejos la seriedad, se entregaban a variados entretenimientos: cantos, recitaciones, juegos de prendas, tiros al blanco, etc., en tanto las horas pasaban inolvidables, únicas en aquel rinconcito acogedor. Nadie olvidará la gentileza y señorío de don Salvador H. Bonilla para recibir y atender a sus visitantes, entonces y siempre.

Pero parece que, con su muerte, todo murió ahí; solo ha quedado impertérrito, desafiando el tiempo, el viejo roble secular que vivió nuestra alegría, que gozó nuestra dicha y hoy añora las horas que pasaron a su sombra, las canciones de amor que rimaron frente a su tronco rugoso, las tardes que huyeron para siempre...

¡Oh, viejo y querido roble secular!

Carolina del Valle

La avenida de los poetas*

La arteria principal de la Villa de Concepción, antaño, hoy la populosa y pujante ciudad de Comayagüela —hermanita de la señorial ciudad del Cerro de Plata— que canta bellamente el ilustre cubano José Joaquín Palma en sonoras estrofas de amor y gratitud, a la que fue el remanso de tranquilidad en su agitada vida, es una ancha cinta que va del más antiguo de los puentes que sobre el Río Grande duerme su sueño de siglos hacia el otro. El Guacerique, de

* Comité de festejos de la Feria de Concepción de Comayagüela, *Certamen literario*, (1950), 96.

cuya límpida corriente nuestras abuelas hacían traer el apetecido e indispensable líquido en grandes tinajas o cantaritos rojos de Ojojona cada mañana, siendo condición expresa recogerla del medio de la corriente.

Siempre fue esta hermosa calle la parte vital hacia donde convergían inquietudes e intereses de las aldeas y villorrios circunvecinos. Y si bien, a veces, un cruel invierno arrollaba en su furia los puentecillos sobre las aguas de su río los ediles de la Villa —interrumpiendo el ir y venir de sus gentes— pronto tendían uno nuevo y vivían así, reparándolo, mudándolo y reforzándolo con sobra de voluntad y escasez de tecnicismo. Hasta que, a fines del siglo pasado, un ilustre hijo de Tegucigalpa a la sazón, gobernante de Honduras, al construir para los indios de Comayagüela el sólido puente de mampostería, que por más de cincuenta años soportó impertérrito todo el tráfico del sur, desafió las correntadas de las crecidas aguas del río y calmó plenamente las inquietudes de sus hijos. ¡Loor a su solidez jamás desmentida! ¡Loor a su firmeza de granito inmóvil! ¡Loor a los mil servicios prestados!

Entre estos dos puentes, la hermosa calzada, la Calle Real —ancha, empedrada a la usanza española— convirtiéndose en arteria de vida, en paseo dominical de las bellas capitalinas y quienes en pintorescos grupos desafiaban hacia Guacerique. La explanada de su nombre cubierta de grama natural fue el lugar de cita de las bellas que, de su pequeña altura, galerías al sol de su primitivo estudio, contemplaban, admiraban y premiaban las proezas épicas de los gallardos mancebos de días de feria. Sirvió también de marco a lucidas pruebas de jinetes en hermosos alazanes o blancos potros de brillantes crines y soberbia alzada.

En aquella lejana época en que se desconocía el ruidoso estruendo de artefactos motorizados, los señores capitalinos dedicaban muchas horas de su vida al lujo y sorberse los vientos; jinetes en briosos y bien cuidados caballos, hacían resonar sus herrados cascos por la hermosa calzada de Guacerique. Más de media docena de hermosas cabezas asomaban por las ventanas, para corresponder con un gracioso ademán al entusiasta saludo. Años mas tarde, manos pródigas sembraron con entusiasmo y cariño, regular número de gravileas (muy de moda a la sazón), que en poco tiempo elevaron sus verdes cumbres en busca de sol, sombreando la avenida, refrescando el ambiente y proporcionando suavidad y descanso a los ojos cansados. Ya los faroles de gas habían sido reemplazados por los modernos focos de luz eléctrica. Si los romances vividos entre parpadeos de sombra y claridad escribieron instantes de dicha entre los mejores recuerdos de nuestros antepasados, a la sombra protectora del verde follaje —bajo la suavidad lunar o la difusa luz eléctrica— se bordaron

también fantásticos idilios y se vivieron horas plenas de alegría y solaz. En los balcones perfumados de claveles y jazmines sonaban dulcemente los arpeggios que manos maestras arrancaban a las guitarras y mandolinas. Los enamorados se sentían ampliamente recompensados si algún pequeño indicio, como la discreta luz filtrándose por la rendija indicadora de vigilia, bastaba al empeño de llevar cuando la quietud envolvía el ambiente de la coquetona ciudad, un destello de esperanza a los corazones apasionados.

Por las mañanas lucían sus auténticas indias, el aire garboso de su andar zandunguero, ofrece frutas frescas, verduras húmedas de rocío, cuajada tierna y suave mantequilla. Salan al titilar de los últimos luceros para entrar muy de mañanita, y la Calle Real se llenaba del alegre rumor de sus sabrosas charlas, picarescas a ratos y siempre alegres. Interminable fila de borriquillos, o fuertes caballos, seguidos del peculiar chirrido de campesinas carretas invadían la calle, “lea, compre la leña, patrona”. En tanto que, envueltas coquetonamente en chales de seda, de brocado o de crespón, las niñas de Tegucigalpa en grupos —chaperoneadas por alguna tía o pariente mayor— madrugaban también a Guacerique para tomar leche caliente al pie de la vaca, tan saludable al decir.

Y así, la vida diaria se desarrollaba en torno la gran arteria entre dos puentes, a la sombra de sus naranjos en flor. Cerca del puentecito de Guacerique, suaves idilios llenaron una vida. Bajo los arcos de ese puente se tomaban los mejores baños, llenos de sol, en plena naturaleza.

Alguien llamó a esta hermosa calle tan llena de colorido y de recuerdos “La avenida de los poetas” y a fe que jamás un nombre encajó mejor. “La avenida de los poetas”, mejor que Calle Real, calle de Guacerique o el muy prosaico “Segunda Avenida”. Nombre de recuerdos: Juan Ramón Molina, el amado del pueblo, gran señor de la pluma y del estilo —insigne cantor del Río Grande— “sacude amado río tu clara cabellera”... para no citar más que uno de sus incomparables poemas. Vió la primera luz de la vida en una humilde casita de la Calle Real, allí por Guacerique, a fines del siglo pasado. Luis Andrés Zúniga, gran fabulista, el poeta dos veces laureado, vino a esta Comayagüela también en la Calle Real. Este gran señor de las letras, cuyas Águilas Conquistadoras” se adueñaron de la juventud en vuelco de entusiasmo, vive aún rodeado de libros de versos y de recuerdos; y, como vive aun honrando la patria, el autor de “Jazmines del Cabo”, es otro ilustre hijo de Comayagüela que nació asimismo en la Calle Real. Los hermanos Rómulo y Valentín Durón, escritores de mérito, ambos, nacieron en la Calle Real de Comayagüela. Y en esa misma calle nació el recio escritor Guillermo Bustillo Reina, cuyos hermosos versos hemos gustado ampliamente.

La cuna de seis portaliras sobresalientes, (por no citar más), se meció en esa vía, en esa hermosa calle de alegre pasado e interesante futuro; de esa calle que resonó al paso marcial de ejércitos vencedores en su entrada de triunfo, que acogió a los patriotas vocingleros y creyentes en días de fiesta.

Hermosa calle que conservas en tu ayer el eco de jornadas de civismo y de entereza, el recuerdo de grandes acontecimientos patrios, ya que Morazán mismo entró por ella en su regreso de “La Trinidad”, vive para siempre como la inmortal “AVENIDA DE LOS POETAS”.

A principios del siglo que corremos de esta vida, a veces inútil, otras, de mediana importancia y algunas raras, por cierto de utilidad verdadera, la existencia de los habitantes de Tegucigalpa y Comayagüela —dos entidades con su propia y característica personalidad— se deslizaba en una paz y sosiego, igual a aquella que, con palabras maestras nos describe el poeta francés en su pintoresca presentación de Quiquendone el pueblecillo apacible en su novelita “UN CAPRICHIO DEL DR. OX”.

En la época que me estoy refriendo, 50 años atrás, que a veces parece tan lejana y nebulosa, como visión de sueños, las tardes de los domingos tenían un encanto especial. Encanto que, para saborearlo, se necesita recordar la carencia absoluta de toda distracción. El cine era casi desconocido, pues a excepción de algunas vistas fijas con las que se obsequiaba al pueblo en las grandes festividades patrias y que atraían al parque Morazán aquella multitud vida, no había nada más. A veces llegaban unas pobres compañías de acróbatas o empresas y grupos de representaciones teatrales de escasa importancia; pero que, interrumpiendo la diaria monotonía de la vida, entretenían a los habitantes de la vida, de la ciudad y servían de tema obligado de conversaciones durante muchos días.

Las casas de las personas acomodadas se ubicaban naturalmente en la Calle Real, ¡ya que puede decirse que Comayagüela era únicamente desde el Puente Mallol! Hasta la iglesia y parque La Libertad, reputándose el resto como efectivamente era, pobres barriadas de indios de La Cuesta, quienes más tarde fueron emigrando hacia las aldeas y caseríos vecinos. Pues bien, en general, estas casas mantenían sus puertas cerradas, contentándose con abrir el portón o zaguán tempranito de la mañanita para el acarreo del agua y la salida del caballo o mula que el señor mantenía en caballeriza y demás menesteres propios de la vida diaria. Las niñas de la casa salían muy raramente, con excepción de las asistentes al Colegio de Señoritas que funcionaba del otro lado del puente Mallol; era desconocido asimismo el empleo de mujeres en las oficinas del

gobierno, que particulares no las había. Se contaba raramente alguna empleada del ramo de comunicaciones Eléctricas, tras el aparato receptor transmisor de mensajes. Hacia las cuatro de la tarde de aquellos domingos, comenzaban las niñas a arreglarse lo mejor que podían para sentarse en sendas mecedoras o sillitas de junco; abrir de paren par las puertas de la casa, con los negros cabellos sueltos y alguna flor prendida en ellos, esperando la pasada de las señoritas de Tegucigalpa qué en regocijados grupos se dirigían hacia el paseo de Guacerique —elevación cubierta de grama a ambos lados de la hermosa avenida— luciendo hermosos trajes de última moda y alegres sombreros o lujosos chales de seda.

Cerca del histórico puente de Guacerique, ya los galanes de la época rondaban esperándolas y aunque llegasen muy acompañadas de sus dueñas o chaperonas, siempre había sitio para las miralas furtivas; las conversaciones de ojoso la interpretación de suspiros y palabras que no llegaban a pronunciarse y que sabían a gloria en aquellas tardes maravillosas e inolvidables.

¡Calzada de Guacerique, avenida de los poetas! ¡Cuántos romances bordaron en tus bellos atardeceres, cuántas ilusiones nacieron bajo tu cielo y cuántos corazones, palpitantes de dicha sorbieron con deleite tus brisas bajo el fresco verdor de tus hermosos árboles susurrantes y trémulos!...

Y cuántos viejos corazones palpitaron al evocar aquellos días tan lejanos, tan amados, tan inolvidables...

Un solo puente, el macizo puente Mallol, alrededor de cuya construcción sobraban las consejas y leyendas, unía la más hermosa avenida de Comayagüela con la colonial Tegucigalpa, y como todo entraba por dicha vía y todo salía también por ella, participaba en todos los acontecimientos de mayor realce que en ella se sucedían. Así en las fiestas patrias era imponente y solemne el tradicional “PASEO DE LA BANDERA” al compás de fanfarrias militares y alegrísimos “Pasos Dobles” nuestra insignia gloriosa gallardamente tremolada muy en alto, en las manos de hombres que orgullosamente la portaban. Nuestra hermosa avenida era prolijamente decorada desde muy temprano: lujosas cortinas y bellas guirnaldas floridas daban la nota del colorido; el ambiente crepitaba de rumores y músicas en espera del anhelado instante del paso triunfal de la Bandera augusta, de la Bandera santa. Todos los corazones se hinchaban de entusiasmo en un solo grito de amor y las miradas húmedas se fijaban amorosamente en sus benditos pliegues.

Las fiestas religiosas, tan típicas, tan criollas, tan nuestras, vivieron así mismos días de ventura en la arteria principal de la antigua Villa de Concepción. En ella, lucieron más que nunca los más raros disfraces de indios en la fiesta guadalupana del 12 de diciembre, ya que antes de hoy, se organizaba la solemne procesión de la Patrona de los indios en la propia Calle Real siendo el lugar de cita la residencia de una de sus principales familias, la de doña Aurelia de Reina, a cuyo alrededor giraba el festival en torno a la milagrosa imagen que apareció a Juan Diego en los campos mexicanos. La calle se tornaba pequeña para contener los centenares y miles de chiquillos, y también de grandecitos metidos dentro de los más novedosos disfraces, simulando todas las razas. Desde muy temprano lucían en un constante ir y venir, arremolinados e inquietos, bulliciosos y alegres durante varias horas.

Otras veces, a la solemne quietud cotidiana reemplazaba el inquietante rumor de voces que se llamaban para comunicar, para el caso, que el Sr. jefe de Estado regresaría esa tarde de una larga gira por diferentes pueblos del país y eso era todo: el eco de cascos herrados arrancando chispas del empedrado en un inmenso ajetreo y de preparación para ir a la encontrada o “tope” llenaba la calle. Cada uno ansiaba ser de la comitiva y había un verdadero pugilato en la escogencia de las mejores bestias para lucir las habilidades. Por cierto, que gran número de ellos lo hacían por espíritu de imitación, por curiosidad, por aparecer en el grupo que conocía al Sr. presidente de la República o simplemente por no tener otra cosa que hacer, que, para el caso, es lo mismo. Hacían el trayecto en grupos que poco a poco iban engrosándose por el camino adelante, ya descansando a la magnífica sombra de los robles gigantescos, a la vera de algún murmurante arroyuelo para darse a veces también una zambullida en sus cristalinas aguas.

Generalmente, por la tarde, el rumor siempre en aumento anunciaba la entrada del personaje; la ancha avenida cobraba vida nueva llena de alegría, de colorido y de vividas emociones y era de ver el caracolear de los caballos con las crines tendidas al viento, el resoplido de los nobles brutos en afán de superación, el porte erguido de sus jinetes, machete y pistola al cinto, conteniendo apenas las riendas de los briosos corceles para mantener el orden y lucimiento de aquel aparatoso desfile. Indudablemente, eran muy lucidas esas maneras de salir a recibir a quien regresaba de una larga y fatigosa caminata que durante muchos días agotara o pusiera a prueba su resistencia fisiológica mas que todo, tras de varias semanas de caminar a lomo de mula por aquellos barrancos hondonadas, lodazales, etc. Esos eran los caminos de Honduras a fines del siglo pasado y comienzos del presente; ir a Olancho y recorrer su extenso territorio de un extremo a otro podría

bien calificarse de empresa de romanos. Si a esto se le añade la dificultad de alojamiento apropiado, alimentación que saliera del criollo plátano macho cocido o asado, y el tasajo olanchano chorreando grasa, que si bien es muy apetitoso para comerlo de cuando en cuando, no es lo mismo si muchos días seguidos no se dispone de otro alimento.

Así podemos decir que tales entradas a la capital eran muy lucidas y muy llamativas; se abrían puertas y ventanas para disfrutar plenamente de aquel hermoso golpe de vista que pasé a la historia y que la “avenida de los poetas” supo gozar y lució en todo su esplendor, haciendo saltar chispas de su fino empedrado al paso de aquellas marejadas.

Y fue también esa vía, la salida obligada de los ejércitos del gobierno en viaje destructivo hacia los campos del sur o del norte, en la cacería del hermano, tras del hombre disidente en el pensamiento o en el criterio. Y aunque la salida aparatosamente bélica llenara el aire de fanfarrias y ruidos, el alma de la mayoría de los ciudadanos se compungía y contristaba al brillo de las armas refulgentes, pensando en los muchos que no regresarían, en aquellos cuyas carnes servirán de pasto a las aves de rapiña y cuyos pobres huesos blanquearían al sol antes de la destrucción definitiva...

Volvían los ejércitos, al decir triunfantes, después de arrasar pueblos, destruir haciendas, agotar recursos, llenos de fango, pero cubiertos de gloria, si gloria se puede llamar a la matanza fraterna... Nuestra avenida se poblaba otra vez de los ruidos y golpes de tambores y trompetas anunciando el regreso la ciudad de los que lograron salvarse; la multitud aglomerada en puertas y aceras acechaba cori avidez su paso, se buscaba al hermano, al padre, al marido, al amante, al simple conocido que saliera arrogante y lleno de vida y quedara para siempre tendido, lejos del hogar...

También los cortejos fúnebres pusieron la nota gris en las tardes, camino al cementerio; vi la avenida, el paso de ricos entierros de muertos ilustres y el sencillo y humilde de los pobres. Todos desfilaban por la calle principal de la ciudad; trajes negros ceremoniosos, blancos cirios en las manos de los hombres que seguían el cortejo ya blanco para las doncellas con flores y palmas; ya todo en negro, desde la cubierta de los caballos y mulas de coche fúnebre empenachado de grandes plumeros hasta el triste vestido del tieso cochero, que conducía en su postrer paseo al que no regresaría jamás... Pero todo esto, producto de otra época, dejó de ser, pasando también a la historia.

La “avenida de los poetas” ha cambiado completamente su indumentaria: modernos edificios particulares, lujosas oficinas y casas comerciales de hermosa apariencia. Agencias de todas las empresas fuertes ubicadas en Tegucigalpa tienen en ella sucursales importantes, otras asientan ahí su oficina principal.

Al primitivo empedrado, al macadam que le siguió, a la vía lodosa casi intransitable de los últimos años ha reemplazado el adoquinado, dando elegancia y seguridad a la antigua Calle Real. Al histórico puente de Guacerique, de solidez no desmentida, ha substituido otro moderno y de suficiente amplitud para el más cómodo transitar de los innumerables vehículos de toda clase y condición. La explanada y el antiguo paseo han sido enteramente nivelados, remozados y embellecidos con novedosos engramados y arbolitos de ornamentación, dando lucimiento y belleza al ensanche de la vía, que es ahí, el principio mismo de la Calle Real, Segunda Avenida o más de acuerdo con el deseo de muchos. La “AVENIDA DE LOS POETAS”, que, conmemorando en su nombre a los muy ilustres vates de antaño, mecieron su cuna a la vera de esta histórica y pintoresca arteria citadina.

Tardes de ensueño y de leyenda, días de recuerdos imborrables, calor de la vida que se fue, viviréis para siempre en el alma de los hijos de esta Comayagüela de antaño, unidos al nombre de la arteria que recogió su vida en la blanca “AVENIDA DE LOS POETAS”.

Marcelina Bonilla

“Serrana”

Septiembre de 1951

Margarita Vidal



Nueva orientación en las escuelas hondureñas*

Desde 1943 venimos llevando a cabo una revolución de ideas para darle una nueva orientación a las escuelas hondureñas y lograr frutos provechosos mediante la práctica de lo que llamamos “métodos nuevos de enseñanza”, y que a iniciativa del actual ministro de E. P. Prof. Ángel G. Hernández se está realizando dicha obra en la mayor parte de la república.

En verdad, los métodos en cuestión no son del todo nuevos, ya que en países muy adelantados existen profesionales que comenzaron a recibir con ellos su instrucción; pero remontándonos a épocas muy lejanas, cuando la enseñanza era bastante rudimentaria, estos resultan nuevos, y en nuestro país, lo más nuevo es la práctica de ellos, ya que hasta en la actualidad se está trabajando con ahínco para realizar una obra educativa mucho más fácil para la niñez y de mayor provecho para la misma.

Lo que se persigue con la práctica de tales métodos es que el niño aprenda con el menor esfuerzo posible, que asimile conocimientos por su propio interés y que forme su propia personalidad. Todo esto es muy halagüeño e interesante; pero de inmensas dimensiones para poder completar la obra con rapidez, pues en nuestro medio resulta ardua la tarea, ya que, tratándose de una innovación, surgen opositores, o seres que sin serlo no se prestan para ayudar a la realización de la obra.

Además nuestro pueblo no está preparado para adaptarse con facilidad a algo nuevo, y he ahí el paso más difícil, preparar a los padres para que nos ayuden con sus hijos, pues ellos creen que en los prados que practican los centros de interés, por ejemplo el primero, no están aprendiendo, solamente porque no se les pide libro desde el primer día; otros, tratándose de enseñanza individualizada se disgustan porque se les piden muchos libros a sus hijos y por ahí una serie de impertinencias, hijas propias de la falta de preparación del pueblo; además, carecen nuestras escuelas, la mayor parte del material necesario, y algunas hasta de edificio adecuado; existe también el obstáculo de no haber suficientes maestros preparados con los nuevos métodos; resultando con tanto obstáculo, difícil, pero no imposible la realización de una obra de tanta trascendencia como es la de orientar nuestras escuelas por la senda de los nuevos métodos.

* Margarita Vidal, “Nueva orientación de las escuelas hondureñas”, *Pan-América*, vol. II, n. 30, (noviembre, 1946): 14.

Aunque difícil, tenemos la seguridad de que la obra será coronada en un día no muy lejano, pues desde ahora estamos luchando por hacer lo que mejor se pueda y solo necesitamos mucho entusiasmo y arrojo decidido de parte de los maestros; bastante comprensión y ayuda de los padres de familia y pueblo en general y todo apoyo necesario de parte de las autoridades. Estamos seguros de que, si todos brindamos nuestro grano de arena para la edificación del inmenso monumento de evolución educativa, llegaremos victoriosos a la meta deseada. Por lo cual excitamos a todos los maestros de la república, padres de familia, pueblo en general y a todas las autoridades para que en unión íntima trabajemos incansablemente para poder poner en práctica lo mejor posible, los nuevos métodos, ya que con ellos se hará mucho beneficio a la niñez que redundará en provecho para la patria.

Margarita Vidal

La Ceiba, octubre de 1946

Contestando a una excitativa feminista*

Desde principios de noviembre recién pasado tuvimos a nuestra vista el magnífico artículo referente al feminismo, escrito por el renombrado escritor P. M., don Francisco Varela M., en la revista *Pan-América*. Respecto a una pregunta que él hace, en su artículo, a la mujer hondureña, tuvimos el vivo deseo de contestar por medio de un pequeño trabajo escrito; pero debido al temor de toda persona no docta en la materia nos resignamos a guardar silencio. Mas, ahora que nuevamente se nos excita, en la revista *Atenea*, no queremos seguir aparentemente indiferentes, ya que de velar por nosotras se trata.

Según su primer artículo, parece que el señor Varela está muy apegado a la creencia antigua, de que la misión más elevada de la mujer es la del hogar; más, nosotras no estamos de acuerdo, ya que, en nuestra época, la mujer, a pesar de su limitado campo de acción, se ha sabido significar en varias actividades y ha desempeñado elevadas misiones de otra índole, sin perder por eso su femineidad.

* Margarita Vidal, "Contestando una excitativa feminista", *Atenea*, año III, n. 29, (abril, 1947): 10-11.

En lo que sí estamos de acuerdo, es en que la mujer hondureña carece de preparación y de protección. De esto es pues; de lo que estamos tratando: de que se le dé a ella, así como al hombre, toda la preparación que es capaz de adquirir, ya que está dotada de las mismas capacidades que él, porque el ser creador con su mano omnipotente no los creó de diferente arcilla, ni dispuso que el uno fuera inferior al otro, somos pues, iguales y, por lo tanto, nuestros deberes y derechos deben ser iguales.

Es un absurdo creer que el hombre está dotado de una inteligencia más clarividente que la mujer, tanto en uno como en el otro sexo hay individuos que por el grado de inteligencia que poseen, pueden ser: genios, de inteligencia superior, o normal, torpes, idiotas, etc. Si la mujer aparece inferior al hombre es porque no se le ha dado oportunidad para que sobresalga ni se le ha prestado, como al hombre, el apoyo necesario.

Si a la mujer se le proporcionan medios para que desenvuelva su claro talento, si se le abren las puertas de los sagrados recintos donde pueda enriquecer con sabias enseñanzas, su cerebro ávido de conocimientos, si se la deja actuar con libertad, si los de sexo contrario procuran no mancillar su noble ser con malévolas sospechas y si todas nos unimos para luchar por nuestra redención, no está lejano el día en que la mujer ocupará su verdadero lugar al nivel del hombre, ya que estando capacitada como él para adquirir todo el caudal de conocimientos posibles, puede prepararse mejor para la lucha por la vida y estará más apta para defenderse en cualquier instante, pues nadie negará que una mujer que haya recibido una ilustración y educación, aunque no completas; pero sí en alto grado, puede enfrentarse a los peligros, sin temor de fracasar, porque ella por naturaleza es valiente y unida a su preparación, sabe luchar con denuedo y aplomo.

Si una mujer se esfuerza por triunfar en cualquiera de los círculos de la vida, ya como mentora, escritora, política etc., estamos seguras que no restará nada de sus dones de señorío conque el Creador obsequió al “bello sexo”; pues poseyendo toda la preparación posible, puede ser siempre muy femenina, ya que su ilustración la guiará por el sendero del bien y no por el camino de la perversión.

Y contestando a la pregunta del señor Varela, ¿Qué preferiría ella ser: una autora famosa de obras literarias, científicas, o progenitora de una generación distinguida por su talento, carácter y virtudes de un orden superior? Decimos: preferiríamos ser todo lo que encierra su pregunta y mucho, muchísimo más. No podemos enumerar todo lo que preferiríamos ser, pues al mismo tiempo se

puede ser “autora famosa” etc., “progenitora de una generación distinguida”, etc., y muchas otras eminentes cosas que pondrán a la mujer, muy elevada del nivel en que hoy se encuentra, debido a la falta de preparación por no prestársele el apoyo debido.

Margarita Vidal

La Ceiba, abril de 1947

María de las Sierras



Angelillo*

Así tendido sobre las yerbas, le entrega a la tierra suavemente la expresión de su linaje, y la tierra sube con sus hojillas por los perfiles de las piernas acariciándolo; sin duda, se reconoce en él, en la sumisión y en el incansable repetir de las virtudes. Todo le rinde homenaje: entre las ramas de los árboles, un rayo de sol nimba su cuerpo; presurosas las hojillas se empinan ayudadas por la brisa, y miran al respetable dormilón; la brisa se aleja, llevándose enredado el canto de los pájaros. La selva celebra la honesta repetición de las especies, y así todos en fila por el tiempo, los árboles con sus troncos arrugados, las plantas de aromas prendidos a las flores, las aves, y ahora el hombre, andan alineados por el sendero estrecho que otras pisadas les marcaron. ¡El linaje! Sus piernas largas recuerdan a caballeros montados sobre potros nerviosos, que tienden con sus muslos retenidos los arabescos que estampan en el suelo las furias de la bestia. Por su cabeza pequeña cabalga una nariz recia y arqueada, donde se archivó el vigor de actividades lejanas, y la voluntad, que doblegó a la sensualidad, plegó a lo largo del tiempo esos labios de intrépidos, dejando una huella corta y recta; así marcaban las vidas activas y guerreras. Una mosca se posó sobre su cuello y conturbó su sueño que en lecho manso aflucía desde adentro, desde el micromundo complejo y abigarrado al mundo exterior, sereno y extático. Sus dedos largos y aristócratas, cercados de uñas impropias, ausentes de compostura, la aventaron, pero el sueño se fue entre las alas transparentes del sucio insecto.

—Angelillo, gritó una voz ronca, empapada en odres de vino, ¿qué dormirás todo el día?

El encantamiento de la selva no resiste la pujanza de los hombres; replegada en su mutismo, se volvió impermeable a la mirada.

—Oye, linda, se me ha vuelto a anunciar, ¿para qué me despiertas?

Angelillo había soñado que por la mirada húmeda y sostenida de dos violetas llegaban hasta él las caricias del amor, y como Angelillo creía en los sueños, se levantó violentamente y salió despavorido tras su quimera; siguió por el ancho camino que conduce al pueblo; las violetas siempre delante de él, cubiertas de rocío, lo guiaban; grandísimas de pronto, empapaban las gasas azules del cielo, y ya desmesuradas, fijaban de parte a parte el horizonte. ¡Cuánto cabía

* María de las Sierras, "Angelillo", *Repertorio de Honduras*, vol. IV, n. 99, (15 de agosto de 1940): 11.

en cada una! Entre las venas de los pétalos, quedaban entretejidos sus vagos sueños de amor.

Decía la gente que Angelillo era un insano, y es que la gente ignora cuándo entrega la razón las riendas a la demencia. Sus pupilas percibían ampliamente, en su pureza primera, las potencias de las almas, y con mirada limpia y serena veía tanto la verdad llana y desabrida como la deforme corrupción. Desde sus ojos, corriente de agua clara, llegaban hasta los hombres y las cosas sus favores, y los hombres y las cosas se resentían; su caudal había llegado a ser inagotable. Sus hábitos eran sencillos: por las tardes, cuando el sol encallaba tras los cerros del olivar, se iba por las laderas recogiendo florecillas que encontraba, para llevarlas en ofrenda sobre las rodillas de María Trenzas de Ebano, y María, esposa de todos, las regaba con una lágrima, y luego, tirándolas sobre el peinador, bañaba su rostro y su cuerpo en aceites perfumados, y así se convertía en la reina de la noche.

Durante el día, se iba de casa en casa —conocía a todo el pueblo— contando sus esperanzas y sus sueños; las muchachas lo oían, y dulcemente lo amonestaban; entraba a las habitaciones sin anunciarse, y cuando se retiraba, las cortinas estampadas avanzaban sus ramilletes entre los pliegues; al levantarse de las sillas, prontamente mostraban estas su línea recta y geométrica; no querían la curva que va tras el movimiento y la vida, sino la rigidez inmóvil que vuelve las cosas a su encantamiento, y si el vestido que descansaba sobre el mueble lo rozaba al pasar, se deslizaba entonces hasta el suelo, grácil y reverente. Al cerrarse la puerta tras de él, salía un cortejo manso y doméstico.

Habían ido lejos el renombre de Angelillo y su bondad; después de cruzar por el pueblo, salía sobre los caminos con su tranco corto y paciente, alcanzando desde el lustrabotas, que frota cantando las cabritillas de los paseantes de la plaza, hasta el comerciante del pueblo vecino; desde la mundana, hasta el maleante nocturno y el hombre sombrío llamaba a Angelillo antes de entregarse a sus devaneos, para que su palabra piadosa cayese sobre él y, como plegaria, lo alivianase de sus crímenes. Y la bondad crecía en la admiración de los hombres; ya comenzaba a desprendérsele y a andar sola: tanto puede la fama, hasta llevar sobre sus hombros las virtudes, alejándolas de sus propias fuentes de origen.

Un día, Juan el extranjero, golpeó la puerta de Angelillo; su figura alta, como una estaca, se enclavaba en el cielo; sus manos largas y afiladas eran la hoja de un cuchillo, pero sus hombros parecían llevar cargas pesadas.

—Angelillo, le dijo, yo caminé durante años sobre mi soledad, y por huir de ella me entregué a los placeres de la inteligencia; estudie largamente sobre mis víctimas las emociones humanas, y guardo un copioso archivo. Un día colgaste sobre mi cuello un amuleto, una piedrecilla de colores, y el amuleto detuvo la bala con que se defendía de mí una de ellas, y me salvó de la muerte; era un joven y su sangre limpia se cubrió, purificó mis culpas, y he visto el camino de Dios; por eso, después de golpear mi frente sobre tus rodillas, me entregaré, ya redimido, en su bondad, y me encerraré en un convento. Dijo, y se inclinó profundamente.

—Oye, Juan el extranjero, murmuró Angelillo, por la mirada de dos violetas se me ha vuelto a anunciar la llegada del amor.

María de las Sierras

María Guadalupe Reyes



La amistad*

En el álbum de una amiga

Después de la sabiduría, miró la amistad como el más rico presente que nos hacen los dioses inmortales.

Cicerón

Amistad ¡Dulce palabra! Vínculo santo, yo te venero. Sentimiento el más noble, el más puro, el más desinteresado, don del cielo, yo te admiro.

Es la amistad un afecto dulce y tranquilo que templar las aflicciones de nuestra alma, que nos alienta y fortifica en todas nuestras desgracias, que nos anima en nuestros pesares, que nos infunde valor y confianza en las tenebrosas luchas de la vida.

La amistad, he dicho que es un sentimiento el más puro y voy a demostrarlo: porque no tiene nada de egoísta ni de avara; porque donde ella existe da cabida a otros sentimientos; no es tampoco efímera ni ligera porque no se alimenta de deseos, deseos que una vez satisfechos se pierde el entusiasmo. No, la amistad es un don del cielo nacido con el hombre; forma parte de su ser. Apenas este empieza a modular pequeñas frases y ya su alma necesita expansión, ya su corazón busca otro corazón igual al suyo para darle vuelo a sus impresiones.

¡En la infancia cuán bello aspecto presenta la amistad! No se sabe aún el porqué de las cosas, no se tiene la comprensión necesaria para distinguir el bien del mal, lo bueno de lo malo; pero sí para ver y discernir quién bien nos quiere, cuál pupila nos mira con amor. La amistad que empieza desde la infancia es la más durable, es la más tierna en la adolescencia, en la juventud y creo que aun en la edad madura; y en la ancianidad, también se recuerdan con placer y regocijo los ensueños, las impresiones de la infancia. Entre las cosas bellas y gratas de la vida, una de ellas, de las más dulces, creo es la vuelta a la patria y el encuentro de la persona amiga después de dilatada separación. ¡Qué de abrazos y de besos! ¡Qué de dulces sensaciones y de francas confidencias! ¡Qué de tiernas pláticas! La vuelta a la patria y el encuentro de la persona amiga, creo que no tienen igual grado de sublimidad.

La amistad, amiga mía, como yo la comprendo, es muy bella, como

* María Guadalupe Reyes, "La amistad", *La Juventud Salvadoreña*, tomo V, n. 5, (febrero, 1894): 154-156.

yo la siento es grande, no tiene nada de egoísta ni de ligera; el interés la enloda y hace que se aleje, porque donde el interés existe no hay, no puede haber verdadera amistad. Por eso se ha dicho y no sin fundamento, que es un sentimiento más puro que el amor, porque este lleva siempre por norte una aspiración material, bien adquirir riquezas, fortuna, honores o también la satisfacción de deseos puramente materiales, que, satisfechos esos deseos, esas aspiraciones, puede desaparecer el amor.

Esa es, amiga mía, la opinión de algunas autoridades competentes en la materia, de algunos autores conocedores del corazón humano, yo no creo eso, yo diría que cuando el amor es verdadero, cuando es un trasunto del cielo, una predestinación, no puede desaparecer; pero mi humildísimo juicio no vale nada, ¡adelante!

La amistad en sí, es pura como la sonrisa del ángel tutelar de la leyenda, casta como una virgen de Ossian, tierna cual la mirada azul de púdica doncella que tiende sus vaporosas alas sobre el mundo; esa es la amistad que yo amo y venero, la que está libre de recriminaciones y exenta de exigencias.

Muchos dan la palabra de amigos a todo el mundo y confunden así las relaciones sociales y de mera fórmula, con las relaciones de verdadera amistad. Relaciones debidas al acaso o a las circunstancias, no pueden ser relaciones de amistad pura y verdadera y llegan en su necio error a negar un sentimiento tan grande, un don del cielo que el gran Cicerón colocaba como el segundo, diciendo: “que solo la sabiduría era mayor que la amistad”; pero los que niegan su existencia se dejan llevar por el carácter de nuestra época; época en que el rudo materialismo nos ha invadido desgraciadamente, que no concibe otros lazos ni otras alianzas, sino las que dan utilidad palpable, amistades que con el cambio de circunstancias cambian y mueren.

La amistad, es un bálsamo para las heridas del alma. Grandes son los ejemplos de la amistad en todos los tiempos.

María al pie de la cruz, en el amarguísimo trance de la muerte de su adorado hijo, encontró corazones amigos que enjugasen sus lágrimas, que tomarán parte activa en su pesar; y la solitaria paloma de los perfumados valles del Líbano y Zabulón, la alondra de Sion al verse sola en el mundo, al tender la vista por aquel tenebroso espectáculo vióse rodeada de amigas que lloraban con ella, y de Juan que fue desde entonces su amigo inseparable hasta en su última hora.

En el destierro perdió a su amiga íntima la enamorada castellana de Mágdalo y la amistad sincera de Juan fue el blanco lienzo que enjugó aquellas lágrimas que volvían a marchitar el bello rostro de la Azucena de Nazaret.

Cuán bella es la amistad, en sus brazos olvídense los azares de la vida y los infortunios de la suerte, pero la amistad sincera y leal. Cuán dulce es reclinar la cabeza abatida por mil siniestros pensamientos en un pecho amigo, compartir así el goce como el pesar. Pero hoy, ¡ah! Qué mal se entiende la amistad, qué pocos amigos se encuentran, y a pesar de ello vemos con frecuencia dar el sacrosanto dictado de amigos a seres a quienes se está muy lejos apreciar como tales.

No creas por esto que dejo dicho, mi dulce amiga, que yo dudo de la amistad, que he recogido decepciones y he llegado a ser escéptica, no; yo hablo de la amistad en un sentido general, yo no sé exigir nada en la amistad.

Queriendo complacer tus buenos deseos de que pusiera mi humilde nombre en tu libro de memorias, quise consagrar unas páginas a la amistad como más propia de él. Yo bien hubiera podido dejar en él algo así como lágrimas, recuerdos, suspiros, también una historia de amor de muchas que sé, un idilio de placer, un ensueño, un desengaño y también una esperanza; ¿pero qué significación podrían hallar los que lean tu libro en la historia de este pobre corazón?, ¿qué les importaría de mis sufrimientos de mis lágrimas y pesares? Se reirían y yo no quiero arrancar ni compasión, ni risas. Ahora, hablarte de mis pesares a ti, bella y espiritual amiga mía, sería un borrón en tu libro, dejar en él sollozos y lores sería impropio, ¿a qué entristecer tu vida con la monótona relación de mis pesares e infortunios? ¿Para qué nublar tus lindos y decidores ojos con las torturas de mi alma? No, eres dichosa, eres feliz y yo no quiero nublar tu dicha, tu felicidad.

Acepta estas cortas líneas ajenas a toda significación y busca solo en ellas el sincero y leal corazón de tu invariable amiga.

María Guadalupe Reyes

Pensamientos*

En el álbum de la señorita Luisa Bernhard

¡Oh, vosotras! Alegres niñas, que entusiastas esperáis la hora anhelada de llegar al salón de baile, prometiéndonos gozar... gozar mucho, que os desesperáis por la confección de vuestros trajes, y el color de los adornos que den mayor realce a vuestros encantos; que lánguidamente suspiráis en medio de una atmósfera tibia, donde en confusión se ven brillar, al esplendor de mil y variadas luces, las lunas venecianas y en el fondo de estas, vuestras ardientes miradas, miradas de apasionadas morenas, y también tiernísimas miradas, todo amor, todo dulzura, de esos ojos que al cielo roban el más tenue y delicado azul; decidme a mí, que nunca he sentido las alegrías, las impresiones, las dudas y desencantos de esas maravillosas veladas, si allí se alberga la verdadera felicidad.

¡Oh, vosotras! Elegantes niñas, que mostráis al mundo bellas y esculturales formas; que altivas, cual reinas en el solio, os mostráis a los ojos de los hombres, que desdeñáis los adornos del alma y os envanecéis de los encantos que la naturaleza os dio con mano pródiga, decidme a mí que tan pequeña soy, si con la belleza plástica se obtiene la verdadera felicidad. Yo la busco con pasos acelerados; en el palacio del poderoso, en el tugurio del hombre, en la cabaña del pastor, en la choza del humilde labriego y no la encuentro, cuando llena de goce, de placer, creo que la voy a palpar huye lejos, muy lejos de mí, dejándome tristeza en el corazón.

Pero, ¿por qué voy a decir a la dulce y espiritual Luisita, que la felicidad no existe? Y a decírselo en su libro de memorias; ¡oh no! Amiga mía, la felicidad existe y reside dentro de nuestro ser, la conformidad en las penas, la resignación en el infortunio, el apego a la familia y más que todo el cumplimiento del deber, es lo único que en este mundo da la felicidad.

Que ella sea tu inseparable compañera, son los sinceros deseos de la última de tus amigas.

María Guadalupe Reyes

Tegucigalpa, 5 de abril de 1894

* María Guadalupe Reyes, "Pensamientos", *El Pensamiento*, s. I, n. 3, (7 de julio de 1894): 20-21.

Bouquet de flores*

En el álbum de Lupita Padilla

En mi jardín hay flores... muchas y hermosas para adornar una graciosa morenita que conozco... Sí, allí está como soberano el nardo, rebosando por sus pétalos y pistilos el perfume que embriaga; allí la blanca azucena inclina al suelo su alba corola; allí también el fragante jazmín de forma estrellada engalana aquel concierto de flores y perfumes y se alista como de los primeros para adornar la casta frente de mi morenita.

En separado departamento están las rosas, ¡las rosas que tan diversa variedad presentan, quién fuera un mágico adivino que viniera a mi jardín y referirme pudiera lo que a mi morenita más le agrada!

Si el furioso vendaval que azota los jacintos y amapolas pudiera traerme en sus auras, algo de ella, si al menos decirme pudiera algo de sus gustos y deseos; pero y las rosas no le agradarán de seguro que sí; porque ella siente anhelo infinito por todo lo grande, por todo lo bello, y yo que tanto la amo, quiero adornar su frente de flores blancas, solamente con esas flores que simbolizan la pureza inmaculada de su alma virgen y la ternura de su corazón. Hoy haré a un lado las rosas encarnadas, las amarillentas, las de pálido-rosa, los claveles purpúreos y fragantes, las bellas margaritas y hasta la modesta y escondida violeta. Blancas, muy blancas quiero que sean las flores con que voy a tejer una guirnalda; vengan los nardos, perfumados, los lirios entreabiertos, los jazmines, las diamelias y mosquetas y todas aquellas que tengan el color que simboliza la pureza, para engalanar con ellas las sienes de mi graciosa morenita.

Si en mi jardín hay flores, de esas que tanto agradan, por su aroma, por su forma o bien por su color, en mi corazón hay algo mejor, algo que dura más, que no está como los jacintos y amapolas sujeto al influjo del vendaval, que no nace hoy con el alba para morir mañana, que es en él durable y eterno. Existe en él un sentimiento que forma parte y de las pocas horas de felicidad que en este mundo disfrutamos. ¿Sabe mi querida morenita cómo se llama? Amistad.

* María Guadalupe Reyes, "Bouquet de flores", *El Pensamiento*, s. I, n. 11, (1 de septiembre de 1894): 83-84.

Bien, pues, cuando te encuentres falta de afectos, cuando tus amigas te sean infieles o bien cuando sufras, lo que al eterno ruego no llegue nunca a entristecer tus horas el dolor, entonces... te dirigirás a mí y encontrarás en mi corazón amistad sincera, profunda y verdadera estimación, cariño, mucho cariño para ti, mi tierna, mi adorable morenita.

María Guadalupe Reyes

Tegucigalpa, 18 de agosto de 1894

Carta abierta*

Señorita Rosalía Brito

Presente

Mi buena amiga:

El último día que nos vimos te prometí escribirte, ¿lo recuerdas? Sí, ¿verdad? Bien, pues; cumpliendo mi promesa te dirijo la presente. Dígnate prestarme un momento tu atención: fija por unos breves instantes tus garzos y bellos ojos en las líneas que traza mi débil mano a guisa de entretención.

Mas de alguno, mi querida niña, creo que fruncirá el entrecejo o arrojará lejos de sí el periódico al ver mi firma al pie de un escrito y lanzará una exclamación, por lo que él llamará mi pretensión de literatura. ¡No importa! ¡Adelante! Otras y tal vez compatriotas mías de esas que me sonríen y adulan dirán entre dientes: ¡necia! Hagámoslas a un lado, pues son mujeres y a todos juntos pidámosles perdón por tan inocente pasatiempo. Pero esta carta es para ti y aún nada te he dicho.

En días pasados me preguntaste cuál era mi opinión respecto a la condición de la mujer, no porque tú lo ignores, sino porque la querías oír de mis labios nuevamente; bien pues, el asunto parece difícil; pero, no obstante, sobre ese punto será la presente.

Yo quiero, para bien de mi patria, que sus mujeres sean en primer término cristianas, humildes y virtuosas; que las guirnalda del saber ornen la frente de la inocente virgen, que la modestia y el

* María Guadalupe Reyes, "Carta abierta", *El Pensamiento*, s. II, n. 13, (15 de septiembre de 1894): 100-101.

candor la acompañen, que sea, como ha sido, la humilde reina del hogar.

La quiero, más para su casa que yo para el mundo; allí, haciendo la felicidad de los seres que la rodean, derramando por doquiera amor, consuelo, luz y alegría, la comparo, allá en mi pensamiento a la sacerdotisa del templo de esta manteniendo el fuego del templo.

Sin embargo, hay quien abogue lo contrario, quien no desee para la mujer hondureña la humildad; sino por el contrario la soberbia, la altivez, la dureza de sentimientos. Afortunadamente, ese día no llegará; es decir, día en que la mujer hondureña se desprenda de las gracias que la han adornado siempre, que olvide su destino, el respeto que se debe a sí misma y a los suyos, que rechace la autoridad del ser fuerte y se lance sola y sin apoyo por el torbellino del mundo, no, ese día no llegará.

Al solo pensarlo se estremece de terror mi corazón. Imagínate, una mujer sin creencias, sin fe, ni caridad: ¿qué será de ella en el momento del dolor, del sufrimiento? ¿A dónde dirigirá sus miradas, cuando su alma se encuentre herida por los rudos golpes de este mundo, puesto que ella no cree en nada, ni espera nada. ¿Al infinito? No, allí la dirigen los creyentes, esos que buscan a Dios con la pupila humedecida a través de la bóveda azul, buscando en la oración el lenitivo a sus males. ¿Porque su descreimiento ha burlado la plegaria, y duda de alcanzar lo que desea? Pues si a ella le falta la fe: ¿qué hará entonces?... ¿Sabéis cuál es el puerto de salvación y el fin para seres tan desgraciados? El suicidio. He ahí el resultado de la falta de creencias, de la duda en la existencia de Dios.

Y desean esto para la mujer hondureña ¡Ah! Ese día sería el de nuestra completa ruina.

Si el hombre decepcionado por las grandes fatigas de la vida, por los rudos reveses de fortuna, contrariado en sus principios e ideas, quizá calumniado y acosado de mil maneras, va a su hogar en busca de consuelo y se arroja en brazos de su madre y le pide su consejo, y aquella, en lugar de calmarlo, con súplicas tiernas, de hacerlo reflexionar para que no se desespere, toma las cosas por el mismo lado que él, y con el ardor propio en el temperamento nervioso de la mujer lo desespera más ¿Qué será de él? O en el caso de que ese hombre sea ya padre de familia y vaya a arrojarle en brazos de su esposa, de la madre de sus hijos y encuentre en esta dureza en vez de ternura y altivez en lugar de humildad, ¿qué será entonces de ese hombre que pudiera ser buen ciudadano y excelente padre de familia? Caerá en un abismo.

No aconsejéis a la mujer y menos a la hondureña, la soberbia; acordaos de aquello que dice: “abatirás a los soberbios y ensalzarás a los humildes”.

La mujer para cumplir con su destino noble en la tierra, no necesita para nada la soberbia; eso puede arruinarla, corromperla; pensad, los que tal opináis, que no todas las cabezas son iguales y que os escucharán tímidas doncellas apenas salidas de la adolescencia, que tomándonos por autoridad y siguiendo vuestros consejos serán doblemente desgraciadas. Concluyo por ahora, mi querida amiga; la presente ha sido bastante extensa. Adiós.

María Guadalupe Reyes

Tegucigalpa, 12 de septiembre de 1894

El beso*

A mi querida amiga la señorita Lucila Gamero Moncada

Era una noche serena, llena de luz, de estrellas y unánimes alegrías. La luna vagaba por la inmensidad del espacio, rodeada de su cohorte de diamantinas estrellas, bañando con su clara y cristalina luz las cumbres de las montañas que circundan la altiva capital de Honduras. El verde esmeralda de esas montañas y el amaranto que los últimos destellos del astro diurno habían dejado, se confundían graciosamente en occidente...

Era una noche de fiestas y placeres, de encantos y alegrías nacionales.

Clorinda, la bella hija de la ciudad de... y que se encontraba de temporada en la bulliciosa capital, pensó tomar parte en el general contento. Ella era de carácter naturalmente alegre y festivo, gracioso y complaciente, por manera que, en una noche, en que todos se disponían a gozar, y solo a gozar, no era creíble que la niña que tenía sonrisas para todos, cuentos alegres y chistes graciosos, permaneciera sin salir de casa, triste y pensativa.

No, no era posible. La tristeza aún no se había posado en la frente de aquella hermosa niña; las horas de abrumadora nostalgia le eran entonces desconocidas.

* María Guadalupe Reyes, “El beso”, *La Juventud Salvadoreña*, tomo V, n. 10, (octubre, 1894): 347-356.

Después de la comida, se retiró a su aposento en el cual permaneció largo rato.

Las amigas a cuya casa habían venido no se inquietaron por ella; adivinaron por intuición natural lo que su amiga Clorinda estaría haciendo, y sonrientes la esperaron que saliese del aposento. A poco, apareció radiante de hermosura, imponente, deslumbradora, con su eterna e incitante sonrisa en aquellos labios más rojos que la flor del granado, con su andar airoso regio, tenía porte de reina; al verla, inmediatamente pensábase en las soberanas de la tierra, creíase ver en ella una princesa del Celeste Imperio o una hija del Cáucaso, tan renombradas por su belleza. Era Clorinda un remedo completo de aquella hermosa raza.

Su tez blanca, su extremada palidez, parecía haber sido formada de pétalos de jazmines de Persia y azahares de los que se dan en nuestra fértil tierra americana; pero no era una palidez fría e insensible, no; dábanle brillo y seductor encanto dos ojos negros, profundamente negros, circundados por pestañas negras; la ceja era arqueada, de un color superior al del interior del ojo, de mirada intensa, profunda, lo que algunos atribuían a lo dilatado de la pupila, y otros al arte que algunas mujeres emplean para hermosearse, llegando a tal extremo que pierden a fuerza de polvos y grasas los dotes de belleza natural.

Sería Clorinda de esas pobres ilusas que malgastan un tiempo precioso que deberían emplear en hacer obras de caridad cristiana, en velar por su honor y en cuidar de su desierto hogar el cual abandonan a manos mercenarias; porque pasan la mayor parte del día frente al espejo, probándose vestidos, haciéndose y volviéndose hacer el peinado; ¿que llevan marcado en su frente el sello de la impaciencia, porque nunca creen ataviarse lo suficiente para estar hermosas?

No, Clorinda tenía deberes que llenar; era toda alma, todo espíritu. Había quedado huérfana de madre cuando apenas contaba con doce años de edad, rodeada de hermanitos pequeños que lo esperaban todo de ella, y el cuidado de su hogar le absorbía todo su tiempo.

Era hermosa, deslumbrante, pero en su belleza no había nada de superfluo, las variadas aguas de tocador no habían rozado nunca los negros bucles de su cabellera de ébano, los polvos, cremas y grasas no se habían posado nunca en sus pálidas mejillas.

Ella presentaba su belleza natural sencilla, pero majestuosa cual la naturaleza americana; y la naturalidad de sus formas, lo gracioso de sus contornos hacían al parecer superior a las demás.

En la noche a que hacemos referencia apareció a la vista de sus amigas graciosamente vestida. Su traje era blanco, tenue y vaporoso; estaba formado del color que simboliza la pureza, el cual contrastaba con la blancura de sus mejillas. Un soñador podía tomarla por la Beatriz que el Dante se imaginó, o por la diosa protectora de las selvas americanas. Su cabellera, el más gracioso y natural adorno de la mujer, suelta y libre vagaba por su blanca y mórbida espalda; una ligera mantilla azul turquí, como el cielo de su patria, le cubría los hombros y ligeramente besáble los cabellos.

Satisfecha de sí misma presentóse a sus amigas y las invitó para que fueran de paseo a la próxima villa de Concepción, a donde afluían multitud de personas en aquella noche destinada al goce y al placer.

Todas aceptaron gozosas la idea iniciada por la hermosa Clorinda, y se dispusieron a salir de casa. El anciano padre de Clorinda les haría compañía.

¡Qué de goces disfrutarían en aquella noche! ¡Cuántas ilusiones cruzarían su mente, ilusiones de dichas y placeres!

Acompañadas del padre de Clorinda, llegaron esta y sus compañeras a casa de una antigua amiga de la madre de Clorinda, donde se prometían pasar la velada después de vagar alegremente por las calles de la hermosa villa, como lo habían hecho multitud de familias.

Gozosas estuvieron bailando, que es el supremo goce de la juventud, hasta las once de la noche, hora en que la dueña de la casa sirvió el té con exquisita cortesía y amabilidad. Las doce sonaban en el reloj cuando en medio del mayor placer, el padre de Clorinda inició a esta que era hora de retirarse, que era tiempo de volver a casa.

Caritristes se disponían a la partida; las horas del placer son fugaces, muy fugaces; apenas lo presentimos, apenas creemos palpar cuando huye lejos, muy lejos del mísero mortal que se creía feliz para siempre.

¡Triste condición humana! Buscar el placer, anhelar el goce y siempre el goce, y encontrar a veces tristeza y desencanto o una cruel y espantosa realidad.

La noche estaba silenciosa; ya los paseantes todos habían regresado a sus hogares o encontrábanse aún en brazos del placer en el interior de los edificios.

La luna estaba a la mitad de su carrera en su carro aéreo. El río que divide la capital hondureña, de la próxima villa, presentaba un aspecto encantador, admirable.

El acompañamiento de graciosas niñas, entre las cuales venía Clorinda, llegó hasta el puente de piedra, obra maestra de nuestros antepasados y que une la altiva capital con la simpática villa.

A pocos pasos de este, distinguieron a la luz de la luna, y recostada perezosamente en una de las pilastras, una forma negra, pero inmóvil, parecía que estaba unida a la pilastra. Caminando hacia ella pudieron percibir que aquella forma era el esbelto cuerpo de un hombre, y lo creyeron dormido.

Las jóvenes, con el carácter propiamente alegre de la juventud, no se cuidaron nada de inquirir quién podría ser; y entre alegres risas y animada conversación seguían su camino.

Clorinda era de las del centro, y al pasar frente a la pilastra, allí en el lugar donde se percibía la humana forma de un hombre, este se irguió, y de un salto púsose frente por frente a Clorinda, e imprimiendo un inevitable y sonoro beso en los labios de la hermosa niña, díjole: “Ricardo Montecinos, por si es el primero”, y rápido como el placer se alejó de aquel lugar.

El estupor de Clorinda fue terrible... Aquel beso le había quemado los labios y encendido la sangre; aquel ósculo le había crispado todos los nervios; aquel estallido tremendo, de un amor ignorado de Clorinda, ¿era para esta, anuncio de días venturosos y felices? ¿O era fatal presagio de desventuras?

Cuando ella volvió de su letargo exhaló un grito; pero uno de esos gritos terribles, exclamaciones nacidas del frágil corazón humano, y también gritos del alma que anonadan y paralizan los nervios.

El grito de Clorinda hizo salir de su sorpresa a sus compañeras de paseo, y como aquello había durado algunos instantes, el hombre había escapado; nadie dio cuenta de él ni se pudo averiguar por dónde había cogido. El señor Rivera, padre de la niña, terriblemente enojado, hubiera dado su existencia por unos instantes de vigorosa juventud, para correr hasta alcanzar aquel atrevido y mal caballero, el cual hubiera pagado caramente su culpa; pero nada pudo hacer, sus sesenta años, su cuerpo demasiado robusto le imposibilitaban para la carrera.

Llegó a su casa y allí dio rienda suelta al llanto, se mesaba los cabellos, se desesperaba, lamentaba el fatal momento en que se

le había ocurrido ir al paseo y más se enojaba consigo misma cuando pensaba que ella había sido la iniciadora.

Aquella noche no durmió, y solo se metió en el lecho por las instancias de sus amigas y los ruegos del señor Rivera, su padre.

Aquella noche fue para la alegre Clorinda, tristísima... noche de insomnio cruel; apenas estuvo en la cama dos horas; pues cuando el alba asomaba en oriente, Clorinda salió de su cuarto y se dirigió al jardín en busca de tranquilidad para su espíritu, ansiaba respirar el aire puro y fresco de la mañana, buscaba el perfume de las flores y las gotas de rocío en ellas pasaban luego de los pétalos a sus ardientes mejillas; queriendo así transmitirles el frescor de las flores. De temperamento nervioso, estaba sumamente irritada por el desvelo y las impresiones de la pasada noche.

Después de vagar inútilmente por el jardín y no hallando distracción donde otras veces la había encontrado con la multitud de flores, ora haciendo preciosos ramilletes, ora conociendo las diferentes clases de estas y las particularidades de cada cual, que el jardinero le mostraba, dispuso sentarse al borde de una hermosa pila, que en el centro del jardín había, a contemplar las cristalinas gotas de agua.

Sin embargo, iba con el mal doquiera encaminara sus pasos. Aquella mañana nada la distraía, la fatídica y sombría figura de un hombre vagaba por su mente haciéndola estremecerse.

Las palabras de aquel hombre dichas cuando aún se escuchaba el eco de aquel fatal beso —“Ricardo Montecinos, por si es el primero”, —estaban como estereotipadas en su mente.

Lucha tenaz sostenía por borrar de su imaginación suceso tan desagradable; pero era imposible.

Después de algún tiempo de los acontecimientos que hemos narrado, Rivera, en unión de su linda hija, volvieron a su pueblo natal; ¡ay! Clorinda dejaba su bienestar, la alegría de su alma en la capital hondureña. En el momento de la partida y al despedirse de su amiga Inés, díjole al oído: “Adiós, amiga querida, creo que no nos volveremos a ver más; llevo la muerte en el corazón; ruega por mí”. Aquellas palabras dichas a media voz, impresionárola demasiado; los acompañantes sorprendieron en aquellos ojos negros que nunca habían llorado, una gota de agua trasparente que, rodando por la tersa mejilla de Clorinda, parecía una gota de agua en los pétalos del jazmín.

Había llorado...

Las lágrimas no saltan a los ojos, sino cuando el corazón sufre intensamente, o también cuando después de dilatado sufrimiento se tiene un instante de placer.

Las lágrimas que brotaban de los hermosos ojos de Clorinda, eran indicio de que sufría intensamente.

En su ciudad natal, y en medio de su familia y amigos, había sido la niña predilecta de todos, la reina de la hermosura y el buen gusto; todo lo que se hacía pasaba primero por la aprobación de Clorinda, había algo del espíritu de aquella niña en el alma de la sociedad de su pueblo natal.

A su regreso, encerróse en sus habitaciones; nadie la veía; ni recibía ni correspondía visitas.

Sus amigas íntimas, aquellas que habían compartido con ella los juegos de la infancia, aquellas que, entre risas y lágrimas, habíala despedido cuando su partida a la capital, aquellas que durante su ausencia recibían correspondencia diaria, aquellas que anhelaban el ingreso de la amiga querida a su pueblo, que deseaban tenerla nuevamente a su lado, no podían menos de extrañar su conducta.

Rogó a su padre no hicieran su ingreso a la ciudad, sino hasta por la noche, y Rivera que amaba con delirio a su hija, no tuvo obstáculo en darle gusto.

Además, no dieron aviso del día que llegaban para que no los fueran a encontrar; sin embargo, de lo cual, los amigos íntimos, los familiares fueron algunas millas fuera de la ciudad de... aunque inútilmente.

Sí, inútilmente, porque no les encontraron; Clorinda había previsto todo eso, y ella solo pensaba alejarse del mundo. Fueron a la morada de la que había sido cariñosa y tierna amiga, y la encontraron desierta.

Este era un misterio, pero un misterio indescifrable para aquellas buenas gentes.

Cundió por el pueblo la noticia de que Clorinda no recibía a nadie, ni de nadie quería dejarse ver; y la maledicencia, tan propia de lugares pequeños, empezó a hacer conjeturas, conjeturas que tan terribles son a veces.

Unos la juzgaban orgullosa, merecida, o achacaban a tontería su aislamiento.

Las personas que sinceramente la querían, la disculpaban pretextando enfermedad, con lo cual aparecían como preferidas por la amistad y confianza de la hermosa niña; pero luego había quién dijera que nunca entraba médico a la casa.

Y a pesar de las investigaciones, Clorinda empezaba a sentir los síntomas de una enfermedad alarmante.

Había quienes audazmente lastimaran el honor de la inocente virgen.

Y el todo de la verdad era que por más que se devanaban los sesos no averiguaban el motivo de aquella clausura. Ni el piano había vuelto a oírse; todo estaba triste, pues la dueña de aquellas habitaciones parecía no existir.

La tristeza con su manto funeral había entrado a aquellas habitaciones, y no podía inquirirse la verdad de tanta transformación.

Pasaron dos años desde el regreso de Clorinda a su pueblo natal y había observado durante el curso de ellos el mismo sistema de vida que en los primeros días.

Ya en el pueblo la habían casi olvidado, estaba notablemente cambiada; cuando la conocimos era pálida, más entonces su palidez era agradable, con ligero tinte de rosa y purpura; y en la época en que tuvieron lugar los acontecimientos que narramos, su palidez era intensa, mate, sus negros y hermosos ojos carecían de brillo, de aquel brillo seductor que atraía las miradas de todos, sus labios eran también pálidos. Había desaparecido de ellos la alegre y festiva risa.

En fin, Clorinda estaba transformada tanto en su parte física como en su parte moral; apenas se advertía en ella la jovial y complaciente niña de otros tiempos; su carácter era entonces apático, sombrío, triste, propenso a la melancolía.

Lentamente se estaba acabando aquella estrella de plácidos esplendores, pues no iluminaba ya ni en su hogar.

Rivera veía que pronto el infortunio le daría aquel golpe fatal; su hija... la hija adorada de su corazón, estaba pronta a descender al sepulcro, no podía explicar lo que sentía; las palpitaciones de su corazón eran tan fuertes, tan intensas que parecía que el pecho iba a rompersele.

Su anciano padre, que vio y conoció desde un principio el motivo del cambio de su hija y que juzgaba en su solicitud paternal la de dónde partían sus sufrimientos, la espiaba continuamente.

Ella no salía de su cuarto, sino por mucha urgencia y breves instantes; pero su padre, los momentos que sus ocupaciones le permitían, permanecía oculto en el aposento de esta y en más de una ocasión sorprendióla llorando; entonces, en su carácter de padre trataba de interrogarla sobre sus penas, a lo cual contestaba arrojándose en sus brazos y dando curso a sus lágrimas; largo rato permanecía entrelazados, semejando la débil planta apoyada al fuerte roble.

Pero, pasaban tan dolorosas escenas, que aminoraban las fuerzas del anciano Rivera y disipaban el aroma de la juventud en la hija... y luego volvían a quedar lo mismo que antes. Otras veces, hallábala escribiendo largos pliegos; luego interrumpía su trabajo, se ponía a leerlos, dejaba esto también para dar corriente a los suspiros y las exclamaciones, las cuales eran ininteligibles para todos.

¡Qué escribiría la hermosa niña mojando su pluma en lágrimas amargas!

¿Sería el bosquejo de su vida que tan bella presentósele en la alborada de su juventud, o sería quizás la historia de una noche de fiestas y placeres, de una noche de goce inmenso, de una noche de encantos y alegría cuyo recuerdo flotaba en su mente?

Nadie lo sabía...

La existencia de Clorinda era un misterio impenetrable para todos, tenía una muralla infranqueable: su silencio.

De repente, hubo alarma en la ciudad de... Clorinda había sido la niña mimada y el encanto de toda la sociedad donde vivía; ¡y... Clorinda se moría... se moría en primavera de la vida!

Aunque ella esquivaba la sociedad y el trato de las gentes, aquella sociedad la amaba como a su hija primogénita ama un buen padre de familia; todos se quejaban de su aislamiento, ansiaban su amistad, había sido tan buena, tan generosa y amable, que aún vivía indeleble el cariño para la dulce niña en todos aquellos corazones.

Un acontecimiento vino a poner en movimiento a todas las familias, y el que nadie esperaba en el pueblo.

Clorinda escribió una carta... ¿A quién? A una amiga antigua, con la cual habíanse tratado como hermanas, concebida en estos términos:

“Señorita Rosa Hernández”

Presente

Mi querida Rosa:

Consigue permiso de tus padres y ven a pasar unos días a mi lado: serán pocos, pues contados están los de mi vida en el reloj del tiempo.

Creo que vendrás. Hasta la vista

—Tuya.

Clorinda

Rosa, que amaba con cariño entrañable a Clorinda, al recibir la carta que nuestros lectores conocen y la petición que en ella le hacía, voló a donde sus padres y les mostró la carta de su doliente amiga; ellos, por toda respuesta, le dieron su asentimiento para que fuese a hacerle compañía a la hija de Rivera.

Fue tal el placer de que Clorinda llamase a Rosa, “la rubia del pueblo”, que corrió con presteza la noticia, y todas habrían ido gustosas; pero Clorinda solo a Rosa llamaba. Luego, solo a esta necesitaba.

Llegó veloz como una gacela a la casa de su amiga, y como hacía algún tiempo que no la visitaba, al llegar mandó a anunciarse; más los asistentes de la casa estaban enterados de que iría aquella señorita y la introdujeran inmediatamente a la pieza de Clorinda, esta estaba en el lecho, ese día no había podido levantarse; sin enfermedad conocida, estaba moribunda.

Rosa avanzó decididamente hasta el lecho, allí, en medio de blancas cortinas cogidas por lazas celestes, vestida de blanco y cubierta con un abrigo de seda también celeste, estaba Clorinda, la amiga de su corazón.

Tenía los ojos medio cerrados; adormecidos y envueltos por largas pestañas negras, parecían no haber sentido el roce del vestido de Rosa con el pavimento; y esta no quería molestarla, la contemplaba en silencio, apenas conocía en ella rasgos de la festiva amiga de antes.

Sentóse a la cabecera de la cama y tomó entre las suyas la blanca y descarnada mano de su enfermita; empezó a frotárselas con suavidad y esmero como si tuviera en sus manos un lienzo de blanco raso.

El suave calor que la mano de Rosa transmitió a la de Clorinda hizo que esta saliera de su letargo y abriese sus grandes y rasgados ojos con expresión de espanto; la cual cambiósese al momento en alegría al ver a Rosa frente a ella en actitud cariñosa. Se incorporó con violencia en el lecho y le dijo a su amiga:

—Rosa, Rosa, ¿eres tú...? No es visión de mis débiles ojos ¡Ah, qué placer! Ven Rosita mía, dame esos brazos para reclinar en ellos mi dolorida cabeza... Me siento morir, amiga mía, y como tú has sido la más cariñosa de mis amigas, no dudé un instante en escribirte llamándote a mi lado, confiada en que tú no harías caso de mi conducta, desde mi regreso, para con todas ustedes; pues mi cariño para todas es siempre el mismo, mis afectos les pertenecen; y aunque motivos que callo me obligaban a conducirme de esa manera tan extraña para mis amigos, creo, tomándote a ti, mi buena Rosa, como representante de nuestra sociedad, que no dudarán de las palabras de una moribunda.

Rosa apenas podía contener el desbordado torrente de lágrimas; tenía a Clorinda en sus brazos y una lágrima suya cayó en la pálida mejilla de la niña, que Rosa se apresuró a enjugar con un rizo de cabellos negros de la hermosa enferma.

—Qué feliz era yo, Rosa, dijo ella, y qué desgraciada soy ahora, causando la pena de todos los que me rodean, ¡viendo morirse de pesar a mi padre! No resisto ya sufrir tanto, deseo con toda mi alma que esto termine luego. —Pero qué tienes, mi querida amiga —díjole Rosa con cariñoso acento—: haz un esfuerzo por sobre ponerte a ese mal, toma los medicamentos y te verás buena, ¿por qué existe en tu mente la idea de la muerte? ¡Morir tan joven, cuando eres el encanto de todos los que te conocen! No amiga, desecha esas creencias y sé feliz. Y selló sus últimas palabras con un beso en la purísima, inmaculada frente de Clorinda.

Estremeciósese visiblemente la enferma al sentir aquel beso, lo que para Rosa no pasó desapercibido, pues espiaba con fraternal cariño todos los movimientos de Clorinda, y turbóse; ella también ignoraba la causa del estremecimiento de Clorinda y pensó si le habría hecho algún daño.

Del pecho de la paciente salió un prolongado suspiro, y díjole así: —“Mi enfermedad no es física”, las recetas del doctor B., que como tú sabes, es el mejor médico de la capital por sus profundos

conocimientos, por su larga experiencia y por el afecto y solicitud paternal con que ve a sus enfermos, no pueden aprovecharme. Él ha venido varias veces a verme, y te confieso con franqueza que me ha hecho más su conversación, sus mimos y consejos, que todos los jarabes y drogas; él opina que todo es nervioso, partiendo de que me ve siempre triste. Y se equivocan: mira ese pañuelo y te formarás una idea de mi mal y de si podré vivir.

Buscó Rosa el pañuelo con la vista y lo encontró en la consola; grande fue su sorpresa al ver en aquel lienzo manchas de sangre de un color atabacado; ligeramente pasó por su mente la fatal idea de si su amiga estaría tísica, y conociendo lo terrible que es esa enfermedad, que rara vez perdona a sus víctimas, pensó con seriedad en las palabras de Clorinda. Había oído decir que nada era tan cierto en esos lances como la opinión del enfermo y ella creía a ciegas en su cercano fin; esperaba la muerte resignada, como término a sus sufrimientos, la consideraba como el gran paso a otra vida más feliz. Pero aun con esto, Rosa creía engañar a la enferma y derramar en su corazón la esperanza, y díjole: —¿Cuál es el diagnóstico de los médicos a este respeto?

Clorinda respondióle que había oído al joven Dr. R. decirle a su papá que no tuviera cuidado, que aquella sangre era de la garganta, ocasionada por el esfuerzo de la tos.

—Pero no solo yo sé, Rosa, lo que siento; por lo que hace a los señores médicos, no dado de su ciencia, pero a mí no me vuelven a la vida, a mi padre le dicen todo eso por consolarlo; sin embargo, su corazón como el ruido nos están pregonando día por día nuestra pronta separación. Hay en mí males inexplicables y también de carácter incurable para los cuales la ciencia es impotente.

Te he llamado a ti para confiarte cosas que no quisiera poner en boca de una sirvienta, mi padre no puede oírme, le falta valor; mis hermanitos, que han venido dejando sus estudios porque yo los llamé que vinieran a despedirse de su segunda madre, ¿qué pueden hacer, sino es llorar?

Rosa, el origen de mi enfermedad parte de una noche de luz y alegrías, de una noche de fiestas y placeres... extraño te parecerá, pero así fue; contarte el motivo, no puedo, además tú lo sabrás después, hoy solo te diré que aun en el borde del sepulcro como me encuentro, me persigue la negra silueta de un hombre y oigo constantemente sus palabras; nunca he podido averiguar quién era él ni cuál su residencia; pero ese ser se interpuso en mi camino y en un instante me robó la tranquilidad. Mira, la vida se me acaba por instantes, quiero que tú dispongas todo de acuerdo con mi padre.

—Difícil encargo, por cierto, —contestóle Rosa.

—Sufrirás mucho, lo sé, mi buena amiga; también yo sufro intensamente, pues conozco que me amas como a una hermana y por lo mismo tengo fe que cumplirás mis disposiciones. Soy cristiana, la doctrina del crucificado que mi santa madre inculcó en mi espíritu allá en los plácidos años de mi infancia, ha sido siempre el norte de mis acciones; así pues, para morir tranquila necesito los auxilios de esa bendita religión.

Antes de que mis ideas se ofusquen llamarás al virtuoso sacerdote J., con él quiero hacer mi última confesión; él ha sido mi director espiritual, quiero oír en el último instante de mi vida sus sabias palabras, de acuerdo con él dispondrás que el viático se me dé con la mayor solemnidad posible, tú sabes cuánto me agrada que a esos actos tan grandes se les dé la debida pompa. ¿Después de mi muerte me pondrás aquel vestido de seda blanco con lazas blancas que tanto te agradaba y que con tus bromas y chistes graciosos me decías siempre que lo veías que estaba bueno para el tocado de una novia en el día de sus bodas, te acuerdas? Cuando hice mi paseo a Tegucigalpa, lo pusiste en mis cofres y yo lo saqué, porque cuando lo veía venía cierta idea a mi mente, tú me reprendías seriamente, por lo que tú veías como modestia exagerada, y yo te repliqué, sonriendo, que: era propio para adornar a una virgen en su lecho de muerte. Los impenetrables designios de Dios han querido que se realice lo que yo en chanza y por molestarte decía, y en ese caso no nos queda, sino resignación, lo que al eterno pido para los seres que sentirán mi partida eterna.

No me pondrás un solo adorno que no sea de color blanco, blanco será todo.

Aquellas zapatillas de raso perla que tú me regalaste el día de mi cumpleaños, calzarán mi pie para mi viaje a la última morada.

—No, Clorinda, eso no.

—¿Por qué, mi buena Rosa? No quieres que lleve a la eternidad un recuerdo tuyo? Me resientes.

—Obedeceré tus órdenes, no te fatigues.

—Encarga el velo a Tegucigalpa quiero que sea de punto de seda blanco, y la corona de azahares.

Negro no quiero, nada, ¡ah! Ese color me horroriza. Negro... Eso simboliza, todo lo tétrico y funesto: negra es la tiranía, negra es

la envidia; la avaricia y la desesperación, negras son; negra era la sombra que él proyectaba...

Ten presente, Rosa: negro no quiero nada.

Tranquilízate amiga mía, se hará como tú quieres.

Y jugaba Rosa con los rizos negros de la enferma.

—Mis cabellos son negros, ¡Qué desgracia! ¿Por qué no tienen el precioso castaño oscuro de los tuyos?

Harás que me coloquen en la salita baja que da al jardín, me ponen cuatro cirios de amarillenta cera, dispones que cuatro niñas cuyos nombres te voy a decir, vayan llevando los blancos colgajes de mi ataúd, ellas son, Lucía mi prima; Luz tu hermanita, Claudia y Ester, las dos hermanas García; todas creo que tienen la misma estatura, que vayan todas con vestiditos de linón blanco y que lleven coronas de jazmines y rosas de té; quiero que así como sostuvieron la larga cola del vestido de Laura el día de sus desposorios, así lleven los colgantes de mi ataúd. ¿Qué disposiciones de loquilla, verdad Rosa? —Decía a su amiga mientras le oprimía con ardor la fresca mano. —¿Mis manos queman, verdad amiga? —No me respondes nada, ¿qué tienes?

—Nada, estaba distraída, oyendo tus órdenes y a ellas te responderé que no tienen nada de malo, ¿solo que por qué piensas en eso? Que si no fuera mejor que te dispusieras a dejar ese lecho con lo cual te verías buena.

—No te hagas ilusiones, Rosa, hijas del afecto que me profesas; antes de que el mes de marzo caiga en el abismo del tiempo, mi vida se habrá extinguido; yo siento dejaros, pero allá, tal vez seré feliz...

Y Clorinda buscaba el firmamento a través del techo de raso de su abrigado cuartito.

—Quiero que me sepulten en el jardín, eso se lo diré a mi padre; que manden construir mi losa bajo el emparrado de jazmines de Persia, y así mi sepulcro permanecerá cubierto en todo tiempo de esas flores que han formado mi delicia; ¡qué mejor ni más lujosa alfombra para mi tumba que los jazmines!; no quiero ciprés de ninguna clase, la sombra del ciprés es lúgubre, negra.

Y tú, mi querida Rosa, prepárate a concederme el debido perdón que por mis faltas necesite y alcánzame de esa sociedad. Que

no lloren mi temprana muerte, que consagren un recuerdo a mi memoria, adornando mi sepulcro con siempre —vivas blancas y azucenas...

Diez días después, las campanas del pueblo de... tocaban a muerto. Las puertas de las casas permanecían cerradas, las calles desiertas; solo en la habitación de la familia Rivera veíase movimiento: era un entrar y salir continuo. Una vecina curiosa acercóse y preguntó qué sucedía, y otro espectador frío contestóle: “la señorita Clorinda Rivera ha muerto...” Despavorida huyó la pobre mujer, lanzando a los cuatro vientos exclamaciones de dolor...

Allí en la salita baja yacía Clorinda en un lecho de flores, vestida de blanco; por la ventanilla que daba al jardín entraban los jazmines y los lirios a perfumar la estancia de la inocente virgen muerta. Clorinda había muerto; todo se había dispuesto según ella lo había ordenado antes de morir...

Qué había sido del hombre que de una manera tan fatal se interpuso en su camino, nadie lo sabía; como no era conocido no hubo quién diera razón de él.

Allá a la media noche, cuando en presencia de un cadáver se entrevé la eternidad, un hombre encapotado, vestido de negro, se introdujo en la casa, llegó al lecho mortuario y con asombro de todos tomó un lirio de entre las manos yertas de Clorinda y lo besó con delirio varias veces, luego cortó un azahar de la corona que ceñía aquella frente donde se anidaron en otros días halagadores pensamientos, y lo guardó cuidadosamente en su cartera, en la cual escribió un breve instante.

¿Qué escribiría? ¿Sería la fecha de una noche de fiestas y placeres, una noche de luz y alegría?

¿O sería quizá la fecha de la noche funeral? —¡Quién sabe! Quién era aquel hombre fatal, aquel hombre negro, nadie pudo saberlo.

Clorinda dejó un paquete manuscrito, amarrado con un lazo de cinta blanca y dirigido a su amiga Rosa, titulado *Una noche*, y en el cual estaba escrita su vida con lágrimas amargas.

María Guadalupe Reyes

Tegucigalpa, 4 de septiembre de 1894

Tristezas*

¡Qué espectáculo más lúgubre y qué triste está todo! Las aves no cantan; los pajarillos no saltan de gozo en las cumbres de los árboles; el sol sale a intervalos, como que se esquila a dar de lleno su esplendor, a tan triste y melancólico aparato.

Es que estamos en el día de finados. ¡Qué recuerdos tristes embargan nuestra mente en este día!

La madre, entre sollozos recuerda el hijo amado, que perdió, tal vez por un capricho del hombre, o que fue, víctima inocente de una traición; la esposa casta, que guarda en su corazón la fe que prometió a un hombre, al pie del ara del Señor, vestida de crespón negro, llora, contemplando a través de la fría losa los despojos de aquel ser amado y, elevando al cielo, sus ojos humedecidos por el llanto cree ver en él, un alma que le espera en las regiones celestiales, la hermana, el hermano y el amigo: todos lloran, en el día de difuntos por los recuerdos que asaltan nuestra mente, de los seres que formaron parte de nuestro cariño; y que al dejarnos para siempre les consagramos un santuario en nuestro corazón y la ovación de nuestras lágrimas.

Para los seres que sufrimos mucho y que ya el dolor forma una segunda naturaleza en nuestra organización, el día de finados tiene indecibles encantos y misterios; sí, porque en este como en ningún otro; apuramos hasta los bordes la copa del dolor; cada lúgubre tañido de la campana, cada hoja que tiembla, el susurro del viento, todo nos parece que son ayes de dolor, lamentaciones de pesar; y hasta la menuda garúa tan constante en este día se nos asemeja las lágrimas que brotan de millares de pupilas en el Día de los Muertos.

Vamos al cementerio llevando humildes guirnaldas de flores silvestres, que colocamos en el sepulcro de seres queridos; entramos a aquel sagrado lugar, como si lo hiciéramos al templo, donde expuesto estuviera el Divino Sacramento, con respeto religioso y veneración.

Desgraciados de los que no sufren, de aquellos, para quienes el día de finados, es un día de hastío; para los que van al cementerio por vía de paseo; que penetran a aquel recinto donde duermen el último sueño sus antepasados, sin ninguna veneración, cual si

* María Guadalupe Reyes, "Tristezas", *El Pensamiento*, s. II, n. 20, (2 de noviembre de 1894): 159-160.

fueran a una plaza de toros; desgraciados de ellos, porque nada existe para esos seres en la faz de la tierra digno de veneración y respeto, puesto que no lo tienen a los muertos, ni en el día consagrado a su recuerdo.

María Guadalupe Reyes

Tegucigalpa, 2 de noviembre de 1894

En un álbum*

Estás ante mí, en tu mano tienes un libro de bella apariencia.

Me lo das —¿Con qué objeto?

Lo sé, lo adivino, quieres que escriba en él humilde nombre y no solo eso, dices, algo más.

—¿Qué quieres, ¿qué te puedo dar? ¿Qué puede una pluma agregar al unísono concierto de admiradores? ¿Qué puede mi mente concebir digno de ocupar una página blanca y [ilegible] de tu libro?

Algo, me dices, de lo que piensas, algo de lo que hay en tu cerebro, algo de lo que sienta. Acuden, a mi mente los pensamientos de vertiginosa carrera, en confuso tropel; [ilegible] allí mueren, porque, no puedo darles [ilegible] y trasladarlos a tu libro.

¿Por qué?

¿La causa quieres saber?

Porque son tristes como el invierno, lúgubres con algo parecido a los cementerios, fríos como el viento glacial; no, amiga, no pueden quedar en tu libro. Algo de lo que siento: ¡Ah!, siento tanto, tanto, que no cabe en la explicación humana, que no hay expresión en lenguaje suficiente para decir lo que siento, que llevo dentro del pecho.

Te sonrías, dudas que sufra.

* María Guadalupe Reyes, "En un álbum", *El Pensamiento*, s. III, n. 31, (15 de marzo de 1895): 247.

Tienes razón, tú eres feliz y los seres para quienes el mundo se presenta siempre color rosa dudan del sufrimiento ajeno; se ríen cuando ven llorar. Los demás, no: me refiero a los hijos mimados del sentimiento, esos [ilegible] se ríen, esos, por el contrario, cuando ven dar una lágrima, o cuando ven una pupila merecida, se apresuran a enjugarla; pero amiga que esas almas conocen lo intenso dolor, comprenden lo acerbo del pesar.

Vuelves a sonreírte y me dices: déjate de tristezas, de lloriqueos, de pesares y escribe en mi libro un cuento alegre, alegre, una historia, aunque sea de amor, pero no vayas a concluir diciéndome que el novio olvidó a la novia, que fue y no volvió, que esta vive eternamente esperándole, porque eso es muy romántico o que es todavía mil veces peor, que uno de ellos murió sin llegar al colmo de la felicidad. No, nada de esas historias o cuentos quiero y si, por el contrario, que me digas que ellos fueron felices aquí en la tierra, que su amor era como el arrullo suave de dos tórtolas, que su vida fue un idilio de placer y de eterno goce; que ella era hermosa, tierna y apacible, que él era galante, cumplido y bueno; y me complacerás.

Me has dicho al fin lo que quieres para tu libro y con lo que te darías por satisfecha; en verdad que es bien triste no poder satisfacer tus deseos cumplidamente, que es inculta la negativa; pero que quieres; no puedo hoy escribir ni contar cuentos, alegres, ni mucho menos graciosos.

No conoces la causa, dices.

Porque mi espíritu se encuentra abatido, mis pensamientos hoy son lúgubres, fantásticos, y en lo referente a graciosos, sabes que nunca he tenido gracia para nada. Te dejo pues, si lo permites, en tu álbum un vehemente deseo de mi alma como único presente que hoy puedo darte.

¿Sabes cuál es?

Que nunca llores.

María Guadalupe Reyes

Tegucigalpa, 12 de marzo de 1895

María*

I

Hay en el fondo un germen de inagotable tristeza; mi corazón como que fue formado solo para el sufrimiento fuente de mis lágrimas es profunda, en sí. Cuantos dolores laceran mi esperanza, cuántos pesares van cayendo, uno por uno en mi corazón, que al recibirlos me [ilegible] que no podré sobrevivir a tantas amarguras a tantas decepciones; y a pesar de todo que sobreponerme a ellas y aparecer ante el mundo con el semblante sereno cuando mi alma es presa de acerbos sufrimientos.

Los seres queridos de mi familia, [ilegible] que me acompañaron en la infancia: a que, con ternura filial secaron mi [ilegible] que cifraban en mí su cariño; aquella pequeñuela, meciéronme en sus rodillas amigas, mis compañeras en las aulas hermanas por el espíritu, todos, todos van precediendo en la jornada de la [ilegible] dejándome solo el recuerdo de sus [ilegible] y del aprecio que me demostraron a [ilegible] nada soy, que nada valgo.

María, la preciosa niña de los ojos grandes la amiga dulce y complaciente, hace un año que exhaló el último suspiro dejando este mundo donde tanto se elevó a las regiones de la gloria en [ilegible] los ayes de su familia, de esos seres que en ella el encanto de su vida.

María, era una tierna y delicada, sensible de talle tenue y delicado, de organización [ilegible] débil. Hija legítima de un matrimonio modelo, fueron sus padres el licenciado Carlos Membreño y su madre la apreciada señora doña Concepción Rosa de Membreño. María heredó las finas y delicadas facciones, el ondulante y flexible talle de su madre, como también, según el decir de personas que conocieron y trataron en la intimidad a la señora de Membreño, las [ilegible] morales de la expresada señora.

Siendo niñita aún la conocí, gustaba verla acompañada de sus hermanitas, [ilegible] Concha y Josefita ir a la escuela, de las señoritas Ugarte; formaban un grupo cantador, en aquella edad risueña de la carita blanca y sonrosada de mejillas redondas de María, hacíame pensar en los querubines que rodean el trono de [ilegible] de Dios: el interesante grupo de las [ilegible] importante puesto que les estaba [ilegible] el mundo social por su belleza [ilegible] por la posición

* María Guadalupe Reyes, "María", *El Pensamiento*, s. III, n. 30, (9 de marzo de 1895): 236-238.

que ocupaba la familia [ilegible] eran miembros. Desgraciadamente [ilegible] pequeña de ellas descendió al [ilegible] se encontraba aún en la infancia [ilegible] también muy joven, encontrábame [ilegible] en mi tránsito al colegio y a pesar de mi corta edad acudían a mí los documentos que he citado.

[Ilegible] tarde, tuve ocasión de conocer lo que [ilegible] ingresó ella también al colegio donde estudié y al poco tiempo fuimos amigas; durante ese período tan feliz de la vida, tan lleno de encantos y de inocentes alegrías, [ilegible] para mí la dulce y consecuente amiga. [Ilegible] siempre sus alegrías, sus chistes y [ilegible] particularmente cuando tropezaba con [ilegible] terca y de carácter poco [ilegible] el mío. Cuando yo la reconvenía aquella risa que jugaba casi continuamente sus labios, me replicaba: “Cállate, [ilegible] que el día que deje de reírme [ilegible] entonces no me quedaba otro recurso [ilegible] con ella, tal vez de pequeñeces que [ilegible] para molestarnos, pero que [ilegible] con placer. El destino [ilegible] lo puede sondear, el porvenir presente siempre dudoso, oscuro, aun para los más favorecidos por la naturaleza, ora [ilegible] físicas, ora con bellezas morales e [ilegible]. Cuando al encontrar un ser [ilegible] con alguna de las cualidades, que [ilegible] enumerado, muchos exclaman: sí, aquel [ilegible] aun, ¡que feliz va a ser! ¡Que dicho [ilegible]! Y cuántos, ¡ay! Se engañan, al ver en [ilegible] creían feliz, un desgraciado, y en el [ilegible] un ser que sufre.

[Ilegible] haciendo estas reflexiones, me olvidé que el objeto que hoy se propone mi [ilegible] es escribir, a grandes rasgos, la vida [ilegible] amiga a quien tanto quise, de aquella dulce niña cuya efigie, trasladada al [ilegible] por la mano de un diestro artista, me ha [ilegible], al verla, pensar ¡Ah! En lo deleznable [ilegible] dicha, en lo fugaz y transitoria que es [ilegible].

II

[Ilegible] apenas del colegio fue llamada mi [ilegible] a ocupar el importante puesto de la esposa. El licenciado don Julio C. Durón, joven notable por su honradez, por su amor al trabajo, la eligió por compañera de su vida, tomando en cuenta, los dotes físicos y morales que la adornaban y que de seguro harían de ella una excelente matrona. La sociedad en general al saber que se proyectaba la unión de dos de sus miembros tan conocidos y apreciados, la aprobó, juzgando que serían felices. Y había sobrados motivos para ello, dadas las cualidades del joven y la belleza de la niña. Además, es consiguiente de los buenos matrimonios el mutuo consentimiento de las familias de los contrayentes y en el caso a que nos referimos, tanto la familia de Membreño, como la de Durón, aceptaron con placer la

unión de sus hijos. Los jóvenes recibieron en el día de sus bodas, las bendiciones de sus respectivos padres, los elogios y felicitaciones de sus amigos.

Pasado ese día, María fue a ocupar el lugar que le estaba destinado en su nuevo hogar, en ese hogar donde la mujer es reina o esclava; en que ciñe su frente: o la corona de rosas de la felicidad o la corona de espinas del martirio.

Me ligaban a ella los lazos de la más pura amistad, nuestras relaciones tenían por base la intimidad del colegio: así, pues, tuve que seguirla a su nueva morada; allí también, la encontré alegre y festiva; nada había cambiado la alegría de su alma al pasar de un estado a otro y en la señora de Durón, lejos de encontrar afectada gravedad, impropia de su carácter y de su edad, se descubría, la alegre y bulliciosa niña, la traviesa colegiala. Varias veces la vi allí donde la condujo su amor, cariñosa con el elegido de corazón, dulce, benévola y cortés, como siempre, con sus amigas. Pero, en esta vida, la dicha sí existe, es fugaz, es pasajera y aquel hogar nido de amor, se convirtió bien pronto en mansión de dolores infinitos, de inmensas penalidades. María fue madre y la maternidad trajo para ella un cortejo de enfermedades que destruyeron su organización endeble, que debilitaron el uso de sus facultades intelectuales y originaron la demencia ¡Pobre amiga! Cuanto no sufriría por el trastorno de sus ideas! Había personas a quienes nunca desconoció, a quienes a pesar de su estado de enajenación mental siempre quiso y atendió; entre ellas me encontraba. Recuerdo varias veces que durante su enfermedad fui a verla a casa de sus padres donde se hallaba y era consecuente conmigo en todo, lo que muchas veces no lograba el cariño de la familia, lo obtenía la amistad.

III

María exhaló el último aliento de vida el 27 de febrero del año de 1894, después de penosa y dilatada enfermedad; pero ella pasó a mejor vida rodeada de los suyos, con el pleno convencimiento de su afecto y con la seguridad de que sentirían su partida eterna, como sentía ella la separación de los seres que amaba. ¡Feliz de ella que no probó la amargura de los desencantos! ¡Dichosa de ella que no vio marchitarse sus ilusiones, que no supo cuánto de amargo y de terrible encierra la vida con sus constantes contrariedades, con sus intensísimas luchas! Murió en la primavera de la vida, llena de belleza, de ilusiones y de amor. ¡Dichosa de ella!

María Guadalupe Reyes

Tegucigalpa, 27 de febrero de 1895

La aparición*

(Cuento)

Cuando Lesbia la niña de los bucles rubios y de los ojos negros, tenía apenas cuatro años, se le apareció un ser extraordinario: su traje tenía la alba pureza de los ángeles, su cabellera larga y extensa era rubia, como los rayos del sol sus ojos azules: era un ser alado, con la forma humana de un niño de diez años, que en todo su conjunto denotaba, bondad y pureza: el eco argentino de su voz era un pálido remedo de las armonías divinas. Lesbia, se encontraba entretenida alegremente al caer de una tarde de primavera; jugaba en el patio de una modesta casita de campo donde vivía en compañía de una anciana, que pasaba por su abuela; pero que algunos decían era solamente encargada de la nieta. Nosotros la creemos sola y ella se consideraba muy acompañada: tenía una legión de muñecas y muñecos a los que daba los nombres de las flores que ella conocía; había allí clavellinas, verbenas, sauces y geranios, con que sostenía animada charla. Así pasaban los días y venían las noches, en una de estas, habiéndose estado según su costumbre. Hasta que la luna extendió su manto de plata sobre la tierra, vio frente a ella, un ser desconocido, un niño de regular estatura que le sonreía afablemente...

Lesbia se sorprendió, pues a nadie conocía, e iba a llamar a la abuelita cuando el nieto, levantando la mano hacia el oriente le dijo: "No te sorprendas, yo habito las regiones de la luz, yo conozco el país de la felicidad y vengo a anunciártela a ti".

Apenas habíase repuesto Lesbia de su sorpresa, cuando el niño desapareció, dejando impregnada la atmósfera de fragancias desconocidas.

Entró presurosa la niña a la casita y sentándose en las rodillas de la anciana le refirió lo que había visto y oído, advirtiéndole que, lo que más le llamaba la atención eran los cabellos rubios de aquel niño y que cuando ella trataba de acercársele, él se alejaba. La buena mujer, si bien, prestó atención a las palabras de su niña, las tomó por una verdadera alucinación. Aquellas palabras "yo habito las regiones de la luz, yo conozco el país de la felicidad y vengo a anunciártela a ti", tenían para Lesbia, un agradable significado, aunque no podía descifrarlas, su abuela, la única persona que la acompañaba, no satisfacía sus preguntas; resolvióse, pues, a repetírselas ella misma y esperar.

* María Guadalupe Reyes, "La aparición", *El Pensamiento*, s. III, n. 31, (23 de marzo de 1895): 252-253.

El tiempo rueda inadvertidamente; cuando menos lo pensamos volvemos a encontrar a Lesbia; pero ya la niña cambiada en mujer. Habían volado las horas de la niñez y las candideces infantiles, la crisálida habíase convertido en mariposa, ya las muñecas y juguetes vivían relegados al olvido en un oscuro rincón de la casita, la que también había mejorado notablemente. Un personaje oculto, velaba por la existencia de la niña y trataba de que todo lo que la rodeaba tuviese el aspecto que dan la belleza y el misterio.

En una de esas solitarias noches, en que pasaba recostada en el antepecho de una ventanilla, contemplando la esplendidez de los campos y, tal vez allá en su mente forjándose mundos mejores, volvió a aparecérselle la visión luminosa que vio en su primera edad y de la que conservaba un pálido recuerdo. De una colina, que allí cerca se elevaba vio levantarse, una figura aérea, vaporosa, de blanco ropaje vestida, de luenga y espaciosa cabellera rubia; pero ya no era tampoco un niño, semejava un hombre; pero bellísimo, un ser sobrenatural.

Lesbia ya no se sorprendió, por el contrario, gozábase en la contemplación de aquella aparición, no le dio miedo, pues tenía casi idea que en otro lugar y en otro tiempo había visto un personaje parecido a aquel y buscábale en su mente.

Minutos después de su aparición, hizo lo mismo que el niño: levantó la mano hacia oriente y díjole a Lesbia.

“Hermosa niña, ¿te acuerdas del niño de los cabellos de oro, y de los ojos azules que te anunció la felicidad? Yo vengo también del país donde él habita, de las regiones de la luz, del país de la felicidad, y como él vengo a anunciártela; pero para ello es preciso que conserves en tu frente la pureza inmaculada del lirio y en tu corazón la inocencia y candidez que aromatizan las virtudes. La visión calló y desapareció.

La niña parecía extasiada, aquellas palabras la había como adormecido, el fragante perfume que desde la colina llegaba a donde ella habíala embriagado...

La voz ronca y cascada de la anciana la hizo volver a la vida real; cerró la ventanilla y se metió en su lecho, quizá a ver en sueños a aquel ser que le profetizaba la dicha.

María Guadalupe Reyes

Tegucigalpa, 20 de marzo de 1895

Magnolias blancas*

A Leonor

Que bellas son las magnolias, ¡qué aroma tan suave el que exhalan, qué pétalos tan bellos y tan blancos!

Lila, la humilde pastorcilla del valle de... gustaba de colocarlas en la madeja de su cabellera negra: eran sus flores favoritas; siempre iba adornada con ellas. La blancura de los pétalos correspondía con la nitidez de sus mejillas, con la pureza de su almita de ángel.

Una magnolia era el símbolo de su amor, prendiéndola en su pecho como recuerdo del dueño de sus impresiones.

Enrique, su amigo, su compañero de infancia, su novio, se la había obsequiado antes de su partida a la capital de provincia, protestando que aquella flor respondía de sus juramentos, que si llegaba a desaparecer era prueba de que él la olvidaba. Seguro de su amor a Lila y de que esta conservaría la flor, le hizo tal aseveración; pero la magnolia, emblema del amor, no era de las que Lila cortaba todas las mañanas para adorno de sus cabellos; no, era hecha por hábil florista y, por ende, inodora. Lila la conservaba porque tenía para ella la procedencia sagrada que da el amor; pero gustábanle más las fragantes, magnolias con que adornaba su cabellera, aquella era el talismán de su amor y no se separaba de ella.

Pasados algunos meses, Enrique vuelve al lugar donde mora aquella niña, llega a la casita, que era una habitación humilde, pero belfa. Para entrar a aquella mansión del amor y la inocencia era preciso pasar por un pequeño y diminuto jardín, tan pequeño como artístico y agradable; en la puerta de entrada y a los lados de ella había dos arbolitos de magnolias, cuyo perfume llenaba la morada de la pastorcilla del valle. En el tiempo en que Enrique volvió a ver a Lila era en el mes de las flores, en el florido mayo y los árboles estaban en plena florecencia; el verde de las hojas quedaba oculto por la blancura de los pétalos, parecía que un lienzo los cubría. Después del saludo a su novia, Enrique preguntó qué flor era aquella y Lila le dijo:

—Cuando tú viniste a darme el último adiós, me diste como emblema de tu amor esta magnolia que llevó aún sobre el pecho. Un día que fui de paseo con mi madre a la finca vecina, vi en el

* María Guadalupe Reyes, "Magnolias blancas", *El Pensamiento*, s. IV, n. 42, (22 de junio de 1895): 328-329.

jardín algunas de esas flores y sabiendo que a ti tanto te agradan, le propuse comprar al hortelano dos árboles, para que cuando tú vinieras conocieras la magnolia natural. Los bauticé con nuestros nombres: el de la derecha eres tú, el de la izquierda es tu Lila. En las tardes de verano en que tú vengas a leer al jardín y yo a bordar, ellos nos darán su sombra.

Y cortando una flor de cada uno, en sentido inverso, colocóle una a él y otra púsose ella en el pecho.

Enrique, en recompensa de tanto amor, unido a tanto candor e inocencia, estrechó entre sus manos la blanca y bella mano de su amiga...

Yo, que como las pastorcillas del valle gusto tanto de las magnolias, se las ofrezco a la hija del Guayape en premio de sus virtudes, pues estas flores rivalizan con la pureza de sus costumbres y la inocencia de su alma de ángel, y como corona para sufrimientos.

María Guadalupe Reyes

Junio de 1895

La educación de la mujer y su instrucción*

*Si queréis mejorar la sociedad,
educad a la mujer.*

Madama Campman a Napoleón I

La educación del sexo débil ha sido siempre el objeto primordial de mis deseos, la instrucción de esa parte del linaje humano a que pertenezco, una de mis mayores aspiraciones. Verlas implantadas en mi amada patria, mi más constante anhelo; porque tengo la profunda convicción de que no puede haber buenas bases sociales sin que una alta y elevada moral sea guía y consejera de la mujer porque creo que la felicidad de las naciones, de los pueblos, de las sociedades, y en fin de las familias, consiste en la educación de la mujer, la que tiene que dirigir una familia, según las leyes naturales, y no podrá formar corazones quien antes no tenga formado el suyo, ni podrá tampoco educar e instruir quien carezca de ambas cosas. ¿De qué virtudes hará alarde, sino se las supieron

* María Guadalupe Reyes, "La educación de la mujer y su instrucción", *El Mentor Hondureño*, tomo I, n. 3, (noviembre, 1913): 42-44.

inculcar en su corazón? Y, sin embargo, cuán mísera y raquítica, si decirse puede, es nuestra educación moral, razón por la cual aún se cometen tantos y tantos extravíos.

No sé por qué motivo, que mi escasa inteligencia quizá no alcanza a comprender, se ha preferido siempre la instrucción del hombre a la de la mujer. Para él se fundan universidades, se establecen colegios, se organizan sociedades científicas y literarias, donde pueden extender sus ideas, dar vuelo a las creaciones de su imaginación. Para la mujer, nada, y esto principalmente acontece en Honduras, patria de tanto genio, donde han brillado bardos que, como Manuel M. Vijil y otros muchos, la honran y la llenan de gloria. En esta bendita tierra se ha descuidado casi por completo la instrucción de la mujer: hará poco más o menos de diez años que en Honduras se fundó el primer colegio, la primera escuela primaria destinada a las niñas. Con profundo dolor en mi alma he oído decir algunas veces a esos mezquinos de las ciencias y de las letras que la mujer no necesita de instrucción para cumplir con la delicada misión que en el hogar le está encargada: que, con conocer las cuatro primeras reglas de la aritmética, poseer el catecismo de Ripalda en todas sus partes, le basta y le sobra. ¡Vergonzoso egoísmo! La falta de instrucción, pues, será la causa para que la mujer hondureña no pueda figurar en el estudio de las letras patrias. ¿Y por qué razón, preguntó ahora, no puede la mujer, y especialmente la hondureña, penetrar el sagrado templo de Minerva y saborear el pan divino de la instrucción? ¡Ah!, infelice de ella, destinada solo a servir de mueble, de trasto en las sociedades; infelice de ella porque, dotada de un alma grande y de una exquisita sensibilidad, el criador la destinó a ser la compañera inseparable del hombre, y el hombre la desprecia y la vende en los mercados como el más bonito mueble, como la mercancía más rara.

Tal sucedía en los países orientales, y sucede aún en aquellos lugares donde no ha penetrado la civilización moderna y los sanos principios del cristianismo, esa religión que, tomada desde su origen primitivo, es toda mansedumbre y bondad; es la más pura, la más santa y la más noble de todas las religiones; esa doctrina predicada en las riberas del Jordán, que hizo, de humildes pescadores, los hombres más grandes del cristianismo y los primeros padres de la iglesia; esa doctrina que enseña la humildad, la pobreza y la igualdad; esa religión que redimió a la mujer y la elevó a la dignidad de compañera del hombre al instituir el sacramento del matrimonio.

María Guadalupe Reyes

América del Sur*

Bella porción del mundo nuevo, bañada por los océanos Atlántico y Pacífico, cuya corona forman las espumosas y vagantes ondas del antillano mar, en donde están, como estrellas, en el infinito, la constelación brillante de islas, que a manera de arco comienza, allá por Venezuela y va a terminar cerca de Puerto Rico, yo te saludo.

Desde este rincón del istmo central, he soñado en tus feraces campiñas, en tus extensos y fértiles valles; paréceme contemplar el Tequendama, precioso salto formado por el río Funza y que recorre la espaciosa llanura de Bogotá, atravesando por esas inmensas, interminables montañas; que ora formando olas espumosas, ora con melancólico paso, ruedan sobre un plano o atraviesan rocas, dando saltos que alteran el silencio y soledad de aquellas selvas vírgenes, de aquellos seculares bosques donde la planta del hombre, que lo arrasa todo, aún no se ha posado. ¡Qué espectáculos más grandiosos los que la naturaleza presenta en Suramérica! Allí todo es grandeza, belleza y naturalidad. Sus ríos, de caudaloso curso que atravesando ininidad de leguas llegan al fin de la jornada a depositar sus aguas en el océano, son admirables y bellísimos.

¡Qué bellas serán las llanuras de Bogotá donde reina una perpetua primavera, donde en todo tiempo, según el decir de quienes han tenido la dicha de visitarlas, se encuentran en todos los meses del año rosas, geranios, anémonas, jazmines y esa multitud de flores, que como aquí en Centroamérica, nos regalan siempre con su aroma y perfume! Cuando he leído la preciosa novela de Jorge Isaac, *María*, si bien me han encantado, los personajes que allí figuran; si he admirado la inocencia, candor y ternura de María, esa aromosa violeta del Cauca, si he gustado al encontrar en Efraín un modelo del hombre cumplido, respetuoso y tierno y en Emma, un carácter franco y bondadoso, así también me he extasiado he creído encontrarme allá en las llanuras del Canca aquellos frescos y encantados bosques de [ilegible] y azucenas de montaña, que riega el Funza; pero esto solo en lo relativo a Colombia cuya nación, se ha distinguido también en sus luchas por la libertad de sus hijos ¿Qué diremos de los otros países? ¿Qué del alto Chimborazo, del Pichincha y del Aconcagua, majestuosas obras naturales, colosales, altas que hacen retremblar la tierra y que son admiración y novedad del extranjero? Cuanto me dice con

* María Guadalupe Reyes, "América del Sur", *El Pensamiento*, s. IV, n. 37, (18 de mayo de 1895): 292-293.

sus costumbres, con sus sabias leyes de progreso y cultura, ¡esa faja de tierra estrechada por la cordillera andina el Pacífico!

Pasando ahora a la Argentina, encontramos que ella fue patria de Mármol, del caliente cantor de las libertades argentinas poeta de numen radioso, de excelsa pluma que en las paredes de lóbrega cárcel esos en verso anatemas e imprecaciones como aquel que, osado, aprisionara con duras [ilegible] a la bella república del Plata, también se meció la cuna de doña María Gorriti, escritora brillante de novelas que relacionan con los hechos del gaucho de pampas argentinas. Allí no más está Montevideo, esa ciudad cuyas plantas besan olas del Plata y a la cual Mármol llamó sentida poesía *Oriente de Amor*.

Aún nos queda Bolivia, patria del lento Potosí, del caudaloso Bení, y donde levantan las soberbias alturas que pretenden escalar el cielo, de Soratá e Ilimani. En Paraguay, tenemos la bella ciudad de Asunción, bañada por caudalosos ríos y sobre [ilegible] campiñas; siguiendo, rumbo al norte encontramos un extenso país que por mi tiempo gobernaron los poderosos de [ilegible] y el cual hace poco recobró su independencia; este país es el Brasil. Allí, se encuentran multitud de ríos y los más grandes de Suramérica; por último, tenemos Venezuela, donde se hallan las antiguas ciudades de Coro y Cumaná, de origen español en su seno se ven montañas asperísimas, [ilegible] alegres, fértiles y hermosas, de una perpetua primavera, sus costas, son bañadas por el feraz Atlante; el territorio está a través de los ríos de Orinoco y Magdalena, notable por su largo curso. Ya en inmediaciones de Colombia, tiene el lago Maracaibo, y [ilegible] cerca de esta ciudad que lleva su nombre.

Su capital, la bella Caracas, situada en [ilegible] y ameno valle, tan alegre como deleite, su extenso llano, se extiende de oriente a occidente.

Hablando de Suramérica en conjunto, sabemos: que es cuna de distinguidos escritores y oradores notables, como el Libertad, Sucre, Julio Arboleda, Caro; de héroes de la talla de Ricaurte y San Martín.

Sus mujeres, si bien, se distinguen por sus cualidades físicas, por sus ojos negros, grandes y, por su tez morena y por lo largas y extensas de sus cabelleras, negras también, son notables algunas porque se han dedicado a sus bellas letras.

Entre otras se han distinguido Silvina Espinoza de Rendón, María Josefa A. de Gómez, Mercedes Cabello de Carbonera, la gran escritora de útiles artículos, de difícil solución social: Clorinda Matto de Turner, hija mimada del histórico Perú, autora de algunas

obras entre las cuales merece citarse: *Herencia*, obra en la que descuellan [ilegible] de costumbres de majestuosos relieves.

Dolores Veintemilla, la dulce poetisa que como su nombre lo dice, era toda dolores y ellos la hicieron buscar en el sepulcro la calma de estos. Amalia Puga de Losada, Agripina Montes del Valle, Bertilda Samper, Polita de Lima y otras notables escritoras que han existido en Suramérica, que dan nombre y gloria a esta parte del mundo que visitó Colón y al que yo, humilde y modesta aficionada a las letras, saludo desde mi apartado hogar.

María Guadalupe Reyes

Tegucigalpa, 15 de mayo de 1895

Ramón Rosa y la primera Escuela de Niñas de Tegucigalpa*

Hace algunos años encontrábame en la infancia, en esa edad encantadora de las sonrisas y de las inocentes alegrías, en esa época de la vida en que se vive sin ideas, en que no se comprende el significado de las palabras ni el porqué de las cosas. En medio de mis juegos de niña y de las distracciones propias de esa edad, oí resonar, por vez primera, en mi oído, el nombre ilustre de Ramón Rosa.

Mi padre, miembro de la familia a que él pertenecía, por su madre, la que es Reyes por su parte materna, conocíalo desde su niñez y refiérales a mis hermanos, al calor de nuestro hogar, los primeros años de la vida de Ramón Rosa cuando vivía aún bajo las dulces impresiones del hogar, cuando era aquel niño ardiloso, descontentadizo como él se llamó más tarde.

Mal podría mi pluma hablar de la vida de este ilustre literato, pero además de no conocerla en todos sus puntos habrá quiénes lo hagan con mejores aptitudes: mi objeto al trazar estas líneas, no es, sino invocar su memoria y preparar una flor, la más inodora, la más humilde y la más modesta, para que sirva de remate a la brillante corona que, aunque tarde, entretejerán para él, sus discípulos y admiradores. Empezaré por hablar de la época en que lo conocí, época felicísima que forma, quizá el tiempo más dichoso de mi vida.

* María Guadalupe Reyes, "Ramón Rosa y la primera Escuela de Niñas de Tegucigalpa", *Regeneración y Prosperidad*, año II, n. 2, (agosto-septiembre, 1931): 64-65.

Era el año de 1877; y después de haberse consolidado, sobre bases seguras y permanentes, la administración del doctor don Marco Aurelio Soto, que tantos beneficios entraña para el país; después, decía, de haberse inaugurado dicho gobierno, y cuando habían tomado asiento ya en esta ciudad, designada por ellos para capital de la república y residencia de su gobierno, el doctor Rosa, como ministro general, dedicóse con ahínco a hacer algunas útiles mejoras, de todos conocidas y apreciadas. Una de sus principales disposiciones fue reformar la enseñanza y, al hacerlo, no podía lanzar al olvido a la mujer, de la cual era generoso defensor así en público como en privado, en el hogar doméstico y en la sociedad.

Fundó por aquel tiempo el primer plantel femenino de esta capital, el primero en los de su clase, porque era colegio para el pueblo, a él acudieron presurosas las hijas de todas las clases sociales, allí se confundía la hija del padre acaudalado, la del orgulloso patricio, con la del pobre y el plebeyo. ¡Bendita idea la del ilustrado ministro! ¡Dichosa hora aquella en que, merced a él, tuvimos un lugar donde ir a recoger el divino pan de la sabiduría para deleitarnos más tarde con los frutos sanos y saludables que da la ilustración! Él, en su calidad de ministro y de hombre emprendedor y amante de las ciencias, fue el que sacó a la mujer hondureña del oscurantismo en que vivía.

Recuerdo una escena, para mí, grande y sublime, a pesar de encontrarme en una edad tan tierna para comprender el significado de las cosas, y menos los detalles de una reunión que traspasara los límites de la familiaridad. Hallábase reunido, en la festividad que me refiero, lo más selecto de la sociedad tegucigalpense por una parte y el pueblo por otra, era una concurrencia numerosísima, se veían allí alegres y tímidas miradas de inocentes niñas, y la alegría y el placer rebosando en todos los semblantes de las madres, porque ya tenían un centro donde mandar sus hijas. Tratábase de la apertura del Colegio de Niñas *El Progreso* que, como antes he dicho, fue tan interesante para el país. Toda la juventud de hoy visitó sus aulas, todas las señoritas y señoras que con más o menos ventajas, se distinguen hoy y que se dedican a la enseñanza, deben sus conocimientos a aquel centro de educación y a las bondades de sus generosas y honorables directoras; pues, si bien es verdad que hubo después otros colegios que llevaron el nombre de institutos, ninguno dejó los adelantos de “El Progreso” que marcó a la mujer hondureña una nueva vida, porque fueron de existencia efímera.

Después de un momento de reunión, tomó la palabra y pronunció con clara voz, una ligera alocución, la cual iba dirigida, primeramente, a las señoritas que iban a ser directoras de aquel

plantel y a las madres de familia; a las primeras hacíales ver su misión santa y sublime, por lo que toca a la formación del corazón, y que ellas supieron cumplir, pues inculcaron a sus educandas, antes que las ciencias, el respeto a Dios, el amor a la virtud y la fiel observancia de los deberes. A las madres hacíales ver el orador, en sencillas y fáciles palabras, los terribles resultados de la ignorancia y a lo que estaba sujeta la mujer inculta, fue tan conmovedor el estilo de aquella alocución, tan sentida la palabra, que recuerdo haber percibido lágrimas en los ojos de muchos concurrentes. Ese orador de palabra fácil y conmovedora era Ramón Rosa, fundador de aquel centro de educación para el bello sexo de Tegucigalpa.

Ese día fue el primero que lo vi. Después del acto dijo que iba a contentar a las niñas, y de su mano fue a darnos dulces que nosotras tomamos con exquisita timidez. Pasaron algunos años; el nombre de Ramón Rosa llegaba a mi oído envuelto en las auras de la gloria, su fama como orador, estadista, biógrafo, no me era desconocida, y deleitábame leyendo sus producciones.

“No he visto a Cuba, pero me la imagino”, dice él en el prólogo que escribió para las poesías del dulce cantar de Bayano; y creo que hay tanta poesía en el prólogo como en la obra; porque Ramón Rosa era poeta, y poeta por el sentimiento.

Siempre que lo leo, a cuya memoria consagro estas sencillas líneas, mi alma se conmueve.

“El mes de noviembre” es una nota de aquella alma tierna y sentidora. Quisiera yo que, así como él conservó hasta en sus últimos días el respetuoso recuerdo para el padre Reyes, así sus compatriotas lo recuerden a él. Ramón Rosa no ha sido sentido cual correspondía a su genio, a sus obras; tocóle en suerte morir en una época en que los ánimos de la patria estaban divididos; pero han de hacerlo, es de esperarse, para honra de Honduras y estímulo de sus buenos hijos.

María Guadalupe Reyes

1895

Una flor*

A la memoria del ilustre doctor don Ramón Rosa

Hace algunos años encontrábame en la infancia, en esa edad encantadora de las sonrisas y de las inocentes alegrías, en esa época de la vida en que se vive sin ideas, en que no se comprende el significado de las palabras ni el porqué de las cosas. En medio de mis juegos de niña y de las distracciones propias de esa edad, oí resonar, por vez primera, en mi oído, el nombre ilustre de Ramón Rosa.

Mi padre, miembro de la familia a la que él pertenecía, por su madre, la que es Reyes por su parte materna, conocíalo desde su niñez y referíales a mis hermanos, al calor de nuestro hogar, los primeros años de la vida de Ramón Rosa cuando vivía aún bajo las dulces sensaciones del hogar materno, cuando era aquel niño ardiloso y descontentadizo como él se llamó más tarde.

Mal podría mi pluma hablar de la vida de este ilustre literato, pues, además de no conocerla en todos sus puntos, habrá quienes lo hagan con mejores y más felices aptitudes; mi objetivo, al trazar estas líneas, no es, sino invocar su memoria y preparar una flor, la más inodora, la más humilde y la más modesta, para que sirva de remate a la brillante corona que, aunque tarde, entretejerán para él sus admiradores, sus discípulos.

Empezaré por hablar de la época en que le conocí, época felicísima que forma, quizá, el tiempo más dichoso de mi vida.

Era el año de 1876; y después de haberse consolidado, sobre bases seguras y permanentes, la administración del doctor don Marco A. Soto, que tantos beneficios traía para el país; después, decía, de haberse inaugurado dicho gobierno, y cuando habían tomado asiento ya en esta ciudad, designada por ellos para capital de la república y residencia de su gobierno, el doctor Rosa, como ministro General, dedicóse con ahínco a hacer algunas útiles mejoras, mejoras de todos conocidas y apreciadas. Una de sus principales disposiciones, fue reformar la enseñanza y, al hacerlo, no podía lanzar al olvido a la mujer, de la cual era generoso defensor así en público como en privado, en el hogar doméstico y en sociedad.

Fundó por aquel tiempo el primer plantel de enseñanza para el bello sexo de esta capital, el primero en los de su clase, porque

* María Guadalupe Reyes, "Una flor", *La Juventud Hondureña*, tomo III, n. 39, (31 de agosto de 1895): 1080-1083.

era colegio para el pueblo, a él acudieron presurosas las hijas de todas las clases sociales, allí se confundía la hija del padre acaudalado, la del orgulloso patricio, con la del pobre y el plebeyo. ¡Bendita idea la del ilustrado ministro! ¡Dichosa hora aquella en que, merced a él, tuvimos un lugar donde ir a recoger el divino pan de la sabiduría para deleitarnos más tarde con los frutos sanos y saludables que da la ilustración! Él, en su calidad de ministro y de hombre emprendedor y amante de las ciencias, fue el que sacó a la mujer hondureña del oscurantismo en que vivía.

Recuerdo una escena para mí grande y sublime a pesar de encontrarme en una edad tan tierna para comprender el significado de las cosas, y menos los detalles de una reunión que traspasara los límites de la familiaridad. Hallábase reunido, en la festividad a que me refiero, lo más selecto de la sociedad tegucigalpense por una parte y el pueblo por otra, era una concurrencia numerosísima, se veían allí alegres y tímidas miradas de inocentes niñas, y la alegría y el placer rebosando en todos los semblantes de las madres, porque ya tenían un centro a donde mandar a sus hijas. Tratábase de la apertura del Colegio de niñas El Progreso que, como antes he dicho, fue tan interesante para el país. Toda la juventud de hoy visitó sus aulas, todas las señoritas y señoras que, con más o menos ventajas, se distinguen hoy y que se dedican a la enseñanza, deben sus conocimientos a aquel centro de educación y a las bondades de sus generosas y honorables directoras; pues si bien es verdad que hubo después otros colegios, que llevaron el nombre de institutos, ninguno dejó los adelantos de “El Progreso”, que marcó a la mujer hondureña una nueva vida, porque fueron de existencia efímera. Después de un momento de reunión, tomó la palabra y pronunció, con clara y elocuente voz, una ligera alocución, la cual iba dirigida, primeramente, a las señoritas que iban a ser directoras de aquel plantel y a las madres de familia; a las primeras, hacíales ver su misión, misión delicada, misión santa y sublime, por lo que toca a la formación del corazón, y que ellas supieron cumplir, pues inculcaron a sus educandas, antes que las ciencias, el respeto a Dios, el amor a la virtud y la fiel observancia de los deberes. A las madres hacíales ver el orador, en sencillas y fáciles palabras, los terribles resultados de la ignorancia y a lo que estaba sujeta la mujer inculta, fue tan conmovedor el estilo de aquella alocución, tan sentida la palabra, que recuerdo haber percibido lágrimas en los ojos de muchos concurrentes. Ese orador de palabra fácil y conmovedora, era Ramón Rosa, fundador de aquel centro de educación para el bello sexo de Tegucigalpa.

Ese día fue el primero que le vi. Después del acto dijo que iba a contentar a las niñas, y de su mano fue a darnos dulces y pasas que nosotras tomamos con excesiva timidez.

Pasaron algunos años; el nombre de Ramón Rosa llegaba a mi oído envuelto en las auras de la gloria; su fama como orador, estadista, biógrafo, etc., no me era desconocida, y deleitábame leyendo sus producciones, cuando encontraba alguna en los periódicos, las leía y releía con avidez.

“No he visto a Cuba, pero me la imagino”, dice él en el prólogo que escribió para las poesías del dulce cantor de Bayamo; y creo que hay tanta poesía en el prólogo como en la obra; porque Ramón Rosa era poeta, y poeta por el sentimiento; y a mí me agrada aquello que, tocando las fibras más delicadas de mi corazón, hace saltar las lágrimas a mis ojos.

Siempre que recito aquellos versos de Palma a la muerte de María G. Granados que empiezan así:

Rompió la muerte el delicado broche que a la existencia terrenal te unía:

¡Así mueren los lirios de la noche al resplandor del día!

Siempre que los leo, decía, siento un dolor acerbo en el corazón y las lágrimas nublan mis pupilas; igual me sucede con la prosa del ilustre literato a cuya memoria consagro estas sencillas líneas.

“El mes de noviembre” es una nota de aquella alma tierna y sentidora; pero si todas las producciones de Rosa me agradan, ninguna como la vida de nuestro ilustre pariente, el virtuoso padre Reyes, escrita por él. Al describir las formas físicas de aquel venerable sacerdote dice: “Jamás olvidaré la imagen de aquel hombre venerable; a través de las espesas brumas del tiempo, yo la conservo grabada en mi alma”.

Quisiera yo que, así como él conservó hasta en sus últimos días el respetuoso recuerdo para el ilustre sacerdote, y veneraba su memoria, así sus compatriotas lo recuerden a él. Ramón Rosa no ha sido sentido cual correspondía a su genio, a sus obras; tocóle en suerte morir en una época en que los ánimos de la patria estaban divididos; pero es de esperarse, para honra de Honduras y estímulo de los buenos hijos, que harán perpetuarse la memoria de Ramón Rosa.

María Guadalupe Reyes

Tegucigalpa, 28 de mayo de 1895

María Luisa Herradora



Ligera Reseña Histórica de fray Bartolomé de las Casas, leída por su autora en el Instituto Nacional, en la festividad del Día de la Raza, y dedicada al Excmo. Sr. ministro de Instrucción Pública, doctor don Presentación Centeno, iniciador de dicho festival*

Excmo. señor arzobispo, Excmo. señor cónsul de España, Excmo. señor ministro de Instrucción Pública, señor director, señores profesores, queridos alumnos y demás honorables concurrentes:

En cierta ocasión, el ilustre académico José Donoso Cortés dijo a su auditorio que había escogido un tema subidísimo para obligarlos a apartar de él su atención; y, si tal personalidad dijo eso, yo —convencida de mi insignificancia e incapacidad ¿Qué pudiera deciros ahora?, pues, que os olvidéis completamente de mí, penséis solo en aquel insigne y excelso personaje, cuyo nombre resuena aún como un canto de vida y de esperanza por todos los ámbitos de la América Hispana, esto es, Fray Bartolomé de las Casas.

Descubramos por un momento el velo que produce el tiempo, observemos lo que pasa en la América española, a fines del siglo xv y principios del xvi. En esta bella tierra paradisíaca, hermoso conjunto de estupendas maravillas con que al Creador plugo adornarla, tres brillantes civilizaciones —la de los Aztecas en México; la de los Mayas, cuyo símbolo es Copán, en Centroamérica y la de los Incas en el Perú —se derrumban al empuje formidable de una civilización superior, convirtiéndose todo, por obra de la conquista, en un campo de muerte y desolación, inmenso escenario donde se desarrollan escenas de barbarie y exterminio por un lado, y de dolor y espanto por otro, escenas de esas “que ponen horror en el corazón, lágrimas en los ojos”. Sí, los conquistadores españoles, de acuerdo con el Derecho de guerra de la época y aguijoneados por la ambición, aherrojan con las odiosas cadenas de la esclavitud a la noble e indefensa raza indígena, después de despojarla de todo. A los indios se les persigue y se le caza como fieras y se reparten, según el infame sistema de encomiendas; por todos lados se blande el látigo y se alzan hogueras; se les arrebatara sus hijos a las madres para destazarlos y alimentar a los perros; se les hace trabajar todo el día en las minas y se les niega el alimento necesario, por lo que mueren exclamando “tengo hambre”, y se

* María Luisa Herradora, “Ligera Reseña Histórica de Fray de Bartolomé de las Casas”, *Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales de Honduras*, vol. VII, n. 5, (31 de octubre de 1928): 147-154.

les somete a mil tormentos más, que horroriza el recordarlos. Todo es angustias, lágrimas y dolores para los pobres indios, llega un momento en que su aspiración suprema es la muerte, cuyas sombras los rodean por todas partes; ninguna esperanza abrigaba ya la atormentada raza, cuando he aquí que, en medio de aquel tenebroso escenario donde se desarrollan los más sangrientos dramas, surge la dulce y luminosa figura de Fray Bartolomé de Las Casas.

De España son esos puñados de valientes aventureros que eclipsan sus heroicas hazañas con los crímenes que cometen; pero de España es también el que viene a reparar, en parte siquiera, tantos males, pues don Bartolomé de Las Casas nació en Sevilla, es 1474; en 1500 ingresó en la Universidad de Salamanca donde obtuvo el título de Licenciado en Jurisprudencia; en 1502 se vino a América, a la edad de 28 años, en compañía de don Nicolás de Ovando que venía como gobernador a la Española, y, desde luego también fue encomendero.

Regresó a España y se ordenó de sacerdote en 1510, y al año siguiente volvió a Cuba con el gobernador Diego de Velásquez, a quien sirvió de consejero y acompañó en todas sus correrías, por lo que fue recompensado con buena parte en el repartimiento de indios (favor que Las Casas lloró todos los días de su vida) e hizo sociedad con un tal Rentería, pero Las Casas empleaba la persuasión para atraer a los indios, y así logró apaciguar a los que se habían sublevado después de la ingratitud con que Ovando correspondió a la generosa hospitalidad de la bella Princesa india Anacaona, y desde entonces empezó la popularidad de Las Casas entre los indios.

Entre tanto, los religiosos Dominicos que estaban en la Española predicaban contra las encomiendas y no querían confesar ni absolver a los que las tenían, y queriendo una vez Las Casas confesarse con uno de ellos, discutieron sobre el asunto y, por último. Las Casas se dio por vencido ante los sólidos argumentos del religioso, no obstante, lo cual, continuó con sus encomiendas, como lo confiesa él mismo humildemente.

Pero en los altos designios de la Providencia, no le estaba señalado el simple papel de encomendero humanitario y compasivo, sino que su misión era grande y noble, la de ser el defensor de la raza india, y así fue, tanto por las prédicas de los Dominicos como por las reflexiones que le sugerían las Sagradas Escrituras al preparar sus sermones, vino al convencimiento de la verdad, esto es, que era injusto y tiránico cuanto con los indios se hacía. Estando en Cuba, fue comisionado a salir con Pánfilo Narváez a pacificar algunos pueblos, y él fue el genio benéfico que contuvo los arrebatos de

exterminio de Narváez, y viendo cuantas crueldades se cometían para someter y explotar a los pobres indios, su alma noble y generosa no pudo soportar más y tomó tres resoluciones: renunciar a sus haciendas y encomiendas, y así lo hizo, lo misma su socio Rentería; ir a España a abogar por los indios, y lo hizo; y tomar el hábito de Dominico, lo que realizó en 1523.

Desde que Las Casas tomó estas tres resoluciones, en 1514, ya él no se pertenece, ya no se considera como un individuo, sino como la encarnación de una idea, la protección de los indios, a la realización de la cual consagró todo el resto de su vida, o sea más de medio siglo.

Seguir al infatigable apóstol en toda su grandiosa labor a favor de los indios, no es para este momento, nos limitaremos, pues, a rememorar sus hechos más culminantes.

Desde el momento que toma sus tres resoluciones empieza a combatir vehementemente el sistema de repartimientos y demás abusos, tanto en el púlpito como en privado. Va a España a exponer sus quejas al regente, Cardenal Jiménez de Cisneros, quien, no obstante, la oposición que hacían algunos de la Corte a las ideas de Las Casas, lo escucha con interés y le da el nombramiento de Defensor de los Indios y el de Comisarios a tres religiosos Jerónimos, para que viniesen a la española a fiscalizar la conducta de las autoridades, a donde llegaron con él en 1517. Como estas medidas y la actividad de Las Casas en hacerlas cumplir verían los intereses de los colonos, una tempestad de odios y persecuciones se levanta contra él, la que concluye con su expulsión de la isla. Pero su inquebrantable fe lo sostiene y se va a España, logra desvanecer los cargos que contra él había, y propone, entre otras cosas, se permita a los españoles la libre saca de naturales del África para el laboreo de las minas aquí en las colonias, para dar algún descanso a los indios.

Esta proposición fue el arma que astutamente esgrimieron contra él los enemigos del insigne apóstol, diciendo que trataba de introducir una esclavitud tan inicua como la que combatía, ¡sofisma infame!, pues documentos irrefutables prueban que el comercio de esclavos en África era antiquísimo y que tan horrible tráfico se suspendió con el establecimiento del cristianismo, pero renovado con el islamismo, los árabes de los países berberiscos fueron los abastecedores de esclavos para toda Europa, por eso, en cuanto se descubrió América, los esclavos africanos fueron transportados para acá, como lo prueba el hecho de que regular número de ellos se encontraban en Haití siete años antes, cuando menos, de la proposición de Las Casas, no obstante, él, más tarde,

confesó sinceramente que se había equivocado al dar aquel consejo, pues que “la misma ley debe aplicarse al africano que al indio”.

En 1518 regresa a España, pero al llegar allá se encuentra con un contendiente de importancia don Juan de Quevedo obispo del Darién, quien basándose en el sofisticado argumento de que “siendo la idolatría patrimonio del demonio, los idólatras debían serlo de los cristianos” —sostenía opiniones opuestas a las de Las Casas. Ambos fueron citados por Carlos V para que sustentaran sus ideas en una conferencia pública en la Corte. El obispo del Darién habla largamente, pero Las Casas le contesta con tan sólidos argumentos y con tanta persuasiva y conmovedora elocuencia, que lo vence y obtiene del Monarca permiso, hombres y recursos para ensayar su sistema de conversión pacífica y se vino a América a ponerlo en práctica; pero obstáculos superiores a sus fuerzas lo hacen fracasar y entonces, afligido y amargado, se retira al convento de los Dominicos de la Española, cuya orden había tomado con mucho empeño la misma empresa en que él tanto se afanaba, y, pensando que ingresando en ella desempeñaría mejor su misión, tomó el hábito e hizo profesión en 1523. Con un fervor religioso, cada día más creciente, continuó sus trabajos apostólicos, y en los pocos momentos que le quedaban libres escribió su célebre *Historia General de las Indias*.

Pero no contento con favorecer solo a los indios de las islas, vuela en su defensa al Perú, a Nicaragua y a Guatemala, y apoyando sus argumentos en citas del Antiguo y Nuevo Testamento y en autores sagrados y profanos, condena en todas partes como temeraria, injusta, perversa y tiránica la guerra que se hacía a los indios para obligarlos a abrazar el cristianismo.

Llamado a Guatemala por el obispo Marroquín, cuando era gobernador Alonso de Maldonado, condensó sus teorías, eminentemente cristianas y humanitarias, de colonización pacífica, en su libro *De único vocationis modus*, y apoyado por el obispo y el gobernador, llevó a cabo la conquista pacífica de la provincia de Tezulatlán, hoy Verapaz, llamada entonces Tierra de Guerra, porque no la habían podido someter con las armas. Esta obra la realizó secundado por otros tres Dominicos Fray Pedro de Angulo, Fray Rodrigo de Ladrada y Fray Luis Cáncer.

No obstante, esto, en otros lugares continuaba la conquista a sangre y luego; pero faltaba aún a la raza indígena apurar hasta las heces la copa de sus amarguras; se llega el día en que se trata de excluirlos de la raza humana, pues por este tiempo los conquistadores habían propagado la absurda e inmensa idea de que los naturales del Nuevo Mundo no eran seres racionales y que,

por tanto, era lícito servirse de ellos como de las bestias. ¡Hasta allí llegaron para justificar sus refinamientos de crueldad! Los misioneros religiosos empezaron a combatir esa infamante idea, y, comprendiendo el inminente peligro que corrían los indios de que se les declarase igual a los irracionales, la orden dominica —que fue la que más se distinguió en esta gloriosa campaña, de la cual era el alma Fray Bartolomé —empieza a defender la racionalidad de los indios ante la Corte, y resuelve someter la decisión del asunto a la Santa Sede, enviando a Fray Bernardino de Minaya a Roma a abogar por la racionalidad de los indios, hasta que por fin el primer obispo de Tlaxcala, (también dominico), Fray Julián Garcés, por medio de una carta con poderosa argumentación, para el Sumo Pontífice Paulo III, logra que este extienda, el 2 de junio de 1537, su célebre bula *Sublime Deus*, precioso documento que en caracteres de oro debiera conservarse en todos los países hispanoamericanos. Al recibir los dominicos tan valioso documento, en que se condena como diabólica la idea de la irracionalidad de los indios, el infatigable apóstol Las Casas, no cabe de contento traduciéndolo y enviándolo a todas partes para que los religiosos lo notifiquen a los españoles.

Otro triunfo viene después a coronar los esfuerzos de Las Casas y sus compañeros, por nuevas gestiones que él fue a hacer a España, se logra que el Monarca Carlos V, expide en Barcelona, en 1542 las célebres Ordenanzas, tendientes a garantizar la libertad de los indios, pues, entre otras cosas, decían que en lo sucesivo por ningún motivo se hiciese esclavo a ningún indio, y que debían ser bien tratados como vasallos que eran de la Corona de Castilla. Las Casas, con su acostumbrada actividad, hace que dichas ordenanzas sean despachadas cuanto antes a las Indias, y que el mismo Monarca las envíe a los vicarios de los Conventos Dominicos. Ya es de suponer el efecto que las nuevas leyes produjeron aquí entre los colonos, una explosión de cólera contra Fray Bartolomé se oyó por todos lados, especialmente en el Ayuntamiento de Guatemala, compuesto de encomenderos, que envió al rey un memorial saturado de odio y calumnias contra el Defensor de los Indios.

Aún se encontraba en Barcelona Las Casas, cuando se le nombra obispo de Cuzco, pero él rehusó tal nombramiento y, en cambio, por amor a los indios y por obediencia, aceptó más tarde el humilde obispado de Chiapas, del cual se hizo cargo en 1545.

En las célebres Ordenanzas de Barcelona se disponía también la creación de una Audiencia de los Confines, y escogieron para su residencia la recién fundada Villa de Gracias a Dios, y de este modo cupo a nuestra antigua e histórica ciudad de Gracias la

gloria de ser la capital de las vastas posesiones españolas que se extendían desde la península de Yucatán hasta el istmo de Darién. Este alto tribunal, creado en parte para aliviar la suerte de las provincias de Honduras, se inauguró solemnemente el 16 de mayo de 1544, bajo la presidencia del gobernador Maldonado e integrado por tres oidores: los licenciados Diego de Herrera, Pedro Ramírez de Quiñónez y Juan Rogel.

Mientras sucesos de tanta trascendencia se desarrollaban aquí en la tierra del heroico Lempira, el protector de los indios luchaba por ellos allá en Ciudad Real, cabecera de su diócesis, con los encomenderos, que no querían cumplir las nuevas leyes, por lo cual dispuso venir a gestionar ante la Audiencia de los Confines, conviniendo con el obispo Marroquín de Guatemala, y con el electo para Nicaragua, Fray Antonio de Valdivieso, que se reunirían en Gracias, para donde se puso en marcha enseguida, sin arredrarse a la vista de las abruptas montañas y caudalosos ríos que tenía que cruzar.

Ya en Gracias, Las Casas, Marroquín y Valdivieso, de común acuerdo, elevaron sus memoriales a la Audiencia, exponiendo las injusticias y abusos que los encomenderos cometían con los indios y pidiendo enérgicamente que pusieran en ejecución las nuevas leyes. Los memoriales fueron muy mal recibidos por la audiencia; pero esto no detuvo a Las Casas, que se presentó personalmente a hacer sus reclamaciones; entonces el presidente Maldonado lo rechazó con un torrente de injurias, las que él soportó con mansedumbre, estas y otras amarguras más tuvo que saborear el insigne apóstol; pero al fin, a sus instancias, la audiencia prometió enviar a uno de sus miembros a Chiapas para poner en ejecución las nuevas leyes; ofrecido esto, el humilde obispo de Chiapas se regresa a su diócesis.

Al saberse en Ciudad Real la disposición de la audiencia y el regreso de Las Casas, una ola de furor se levanta, especialmente en el Ayuntamiento, y al saber que se aproximaba el que era el blanco de sus iras, se reúne gente y armas se empuñan espadas, se preparan lanzas y arcabuces, esto es, como si estuviera un ejército enemigo a las puertas. ¿Y contra quién se hacen todos estos aprestos bélicos? Contra un noble anciano septuagenario que, con la mirada puesta en Dios, y sin más armas que su breviario, se acerca impávido a la ciudad alborotada. Logra entrar en la madrugada, sin ser visto, y, no teniendo dónde hospedarse, se hospeda en la iglesia; al amanecer, cuando apenas empieza a tomar una ligera refacción en casa de los religiosos mercedarios, un tumulto armado se presenta, lo injuria, lo amenaza, lo increpa duramente y él se limita a contestarles que deja al cuidado de Dios

el castigo de aquella falta. Después de esto, la borrasca se calma, sin que se sepa ni cómo, y algunos hasta se arrepienten. A pocos días llegó el oidor enviado por la audiencia, entonces Las Casas se embarca para España y en 1550 renuncia el Obispado de Chiapas.

Pero Fray Bartolomé no abandona su misión sublime y continúa escribiendo a favor de los indios; entonces sus enemigos hacen que salga a la palestra un contendiente de gran valía, uno de los más grandes sabios que ha tenido España, el Dr. Juan Ginés de Sepúlveda, capellán honorario y cronista mayor del rey, que publica su libro *De Justis belli causis* (De las causas justas de guerra), en el que trata de probar la legitimidad de la guerra hecha a los indios y la de su reducción a la esclavitud. Las Casas publica su *Apología*, rebatiéndolo; el monarca ordena una controversia pública en Valladolid en 1550, ante los más notables teólogos y jurisconsultos; concurren ánimos contendientes, y, después que habla Sepúlveda, Las Casas, con una inspiración sobrenatural, expone sus argumentos con tan brillante elocuencia, que derrota a tan sabio y elevado adversario, esto es, al Tito Livio Español, como llamaban sus contemporáneos a Sepúlveda.

Este brillante triunfo de Las Casas, en el campo de la Justicia y de la polémica, puede decirse que es el broche de oro de su vida pública, pues enseguida vivió retirado en varios lugares de España y por último le sorprendió la muerte en Madrid, en 1566, a la edad de 92 años. Él quiso ser sepultado humildemente, pero todo Madrid asistió a sus funerales, porque para España, lo mismo que para América, la muerte de Las Casas era algo así como el ocaso de un sol.

Un historiador moderno dice que, en la historia de los obispos de México, las Casas ocupa un lugar relativamente secundario; pero, ¿qué importa que como obispo de Chiapas ocupe un lugar secundario, cuando como protector de los indios ocupa el primer puesto en Hispanoamérica, y todo un continente sirve de pedestal a su gloria?

Sí, señores, la obra redentora de Las Casas es tan grandiosa que ella sola bastaría para ser timbre de honor de la orden a que él pertenecía y de la religión que lo impulsó y le infundió sabiduría y ánimo para emprenderla y realizarla. La magna obra de Las Casas es uno de los más opimos frutos del cristianismo, pues la Iglesia se ha opuesto siempre a la esclavitud, y así tenemos a sus preclaros pontífices: Pío II, que en 1462 publica un breve contra los portugueses que hacían esclavos a los neófitos de Guinea; Paulo III, autor de nuestra célebre bula *Sublime Deus*; Urbano VII, que en 1639 prohíbe privar a los africanos de su libertad y

el separarlos de su mujer y de sus hijos, Benedicto XIV, que en 1741 recomienda lo mismo a los obispos del Brasil; Pío VII, que secunda los trabajos de sus antecesores para abolir el tráfico de esclavos, y Gregorio XVI, que lo prohíbe terminantemente en 1839. Entre los religiosos, Las Casas, Valdivieso, Mineya. Garcés, etc., combatiéndola aquí en América; Francisco Javier en el Asia Oriental, y así por todas partes otros más que sería largo enumerar, porque a donde los conquistadores van en busca de glorias y de riquezas, los misioneros van en busca de las almas solamente.

Y, sin ir muy lejos, señores, aquí mismo en Centroamérica, la primera Asamblea Nacional Constituyente Federal, el 23 de abril de 1824, da aquel luminoso decreto, que debiera conservarse en tablas de bronce, en el que declara que los esclavos, en cualquier parte de Centroamérica eran libres desde ese mismo día, y que todo el que pisase territorio Centroamericano no podía ser esclavo, ni ciudadano el que traficase con ellos; inmortal decreto que se debió a la iniciativa del venerable sacerdote salvadoreño doctor don Simeón Cañas, digno émulo de Las Casas.

Descubrámonos, pues, reverentes ante la radiante e insigne figura de Fray Bartolomé de las Casas, evoquemos su inmortal espíritu y pidámosle que vele siempre por su amada Hispanoamérica, especialmente ahora que el águila del Norte se cierne sobre su cielo como una espada de Damocles; y pidámosle, más que todo, que el retumbar de los cañones de la guerra fratricida no vuelva jamás a estremecer los pinares hondureños ni a despertar el eco de sus montañas.

María Luisa Herradora A.

Subdirectora del Instituto Nacional

Tegucigalpa, 12 de octubre de 1928

Importancia del estudio de la geografía económica*

Trabajo leído por la autora previamente a su incorporación a la Sociedad de Geografía e Historia de Honduras, como socia activa, en sesión celebrada el 4 de junio de 1931

Dedicatoria:

*Al Excmo. Sr. ministro de T. P., Dr. don Salvador Corleto. —
Respetuosamente. A mi apreciable y fino amigo, Lic. don
Félix Salgado. —Fraternalmente. Al distinguido periodista
y excelente amigo del Lic. hondureño, Dr. don Julián López
Pineda. —Gratitud.*

Honorabilísimos miembros de la Sociedad de Geografía e Historia:

Sería demasiado atrevimiento de mi parte el presentarme aquí y más aún el ocupar este puesto, consagrado ya por los ilustres miembros de vuestro seno que me han precedido, si no fuera que vuestra generosidad y benevolencia me han franqueado el paso hasta aquí.

Sí, a propuesta de los ilustrados socios Lic. don Félix Salgado y profesor don Pedro Rivas, en una de vuestras sesiones, fui aceptada como socia activa de vuestra ilustre corporación, lo que me fue comunicado a su debido tiempo y acepté con la más profunda gratitud.

Si al recibir tal comunicación solo hubiera tomado en cuenta mis escasos méritos y conocimientos, indudablemente que habría rehusado tal honor, pues apenas si yo habré empezado a deletrear en esas dos grandiosas páginas del saber humano, que se llaman geografía e historia. Pero recordé que tanto los socios proponentes como la mayoría de vosotros, sois maestros y por tanto no era extraño que, llevados de vuestro espíritu indulgente, tratarais de premiar a la vez que estimular a quien no puede ser más que vuestra discípula por sus débiles esfuerzos en la difusión y vulgarización de los estudios geográficos e históricos, magna obra en la cual no he puesto más que un grano de arena, con mi práctica de veinte años en la enseñanza y mis dos insignificantes obritas que vosotros conocéis.

* María Luisa Herradora, "Importancia del Estudio de la Geografía Económica", *Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales de Honduras*, vol. X, n. 1, (julio, 1931): 1-8.

Aquí me tenéis, pues, como el discípulo que animado con la benevolencia de sus buenos maestros da un paso más en la senda del saber, y en cumplimiento del artículo 10 de vuestros estatutos, y contando de antemano con vuestra indulgencia, vengo a leeros mi humilde trabajo, cuyo tema es:

Importancia del estudio de la geografía económica

Tan vasto es el tema que me he propuesto como medianas mis capacidades para desarrollarlo, por eso nada nuevo podré deciros, me limitaré a exponeros sencillamente lo poco que he podido espigar en el extenso campo de los estudios geográfico-económicos.

Según la geología, el hombre es el animal más joven de la Tierra, es como si dijéramos el broche de oro del vasto plan de la Creación, pues cuando él apareció ya existían todos los animales y las plantas porque, en un supremo acto de bondad, al Creador le plugo que el hombre, como rey de lo creado, viniese a tomar posesión de su palacio ya provisto y adornado, la Tierra. Es natural que dicho rey haya querido conocer el palacio que habitaba, de allí que la geografía se considere como la ciencia más antigua, pues aparece desde el momento mismo en que el hombre trata de explorar los alrededores del lugar donde se encuentra, seguramente por simple curiosidad primero, y por procurarse lo necesario, después. Más tarde, disputándose unas tribus con otras los medios de subsistencia que pródigamente les ofrecía la Naturaleza, surgió la guerra y las necesidades de esta, lo mismo que las de la navegación y el comercio, más tarde, los obligaron a aumentar el radio de sus exploraciones. Así es como nació la geografía en los albores de la humanidad, de allí que su estudio haya tenido ya gran importancia en las más antiguas civilizaciones, tales como la de los babilonios, egipcios, fenicios, hebreos, aztecas, etc.

Pero antiguamente y aún a principios del siglo pasado, en los estudios geográficos casi solo se daba importancia a la geografía natural, quizá no se comprendía todavía la poderosísima influencia del hombre en el medio geográfico y la del medio en el hombre, esto es, no se daba importancia a la geografía humana; pero en estos últimos años en que todas las ciencias evolucionan, la ciencia geográfica no podía quedarse rezagada y en su marcha evolutiva nos ha llevado al convencimiento de que ella constituye uno de los conocimientos más importantes para toda persona, pues, aunque parezca una paradoja, puede decirse que los conocimientos geográficos son indispensables para el ejercicio de toda profesión u oficio.

Pero si el estudio de la geografía, considerada en su conjunto, es de suma importancia, lo es más quizá considerada en cuanto a la

actuación de la humanidad en la Tierra, o sea la geografía humana, ciencia educadora por excelencia, cuya parte más importante, práctica y útil es la geografía económica.

Como bien sabemos, la geografía económica nos habla de los productos de los distintos países del mundo, del cambio y transporte de ellos y de todo aquello que nos puede dar a conocer su desarrollo económico en sus tres aspectos de producción, circulación y consumo de la riqueza.

Según esto, y haciendo una suposición “juliovernesca”, hagamos de cuenta que la geografía económica es algo así como un cómodo avión en el cual nos colocamos a una altura conveniente, y la superficie de la Tierra, un inmenso escenario que podemos dominar con nuestra vista en sus cuatro rumbos y en el que actúa la humanidad; cada país es un personaje con sus características de clima, topografía, producciones y demás factores económicos que le harán desempeñar su papel en el concierto mundial de la lucha por la existencia; por diferentes partes vemos grupos de hombres extrayendo afanosamente de las aguas, de los bosques y de las entrañas de la tierra los productos de la naturaleza o sean las materias primas; por otra parte vemos pueblos enteros que inteligentemente, y con más o menos grado de perfección, transforman las materias primas y crean la industria; otros que, arrancando sus secretos a la ciencia, aguzan su ingenio por salvar distancias, sin que para ello sean obstáculo las montañas, los abismos, los mares y el espacio, formando una vasta red de vías y medios de comunicación; otros que activamente llevan y traen las distintas producciones para entregar lo que les sobra y adquirir lo que les falta, llevándolo desde el lugar de producción hasta el de consumo, creando de este modo el intercambio comercial. La geografía económica es, pues, en resumen, la historia de “la actividad que el hombre desarrolla para asegurar el mantenimiento de sus energías vitales”, esto es, para la resolución del problema económico. Siendo así y tomando en cuenta que el problema económico ha sido y será la causa principal del destino de los pueblos, ¿cuán importante no será el estudio de la geografía económica, para todos?

Realmente, si observamos con atención los hechos históricos de todos los países, en todos los tiempos, y con un examen atento de la continuidad de las causas y efectos, notaremos que el problema económico ha sido siempre la causa directa o indirecta de aquellos. En efecto, remontémonos un poco al pasado y demos una ojeada solamente a los hechos más sobresalientes de la historia y encontraremos que el destino, de los pueblos ha sido el que les han marcado sus factores económicos: Egipto, el más antiguo de los pueblos civilizados, por su situación en la encrucijada de

Europa, Asia y África y por su extremada fertilidad, debida a las inundaciones del Nilo, ha sido desde la antigüedad el lugar favorito de los comerciantes, de los viajeros y de los conquistadores y por eso vemos que en los tiempos de José, el favorito del rey, era el granero de casi todos los países del Mediterráneo; que el gran conquistador Alejandro Magno, lo incluye en sus conquistas y funda Alejandría; y que el “coloso de Córcega” y genio de la guerra, Napoleón Bonaparte, llevó sus águilas imperiales a perturbar el eterno mutismo que rodea a la misteriosa esfinge, porque en sus ambiciosos sueños de dominación universal se decía: “La Francia dueña de Egipto lo será de Indostán”.

Los fenicios, cuya situación en una estrecha faja de tierra, entre el mar Mediterráneo y el monte Líbano, los obliga a lanzarse al mar, primero como piratas y después como famosos comerciantes y navegantes, sin pensarlo siquiera fueron los portadores de la civilización de oriente al resto de los países mediterráneos, siendo los primeros maestros de Grecia, Italia y España.

Roma y Cartago, disputándose la supremacía comercial del Mediterráneo y la posesión de la isla de Sicilia, que era entonces el granero de Roma, se convirtieron en rivales, rivalidad que se traduce perfectamente en el fatídico estribillo de Porcio Catón: “Delenda est Carthago”, “Cartago debe ser destruida”, y en las siguientes palabras de Burguete: “Era Cartago para los venturosos tiempos de Roma muro infranqueable que era forzoso derribar; y era Roma para Cartago viento molesto que tomando cuerpo podía convertirse en devastador huracán”. Y, efectivamente, estallaron entre ellas las llamadas guerras púnicas que concluyeron con la destrucción de Cartago.

Recientemente tenemos la gran conflagración mundial, llamada “Guerra Europea”, de 1914, que complicó las principales potencias del mundo y cuya causa aparente fue el asesinato de Sarajevo, pero que en realidad de verdad no fue, sino la necesidad de expansión comercial de Alemania, por una parte, y el temor de las naciones aliadas al creciente poderío militar, industrial y comercial de Alemania, por otra.

En efecto, la población de Alemania cada día más numerosa, su marina mercante colosal y extraordinario desarrollo industrial, en lo que rivaliza ya con Inglaterra, la hacían asfixiarse dentro del perímetro de sus fronteras, necesitaba expansión territorial, más costas en el mar, y mercados consumidores de sus productos, fuera de sus límites, de allí nació el Pangermanismo, doctrina según la cual Alemania debía ejercer la hegemonía militar y política de Europa. Pero esto que a simple vista parecía el fin principal de

tal doctrina examinándolo a fondo, se ve que no era más que un medio para llegar al fin, cuál era su ensanchamiento económico continental y colonial. De allí que el conflicto que surgió entre Austria y Serbia por el asesinato de Sarajevo, fuese una ocasión propicia para que Alemania se lanzara a la consecución de sus fines y demostrara al mundo su gran poderío no solo militar, sino económico, como en realidad lo demostró, porque su derrota es quizá la más gloriosa de las que registran las páginas de la Historia.

Entre las consecuencias, funestas o no, de dicha hecatombe mundial descuellan las económicas, pues la Guerra Europea, no solo dejó un cambio político en el mapa de Europa, sino que cambió la situación económica de los países, especialmente de los beligerantes, y así vemos que países vencidos y vencedores sufren un gran descalabro económico, tanto industrial como financiero y monetario, que los obliga a acudir al préstamo ante Inglaterra primero, y ante Estados Unidos, después, nación esta última que por encontrarse en su apogeo económico había prestado ya a las naciones aliadas su contingente de muchos millares de hombres y muchos millones de dólares, intervención que indudablemente dio el triunfo final a los aliados.

Pero esta consecuencia es a su vez la causa de la preponderancia que actualmente tiene entre todos los países de América el país de la bandera de las franjas y estrellas. Efectivamente, destruidos todos los principales centros industriales europeos, y sumidos los países en un verdadero caos económico, Estados Unidos —que desde a finales del siglo pasado había atraído irremisiblemente hacia sus mercados las materias primas de los países latinoamericanos— absorbe el comercio de estos y se convierte en el único mercado consumidor de sus materias primas, y su casi único suministrador de cuantos productos industriales importan dichos países, al extremo de que en 1926 su comercio con solo ellos ascendió a 929 millones de dólares la exportación, y 1 110 millones la importación.

Este anhelo de supremacía económica de los Estados Unidos en los países continentales e insulares americanos, es la verdadera causa de que ellos se están convirtiendo en el árbitro de sus asuntos tanto interiores como internacionales y si no que lo digan México, Cuba, Nicaragua, etc., porque en los pueblos pasa como en los individuos, su dependencia económica significa la pérdida de su libertad.

Hace poco leyendo en el importante diario *El Sol* una entrevista tenida con un distinguido representante de la Cámara de Comercio de Nueva Orleans, Sr. Frank V. Dunhan, encuentro que, al tratarse de nuestro ferrocarril interoceánico, dijo: “Los Estados Unidos no tienen ningún interés político en esa vía, solo comercial, como lo

tienen en los ferrocarriles y otras vías de comunicación de los demás países, para facilitar el intercambio de productos”. No pude menos que sonreír ante esa declaración —tendiente quizá a tranquilizarnos en cuanto al temido fantasma de la intervención— puesto que a las claras está que el interés político de Estados Unidos en los países istmeños y demás países latinoamericanos, no es un fin, desde luego, sino un medio para la consecución de sus fines económicos, esto es, su exceso de población, de producción industrial y de capitales necesita un radio de expansión más grande y por eso ellos quieren a toda costa tener la supremacía tanto en las importaciones como en las exportaciones y las vías de comunicación de todo el Continente Americano.

Notemos también que en los pactos y tratados internacionales prevalecen siempre fines económicos, ventajosos generalmente para la parte contratante más poderosa.

Estos hechos, son una prueba de lo que os he dicho anteriormente: que sus factores económicos le señalan a los países su destino en la historia de la humanidad.

Concluyo, pues, corroborando mi idea de que el estudio de la Geografía Económica es importantísimo, ya que constituye una sabia enseñanza no solo para los individuos, a quienes puede orientar en la lucha por la vida, sino también para las naciones, a las cuales puede hacerles descubrir sus riquezas, apreciar el valor de ellas, invitarlas al trabajo y ponerlas en condiciones de alcanzar, relativamente, su independencia económica, cuya consecuencia inmediata es la independencia política y moral, sublime ideal, suprema aspiración que debiera ser la meta de todos los pueblos que no quieran acabar uncidos al pesado carro de los modernos conquistadores; porque como ha dicho recientemente el ilustre economista y financista italiano, Francisco Nitti: “Un pueblo que se respeta renuncia más pronto a la mitad de su riqueza que a la décima parte de su libertad. Pero nada es tan humillante como perder al mismo tiempo la libertad y la riqueza”.

Dije:

María Luisa Herradora A.

Tegucigalpa, 4 de junio de 1931

Escuelas profesionales para mujeres con una moderna orientación*

Aunque las escuelas de segunda enseñanza y las universidades son verdaderas escuelas profesionales a las que ya tiene acceso la mujer, no satisfacen completamente la necesidad de capacitar a la mujer de las distintas clases sociales y de mentalidades diferentes para el honrado ejercicio de su profesión. Por eso se ha dado una nueva orientación a la preparación de la mujer creando las escuelas profesionales para mujeres, que también suelen llamarse escuelas de artes y oficios femeninos, las que a veces funcionan anexas a *les écoles ménagères* o escuelas domésticas, o estas tienen anexas a una escuela profesional. Entre los países que han dado mejor organización a los centros de que nos venimos ocupando, figuran en primera línea: Suiza, Bélgica, Francia y Alemania, contando esta última con el mejor tipo de escuela profesional y doméstica, la Escuela Luisa, en Karlsruhe, fundada por una asociación de señoras de Baden y llamada así en honor de su protectora la Gran Duquesa Luisa de Baden. En dicho establecimiento modelo funcionan diferentes escuelas profesionales, como escuelas separadas. Se enseñan allí costura, corte y confección de vestidos, etc., y todas las ramas que, directa o indirectamente, se relacionan con el oficio de cada cual. Las alumnas reciben un pequeño salario que aumenta a medida que progresan. En Francia conocimos personalmente, en 1925, una institución que tiene en diferentes países establecimientos similares al que acabamos de referirnos y que se llaman “La Protección de la Jeune Fille”, y que tienen el noble y plausible objeto de enseñarles una profesión u oficio, y fuera de él, especialmente a las jóvenes solas que podrían rodar a la cima del vicio por falta de apoyo moral y material.

El cuidado de enfermos era antes una ocupación hogareña, que se ejercía solo al impulso del amor y del deber hacia nuestros padres y demás miembros de la familia, o, en los hospitales y demás asilos de menesterosos, era ejercido al impulso del amor a Dios y al prójimo por esos ángeles de la tierra que se llaman Hermanas de la Caridad, institución nacida en Europa del seno de la Iglesia católica. Las primeras hermanas que existieron fueron las *Soeurs Noirs* o Hermanas Negras, cuyo origen se remonta al siglo XIV. Después se fundaron otras órdenes con los mismos fines caritativos, entre ellas las de San Francisco de Sales, las de la Baronesa de Chantal y las de San Vicente de Paúl, que son las más generalmente conocidas. Pero los cambios operados en todo sentido por las exigencias de la vida moderna, han dado lugar a la

* María Luisa Herradora, “Escuelas profesionales para mujeres con una moderna orientación”, *Mujer Americana*, tomo I, n. 1, (marzo, 1947): 8-9.

fundación de casas de salud, policlínicas, etc., o sean pensionados de hospital, para las clases acomodadas, donde se necesitan además de las Hermanas de Caridad, especialmente en los países protestantes, personas seglares, debidamente preparadas en el arte de cuidar enfermos, el que se ha convertido en una profesión honorable y lucrativa que necesita un largo aprendizaje profesional. He aquí, pues, el origen de esas nuevas escuelas profesionales de enfermería, que han abierto un nuevo horizonte a las actividades femeninas, y que hoy día ingresan a ella aún jóvenes pertenecientes a las más distinguidas familias. En todos los países europeos, las mismas órdenes religiosas antes mencionadas e instituciones como, la Cruz Roja de Suecia, la Cruz Roja de Ámsterdam, la Cruz Roja de la Haya, el Hospital Santo Tomás, de Londres y otras tienen en funcionamiento magníficas escuelas de enfermería, bien organizadas. Aquí en América, Estados Unidos va a la cabeza en este sentido, pues, aunque las primeras escuelas no se fundaron, sino a fines del siglo pasado, ya en 1902 contaba con quinientos cuarenta y cinco escuelas a las que concurrían más de trece mil alumnos, y por eso hoy en todo hospital o clínica están los médicos auxiliados por excelentes enfermeras.

En México, anexas a los hospitales de la capital funcionan algunas escuelas de enfermería. Aquí en Centroamérica, el Hospital General de Guatemala tiene anexa una escuela de enfermería, lo mismo que el Hospital Rosales de San Salvador; en Nicaragua funcionan dos: la Escuela de Enfermería de San Vicente de Paúl, anexa al hospital de este mismo nombre en León y otra en Managua, anexa también al hospital. En Honduras y en Costa Rica desgraciadamente no figura ninguna, pero de nuestros países acuden señoritas que van a estudiar a la acreditada Escuela de Enfermería de Panamá, que funciona en el renombrado Hospital de Santo Tomás, y en la que a los tres años de estudio se les extiende el título de Enfermera, y a los cinco el de Obstétrica y Enfermera a Domicilio.

Otro problema social que ha dado origen a nuevas escuelas profesionales femeninas es la de la servidumbre, y por eso desde hace algunos años funcionan en algunos países europeos varias escuelas profesionales de sirvientas, cabiéndole a Alemania el honor de haberlas iniciado, pues en 1815 un Comité de Damas fundó la primera en Francfort-sur-Mein, que funciona aún y, hoy día, la mayor parte de las grandes ciudades alemanas tienen numerosos establecimientos de esta clase. Le siguen varios países, entre ellos Austria, Hungría, Suecia, Noruega, Holanda, Suiza y Dinamarca, siendo en este país la más notable, “La Escuela Práctica de Sirvientas de la Princesa Heredera Luisa”. En todas estas escuelas desarrollan un programa teórico que comprende: economía política, teoría de la alimentación y cocción de los

alimentos, teneduría de libros y contabilidad por partida simple, e higiene y un largo programa práctico sobre la preparación de muy diversos y variados alimentos y sobre otros menesteres domésticos.

En Estados Unidos también funcionan escuelas para sirvientas. Aquí en Centroamérica, por una desidia inexplicable no funciona ninguna, de allí que nuestras sirvientas tengan una ignorancia casi completa del oficio que ejercen, y de los deberes correspondientes, ellas no saben más que lo que se criaron viendo hacer a sus abuelas sus madres que también lo hacían rutinariamente, y lo poco que su sentido común, que no es muy amplio, les indica. Por eso a veces pienso que no debíamos reñirlas por sus torpezas y descomedimientos, ya que ellas no tienen obligación de haber nacido aprendidas, y el ejercicio de toda profesión u oficio requiere una preparación especial.

María Luisa Herradora

La industria manual en sus nuevas y viejas fases, como medio de resurgimiento económico femenino*

La industria manual femenina que antes era puramente empírica, ya que no obedecía más que a la necesidad que han tenido los pueblos de atender a su subsistencia, y que no tenía otras normas fuera de las que le señalaban las condiciones del lugar (materias primas, las mayores o menores probabilidades de consumo, etc.), hoy ha tomado nuevas orientaciones desde que constituye el resultado de la enseñanza del trabajo manual femenino en la escuela, encaminado a fines prácticos.

Efectivamente, muchos países se han preocupado siempre de la enseñanza del trabajo manual en las escuelas de niñas, y le han dado la importancia y consideración que se merece, como la rama de estudios más importantes para la mujer. Entre los países que se han distinguido en este movimiento, dando leyes al respecto, elaborando programas y creando escuelas especiales para ello, figuran en primera línea: Finlandia, Bélgica, Suiza, Inglaterra, Alemania, Francia y Estados Unidos. Finlandia, tiene el honor de haber reconocido antes que ningún otro país, el valor pedagógico y económico del trabajo manual y es el primer país del mundo que

* María Luisa Herradora, "La industria manual en sus nuevas y viejas fases, como medio de resurgimiento económico femenino", *Mujer Americana*, tomo I, n. 2-4, (abril-junio, 1947): 33-34.

con su ley escolar del 11 de mayo de 1866 hizo de él una rama obligatoria de las escuelas primarias y normales. En Estados Unidos le han concedido tal importancia a la preparación de la mujer en este sentido, especialmente en Boston y Filadelfia, que una aspirante al cargo de maestra de costura, debía someterse a un examen especial. El primero versaba sobre las materias siguientes: lengua y literatura inglesa, historia inglesa y americana, geografía, aritmética, geometría práctica y fisiología. El examen especial comprendía: generalidades de pedagogía, principios y procedimientos de costura, dibujo y corte y economía doméstica. Esto revela la importancia tan grande que daban a dicha enseñanza, ya que procuraban que las maestras encargadas de ella, tuvieran el mayor nivel intelectual y moral. Esa tendencia a elevar el nivel de la enseñanza manual femenina, ha sido secundada por todos los demás países del mundo y hoy figura en todos los planes de estudio.

Hacia fines del siglo pasado, en lo general, la enseñanza manual para niñas se reducía a labores de aguja como: zurcido, punto de cruz, bordado en blanco, en colores y en hilos de oro, pespunte, puntada atrás, crochet, tricot, etc., con aplicación a la fabricación de sencillas prendas de vestir o a cosas de lujo, como ornamentos sagrados, cojines, kimonos, pañuelos finísimos, etc., cuya fabricación a veces no estaba al alcance de todos los bolsillos. Pero en estos últimos años, en que las exigencias de la vida moderna demandan mayores gastos y en que la lucha por la subsistencia es muy difícil.

Se ha llegado en todas partes al convencimiento de que la mujer debe prepararse no solo para ser una buena administradora de los bienes de su hogar y para economizar haciéndose ella misma sus prendas de vestir y las de sus hijos, sino que debe también ir preparada para convertirse en “colaboradora de los ingresos de una familia”, de allí que hoy se procura industrializar la enseñanza de labores femeninas, enseñando a las niñas, además de las labores antes mencionadas, la pintura, el corte y confección de vestidos y la fabricación de cosas útiles a la vez que artísticas y empleando en su fabricación las materias primas, que se encuentran en el lugar, como fibra de henequén, cuernos, conchas, paste, arcilla, yeso, etc., y hasta cosas que antes se creían inútiles como cartones, colochos de madera, carretes vacíos, cajones, cajitas vacías, etc., lo que puede llamarse un “resurgimiento económico femenino”, puesto que, con eso puede la mujer convertir sus habilidades manuales en una fuente de ingresos, ya sea para bastarse a sí misma o ya sea para ayudar a su esposo al sostenimiento de la familia. No pocas mujeres conocemos que no solo llenan su misión de amas de casa, sino que con su trabajo ayudan a sostener, y sostienen totalmente otras, a sus hijos. Y lo más importante de este modo para hacerse

de recursos, es que esta clase de actividades se avienen más con la mujer por su sexo y no la obligan a alejarse de su casa, y por lo mismo no corre el riesgo de descuidar la vigilancia y demás atenciones que requiere la buena marcha del hogar. Y si la mujer industriosa no tiene un hogar a su cargo constituye un factor importante en los talleres y centros manufactureros donde puede tener asegurada su situación económica. Desde el punto de vista moral son incalculables las ventajas que tiene la industria manual femenina, pues la mujer que se dedica a ella dentro o fuera de su casa, no por recreo, sino para aumentar los ingresos, no tiene tiempo para frivolidades ni para andar recorriendo el vecindario en busca de chismes, enredos y demás cosas fútiles y nocivas con que suelen matar el tiempo las desocupadas.

María Luisa Herradora

María Teresa Nolasco



La Liga Antialcohólica de Mujeres Hondureñas*

A doña Chinda de Mejía Colindres

En la lucha de los pueblos por su engrandecimiento y bienestar, la mujer está desempeñando actualmente un papel importante. Revistas y periódicos de todas partes hablan de mujeres que trabajan en pro de causas de capital importancia. Congresos y sociedades femeninas trabajan incansablemente, por la paz y progreso de los pueblos. Tenemos, por ejemplo: La Unión Laborista de Mujeres, cuyo primer número en su programa es trabajar enérgicamente contra las guerras. La Liga Internacional de Mujeres Pro Paz y Libertad, con fines análogos. La Unión Feminista Universitaria, la Alianza Nacional Feminista y muchas otras que llevan por consigna regeneración, justicia, paz, progreso y libertad.

La mujer hondureña, como todas las hermanas de los demás países, no quiere permanecer inactiva ante los grandes problemas que preocupan hoy al suyo y condolidas de tantas miserias, enarbola el ideal supremo de regeneración y prosperidad. Con este nombre, regeneración y prosperidad, la "Liga Antialcohólica de Mujeres Hondureñas" edita una revista, órgano que será el arma luchadora contra esa hidra del alcoholismo.

En Honduras, después de una fría y tenebrosa noche en que las guerras fratricidas habían sumido al país, este nombre lanzado de la mentalidad de mujeres que trabajan con amor, con sinceridad y nobleza, suena a campanada anunciadora de un amanecer venturoso.

La mujer, con una mentalidad más amplia y un más humano sentimiento, hace hogar de la humanidad entera y se lanza a la lucha poniendo muy en alto los ideales y muy de frente el corazón. Su inteligencia de madre abnegada será el yunque forjador de una generación amante del trabajo y la moralidad. Unidas todas formarán un frente formidable contra el vicio, la ignorancia y el oprobio, para que ese mañana que todos, soñamos siempre mejor, sea una era de paz de felicidad, de alegría, de trabajo fecundo.

Dolorosamente oímos la censura contra mujeres que toman parte en problemas de índole nacional. Que no tome participación en asuntos que la distraigan de los quehaceres de su hogar, dicen. Muy bien. Primero los deberes que la naturaleza nos impuso antes que

* María Teresa Nolasco, "La Liga Antialcohólica de Mujeres Hondureñas", *Regeneración y Prosperidad*, año I, n. 3-4, (septiembre-octubre, 1930): 57.

la mujer sea feminista. Que sea ante todo buena madre y esposa fiel. Pero sí puede contribuir en lo que le sea posible y colaborar con su compañero el hombre. ¿Por qué ha de censurársele? Toda vez que no sean intrigas politiqueras en donde perdería su tiempo y degeneraría su espiritualidad. ¿Por qué no ayudar a la solución de problemas vitales y morales?

Mujeres hondureñas: trabajad con amor y con fe. Si en la marcha de vuestra noble labor os encontráis con huracánicas ráfagas de vientos contrarios a vuestros nobles ideales, no vaciléis, no son siempre vientos de fronda los que soplan. De todas maneras, todo el que trata de hacer algo es mejor que quien siquiera lo intenta. George Bernard Show, dijo: “El hombre que trata de hacer algo y fracasa es infinitamente mejor que aquel que no trata de hacer nada y triunfa”.

Que ese algo que vosotros tratáis de hacer sea como un sol que haga amanecer en los hijos de este maravilloso país una mañana de regeneración y de paz. Y mientras ese amanecer llega y el clarín de la victoria suena, llegue hoy el aplauso caluroso para estas gentiles damas de la hermosa Honduras que forman la Liga Antialcohólica de Mujeres Hondureñas.

María Teresa Nolasco

María Trinidad del Cid



**Discurso pronunciado por la señorita María
Trinidad del Cid, en la Sesión con que la Sociedad
de Geografía e Historia de Honduras, conmemoró el
Primer Centenario de la Universidad Nacional el 18
de septiembre de 1947***

*Señores secretarios de Estado, Excmos. miembros del Cuerpo
Diplomático, honorables miembros del Cuerpo Consular, Sr. rector
de la Universidad, señores catedráticos, señores decanos de las
diversas Facultades, señor presidente de la Sociedad de Geografía
e Historia, estimables compañeros, señoras y señores, señoritas
alumnas:*

La Sociedad de Geografía e Historia de Honduras ha querido que, en mi carácter de socia activa de tan prestigiada institución, tome parte en esta sesión solemne con la cual se conmemora el primer centenario de la Universidad de Honduras. No puedo declinar la honrosa designación a que me han hecho acreedora mis queridos compañeros.

Agradezco infinitamente el alto honor dispensado, con un doble motivo. En primer lugar, séame permitido dar las gracias por haber incluido elementos femeninos en tan selecto programa conmemorativo de la gloriosa efeméride hondureña. En segundo término, por haberme invitado para hacer uso de la palabra, desde esta altísima tribuna ocupada solamente por ilustres académicos.

Jubilosos son estos instantes en que tengo que estar en pie ante el benemérito Dr. José Trinidad Reyes. En la mañana radiante de este primer centenario de nuestra universidad, abrimos con devoto respeto las páginas brillantes de la vida, que magistralmente trazará el gran Ramón Rosa sobre recoleto inmortal...

¡Cómo quisiera adentrarme en los detalles de la existencia del prócer en su condición de maestro de la juventud! Quisiera en esta hora solemne penetrar con la unción con que se penetra a los templos o bajar lenta y silenciosamente como baja al fondo de los recuerdos más queridos. Estoy hablando del año de 1845, y como en un inmenso desfile se van desenvolviendo los acontecimientos. Veo como una sombra el convento ruinoso que se levanta en este mismo sitio, aquel convento fundado por religiosos mucho antes de 1725. En sus vetustas habitaciones y en sus amplios corredores era donde habitaba el maestro ejemplar. Fue aquí donde nació

* María Trinidad del Cid, "Discurso pronunciado por la señorita María Trinidad del Cid, en la Sesión con que la Sociedad de Geografía e Historia de Honduras, conmemoró el Primer Centenario de la Universidad Nacional 18 de septiembre de 1947", *Revista de la Universidad*, tomo XIII, n. 1, (18 de septiembre, 1947): 181-184.

la universidad. En este mismo sitio fue donde concurrieron, en aquella tarde inmortal de diciembre, dos jóvenes inteligentes, y con el entusiasmo propio de los años juveniles y con la antorcha de los iluminados a proponerle al Padre Reyes la fundación de un centro que, con el título de Sociedad del Genio Emprendedor y del Buen Gusto, tuviera por fin la difusión de la enseñanza, empezando por la del latín y de la filosofía. Estos jóvenes entusiastas eran Máximo Soto y Alejandro Flores, a quienes el mismo Padre Reyes había instruido en Ciencias y Letras desde 1841, en clases privadas, mientras se lo permitían sus múltiples quehaceres. Pronto se unieron a tan inteligentes otros, entre ellos Miguel Antonio Roveló, Yanuario Girón y Pedro Chirinos, quienes se habían visto obligados a dejar abandonada la Universidad de León donde hacían estudios profesionales, debido a los horrores de la guerra de 1844 que tantos daños causará a la República de Nicaragua.

El Padre Reyes no vaciló en ponerse al frente del primer centro intelectual del país, que se trataba de fundar.

Formuló la reglamentación el joven Máximo Soto, y cuando ya todo estaba suficientemente meditado se inauguró el 14 de diciembre de 1845, en el edificio en que se reúne anualmente el Congreso Nacional. Presidió el rector, presbítero don José Trinidad Reyes, con asistencia de las personas más notables de la sociedad de Tegucigalpa. El discurso de inauguración del Sr. rector fue oído con sumo interés por los concurrentes a quienes hizo ver la necesidad de difundir la enseñanza popular en los países democráticos. Abundó en elogios para sus fundadores. Sintió el dolor de que se mendigaran conocimientos en países lejanos y extranjeros y a los padres de familia hizo ver que la sabiduría es lo más bello presente del cielo y que conduce al hombre al más alto grado de perfeccionamiento. La acción generosa del Padre Reyes no se limitó solamente a los varones, sino que se extendió en forma amplia y hermosa. Escribió un bello artículo con el sugestivo nombre de Ideas de Sofía Seyers, lo que pone de manifiesto sus ideas avanzadas. Decía que las mujeres debían tener la misma educación que el hombre, ya que las almas no tienen sexo; agregaba que el ingenio y talento femeninos son tan perfectibles como los del varón y que es claro que, formados con tanta igualdad de facultades, es contrariar a la providencia cuando se dejan sin cultivo sus inteligencias. Se lamentaba que en Honduras no se tomaban otros cuidados por formar a la mujer que los que se ponen en la educación de un pájaro; que se establecen en todas partes escuelas primarias, liceos, academias para la instrucción del sexo privilegiado; pero que nadie había pensado en las pobres mujeres. Como se ve por lo expuesto, tenía una preocupación por la educación intelectual.

La nueva institución que había nacido sin recursos ni estímulos recurrió el título de la municipalidad, quien le dio su protección y además le otorgó el título de Academia Literaria de Tegucigalpa el 10 de marzo de 1846, declarando valederos y reconocidos en todo el estado los grados adquiridos en dicho plantel, y los que sirvieran gratis los destinos del rector y catedráticos, así como los que contribuyeran con dinero y otros recursos al progreso del referido centro, gozarían el título de “Amigos de la ilustración del país”.

Poco a poco la Academia Literaria fue adentrándose en el espíritu de los legisladores hasta que emitieron importantes decretos sobre la administración e inversión de fondos y Plan de Estudios de la Academia. El 11 de agosto del año de 1847 el gobierno dictó los primeros estatutos de la academia, y la municipalidad de Tegucigalpa nombró el personal directivo, sometiéndolo a la aprobación correspondiente. En ese personal figuraba el Padre Reyes como rector. El presidente Lindo, al aceptarlo, dijo que el nombramiento la municipalidad de Tegucigalpa hacía en la persona del Padre Reyes, como rector, lo aprobaba con gusto, porque el Sr. Reyes no solo por su instrucción era acreedor a aquel alto destino, sino que siendo obra que ha comenzado con sus propias manos, pide aún trabajo para no ver desquiciado el edificio que con tanto anhelo ha procurado construir.

El presidente Lindo organizó el Claustro universitario. El 19 de septiembre de 1847 se verificó con esplendor la inauguración de la Academia Literaria en la iglesia de franciscanos de San Diego. Fue un acto imponente, relatan los cronistas de aquella época, como nunca se había visto otro, en los fastos de la historia nacional. Asistieron a la suntuosa instalación de la Academia, el Sr. presidente de la República, el obispo de la Diócesis, las autoridades civiles y militares, los vecinos más notables y los alumnos. El rector, los catedráticos, los nuevos titulados prestaron su juramento ante el Supremo Gobierno, quien declaró solemnemente instalada la academia. Pronunciaron elocuentes discursos el Dr. Lindo, el Padre Reyes y los señores Alejandro Flores y Yanuario Girón, y una arenga improvisada del obispo Campoy y Pérez dio fin al acto.

Señores:

En esta fecha conmemoramos el primer centenario de esta augusta Universidad de Honduras. Hemos observado que, en la primera centuria de su funcionamiento, solamente se ha limitado a la formación de profesionales sin bajar de las alturas a fecundar la tierra llana. Quisiéramos que se ocupara en forjar hombres de acción en los campos de la cultura del hombre común. Hay, sin

embargo, algunos casos de médicos desinteresados que desprendiéndose de su egoísmo se han consagrado al prójimo.

Ha hecho falta una dedicación al bien de todos, al laboreo de las minas, al trabajo de los campos de siembra para convertirlos en fértiles huertos, los que siguen siendo campiña desierta.

En los tiempos que vienen serán más útiles los hombres prácticos. Tendremos más necesidad de ingenieros, para los buenos caminos, que sabios romanistas o profundos civilistas. Habrá que acudir a los que hagan florecer los prados en trigales y no los que de memoria reciten los libros de Las Siete Partidas. Es una evolución que se impone, es un cambio que se presenta como un mandamiento imperioso.

Queramos o no, la universidad debe dar una vuelta sobre sus ruedas y variar de rumbo hacia la realización de los diversos propósitos culturales.

Un aspecto de sumo interés será la investigación. Creemos en la sustancia siempre fecunda del cerebro humano que aún está en desenvolvimiento.

Pensamos que los hombres de ciencia tienen un extenso horizonte para descubrir nuevas formas de cultura al servicio de la humanidad. En este sentido la universidad debe intentar algo que sea digno de ella, de sus grandes prestigios que está llamada a mantener. Sería un timbre de gloria que un sabio hondureño diera una nueva fórmula química, una nueva ley, un nuevo precepto jurídico, una distinta manera de trabajar sobre el cuerpo humano. Casi todas las universidades del mundo apoyan al que se afana en descubrir algo, de lo bueno que se ignora. Quizá uno de los estudiantes diese con la cuarta dimensión o pudiera localizar en alguna parte del espacio un planeta no conocido o dar con un medicamento que sea eficaz contra la tuberculosis o el cáncer. Hay muchos caminos para ir a la grandeza no ganada por otros, pero precisa que la universidad se dedique con todo empeño en este sentido.

La mujer en la universidad

La presencia de la mujer en la universidad ha contribuido a desvanecer prejuicios que pesaban sobre ella, relegada a condición de inferioridad. Con las mujeres en las aulas universitarias se ha puesto en claro que de modo alguno son exclusivamente para los hombres, sino también para la mujer.

Es un mal entendido patriotismo aquel que cifra sus ventajas solamente en la fuerza del talento del hombre. Patriotismo puro es levantar el nivel de la mujer hondureña, capacitándola para el foro, la prensa, el hospital, el laboratorio, la diplomacia y demás medios de alta cultura. Esperamos que en el porvenir habrá también para la mujer una amplia senda hacia el saber.

Con estos propósitos nada malignos, antes bien llenos de intención sana, contribuimos a celebrar el Primer Centenario de la muy noble y augusta Universidad de Honduras.

Gracias.

Tegucigalpa, D. C., 18 de septiembre de 1947

Influencia de la mujer en la nación*

A la honorable Liga Antialcohólica

La vida social y política de una nación se aprecia por la influencia bienhechora que las mujeres ejercen sobre los individuos que la forman. En todos los tiempos la acción de la mujer ha trascendido a la sociedad donde aquella se ha preocupado por realizar actos elevados, poniendo al servicio de los intereses nacionales las energías de su cerebro y su corazón, pues siempre ha sido necesaria la mujer inteligente, dulce, cariñosa, que calme los dolores físicos, destruya los vicios, que aporte el consuelo, la luz y el consejo oportuno. Pasó la época triste en que se le negó a la mujer hasta la existencia de su alma, para ser considerada como la compañera del hombre para que en alas del ensueño y del heroísmo, pasando a la historia el nombre de muchas mujeres ilustres tales como Juana de Arco, quien vivió como los héroes y murió como los santos; las mujeres espartanas que de manera admirable inculcaban el patriotismo ya en el hijo, amigo o esposo; las matronas romanas que levantaron muy en alto el estandarte de la virtud y pasaron triunfantes sobre la molición de su tiempo y pusieron en la familia y en la amistad las manos puras para detener la corriente del vicio que carcomía las entrañas de la sociedad. (Cornelia no puede pasar desapercibida al hablar de la virtud de las matronas romanas).

* María Trinidad del Cid, "Influencia de la mujer en la nación", *Regeneración y Prosperidad*, año I, n. 6-7, (diciembre-enero, 1930 y 1931): 116.

Cuando Francia pasaba por aquel período lamentable de relajamiento de sus costumbres, en el cual no existía el hogar ni los padres tenían hijos, Napoleón Bonaparte preocupado por este asunto, preguntaba: “¿Qué falta, pues, a nuestros sistemas de educación?” Y una respetable matrona le respondió: “¡Madres!” He ahí, dijo el emperador, cómo una sola palabra contiene todo un sistema de educación.

La influencia de la mujer en los destinos de la nación se ha hecho sentir en todos los tiempos y ya no se discute si tiene o no derechos, pues como individuo social es lo mismo que el hombre. Lo que se pide es que la mujer no trate de sustituir al hombre, sino de llevar a la vida de la nación lo más puro y santo de su alma, su acción limpia, la feminidad. Las mujeres en política, en la ciencia, en los negocios, no están de sobra, lo que conviene es que lleven a esos asuntos su alma y su corazón de mujer.

María Trinidad del Cid

La escuela de acción y la personalidad del niño*

Desarrollar la personalidad del niño y encauzarla hacia la acción coordinada, en vista del bien común, es propender al engrandecimiento nacional y tal debe ser la tendencia actual del magisterio hondureño. La obra del maestro debe fundamentarse en la aspiración de que cada alumno logre la disciplina interna, consiga el dominio propio, que sea capaz de prestar su ayuda a otros, que llene las horas de ocio con ocupaciones activas, que realice trabajos para mejorar y embellecer la escuela. Esta además debe preocuparse por la salud física de los educandos, del desarrollo de sus fuerzas mentales, de su carácter moral, de las actividades sociales que lo encaminen al cumplimiento de sus deberes de ciudadano, de miembro útil en la colectividad, ofreciendo un ambiente sano, acogedor, alegre, atractivo, con maestros que sientan responsabilidad de su misión, que se esfuercen por cumplirla, ya en los altos como en los bajos puertos, con la misma hondura y abnegación, que animados de cariño y simpatía por los niños, puedan desarrollar con entusiasmo los impulsos de expansión social, de construcción, de investigación, de interés artístico mediante el empleo de los métodos activos y la supresión de los librescos.

* María Trinidad del Cid, “La escuela de acción y la personalidad del niño”, *Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales de Honduras*, vol. XII, n. 1, (30 de junio de 1933): 42-43.

Toda enseñanza para que realice un carácter educativo ideal debe basarse en la observación, la experimentación, en el descubrimiento, de modo que respetando la naturaleza psicológica del niño se haga sentir que es capaz de inventar, de producir, de realizar.

Con la bondad de los métodos activos, hábilmente empleados por los maestros, se unifica la actividad práctica en la explicación científica, procurando que toda la idea se traduzca en acción y cada acción en hábito, realizando así el fin primordial que la escuela persigue con afán.

El estudio de la historia, de la geografía y de las instituciones del país juegan un papel muy importante, porque de allí nace la idea del verdadero amor cívico. En el ejercicio de los métodos activos, el maestro desarrolla el carácter científico, moral, social y estético sin olvidar jamás que hay un hilo conductor de todo conocimiento, la simpatía, la amistad, la confianza entre el que aprende y el que enseña, porque el camino de la sabiduría es el amor. Tagore ha dicho ya, no nos comprendemos porque no nos amamos, y no nos amamos porque no nos comprendemos. Ciertamente, la escuela ha de ser para el niño como un hogar cálido de amores y de amistades inquebrantables, donde el alma del discípulo se sienta identificada con la de su maestro.

Cuando en cada escuela hondureña haya una biblioteca con su sección infantil o por lo menos se establezca la hora del cuento, los círculos de lectura, de ayuda mutua, de excursiones, visita a las fábricas, talleres y granjas, organizándose ligas prohigiene y moral, fomentando los juegos y la vida al aire libre, interesándolos por los trabajos del huerto escolar, para que los niños cuidando las plantas y animales sientan amor e interés por la naturaleza. Y esto puede hacerse muy bien y fácilmente en esta privilegiada tierra. Así lo está probando la infatigable maestra Soledad Fernández Cruz, creando a sus esfuerzos propios, en San Pedro Sula, un vergel delicioso, encanto del viajero y motivo de estudio para los niños que en su escuela se educan, y una lección objetiva para nuestros pedagogos teorizantes que pierden el tiempo en disquisiciones vacías y cuando llega la hora en que se aquilatan los valores resultan solemnísimos fracasados.

María Trinidad del Cid

Tegucigalpa, 1933

El maestro hondureño*

El maestro hondureño debe fomentar el sentimiento de la nacionalidad, mediante la enseñanza de la historia y geografía patria.

Son los educadores los llamados a fomentar en los niños, futuros ciudadanos de la república, el sentimiento de la nacionalidad. En estos momentos en que hay revoluciones de todo orden y la estabilidad de los pueblos se halla amenazada por diversos peligros, la única garantía que puede ofrecerse para el bienestar general, es el ensanche del espíritu nacionalista, desarrollando en cada individuo la fe en los destinos de su país y el ideal de mantenerlo siempre en paz para que ocupe un lugar destacado en el concierto de las naciones.

El maestro hondureño, es el llamado a iniciar en sus educandos el concepto fundamental de esa fuerza creadora que se llama sentimiento nacional. El sentimiento nacionalista surge del conocimiento del país para propender a su perfeccionamiento, corrigiendo con abnegación sus defectos y este se conseguirá mediante el estudio asiduo y detallado de la historia y geografía patria.

La historia ofrece al maestro hondureño un campo propicio para cumplir hasta donde le sea posible esta faz de su misión, pues pocas naciones tienen un origen tan hermoso y un pasado tan glorioso de ser immortalizado como ejemplo de amor a la libertad, a la defensa de la soberanía nacional, a la fraternidad humana, que este pedacito de tierra llamado Honduras situado en el “corazón de la América”. Para que la enseñanza de la historia sea eficiente acostumbremos al niño a no ver en cada figura de la historia nacional al guerrero o al soldado, tratemos de que mire solo al patriota.

En nuestra clase de historia sentimos de veras y muy hondo el patriotismo, porque solo así podemos transmitirlo de manera eficaz a nuestros alumnos. Hablémosles siempre de los hombres que ofrendaron con generosidad sus más caros intereses, de las madres que se desprendieron de sus hijos, de los jóvenes que perdieron la vida en aras del patriotismo y así lograremos que en forma práctica el niño juzgue por la grandeza del sacrificio la sublimidad del amor patriótico.

* María Trinidad del Cid, “El maestro hondureño”, *Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales de Honduras*, vol. XII, n. 4, (31 de octubre, 1933): 243-244.

El estudio de la historia quedaría trunco, si no lo enlazáramos con el de la geografía patria, donde el maestro enseña al niño, que Honduras es una nación riquísima; que en sus entrañas hay verdaderos tesoros escondidos, que sus montañas están vírgenes y que necesitan el cerebro y el brazo de sus hijos; que sus ríos caudalosos riegan fertilísimos valles, donde el agricultor, enemigo de la guerra hace proezas; ríos que van cantando entre los robles y los pinos y dejando el oro en sus riberas floridas. Procuremos que cada niño hondureño sienta que es un factor de progreso material y moral. Contémosles, muchas veces, anécdotas de nuestros hombres, de lo mucho que sufrieron para independizarnos, de los esfuerzos para lograr la organización definitiva de la república.

En todo momento y en cualquier materia el maestro patriota hará que el sentimiento nacional flote en el ambiente, que sea el punto hacia el cual converjan todas las actividades y solo así edificaremos en el sentido moral y patriótico.

María Trinidad del Cid

Recordatorio*

Como si fuera una bandada loca que en desorden tramontara el vuelo hacia los jardines del alma, así pasan por mi mente como aves los recuerdos, trayendo salpicadas las alas del oro purísimo del cariño y estimación que le tuvimos aquella matrona distinguida que en la vida se llamó doña Ricarda v. de Guardiola, Calita, la tierna e incomparable madre de nuestro querido maestro Dr. Esteban Guardiola.

Fue un día como este, cuando la muerte, como huracán furioso, penetró en la estancia y arrebató la única rosa que la llenaba con su olor exquisito. Rosa era, el corazón de Calita, y es por eso, que su perfume todavía vive con la memoria y en el corazón de todos cuantos tuvimos la dicha de conocerla y tratarla.

Han pasado cinco años desde que ella se fue y, desde entonces ha quedado un vacío en el hogar antes dichoso que nadie podrá llenar y un raudal de lágrimas que brota incontenible de los ojos de los suyos. Con ella se fue para siempre la alegría, enmudecieron en la enramada los cenizontes, las orquídeas, sus flores predilectas,

* María Trinidad del Cid, "Recordatorio", *Revista de la biblioteca y Biblioteca Nacionales*, vol. XII, n. 11, (31 de mayo de 1934): 696.

escondieron sus graciosas formas y desde que ella emprendió ese viaje sin retorno todo quedó triste, inmensamente triste en la casita solariega.

Duerma en paz la dulce Calita, mientras que en su losa viven siempre frescas las flores que las manos bondadosas de su hijo colocan día por día.

María Trinidad del Cid

Tegucigalpa, 14 de mayo de 1934

La maestra de los niños pobres*

En una humilde casita, situada casi en las afueras de la ciudad vivía Hilda Helena, la maestra que por muchos años consumió sus fuerzas físicas, mientras que su espíritu a la manera de una llamita iluminaba su vida anónima de educadora, si bien, no por eso su labor era menos sugestiva, ya el conocimiento profundo del ambiente había afirmado la convicción de que la única misión del maestro es darse con largueza y amor a los niños sin esperar otra recompensa que el resurgimiento de energías nuevas y despertares halagüenos en las generaciones del porvenir.

Después de tesonero afán llegaba al final del año escolar con la honda satisfacción de obtener una abundante cosecha en premio de sus sacrificios. Su escuela como todas las del país, había sufrido las consecuencias alarmantes de la crisis general cada vez más acentuada por todos los rumbos.

Sus niños a quienes amaba con todo el corazón bueno con que aman las madres, los había visto sufrir penurias inauditas, penosas inclemencias, escaseces sin cuento: de vestidos, de abrigo, de útiles, de pan y de alegría... De alegría, sobre todo, porque la escasez de alegría en los niños es la más cruel de las escaseces y la tortura más grande de los maestros, ya que en sus manos un niño sin sonrisas es como una noche sin estrellas, como una rosa sin perfume, como una lira con las cuerdas rotas...

Nada inquietaba tanto a Hilda Helena como los efectos lacerantes del desamparo infantil.

* María Trinidad del Cid, "La maestra de los niños pobres", *Excelsior*, año II, n. 20, (30 de septiembre de 1938): 8.

Cuántas veces había tenido que sufrir ante los cuadros cotidianos, lúgubres irremediables de niñitos enclenques del barrio, que trabajando durante todo el día y por las noches vendiendo mercancías ligeras frente a las puertas de los teatros y hasta avanzadas horas de la noches, y quiénes al día siguiente después de haber hecho los quehaceres diarios de la casa, asistían a la escuela sin haber ingerido a un pan a pasar tres o cuatro horas sentados en un escaño duro, cada vez más lívidos y soñolientos...

Muchas veces las lágrimas brotaban espontáneas a sus ojos cuando sus mejores alumnos abandonaban las aulas por la única razón de que sus padres, obreros paupérrimos, no podían por motivo de las fuerzas ciegas de las luchas diarias, ahorrar el valor necesario para comprarles un traje nuevo con el cual reponerles el que por el uso continuo se les había destruido.

Otros con vivacidad y genio excepcionales, eran hijos de esas mujeres de pueblo, de lavanderas endebles y marchitas que dejando sus pulmones en las piedras de los ríos y quemadas sus espaldas por los rigores del sol, y con el agua a las rodillas durante días enteros trabajando sin tregua, a fin de poder sostener malamente a sus hijos en la escuela.

Por muchos años la escuela de Hilda Helena fue el hogar apacible lleno de músicas y de cantos que alegró la vida de centenares de niños pobres que encontraron en la maestra de las dulces preocupaciones, un corazón abierto de par en par para la niñez desamparada. Fue corazón de madre sin más hijos que esos niños huérfanos, solitarios, sin nido, sin consuelo, que van por el mundo llorando a solas y en quienes vio siempre anudárseles en la garganta un contenido grito de dolor.

María Trinidad del Cid

La leyenda de las rosas de pascua*

Cuando nació el niño Jesús todos se apresuraron a llevarle sus regalos. Entre ellos, los reyes magos del Oriente le hicieron su valiosa ofrenda de oro, incienso y mirra. Mientras las gentes se arrodillaban junto a la cuna del niño (y recibían en premio una graciosa sonrisa). Afuera una niña pastora estaba llorando

* María Trinidad del Cid, "La leyenda de las rosas de pascua", *Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales de Honduras*, tomo XVII, n. VI, (31 de diciembre, 1938): 408-409.

inconsolablemente porque ella no tenía nada que ofrecer al recién nacido, pues era muy pobre. De repente un ángel descendió del cielo y bajó hasta ella y apartando la nieve que estaba junto a sus pies y allí, brotó un rosal lleno de lindísimas rosas blancas como cera y con los bordes de los pétalos ligeramente rosados. Esta ofrenda es más valiosa que todas, dijo el ángel —pues son las rosas de pascua.

Con gozo la joven pastora hizo un manojo de las perfumadas flores y se las ofreció al niño en cuyos labios se dibujó una dulce sonrisa.

María Trinidad del Cid

La leyenda de las flores de pascua*

En México, hace mucho tiempo, en el mes de diciembre, los aztecas tenían la costumbre de sacrificar a un joven hermoso, pues tenían la creencia que el frío que hacía en esos días era debido a que los dioses estaban enojados.

Había dos jóvenes hermosos que se amaban mucho, pero mucho y ya se iban a casar. Fue escogido el doncel para aplacar la ira de los dioses. En la montaña estaba la gran piedra del sacrificio. Pidieron muchos, por la vida de aquel joven, pero una voz ordenaba, y el joven tenía que morir. En el momento del sacrificio metieron el cuchillo. Salió la sangre a chorros. La novia estaba arrodillada junto a sus pies. Ella no podía llorar, pero oró a los dioses diciendo: —Permitidme que tenga un recuerdo de él, sí, un recuerdo inmortal, de este dolor incomprensible e inmenso, que haga que se encuentren los amantes y empiecen una vida nueva. El sacerdote estaba parado. En su mano levantada tenía un corazón que sangraba y una gota de la sangre de la vida cayó encima de un montecito muy verde. La gotita de sangre se extendió en la forma que usted la ve. Una estrella de esperanza y amor. Allí brillaba en escarlata un regalo del Dios altísimo.

María Trinidad del Cid

* María Trinidad del Cid, "La leyenda de las flores de pascua", *Revista del Archivo y Biblioteca Nacional de Honduras*, tomo XVII, n. VI, (31 de diciembre de 1938): 409.

La melodía perdida*

Los pastores estaban sentados en una colina cerca de Belén una noche después que el ángel les había aparecido trayéndoles las nuevas de gran gozo y los cielos estaban llenos de ángeles. De repente, dijo uno de los pastores: —Apenas puedo creer que todo sucedió así. —Parece un sueño agregó otro: pero el nene todavía está en el mesón. Oí que los reyes vinieron del Oriente después que nosotros nos fuimos. Ellos trajeron regalos preciosos; mucho oro, incienso y mirra. Lo que estoy tratando de recordar, dijo el primero, es la melodía que oímos de los cielos. Los cantantes parecía que estaban muy arriba, pero la noche fue tan clara y serena que si recuerdo las palabras que cantaron, pero no puedo recordar el tono; ni yo dijo su compañero. —Yo soy algo bueno para recordar melodías, pero me afectó de tal manera que no pude retenerla. Es la melodía más grandiosa y sublime que en mi vida he oído.

Fue la noche tan clara como una mañana de primavera, dulce como la sonrisa de una niña para su novio. Usted debe haber nacido poeta. El pastor se rió y sus compañeros también se rieron; pero ninguno pudo recordar el mediodía. Entonces hablaron del nene que había estado en el pesebre de la alegría que ellos sintieron al arrodillarse junto a su cuna. De repente oyeron el balido de una oveja lejos de la colina. Todos escucharon y se miraron, un cordero se había extraviado del redil y nadie lo sabía. El pastor más joven se levantó ligero y dijo: —Yo voy a traer ese cordero. Los otros le vieron con sorpresa. Uno de los pastores más viejos dijo: —No se vaya, hay un campo de espinas allí arriba, no las puede evitar usted en la oscuridad. También las piedras son flojas y lisas. Usted puede caer a su muerte. Los lobos van a comer el corderito dijo el joven: Yo no puedo quedarme aquí, mientras esa criatura temerosa está allí arriba rodeada de peligros. Él se fue corriendo colina arriba en la oscuridad, antes que los otros pudieran hablarle más...

Los otros pastores esperaron largo rato y el muchacho no regresaba. Para pasar el tiempo estuvieron contándose sus experiencias pastoriles y de las heridas que habían recibido trayendo corderos. Intentaron traer a la memoria la melodía perdida, pero nadie pudo recordarla. Una hora pasó y después otra. Al fin oyeron pasos lentos, miraron en la oscuridad, pero no vieron nada. Cuando menos esperaban el joven pastor entró al círculo de la luz del fuego. Su cuerpo estaba golpeado y sangriento. Tenía una herida en la mejilla, pero en sus brazos traía el cordero. ¡Ya encontré el tono! Me vino cuando levantaba el corderito, dijo el muchacho en

* María Trinidad del Cid, "La melodía perdida", *Revista del Archivo y Biblioteca Nacional de Honduras*, tomo XVII, n. VI, (31 de diciembre de 1938): 407-408.

un momento de éxtasis. Y mientras estaba golpeado y sangriento cantó la melodía perdida. ¡Esa es! ¡Esa es! Gritaron todos y quisieron ensayarla, pero no pudieron. Así llegó a ser conocido el muchacho como el “Pastor Cantor”.

Pasaron los años, el niño nacido en Belén, ya era hombre y conocido como un gran profeta. Un día uno de sus seguidores, dijo, —maestro, aquí hay un mendigo que canta muy lindo. ¿Quiere usted ir conmigo para oírle? Así se fue Jesús con él. El discípulo tocó el brazo del mendigo y dijo: —maestro de Galilea está aquí y quisiera oír tu canción. El mendigo ciego cantó y Jesús escuchó la dulzura del canto del ciego y suavemente puso sus manos en sus ojos. ¡El mendigo saltó y dijo —¡ya veo! ¡Ya veo de nuevo! Dios me ha tocado. Volviéndose a Jesús —exclamó: ¿quién es usted maestro de Galilea? Jesús se sonrió con una dulzura incomparable y dijo: —Nos hemos encontrado antes, hace mucho tiempo. Te voy a contar dónde y si tú me cuentas dónde has oído esa canción. El mendigo contó a Jesús como había oído a los ángeles cantarla sobre Belén y cómo la melodía perdida había venido a su memoria en el preciso momento cuando estaba levantando a la ovejita extraviada. —Jesús dijo: —Este es el himno del coro de mi padre. Fue cantado el día que yo nací en este mundo. Porque tú lo has guardado con tu acción noble y bondadosa, vive la canción en la tierra. Por eso te devuelvo tu vista.

María Trinidad del Cid

Nacimiento de Jesús*

*A la distinguida educacionista norteamericana, Anna D. Bechtold,
muy cariñosamente*

“Hermana mía en el impulso errante
nunca sabremos nada”.

Corría el año de 749 de la Era Romana bajo el imperio de Augusto y reinaba en Judea Herodes el Grande, cuando se verificó el nacimiento de Jesús, suceso extraordinario que marcó en su admirable sencillez una nueva era, que todos los pueblos cultos cuentan desde el día en que el Mesías vino a manifestarse como el Hijo del Hombre en este mundo. No se ha encontrado la fecha precisa del nacimiento. No la cuenta ni Papias que consagró su vida

* María Trinidad del Cid, “Nacimiento de Jesús”, *Pan-América*, vol. II, n. 17, (diciembre, 1945): 28-29.

a la búsqueda de cuanta noticia se refería a la persona de Jesús. Revisamos las Sagradas Escrituras y nos detenemos en Lucas, el biógrafo artista del portentoso Nazareno, quien se abrevó en manantiales que ya no existen. Rodeó la figura excelsa del maestro de una belleza incomparable y de ahí que su Evangelio atrae de manera singular. El texto bíblico dice al respecto: “Aconteció que en aquellos días salió edicto de parte de Augusto César, que toda la tierra fuese empadronada”.

E iban todos a ser empadronados cada uno a su ciudad.

Y subió José de Galilea, de la ciudad de Nazaret a Judea y a la ciudad de David, que se llama Bethlehem, por cuanto era de la casa de David. Sucedió que estando José y María en Bethlehem, nació el niño y le llamaron su nombre Jesús, que significa Salvador. Isaías, anuncia el reinado del Mesías y le llama admirable, consejero, Dios fuerte, Padre Eterno, Príncipe de paz. Cuando se cumplieron todas las cosas según la ley del Señor volvió Jesús a Galilea, a su ciudad de Nazaret.

Belleza de los parajes donde Jesús pasó su infancia y su adolescencia

Fue en la provincia de Galilea donde Jesús pasó los primeros años de su vida. Riente y encantadora la naturaleza. Abundaban los manantiales que daban eterno verdor a los huertos donde crecían maravillosamente las higueras, las viñas, los naranjos, limoneros, los terebintos, y los granados. Cuando asoma la primavera se cubren los prados de flores de variadísimos colores que ofrecen mayor belleza cuando sobre sus tallos se posan las tórtolas ligeras y los mirlos azules. En ninguna otra región, dicen los historiadores, los animales son tan mansos, a tal grado que las alondras se deslizan por entre los pies del viajero y las cigüeñas se acercan tanto al hombre que pareciera que le hacen mimos de simpatía. Así también notoria es, la gracia y armonía que hay en la línea que dibujan sus montañas, es la tierra donde crecen silvestres las rosas y en profusión los lirios en los valles y se cubren como de polvo de oro las espigas maduras, lagos de transparentes aguas a cuyas orillas a la hora incendiada de magníficos crepúsculos se detenían las barcas pescadoras de aquellos sencillos y cosmopolitas moradores. Nos parece oportuno tomar algunas descripciones de la ciudad de Nazareth.

Situada en un repliegue del terreno que forma la ancha meseta del grupo de montañas que limitan al norte la llanura de Esdrelón. El frío es agudo en invierno y muy saludable el clima. Como todos los villorios judíos de aquella época, la ciudad era un montón de casas construidas sin estilo y con aspecto árido y pobre que ofrecen las

aldeas de los países semíticos. Los edificios sin elegancia exterior ni interior, solamente daban aspecto agradable las higueras y las viñas. Nazareth, es todavía un sitio delicioso de pintorescos alrededores, quizá el único de Palestina donde aún se siente el alma aliviada del opresivo afán que se experimenta en aquella desolación sin igual...

Las ciudades de Galilea que más frecuentó Jesús durante su peregrinación y en las cuales sentó los principios de su doctrina trascendental fueron: Caphernaum, donde el maestro se maravilló del fervor con el cual le seguían las gentes y exclamó que ni en Israel había encontrado tanta fe. Además de las ciudades de Beedhtsaida, Magdala, Chorazin, Dalmanutha. Algunas veces se alejó de su región favorita y se trasladó embarcado a Gergesa. Otras iba a Cesárea de Filipo en la falda del Hermón. También encaminó sus pasos por Tiro y Sidón. Y al hacer el recorrido de los sitios donde Jesús niño asentara sus plantas nos viene una fragancia del Líbano diluida en santidad de los recuerdos que aún tiene el indescriptible encanto y el embrujo de aquellas inolvidables noches hogareñas para siempre idas...

María Trinidad del Cid

Tegucigalpa, D. C., Navidad de 1945

Franklin Delano Roosevelt*

Nunca como en esta vez se cumple la gran verdad política de que los pueblos se dan los gobiernos que merecen. Tal, esa nación de héroes y pioneros, cuya historia de nobleza y sacrificios cruentos y acciones gloriosas, corre agregada al corazón de la humanidad como los capítulos de una biblia contemporánea. Washington el visionario, funda la nacionalidad; Lincoln, el mártir, la cimenta y consolida con su noble sacrificio; Roosevelt, el iluminado, el profeta, la engrandece y glorifica, al salvar al mundo de la opresión de los conquistadores y ofrendar con su vida, un legado de justicia y libertad. El New Deal, la política de Buena Vecindad, La Carta del Atlántico, La Liga de las Naciones Unidas, el Pacto de Teherán y la gran Batalla por la salvación de la humanidad, son las piedras angulares en que descansa el pedestal de la figura prócer, gloria de los Estados Unidos y orgullo del género humano.

Roosevelt es tan grande, tan generoso, que ha dejado de ser el

* María Trinidad del Cid, "Franklin Delano Roosevelt", *Par-América*, vol. II, n. 18-19, (enero-febrero de 1946): 9.

conductor de un pueblo para convertirse en un símbolo de grandeza y perfección universal. Ante la memoria de Roosevelt todos los hombres de buena voluntad se ponen de pie y se inclinan las banderas de todas las naciones en señal de gratitud y respeto, por su cruzada libertaria, redentora y genial.

María Trinidad del Cid

Una visita a la Escuela Normal Rural*

Rememoro con singular emoción la visita que no hace mucho hice a la Escuela Normal Rural, ubicada como a 5 kilómetros, poco más o menos, en dirección sur de la capital.

Fue para mí una gratísima impresión al encontrarme con profesores tan comprensivos y responsables del deber y con verdadero deleite desempeñan su cometido. Ellos, con suma habilidad, me condujeron por todas las amplias y bellísimas dependencias del elegante y moderno edificio, donde se realiza una enseñanza que tanta falta hacía en nuestro país como es la de preparar los maestros rurales, de conformidad con el Plan Cooperativo entre Honduras y los Estados Unidos, cuyo representante de la Fundación Interamericana de Educación, en Honduras, es el ilustre doctor Clay J. Daggett.

El personal docente está integrado por profesores nacionales y extranjeros: director, profesor Raúl Zaldívar; secretario, profesor Herminio Fajardo y Prof. de varias asignaturas y consejero de estudiantes, don Gerardo Palacios; y de música, don Rafael Coello Ramos; profesor de deportes, don José L. Otero; de pedagogía, el profesor don Juan E. Silva; de economía rural don Roberto Huerd. Los alumnos también reciben conocimientos de artes industriales por expertos en carpintería, mecánica y herrería.

Hay alrededor de veintiocho alumnos de distintos sectores del país. Se nota en todos ellos, alegría y entusiasmo, debido al afecto, a la amistad, confianza recíproca, sólidas bases que tan necesarias son en toda escuela para resolver los más arduos problemas educativos. Problemas que solamente se pueden resolver cuando se logra identificar el alma del maestro con la del alumno.

* María Trinidad del Cid, "Una visita a la Escuela Normal Rural", *Pan-América*, vol. II, n. 20, (marzo, 1946): 4.

Estuvimos, también, frente al campo agrícola, cuyo reglamento ha sido elaborado por el técnico Porter Claston. Uno de los más trascendentales fines de la Escuela Normal Rural es mejorar todas las fases de la vida del campo, ya introduciendo nuevos cultivos, ya mejorando los ya implantados; suministra, además, a los que solicitan, mejores clases de animales y de plantas.

Es verdaderamente halagador que, en un rincón de la patria y como en un recodo del camino se halle un centro de tanta actividad y belleza, donde se están forjando los futuros luchadores que abrirán senderos de luz en los extensos y fértiles campos de Honduras. No queremos terminar sin decirle, respetuosamente, a nuestro eximio gobernante lo que al respecto apunta una eminente maestra uruguaya: “En la reconstrucción social del ambiente campesino, la mujer es acreedora del más atento cuidado educacional. Ella defenderá la economía campesina, ella modificará el hogar, y es el hogar el que prepara al hombre”.

María Trinidad del Cid

Tegucigalpa, marzo de 1946

Mensaje a las mujeres de América*

Constituye un alto honor para mí, dirigir desde esta tribuna un mensaje de fraternal cariño a todas las mujeres de América, a quienes he tenido tan cerca de mi corazón, tan íntimamente ligadas a mi vida espiritual y son ellas las que con su ejemplo de trascendente superación han iluminado el sendero hacia dónde mis pasos se encaminan en la hora actual. Aunque muchos años he peregrinado por estos bellos lares, rincones de poesía, donde el ambiente es propicio para tejer y destejer ensueños, donde todavía los zorzales cantan en las tupidas enramadas que engalanan los patios de las viejas casonas solariegas, no por eso estamos menos listas para colaborar con nuestras hermanas del Continente en sus afanes en pro de los problemas del mundo. Y así extendemos cordialmente ambas manos para estrechar más los vínculos de nuestra amistad para que unidas nos lancemos a la defensa de los derechos humanos y compartamos con el hombre la responsabilidad de vivir en una verdadera democracia.

* María Trinidad del Cid, “Mensaje a las mujeres de América”, *Mujer Americana*, tomo I, n. 1, (marzo, 1947): 1.

A vosotras mujeres de nuestra madre américa, quiero patentizar mi admiración por todas las grandes conquistas que en beneficio de la mujer habéis realizado manteniendo en alto los problemas de la mujer americana.

Por medio de este cordial mensaje de fraternidad y de amor os ofrezco las columnas de mujer americana, para que esta revista sea la urna sagrada donde se deposite vuestro sentir y vuestro pensar.

Mujer hondureña, hermana mía, no me dejéis sola en esta cruzada, necesito de vuestro aliento y de vuestro esfuerzo. Las páginas de *Mujer Americana* blancas están esperando la cosecha de vuestro cerebro y de vuestro corazón.

Cordialmente.

María Trinidad del Cid

COLECCIÓN LETRAS NACIONALES

A lo largo de la historia, y a través de los espacios por los que han luchado y las dificultades que han afrontado, las mujeres hondureñas reconocieron la imperiosa necesidad de emitir sus opiniones en materia de política, derechos civiles, educación, literatura y todo lo que implicaba ser mujeres en su época. Fueron maestras, literatas, feministas, sufragistas, universitarias de primera generación; mujeres que, por medio de sus escritos, manifestaron sus pensamientos y sentimientos.

Este compendio reúne publicaciones lanzadas entre 1892-1948 en diversas revistas a nivel nacional, agrupando tanto a autoras reconocidas tradicionalmente por sus aportes, como a otras que suelen pasar desapercibidas. En el Tomo II podrán encontrar escritos de Lucila Gamero de Medina, Marcelina Bonilla, María Guadalupe Reyes, María Luisa Herradora, María Trinidad del Cid, entre otras importantes mujeres hondureñas.

Con este libro, la Secretaría de Desarrollo Social mantiene y amplía su compromiso de rescatar y divulgar el patrimonio bibliográfico nacional. Reconociendo y dignificando el pensamiento de aquellas mujeres que, con sus voces y con sus letras, se posicionaron desde la literatura y la prensa escrita en la historia intelectual de Honduras.